



AFÁN DE GLORIA

L U I S D E L V A

Lectulandia

Siendo todavía un niño, Ignacio es enviado a la corte de los Reyes Católicos, donde sueña con emular las hazañas del Gran Capitán. Valiente, impetuoso y no muy casto, llama la atención de Germaine de Foix, casada con un Fernando el Católico a quien la edad y la enfermedad han dejado impotente. El muchacho pondrá su espada en contra de Carlos v y luego le servirá con lealtad, al punto de resultar gravemente herido en el sitio de Pamplona.

Inservible por su cojera para la milicia, Ignacio encuentra en la religión un motivo que le ayudará a vivir con el mismo ardor con que antes luchaba. Ni Roma, la ciudad que más prostitutas alberga de toda Europa, ni las licenciosas costumbres de algunos Papas alteran los propósitos del fundador de la Compañía de Jesús, uno de los españoles más famosos en todo el mundo... y menos conocido.

Lectulandia

Luis del Val

Afán de gloria

ePub r1.0

Titivillus 28.02.15

Título original: *Afán de gloria*
Luis del Val, 2009
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Eloy Arenas, Juan Manuel Golf, Pedro Ruiz, Pepe Sancho y Alfonso Santisteban, en recuerdo de aquellos días en los que creímos que la vida podía ser una canción.

[...] pude comprender lo que en el mundo es la gloria, y dije: «Puesto que César y Júpiter son desconocidos en el reino más hermoso, más antiguo, más vasto y más poblado del universo, os está muy bien desear adquirir reputación a los que sois gobernadores de algún país insignificante, predicadores de alguna parroquia pequeña, exiguos autores, o pesados comentaristas».

Voltaire

Diccionario filosófico

Prólogo

El enfermo apenas se queja, a pesar de que los espasmos que le produce la litiasis biliar le sacuden por dentro como si un cruel domador azotara a latigazos el costado, hasta el punto de que parece imposible, por unos segundos, poder reanudar la respiración.

Le acaban de informar de que el Papa le va a enviar su bendición apostólica. El Papa no es otro que el cardenal Caraffa, su enemigo personal en Roma, el clérigo que siempre se opuso a sus propósitos, nombrado para regir la Iglesia gracias a los votos del colegio cardenalicio reunido en cónclave; inspirados, claro está, por el Espíritu Santo, y que ha ocupado la silla de san Pedro con el nombre de Paulo IV. Otra convulsión se agita en su interior, de la misma naturaleza, porque hace ya mucho tiempo que ha logrado neutralizar las miserias del rencor o las servidumbres del resentimiento. Acaso, de no ser porque el dolor es tan intenso, quizá por el subconsciente pudiera revolotear una cierta ironía por esta paradójica y extraña combinación, pero cae en una especie de desmayo, ese estadio que se aproxima a la inconsciencia, quizá porque las endomorfina de su propio organismo se han activado por sí solas para mitigar tanto padecimiento.

Otra persona podría decir que el dolor es insoportable, pero este enfermo está acostumbrado al dolor. Ha ido con una pierna rota, arrastrado sobre una manta, durante medio centenar de kilómetros; ha soportado el intento de soldadura del hueso con la sola ayuda de un trago de aguardiente y una resignación tan sobrecogedora que casi linda con la soberbia, de no ser porque resignación y soberbia son términos antitéticos. Ha sobrevivido a la peste. Ha aguantado de pie con fiebres que hubieran tumbado a una yegua. Y ha estado bajo una armadura soportando temperaturas que, a la sombra, superaban la normal del cuerpo humano. Sufrirá lo que haya que sufrir, y nunca exhalará una queja ni caerá en la debilidad del sollozo.

El médico y el joven que están a su lado, al contemplar que el enfermo cae en una especie de sopor salen de la habitación. La estancia queda vacía, pero el enfermo ve entrar a la reina Germaine de Foix y, detrás de ella, a Fernando el Católico, y, a su lado, a Catalina de Aragón. Eso es imposible, porque él nunca ha visto a Catalina de Aragón en persona. Trató de hacerlo cuando estuvo en Inglaterra, en 1531, pero entonces le preocupaban mucho más las cuestiones recaudatorias que las cortesanas y, aunque llevaba una carta de presentación de Carlos V, la empleó para establecer relaciones con personas a las que interesar en la gloriosa empresa que había emprendido, y se desentendió de los protocolos palaciegos.

Intenta borrar la imagen de Germaine de Foix porque le alarman las incitaciones

pecaminosas que puedan traer consigo y lo logra, pero a costa de que aparezca la figura en camisa de Hortensia de Salazar, la única de las doncellas que se llevó consigo Catalina a la corte de Inglaterra y regresó a España, y eso porque su padre, don Rodrigo de Salazar, removi6 todas sus influencias y parte de su dinero, que no era poco, para lograr que su hija 6nica volviera para cumplir su compromiso nupcial con uno de sus sobrinos segundos, seg6n pacto establecido con su primo hermano I6nigo de Guzm6n.

Juzg6 don Rodrigo que la virtud de su hija donde mejor se guardar6a ser6a en la corte de Hispania, y juzg6 mal, porque los ardores de Germaine, acrecentados por las impotencias cada vez m6s frecuentes de su esposo, el rey Fernando, parec6an haberse proyectado sobre el resto de las damas, y la austeridad aparente, el rigor en las costumbres, la misa diaria a la que asist6an camareras y doncellas, incluso las p6as lecturas a la hora del bordado, daban paso a correr6as secretas, encuentros fortuitos y apasionados, citas tan r6pidas como lujuriosas que dejaban los rostros encendidos o l6nguidos, mientras la Reina parec6a escandalizarse ante los rumores, ignorando que era ella misma la que provocaba aquellos des6rdenes con sus comentarios, sus agitaciones y, en ocasiones, sus b6squedas de alivio.

Catalina de Arag6n se parece extraordinariamente al retrato que le hizo Juan de Flandes, por orden de la reina Isabel. Se trata de un 6leo sobre tabla que 6l ha visto colgado en la antesala de la Reina, en el palacio de Medina del Campo, pero el retrato ha cobrado vida y es entonces cuando una nueva contracci6n le despierta, y comprueba que est6 solo en la habitaci6n.

No tan solo, porque se han marchado todos los visitantes, es cierto, pero se ha quedado la hija de don Rodrigo de Salazar, Hortensia, que parece que acaba de regresar de la calle porque lleva todav6a un ferreruelo de color pardo, que le llega hasta la altura de las rodillas, sobre un vestido con gran cuello de lechuguilla.

Le hace una se6a y 6l la sigue hasta una galer6a que da a un patio donde mozos y palafreneros enjaezan caballer6as, engarzan tirantes, ahorman barrigueras, construyen artolas o desbastan las varas, mientras los talabarteros tallan frontaleras y recortan piezas para las muserolas. De vez en cuando pasa una criada que va a recoger agua de una fuente que hay al extremo del patio y las voces espont6neas se diluyen hasta llegar a un casi silencio que contiene m6s lujuria que respeto, hasta el punto que la moza desea que el c6ntaro, la botija, la hidria o la vasija que lleve se colme enseguida para escapar de tanta observaci6n como siente sobre su espalda, mientras contempla con ojos bajos el perezoso relleno del recipiente.

Desde el primer piso, ensombrecida la cara por el tejadillo, Hortensia le tiende una nota y se marcha corriendo, como si la avergonzara la osad6a que acaba de cometer. 6l tiene dieciseis a6os y una furia, una fuerza y un ardor que le han costado m6s de una amonestaci6n por parte de su tutor Juan de Vel6zquez. Abajo, los mozos han reanudado sus gritos y sus conversaciones normales, prueba de que no hay ninguna criada a la vista. Tampoco la hay en la galer6a, y la nota es guardada entre la

camisa y el jubón.

Fuera —no fuera de la galería ni del patio del palacio, sino fuera de la habitación del enfermo—, el médico ha dicho que la obstrucción de la vesícula ha afectado al hígado, y se lo dice a un grupo de varones, la mayoría de mediana edad menos el joven que le acompañaba en el cuarto, que observa al galeno con grave preocupación por las noticias.

—Estamos en manos de Dios —dice uno de ellos, y los demás asienten con una huella de renuencia, como si se resistieran a que ello fuera así. El médico piensa que Dios no suele ser milagroso cuando el hígado está afectado en lo que dentro de casi cuatro siglos se conocerá como cirrosis y que ahora se denomina cólico hepático, pero calla con prudencia, no sólo por respeto a estos santos varones, sino por miedo a la Inquisición.



Ignacio de Loyola continuará dos días más entre la vida y la muerte, entre el dolor y los recuerdos, la realidad y las ensoñaciones. Dejará este mundo a las seis de la mañana del 31 de julio de 1556. Unos meses antes; en una ceremonia sencilla, Carlos I de España y V de Alemania cede el trono de los Reinos Hispánicos, Sicilia y las Indias a su hijo Felipe, que reinará con el nombre de Felipe II. Hay una carta del monarca interesándose por su salud que jamás será contestada.

A la muerte del fundador de la Compañía de Jesús hay misiones en las Indias Orientales, Japón, el Congo, Brasil, y están a punto de llegar a Etiopía, porque frente al individualismo de Lutero, que cree en la salvación de los elegidos, Ignacio ha creído en la transformación del mundo, en la creación de un nuevo orden social dentro del cual caben las aspiraciones terrenales de los oprimidos y los débiles. Ha sido un loco, un soñador, un aventurero, un rijoso, un soldado valiente hasta la insensatez y un santo sacrificado hasta la extenuación. Su vida está llena de excesos, de peleas, de choques con la Inquisición, de rebeldías contra la burocracia vaticana, de batallas contra sí mismo. Y esta habitación, durante los últimos meses, desde que llegó la carta de Felipe II, ha estado llena de recuerdos y nostalgias, de tragos y personajes, de caras y espejismos.

En realidad todo comenzó aquel día en que, tras una travesura con su hermano Pedro, poco después de cumplir los siete años, cuando regresaban sudorosos y risueños a la casa señorial, el viejo ayo le informó de que su padre quería verlo, y subió presintiendo alguna amonestación o algún reproche, y en la cara macilenta de su padre, tumbado en la cama, percibió la expresión de las grandes solemnidades. A su lado, sentado en una silla de tijera, había un hombre maduro que lo miraba con interés.

—Éste es Juan de Velázquez. Te marcharás con él y le obedecerás como si fuera yo mismo.

Primera parte

I

—Éste es Juan de Velázquez. Te marcharás con él y le obedecerás como si fuera yo mismo.

Al niño no le intranquiliza el débil sonido de la voz de su padre, ni siquiera reflexiona sobre las perspectivas que se abren ante él con este anuncio que es asimismo una orden. Disipado el temor ante la certeza de que no le aguardaba ninguna admonición, cualquier otra posibilidad es recibida con agrado, e incluso unos segundos después, cuando dirige la mirada a don Juan y contempla la cara de un hombre mayor —aunque a los siete años todo individuo que pasa de los veinte es un hombre mayor—, no le parece mal marcharse con él, porque así se librarán del tutor que los somete a Pedro y a él a una estrecha vigilancia, y les impide salir a las calles del burgo, y les inspecciona las manos antes de comer, y les obliga a permanecer erguidos en la mesa mientras los dos tutores, en la antesala de la cocina, en la alargada mesa de nogal que sirve de comedor para los niños y las jerarquías del cuerpo de casa, hablan aburridamente de san Agustín, o de las Indias, o de sucesos ocurridos en Nápoles, sitios lejanísimos, sobre todo muy lejos de Garmendia de Iraurgi^[1], que es un mundo lleno de posibilidades y aventuras.

Al principio del viaje, Iñigo observa con interés el paisaje, especialmente las zonas conocidas, los alrededores de Garmendia, que ha recorrido con su hermano Pedro, pero luego la tierra se vuelve más escarpada, más bronca, y pasan por desfiladeros estrechos en los que el carruaje —una carreta aragonesa, entoldada, tirada por dos caballos en hilera— parece que va a inclinarse hacia un lado y se va a precipitar al fondo del río, mientras se oyen las voces de los guadores y del palafrenero que azuzan a los animales o intentan calmarlos, según los pasos, que tiran de las riendas o hacen restallar el rebenque que estremece la grupa de las bestias y provoca un impulso hacia delante, el cual hace cabecear a los que van en el interior: Juan de Velázquez; una especie de secretario de don Juan a quien llaman Rodrigo; un criado de despensa del que Iñigo ignora el nombre, y el propio Iñigo, apretujados y cuidadosos de no mover los pies para no encimarlos sobre los del vecino.

Otro niño puede que estuviera temeroso y amedrentado, desconfiadamente expectante, pero Iñigo no sabe lo que es el miedo, no le asusta lo desconocido y, antes bien, le estimula, y aunque ignora qué clase de vida le espera, el hecho de que sea distinta le sirve de acicate para su permanente curiosidad.

No obstante, la preparación del equipaje, aunque la hayan dirigido los criados de su padre, la despedida de sus hermanos, sobre todo de Pedro, y la perspectiva del cambio son demasiadas emociones para un niño y, al cabo de un par de horas,

comienza a adormilarse, se recuesta —cree que disimuladamente— en el paño que queda entre la portezuela y la parte final de la berlina, y aunque las voces de los hombres que llevan las riendas no disminuyen ni en intensidad ni en frecuencia, las empieza a escuchar lejanas, apagadas, como remotos ecos, hasta que deja de oír cualquier sonido que se produzca a su alrededor y cae en un profundo sueño del que se despierta en las últimas horas de la tarde, cuando se han detenido frente a una venta.

Al principio, adormilado, apenas se da cuenta de lo que le rodea. Dos mozos de la venta, de aspecto huraño, ayudan al séquito a trasladar portones y baúles. Desenganchan los caballos para llevarlos a las cuadras, y la carreta, con aspiraciones de futuro faetón, queda en medio del patio con las varas apoyadas en el suelo empedrado, como un artilugio al que se le hubiera desprovisto del mecanismo, como un objeto que parece inservible en su estatismo.

—Una hora más —comenta Rodrigo— y habríamos llegado a la casa de los Henares.

—Una hora más —le responde don Juan— y se habría hecho de noche y, a lo peor, nos habríamos confundido de camino, que ya ocurrió en otra ocasión.

—Recordará el señor que no le acompañaba.

—Recuerdo que tuve que dormir sentado, dentro de la carreta, y me desperté como si hubiera tenido el cuerpo dentro de una armadura.

Y dando el asunto por zanjado:

—Ordena que preparen una habitación para mí y otra para ti, y asegúrate de que estén limpias. Y en la tuya, que pongan un catre para Iñigo.

Los palafreneros y el criado cogieron mantas de un portón y se marcharon hacia la zona de las cuadras para encontrar acomodo, y ellos tres entraron en la venta, donde un hombre grueso y zalamero salía sudoroso e intranquilo a recibirles dando las gracias por haber elegido su humilde venta, aun sin saber que se encontraba ante don Juan de Velázquez de Cuéllar, Contador Mayor de Castilla, amén de Consejero Real.

Don Juan se comportó como si no hubiese escuchado las lisonjas y ordenó al ventero que les preparara la cena para tres en un rincón discreto y alejado.

Al entrar tras el adulón, éste se dirigió hacia el fondo, donde una cuadrilla requebraba a una sirvienta que escanciaba vino en unas jarras de barro y les conminó a que se marcharan. Se rebulleron los cuatro, pero cuando los dos que estaban enfrente vieron las ropas de don Juan y la compañía, su anclar seguro hacia la mesa, desistieron prestos en su remolonería, depusieron la escasa resistencia y quedó libre el sitio, llevándose las jarras y dejando sobre la mesa de nogal oscuro medias lunas de vino que la sirvienta se apresuró a enjugar en un trapo cuya suciedad era reconocible a simple vista.

—Trae paños limpios y deja esta mesa como preparada para bodas —ordenó el patrón.

En los taburetes había migas y restos de grasa, y el suelo parecía sin fregar desde la inauguración de la venta, pero don Juan se acomodó en una banca dispuesta junto a la pared como si se encontrara en el mismo palacio de Medina del Campo.

Íñigo le imitó mientras Rodrigo se marchó con el ventero para inspeccionar las habitaciones y explorar las posibilidades de la cena.

—¿Estás cansado? —preguntó con interés don Juan.

—De ninguna manera, señor. Además, no hemos venido andando —justificó Íñigo su respuesta.

Juan Velázquez de Cuéllar esbozó una sonrisa por la contestación del chico.

—¡Ojalá tuviera tu edad! Pero a la mía los huesos duelen como si les hubieran pasado ruedas de molino por encima, y cada legua se me antoja el principio de un vapuleo, y cada diez leguas, una paliza total.

Y cambiando de asunto, para interesarse por el muchacho que le han confiado:

—¿Te acuerdas de tu madre?

Íñigo tarda en responder. Le ha sorprendido la pregunta, porque si bien es cierto que le entristeció la muerte de su madre, la verdad es que ya no se acuerda, o no se acuerda con la intensidad que creía que le iba a suceder en los primeros días, tras su fallecimiento, y, ante la pregunta que acaban de hacerle, se percata, asombrado, de que le colocan frente a algo que no está entre sus preocupaciones.

Es un niño, pero perspicaz, y sabe que los adultos esperan determinadas respuestas que no tienen por qué coincidir exactamente con los deseos o los sentimientos del interrogado. Así que tras una ligera vacilación, contesta con una fórmula descortés prometida que ni es del todo verdad ni es del todo mentira:

—Algunas veces, señor.

Don Juan le observa con afecto trasladado, porque en realidad el afecto se lo tiene a su padre, don Bertrán, señor de Ofiaz y de Loyola, aunque también conoció a doña Marina Sáenz de Licon y Balda, su madre ya fallecida, pero se siente responsable del futuro de este muchacho al que lleva a la corte porque no tiene ningún porvenir en Garmendia de Iraurgi. Es el decimotercero de una familia de trece. El benjamín. No le llegará un escudo de herencia, ni un palmo de tierra. Deberá encontrar acomodo o en la milicia o en el clero. Entretanto, él se encargará de que reciba una buena formación, de que se acaben sus correrías de arrapiezo, impropias de su condición e inadecuadas para los blasones de su familia.

—¿Estás asustado?

—No, señor.

Esta vez la respuesta ha sido rápida, sin la menor vacilación, y ello alienta al estrenado tutor, que advierte la resolución del niño y le anima a proporcionar unas explicaciones que en ningún otro caso habría enumerado, puesto que no era propicio a ello, ni aun con los adultos.

—Primero estarás en Arévalo, en mi casa. Luego, en un par de años, te llevaré a Medina del Campo, con la Reina. Algunas veces, la Reina y su esposo, el rey de

Aragón, también vienen a Arévalo, y allí tendrás oportunidad de conocerlos.

—¿Y habré de estudiar con un tutor?

El niño ha preguntado con un leve fruncimiento en el entrecejo, pero sin ningún recelo. A don Juan le gusta esta llaneza, y como ya está avisado por su amigo Bertrán, aprovecha para poner en claro algunas cuestiones que el educando debe saber y que le adelanta para que no haya desconciertos futuros.

—Sí, habrá un tutor, o más de uno. Lo mismo que en tu casa. Y habrá otros niños con los que te podrás reunir, de manera prevista y ordenada, y que gocen de parecida condición a la tuya. Lo que no habrá serán correrías con hijos de ganapanes o de pecheros. La casa no va a ser una cárcel. Podrás salir y entrar, y recorrer Arévalo solo o en la compañía adecuada. Gracias a la Santa Hermandad la ciudad y sus alrededores son seguros. Pero las mocedades en la plaza no podrán tener lugar. Y el día de mercado no habrá gallinas atadas, ni fruteros burlados.

Íñigo enrojece levemente. Una de las últimas barrabasadas cometidas en compañía de Pedro fue atar con cordel las gallinas vivas que había en un recinto de tablas a las patas del burro del aguador. Cuando éste emprendió la marcha, las gallinas fueron arrastradas, se vino abajo el tinglado de tablas y el dueño de las gallinas se enzarzó a puñadas con el aguador hasta que un hortera, que había visto pulular a los críos mientras apilaba coles y lechugas, denunció la maniobra de los pillastres y enseguida se supo que habían sido los hijos menores de don Bertrán, capitanes de la pandilla de pequeños diablos que pululaba por los sitios más inesperados.

—La culpa no fue de Pedro, sino mía —miente Íñigo para evitar que su hermano se vea involucrado.

—Da lo mismo —comenta don Juan, sin profundizar en la nobleza del reconocimiento de la culpa—. Se trata de que olvides esos esparcimientos y regodeos, que son impropios de un paje.

—¿Voy a ser paje?

—Sí, lo serás cuando el comedimiento y la corrección sean consecuencia de la buena crianza y de las instrucciones y enseñanzas recibidas.

—¿Y qué tiene que hacer un paje?

—Servir a la Reina —responde don Juan, y da por zanjada la conversación porque viene Rodrigo con nuevas sobre las habitaciones y la cena.



Al día siguiente, tras reconfortar el cuerpo con unas sopas de ajo y unos torreznos, emprenden de nuevo el viaje, y, en esta ocasión, el niño se queda asombrado de lo que le circunda. Acostumbrado a los valles profundos, las laderas verdes, los bosques

de castaños o de eucaliptos, le sorprenden las pinadas, a las que suceden grandes llanuras pardas sin ningún árbol, y, de vez en cuando, pequeños riachuelos acompañados en su recorrido por unas hileras de chopos que parecen formar una aduana entre el agua y la tierra. Hay grandes tramos de colinas pedregosas, en los que las oscuras jaras o las austeras encinas parecen tener las hojas enlutadas. Pero lo que le llama la atención, lo que le sobrecoge el ánimo, es el cambio de coloración. Viene de una tierra verde y se encuentra con otra, muy diferente, que es parda. Eso abajo. Arriba, y lo comprobará durante los próximos años, el cielo rara vez está grisáceo. En pocas leguas, Iñigo descubre otro mundo, distinto, en el que la lluvia es infrecuente y donde las nubes no constituyen una masa compacta sino, la mayoría de las veces, formas aborregadas, como corderos deformes que pasearan por el aire sus panzas blancas. Y la luz. La luz fuerte, bronca, despiadada. Una luz que no deja resquicio al disimulo de objetos o piedras y que proyecta una sombra que más que negra casi es morada. Una luz que deslumbra, fascina y puede cegar: la resplandeciente luz de Castilla.

La transición de educando a paje, de tutorado de don Juan a servidor de la corte, se lleva a cabo sin brusquedades, de una forma paulatina y natural.

Tal como le fue anunciado en la venta, conoció a la reina Isabel en la casa de Arévalo; una reina triste y enferma, agobiada por los dolores, afligida por el futuro del reino de Castilla. La muerte de los hijos, la extraña conducta de Juana, las desdeñosas maneras de Felipe el Hermoso, la viudedad de Catalina, allá en Inglaterra, aunque el rey Fernando ha dicho que casará con el hermano y heredero del trono, Enrique VIII, son circunstancias que no contribuyen a tranquilizar su ánimo. Iñigo tiene todavía pocos años y vive alejado de las preocupaciones regias y de los quebraderos de su tutor para casar las cuentas del reino. Es cierto que los viajes de Colón comienzan a traer sus frutos, pero todavía son menguados, y el Almirante causa más problemas que soluciones, y la Reina le solicita préstamos para su esposo, el rey de Aragón, y don Juan tiene que obedecer y, a la vez, disimular y guardar la máxima discreción para evitar que la desconfianza de los nobles castellanos hacia el rey Fernando se pueda apoyar en datos y argumentos que ahonden las aprensiones.

Iñigo toca la viola, se aburre con la gramática, disfruta con la espada simulada y goza subiéndose a un caballo y leyendo novelas de caballeros.

II

Una noche, en Arévalo, entra despacio a las estancias de don Juan y se lo encuentra medio derrumbado en una silla de respaldo alto, frente a una mesa llena de legajos. Se va a marchar, pero don Juan le dice que entre y, en realidad, le hace preguntas ausentes, casi sin esperar respuesta, como una fórmula cortesana para decirle algo que Íñigo no acaba de entender. Hace pocos días su tutor ha regresado de Granada, de inhumar en una sencilla sepultura a la reina Isabel. Pronto será Navidad. En la habitación de Íñigo, por la noche, en la palangana que tiene para su aseo se forma una fina capa de hielo. Aquí, en la estancia, no hace frío, pero los dos braseros que se ven al fondo, colocados estratégicamente en dos rincones, parecen demasiado lejanos, y don Juan se arrebujaba en una capa de lana por la que sobresalen sus manos huesudas y amarillentas.

Tras las preguntas protocolarias don Juan comienza a hablarle, pero Íñigo descubre que no le cuenta cosas a él, que más bien se las cuenta a sí mismo. Y le habla del humilde enterramiento de la Reina en San Francisco de la Alhambra, y recuerda cuando ella decidió establecer por un tiempo la corte en Granada, en 1493. Las fechas a Íñigo no le dicen nada, porque entonces él tendría dos años y no tiene memoria de los dos años, y de lo que no se tiene memoria es como si no hubiese existido.

Don Juan perora en voz alta que las cosas no serán lo mismo, y se queja ante Íñigo de que la empresa americana no recibe el apoyo del rey Fernando, obsesionado por Nápoles, y de que la misma Reina estaba más fascinada por el norte de África que por lo que ocurriera allende los mares. Le había confesado que la seguridad de la Península debía basarse en un ancho cinturón, instalado en las costas africanas, que en caso de conflicto sirviera de resistencia y de amortiguamiento, en ocurrencia de que los moros decidieran volver a la Península. Y le irritaba que los nobles, y aun los consejeros de la corte, excepto el cardenal Cisneros, insistieran en que el mar era suficiente frontera, sin advertir el peligro de una arribada a costas tan cercanas. ¿No había dado el Almirante la vuelta a la Tierra? Si él tardaba un mes en llegar a confines tan lejanos como la India y el Oriente, ¿no podrían tan peligrosos vecinos cruzar el Estrecho en unas pocas horas y, amparados en la nocturnidad, volver a intentar recuperar lo perdido? Ceuta y Melilla debían extenderse hasta formar una frontera que garantizara para siempre la seguridad de los reinos cristianos.

Íñigo desconoce que hay momentos en que las personas necesitan contarse a sí mismas lo que les turba, pero que merced al sentido del ridículo buscan la excusa de un interlocutor, que podría ser un estafermo de los que se emplean para los ejercicios de espada o un muro de piedra. Le ha tocado a él ser testigo de un monólogo al que

no atiende con demasiada solicitud ni aplicación, porque se le escapa qué sentido tiene la perorata con sus intereses. Al principio, ha estado pendiente con esmero, a la espera de que fuera a recibir instrucciones sobre su persona, pero a medida que el discurso se ha prolongado y la prédica aborda asuntos tan generales como escasamente relacionados con él, se distrae observando los leños y sus llamas tranquilas y amarillentas, notando el olor a madera quemada que, junto a los aromas que acompañan a la escasa ventilación, conforman una atmósfera que, de no ser por el frío, se haría más evidente.

—Íñigo —y ante el sonido de su nombre, el chico recupera la atención—, ya nada volverá a ser lo mismo. Se acercan tiempos de tribulación y días inseguros. Recaba en ti mismo si estás más presto para el hábito o para la espada, que oportunidades todavía no te han de faltar, ni coyunturas favorables. Te apoyaré, lo mismo que a mis hijos, pero preveo que en tiempos venideros no voy a estar tan favorecido ni beneficiado. Alguna vez me he tenido que oponer, bien es cierto que siempre lo he llevado a cabo con discreción y cordura, a las ambiciones del rey de Aragón. Pero bien sé que las voluntades reales digieren mal cualquier oposición, por leve y razonada que ésta haya sido, y, aunque he recibido toda clase de garantías de continuar con las labores encomendadas, la experiencia me dice que habrá ocasión en que las amabilidades se vuelvan frialdades y la confianza se torne recelo.

—Todo el mundo dice que sois una de las personas más importantes del reino —se atreve a formular Íñigo.

—Lo soy, lo soy... por el momento. Hay una hermana del rey Luis XII de Francia, hija del vizconde de Narbona, de la que se habla como posible sucesora de nuestra fallecida Reina. Todavía, como aquel que dice, su cadáver está caliente y ya se habla de buscarle sustitúa en el tálamo. Me lo ha contado un señor muy principal de Zaragoza, porque las razones de Estado no entienden de lutos, y me atrevería a asegurar que aún no se habrán pasado los duelos, cuando antes de las próximas navidades tendremos nueva reina.

—¿Y cómo es, señor?

—Joven, claro. Me han dicho que tiene diecisiete años. Y nuestro Rey ha pasado cumplidamente el medio siglo.

—¿Y se ha enamorado?

—¿Enamorado? No se conocen. Esas cosas de los enamoramientos son sucesos que sólo ocurren en las novelas de caballerías que tanto te gustan —y aquí Íñigo hace un gesto de pasar por la implícita acusación—, pero no en la vida real, y mucho menos en la realeza. Me ha contado el de Zaragoza que el rey de Francia le ha prometido a nuestro Rey los derechos dinásticos de Nápoles y que a cambio, si tienen hijos, el que nazca será heredero de Castilla.

—¿Y Juana no será reina? —pregunta el niño, que, por muy al margen que quiera mantenerse, conoce las conversaciones frecuentes sobre precauciones dinásticas.

—No sería eso lo peor, sino el descontento que se generaría. Ya el mes pasado,

estando la Reina de cuerpo presente, en una ceremonia tan rápida que muchos nobles ni siquiera pudieron ser avisados, se proclamó rey de Castilla como Fernando V. Bueno, siendo el rey consorte es lo normal. Pero no lo es que se arrebate a la línea de descendencia castellana el trono y vaya a parar a las manos de un medio francés.



De aquella conversación, durante muchos años no guardó poco ni mucho recuerdo. Cuando Íñigo cumplió quince años murió Felipe el Hermoso, y su esposa Juana se superó en rarezas hasta obligar a su padre a recluirla. De aquel trance sí que posee memoria, porque coincide con su llegada a la corte de Medina y a su encuentro, al poco, con Hortensia de Salazar. Ha vuelto de Inglaterra para casarse, pero se le adjudica un puesto de camarera de la nueva reina, Germaine de Foix. Hortensia y la reina tienen diecinueve años y existe entre ellas una cierta complicidad. Hortensia va a casarse con un primo segundo y está a la espera de la licencia papal, pero es de carácter inquieto y festivo, y, además de la edad, coincide con la francesa en la afición a la buena mesa. Íñigo, que no es un dechado de virtudes, no siente ningún interés por la gula, y cuando tiene ocasión de contemplar la glotonería de la Reina y de su camarera se siente extrañado, sin comprender qué placer puede albergar esa imposición de la naturaleza. Porque así como otro de los mandatos naturales —la afición al sexo contrario— está lleno de placenteras experiencias, de gozos profundos y deleites de los que es difícil sentirse hartos, el regodeo en la mesa tiene claros límites, más allá de los cuales la delicia se convierte en molestia.

La Reina es algo renca, no mucho, pero se nota que, debido a algún accidente o enfermedad infantil, le cuesta desplazarse con naturalidad y cojea levemente. A Íñigo, quizá influido por las lecturas, esta condición le produce una especial ternura y siente que debe servir a su Reina con la fidelidad de su condición de paje, pero también debe ir algo más allá y ser generoso hasta el exceso, actitud que transfiere por proximidad a Hortensia.

Un día, de manera misteriosa, tanta que Íñigo sospecha si no se tratará de una burla, Hortensia le dice que ha de salir de palacio y dirigirse a un convento de las afueras para recoger, en una jarra que le proporciona, una sustancia necesaria para alguna curación, de la que no se quiere dar noticias a los demás elementos de la corte. Íñigo cumple ese cometido en un par de ocasiones, pero luego es sustituido por un fraile que viene él mismo a palacio. Íñigo se siente menoscabado, porque estas ocasiones le servían de excusa para platicar brevemente con la doncella, y decide enterarse de la naturaleza de la enfermedad y del sujeto que la padece. Cavila que puede ser algún unguento que alivie la cojera, porque es rémora molesta y más inconveniente a la naturaleza de mujer.

Tiene pocos años pero abundante perspicacia, así que se hace el encontradizo con el fraile y va con él hacia la parte posterior de los jardines, que es por donde suelen entrar y salir los cortesanos habituales.

Íñigo se las arregla para acompañarle en las salidas, de tal manera que el fraile no sospecha que sea espontánea la compañía, sino que lo achaca a una especie de obligación encomendada a persona de confianza, pese a su indudable juventud.

Las visitas suelen tener lugar cada quince días, siempre a la caída de la tarde, y siempre a cargo del mismo monje.

Al cabo de un par de meses, en lugar de los comentarios comunes sobre el tiempo o las cosechas, Íñigo decide envidar y le dice al clérigo:

—Esperemos que el remedio surta los efectos y se cumpla la voluntad de Dios.

El clérigo lo mira con recelo, pero la inocente expresión de Íñigo, que mira al frente sin esperar respuesta y sin ninguna impaciencia mientras recorren el camino marcado por unas acacias, eclipsa cualquier desconfianza y se anima a corroborar el comentario.

—Esperemos que así sea. Dios es misericordioso y querrá darle un heredero a nuestros Reyes.

Íñigo asiente con gravedad, como si estuviera al tanto de los negocios de la pócima desde los principios, y tiene que hacer verdaderos esfuerzos para que no se trasluzca su regocijo interior.

Ahora bien, aun cuando tiene ideas aproximadas de lo que la reproducción de la especie exige a varones y hembras, no cuenta con más experiencias que un par de revolcones con criadas; la una, mayor y apresurada, y la otra, tan inexperta como él, y no concibe la naturaleza del mal de la Reina o del Rey, ni la índole de su dolencia, ni las propiedades del unguento. Como es avisado y curioso y siente una atracción natural por Hortensia, es por lo que en un rápido encuentro pone de manifiesto que está al tanto de la trama, y emplea para ello parecidas palabras a las del monje.

—No puedo atenderos, porque he de ir a las estancias de la Reina —le dice una Hortensia algo sofocada y con evidentes deseos de marcharse.

—No es nada urgente —le comenta un Íñigo desilusionado, que intenta recomponer la estrategia y se debate entre dejarlo para mejor ocasión—, pero es que... Sólo quería deciros que me sumo a las oraciones para que el unguento, junto con la voluntad de Dios, produzca los efectos deseados y tengamos un heredero.

Hortensia, que ya se marchaba, se queda clavada ante el paje y mira hacia todos los lados en busca de testigos incómodos u oídos indiscretos y, no obstante no encontrarlos, le indica un gesto de cautela y le pide que se acerque.

Al hacerlo, Íñigo siente el olor de la piel de la joven, unido a algunos aromas que asocia a perfumes moriscos, y se siente turbado e importante.

—Esas cosas no se comentan ni se dicen —añade la joven en tono preocupado y censor.

—¿Ni siquiera con vos? —sugiere Íñigo, buscando la complicidad deseada.

—Ni siquiera conmigo —determinada con algo de enfado.

Y añade:

—No habléis de esto con nadie.

Y se aleja con un frufnú de almidones que estremecen los ánimos del doncel.



No pasan ni dos días cuando la misma Hortensia, tan apremiada como acostumbra, le proporciona un billete en una de las galerías que da uno de los patios de los talabarteros, y se escabulle sin esperar respuesta. El billete, muy breve, sólo dice: «jardincillos, a las ocho».

Le llaman jardincillos a una parte anterior a la zona de las caballerizas, donde crecen sin demasiado entusiasmo unos pocos aligustres y una hilera de cipreses parecen erguirse como centinelas que quisieran asomarse al exterior del muro.

Las ocho es hora en que todavía no se ha terminado la cena, así que anuncia malestar y dolores de cabeza desde poco después del mediodía para excusar su asistencia y se escabulle a su alcoba, y espera el silencio que anuncia que servidores y señores ya no andan por los pasillos y, cada uno en su misión, se concentran alrededor de los platos.

Hay un reloj mueble al final de la gran escalera que simula un edificio, pero está estropeado y no quiere arriesgarse a ir a mirar otro reloj que preside uno de los paños de la antesala del salón de las audiencias, porque está demasiado cerca de las dependencias reales y no quiere ser visto. Prefiere aguardar a que suenen las campanadas de la iglesia de Santiago el Real, que en la anochecida llegarán claras y rotundas hasta el castillo de la Mota.

En efecto, nada más escuchar los cuartos, cuyos sones llegan límpidos, se introduce por el hueco de la escalera, corre la colanilla de una pequeña puerta de madera y sale a la noche no menos oscura que el interior. Debe estar nublado, porque no se percibe ninguna estrella y todo se encuentra fosco y negro y apenas se distingue el suelo. No es que la zona sea muy amplia, pero sí lo suficiente como para no arriesgarse a andar a ciegas, así que aguarda junto a la puertecilla, no tanto por precaución de tropezar cuanto por miedo a perderse en el regreso.

Tose con levedad, por si Hortensia se encuentra cerca, pero no se escucha el más leve sonido, así que se apoya junto a la pared, intenta escudriñar el muro que debe encontrarse frente a él y aguarda con impaciencia, sin saber muy bien cuál es el objeto de la cita.

Al poco escucha la puerta y una figura sale junto a él, sin verle, y se detiene.

—Estoy aquí —dice Iñigo alargando el brazo y tocando levemente lo que le parece el paño de una capa.

—¡Me habéis asustado! —exclama Hortensia tras sufrir un sobresalto.

—Perdonad, pero no tenía otra manera de advertiros.

La figura se ha vuelto hacia él, o al menos esto supone, porque observa una cierta claridad que correspondería al rostro.

—No deberíamos estar aquí —comenta la doncella.

E Íñigo, que todavía es bisoño en relaciones femeninas, aduce perplejo:

—Estoy aquí atendiendo a vuestro billete.

Y ella, fastidiada por la necia obviedad, da una pequeña patada de impaciencia en la tierra que suena como la preparación al ataque y le dice en tono enfadado:

—No es muy galante que lo recordéis. Pero sabed que lo hago por la Reina, mi señora, y siguiendo sus órdenes.

—Y yo sigo las vuestras, con respeto y humildad.

La respuesta del paje parece que ha atenuado su conato de enojo, porque las frases vuelven a sonar suaves y cantarinas.

—No espero menos de vos.

—Íñigo, para serviros.

—Íñigo... —dice ella, y al joven su nombre escuchado de sus labios le suena como un triunfo, una especie de homenaje.

—Íñigo, estoy aquí para haceros saber que la observación que me hicisteis el otro día ni fue pertinente ni discreta, y que haríais bien, y amén de vuestro deber os lo encarezco, que esto quede entre nosotros.

A Íñigo le llegan hasta el olfato los efluvios del brote de álamo, que es la crema que usan las mujeres de la corte para hidratar las manos y evitar las grietas producidas por el frío y los bruscos cambios de temperatura, pero no es el bálsamo lo que distingue, sino la mujer en su abstracción y en su concreción; la mujer en general, todas las mujeres y ésta en particular que está frente a él y que viene a removerle las entrañas a través del olor.

Entiende que no debe acatar las indicaciones, porque se marchará y ya no habrá resquicio ni para inquirir ni para estar junto a ella, así que discurre para alargar el encuentro y, a la vez, sonsacar más datos de una empresa de cuyos detalles se siente ayuno.

—Mi discreción es tan obligada como el empeño de servir a vuestra señora, que es la mía. Lo único que deseo es que el bálsamo surta sus efectos, y yo no estoy ducho en tales menesteres, pero he oído decir que los hay de distintos componentes y de eficacia más segura.

—Y eso ¿lo habéis leído en esas novelas que tanta compañía os hacen u os lo han contado?

—Oí decir, en casa de mi protector, que hay una sustancia que viene de tierras moriscas y que hace recuperar las fuerzas a los hombres viejos —inventa sobre la marcha.

—¿Y cómo se usa? —inquire con atención Hortensia.

—Pues... —sigue improvisando—. Creo que es un bebedizo.

—¡Ah! Un bebedizo —repite ella—. Lo malo es que tanto bebedizos como ungüentos producen efectos indeseables en el señor Rey. Unos, le producen descomposición de vientre, que le deja desfalleciente y transido; y otros le causan..., rubor me da decirlo..., picores.

—¿Por todo el cuerpo? —inquiere el paje con ingenuidad.

—¡Por todo el cuerpo! —exclama con desprecio—. ¿Creéis que ungüento tan caro y difícil de concentrar es para todo el cuerpo? Pica donde se aplica..., y no me preguntéis dónde, porque ésta no es conversación para una doncella, y me da la impresión de que os hacéis el ingenuo para turbarme.

—Debe ser doloroso el picor en esa parte —reflexiona en voz alta Íñigo, haciendo traslación íntima de la molestia, suponiéndose en el papel protagonista.

—Es más, me contó la Reina, y esto no debería decirlo, pero me habéis prometido discreción, que al acercarle su... su femineidad... y ponerse en contacto..., los picores que ella creía que iban a aplacarse se agudizaron y, aunque en un principio el picor parecía que producía efectos prometedores, al intensificarse arruinaron cualquier perspectiva.

—¿Y la pomada que trae el franciscano?

—Según dice la Reina, es la mejor, pero tiene efecto retardado, y con tanto viaje a Nápoles, a Barcelona o a Zaragoza... A veces comparece la comezón en el camino, y cuando regresa ya viene menguadas las fuerzas. El Rey está triste y la Reina un poco desalentada, y aunque es risueña y de alegre carácter, no deja de ocuparle resolver el asunto de la preñez.

La desenvoltura y naturalidad con la que Hortensia habla del problema no posee la misma lisura en el ánimo del joven paje, al que le conturban las imágenes sugeridas. Está acostumbrado, casi desde niño, a familiarizarse con la presencia de los Reyes. La reina Isabel pernoctaba en Arévalo muchas veces, y pasaba allí semanas enteras. Aquí, en el castillo, no le corta la presencia de los personajes regios, de los nobles ni de los dignatarios, pero estos detalles íntimos de la joven Reina y los apuros del rey Fernando en su virilidad le afectan en dos sentidos: por un lado, le apura si la recreación de esas situaciones no llevará consigo una desconsiderada falta de respeto, que debe lamentar; y por otro, no puede sustraerse a una sensación mórbida, causada por la voz cantarina de la doncella, por la proximidad, por el asunto del que trata con tanta familiaridad, hasta tal punto que nota en el centro de su cuerpo lo que el rey Fernando ansia lograr con pomadas y brebajes, e incluso en medio de tanta oscuridad ve con los ojos de la imaginación escenas que le confunden.

Hay un silencio largo, mucho más intenso porque ni hay viento ni se escucha ningún sonido que venga de la villa o del interior del castillo. Es entonces cuando Hortensia decide regresar, nerviosa por el mutismo del paje y también algo alterada por este recorrido por las intimidades de la alcoba real.

—He de marcharme. Estoy sola con vos y es comprometida la situación para mí.

—No hacemos nada infame, Hortensia. Colaboramos para mejor servir a nuestra Reina.

—Es cierto, Iñigo —es la segunda vez en la noche que dice su nombre, y eso le produce una exaltación gozosa que se une a la física—, pero creo que debemos retirarnos.

Hortensia se dirige hacia donde cree que está la puerta y tropieza con el paje. Por un momento, Iñigo siente el calor que emana del rostro de ella, los aromas de su piel unidos al de la harina perfumada que seguramente se habrá aplicado al rostro y al cuello, el leve temblorcillo de un brazo bajo la manga abullonada, que ha escapado del ropón, y escucha una respiración que no parece venir de haber dado un paso, sino de haber superado, cuesta arriba, al menos media legua. El instinto le incita a abrazar esa figura y a buscar sus labios, pero no tiene experiencia en pugnas amorosas y le asusta la reacción de ella.

—¡Respetadme! —pide ella con más debilidad que energía.

—Sólo os sostengo para que no caigáis.

Al final del brazo tembloroso hay una mano que se aferra a él, tan fina como firme, una mano que no le aparta sino que se ancla en su hombro y parece incitarle a acortar la distancia que les separa, que no es tanta, puesto que las ropas de ambos ya se friccionan.

—Me turbáis —dice ella.

—Yo os sostendré —afirma el paje desconcertado, sin acertar a quedarse quieto, lo que parecerá pazguatería, o izar la figura que se inclina peligrosamente, que puede que la bella tome como ataque.

Decide avanzar un punto, pero eso provoca una pérdida de equilibrio de ella, real o fingido, y los labios se encuentran, y él siente la blanda y húmeda dulzura que se entreabre en son de bienvenida, y se queda sorprendido de este deleite, tan distinto de los encuentros anteriores, donde el beso no fue ninguna fiesta, porque o no existió o se redujo a un trámite acucioso.

El silencio de la zona se habita de frufriús y suspiros, casi igualados, de protestas falsas y excusas mentirosas, de reproches acompañados de inesperadas desenvolturas y de promesas rotas al segundo siguiente. Ella se queja y consiente. Él ofrece una retirada a la que sigue un avance. Ella protesta e incita. El acata y desobedece. Y los dos gruñen y gimen y jadean. Lo que Salamanca no da, Natura lo presta. Y hay un grito de ella, tan lleno de asombro como de incredulidad, cuando una de sus manos toma contacto con la erecta intimidad del paje, y la doncella se asusta de la ruda firmeza, de la envergadura de semejante pájaro, y, por esos extraños vericuetos de la mente, por esa mezcla de fluidos físicos y palpitos del ánimo, se acuerda de la próxima boda con su primo, y, a través del temor, le sobreviene la responsabilidad y baja haldas y enaguas, y da dos pasos hacia atrás, y, recuperando la dignidad y la cordura, reprocha:

—¡No sois un caballero!

Y logra hallar enseguida el hueco donde antes parecía que la puerta se hurtaba y penetra en el interior, y el paje se queda, frustrado y mohíno, solo en la noche, intentando acomodar en los calzones el motivo del susto y la sorpresa.

Pasados unos días, en una de esas confidencias femeninas entre Hortensia y la Reina, aquélla le dará noticia del desliz, y correrán las lágrimas, y la Reina la calmará, pero quedará en su imaginario la sugerencia de la camarera que le ha hablado del sorprendente encuentro con la dotada virilidad del paje, y que ha confesado con tan sencillas como reflexivas palabras:

—Eso ha de causar quebranto a una mujer.

III

«Eso ha de causar quebranto a una mujer».

La frase de la camarera real asalta la memoria de Germaine de Foix mientras hablan de la llegada de César Borgia a la prisión del castillo de la Mota.

Parece que viene de estar encerrado en el castillo de Chinchilla, donde se antoja a sus guardianes que el encierro no es seguro, o bien que aquí va a estar más vigilado.

El hijo del Papa que tantos favores hizo a los reyes Isabel y Fernando, sobre todo en sus disputas territoriales con Portugal, sufre las cárceles de los favorecidos por su padre. No es ninguna cuestión personal: es una razón de Estado. Alejandro VI partió el mundo en dos, y salió beneficiada la Corona de Castilla y Aragón en claro perjuicio de Portugal, pero mantener buenas relaciones con el papa actual, Julio II, es una obligación más allá de los intereses o las inclinaciones personales. El rey Fernando no permite el más leve comentario sobre el rumor de que Alejandro VI fuera envenenado por el cardenal Adriano de Fornetto, ni de que su sucesor, Pío III, durara en el papado solamente veintitrés días, y, preso de terribles dolores de estómago, muriera de parecida manera a la de Alejandro VI. Tampoco admite que tuviera algo que ver en tan asombrosa y escasa duración el cardenal Giuliano Della Rovere, que, designado sucesor de san Pedro como Julio II, una de sus primeras medidas fuera entregar a César Borgia a Gonzalo Fernández de Córdoba, apodado el Gran Capitán, para ganarse las simpatías españolas y espantar a los franceses de Nápoles. El tablero de ajedrez de Nápoles sólo lo entienden en el Vaticano, en la corte del rey de Aragón y en la corte francesa.

No obstante, más interesadas por los detalles escabrosos que por la política de Estado, Germaine y su séquito femenino murmuran que al mismo banquete asistió el propio César Borgia y que, debido a su fortaleza, no sufrió de la misma manera los efectos de la ponzoña.

De ahí se pasa a comentar que su constitución resulta pasmosa en todos los aspectos, y que se dice que Lucrecia, su hermana, de quien estaba nada secretamente enamorado, recibió el acercamiento y las confidencias de su primera esposa, Carlota de Albret, hermana del rey de Navarra, Juan III de Albret, y que la tal Carlota le preguntaba a su cuñada si todos los varones eran de complexión tan robusta en esas partes del cuerpo, porque, en ocasiones, a ella le causaban más miedo que placer. Lucrecia, mujer culta y liberal, obtuvo así información de primera mano sobre la virilidad de su hermano, no sólo en cuanto a tamaño sino en cuanto a frecuencia y necesidad, conocimientos que en círculos íntimos y en momentos de holganza y entretenimiento gustaba de describir con objeto premeditado de escandalizar. Fueron

estos comentarios los que constituyeron el frágil fundamento que dio pábulo a la leyenda de los amores incestuosos de Lucrecia y César.

Es aquí donde doña Germaine, mirando a Hortensia, que se ruboriza cada día menos a medida que se acercan los días en que llegue la dispensa que le permita contraer matrimonio, recuerda la frase confidencial referida a ese paje no muy alto, más bien enjuto, pero cuyas determinadas magnitudes parece que se pueden comparar a las del legendario César Borgia: «Eso ha de causar quebranto a una mujer».

La reina Germaine ha cumplido los diecinueve años y hay días en que se muestra alegre y de buena disposición, y otros en que su talante se amustia, su carácter languidece e incluso la mucha afición a las viandas bien sazonadas y preparadas adormece y se desfleca. Esos días en que la propuesta de una perdiz guisada con sus higadillos y manteca de cerdo, y aderezada con especias, según la receta de Ruperto de Nola, puede dejarla indiferente, cuando en otras ocasiones la puede llenar de alborozo y alegría.

Hoy es uno de esos días entreverado, que comenzó gozoso y chispeante pero que, a lo largo de las horas, ha ido languideciendo. La noticia del retraso en la llegada de su esposo, que ha marchado a Navarra por cuestiones de prudente gobierno, añadida, no sabe por qué, a la conversación mantenida, la alejan de las damas de compañía. Si bien al principio participó en los comadros y maledicencias con entusiasmo y divertimento, ahora le aburren y le marchitan la alegría que le había acompañado.

Sin ninguna transición pide que la dejen sola, y las camareras y damas, acostumbradas a la obediencia y a los cambios de humor, se escabullen en silencio no sin sofocar alguna risa, no de burla por su señora sino de contenido regocijo por los asuntos y tramas a los que, hasta entonces, se han referido.

La sobrina de Luis XII de Francia no es muy feliz. A las tribulaciones de su difícil misión de proporcionar un heredero a la Corona de Aragón, se une el arrinconamiento de su esposo. El rey Fernando la considera el resultado viviente del tratado de Blois, y, excepto en las puras actividades genésicas, muy de tarde en tarde y con dificultades y apuros, no se siente tratada con la consideración de una reina ni goza de popularidad. Excepto los cortesanos, el resto de los castellanos la tratan como a una intrusa que se ha interpuesto en el camino de doña Juana, y aunque desean tanto como ella su preñez, el motivo es diferente, debido a que el nacimiento de un hijo supondrá de nuevo el alivio castellano, es decir, la separación del reino de Aragón.

Su esposo le ha hablado de ir a vivir al palacio de Arévalo, y estaba dispuesta a hacerlo, pero el mismo consejo lo ha escuchado de boca del cardenal Cisneros, y su exhortación ha sido la que ha provocado su resistencia. No es mujer de manías ni ojerizas, pero este clérigo logra enfadarla. «La reina Isabel haría esto, la reina Isabel haría lo otro», siempre está nombrando a la esposa muerta, sin comedimiento ni consideración. Hasta tal punto que un día, fatigada de tanta invocación impertinente, le dijo:

—Su Eminencia, ¿posee poderes sobrenaturales?

—No, Majestad. Soy un humilde servidor de la Iglesia. ¿Por qué lo preguntáis?

—Porque teniendo en cuenta que la reina Isabel está enterrada en Granada y los muertos ni hablan ni opinan sobre los asuntos terrenales, discurría yo si, acaso, vuestros poderes portentosos os permiten no sólo viajar hasta Granada, sino mantener conversaciones con la difunta.

Y el cardenal, que tonto no era y no iba a buscarse enemiga tan poderosa, murmuró una disculpa cortesana:

—No fue nunca mi pretensión ofenderos, sino ayudaros. Fui confesor de la Reina y consejero suyo. Os pido disculpas, Señora, porque nunca fue mi intención establecer aborrecibles comparaciones, sino poner a vuestro servicio mi experiencia, que si algo vale fue por los conocimientos acumulados en tiempos de... —aquí titubeó un poco buscando el término más decoroso y cortés— la difunta.

—Os lo agradezco, cardenal. Habéis apaciguado mis inquietudes.



Desde aquel día las audiencias se espaciaron, pero siempre tenía lugar alguna visita, y en la última de ellas había insistido en lo mismo que su esposo, es probable que a instancias de él, aunque le constaba que no gozaba de su afecto personal. En realidad, ¿quién gozaba del afecto personal de Fernando? Ella no, desde luego. Su hija Juana, tampoco. ¿Los otros hijos? Mas que hijos este hombre parecía que tenía maridos y esposas en potencia para emparentarlos con las coronas cercanas. Ella misma era el resultado de un acuerdo, y no le molestaba. Como hija de Juan de Foix, conde de Etampes, y de María de Orleans, hermana del rey de Francia, había sido educada para contraer un matrimonio que garantizara la estabilidad del apellido o los intereses de la familia, pero había esperado otra cosa. No le había decepcionado la diferencia de edad, ni siquiera los problemas derivados de esa diferencia, pero sí sentía el agravio de una frialdad que la alejaba de cualquier posibilidad de acercamiento.

Le aburría la misa diaria, la soledad de viuda blanca por las ausencias del esposo y la constancia de no ser nada más que un mero instrumento. Le enfurruñaba la vida cotidiana construida con minúsculos acontecimientos tan predecibles como rutinarios. Por eso se había refugiado en los placeres de la mesa, el único pecado que parecía gozar de cierto beneplácito y general indulgencia. El pecado de la gula parecía interpretarse de otra forma, tanto en el reino de Aragón como en el reino de Castilla, y las celebraciones religiosas eran acompañadas de festines tal que si la reflexión sobre los misterios religiosos y el martirio de santos y vírgenes provocaran una voracidad inusitada que había que saciar hasta los lindes de la exageración, e incluso traspasarlos, toda vez que lindes y fronteras no se sabía muy bien dónde comenzaban y, menos, dónde concluían. Pero lo que sabía era que no deseaba trasladarse al

palacio de Arévalo, donde la presencia de Juan de Velázquez sería difícil de eludir, y aunque más discreto que Cisneros, también era de los que participaban del culto idolátrico a la reina Isabel.

El rey Fernando no insistió. Sus excelentes dotes diplomáticas no sólo tenían empleo en las relaciones con los otros reinos, sino que empapaban asimismo las familiares y personales. El Gran Capitán y una soldadesca eficaz y experimentada eran un recurso, pero nunca como una solución final, sino como un elemento más de las relaciones. Logrado el triunfo en el combate, ganada la batalla, al rey Fernando no le gustaba oprimir ni vejar al enemigo, sino que volvía de nuevo a negociar, tal que si la derrota del contrincante y su triunfo no fueran nada más que elementos prescindibles. Se sentaba de nuevo a buscar un compromiso con aspecto tan afable y deferente en las formas, como duro y escrupuloso en las exigencias.

En la batalla doméstica no insistió de inmediato, pero fue cercando de consejos e insinuaciones la conveniencia del traslado. La reina Germaine se sorprendió incluso de que Hortensia de Salazar alabara la idea de trasladarse a Arévalo, y aunque intentó sonsacar si era idea propia o auspiciada por su padre, don Rodrigo, no alcanzó a conocer el origen, aunque sospechó que se trataba de la larga e influyente mano de su esposo.

La reclusión de Juana, la estrechez del castillo, la insistencia de tantos y la falta de un motivo la llevaron a acceder a un traslado que se llevó a cabo sin bataholas ni alborotos, como si alguien, de antemano, lo tuviera todo dispuesto para que no hubiera lugar a la más pequeña confusión.

Germaine descubrió que aunque su vida no era más libre, sí lo era la de los cortesanos, y hasta se enteró de la existencia de una mancebía que existía en el lugar, controlada por el municipio.

A ella iban menestrales y artesanos, labradores y muleros, pero también había mujeres casadas o viudas que ayudaban en las faenas de las casas de señores, y que amén del servicio de la limpieza y aseo doméstico limpiaban también los bajos deseos con discreción y pericia.

El camino de estos comadreos no venía directamente de las damas que la habían acompañado desde Medina, sino de la nueva servidumbre de palacio, gentes del lugar que ponían al tanto a los llegados del castillo sobre la vida cotidiana de la villa.

Germaine, que gustaba de poner en apuros al cardenal, le inquiere la razón de permitir esas casas de pecado, autorizadas y controladas por el poder político, y, si no bendecidas, al menos contando con la anuencia de la Iglesia.

—Majestad, la Iglesia condena los pecados de la carne, y no quedan exentos ni los pecadores que asisten a esas casas ni las pecadoras que sirven de instrumento, pero también es cierto que hay dos motivos para que la Iglesia no intervenga. De uno, que los varones tienen grandes dificultades para conservar la castidad, y siempre es preferible que sus debilidades tengan lugar en compañía de esas desgraciadas que no seduciendo a honestas doncellas que dejarían de serlo, o virtuosas esposas que

podrían perder su integridad, por no hablar del peligro que corre la servidumbre, un peligro del que no queda libre ni siquiera este palacio —y aquí el cardenal hizo una breve pausa por si la Reina protestaba.

Al no encontrar ningún reproche, más aún, la expresión de ella se volvió hierática, como si nada hubiera escuchado, prosiguió:

—El segundo motivo es que esas casas sirven a la monarquía para controlar la violencia, prevenir insurgencias, informarse de opiniones inamistosas y un largo etcétera de servicios que son convenientes para la Corona y para la paz en sus tierras. Así, los teólogos han llegado a la conclusión de que la fornicación de varón con prostituta se considera fornicación simple, siempre y cuando se lleve a cabo *solutus cum solutas*, una de las faltas menos graves en los pecados carnales. Otra cosa es, y a los padres^[2] que están al cargo de las mancebías se les tiene advertidos, la fornicación en compañía, la depravación orgiástica, que es un extravío intolerable. Por lo demás, Majestad, nunca sabremos la cantidad de incestos, raptos, estupro e incluso sodomías que dejan de cometerse y dejan sin ofensas al Señor gracias a estos establecimientos, deleznable, sí, pero necesarios.

A la reina Germaine le aburre el discurso del cardenal, tan campanudo, tan enfático, tan correcto, pero ahora que ya domina el castellano y las palabras han dejado de ser traducidas en su mente y cobran vida y color de manera directa, el término fornicar le perturba, y no puede evitar que se le pueble la cabeza de imágenes no demasiado convenientes. Estas imágenes, delante del cardenal, le parecen una travesura íntima y, sin darse cuenta, sonrío.

—¿Os provoca buen humor lo que os cuento, Majestad?

—No, no —casi se ruboriza, como si el clérigo adivinara sus pensamientos íntimos—, es que me sigue pareciendo una cierta impostura, pero no soy teóloga, ni deseo que me lo volváis a explicar.

Y hace un leve gesto con la mano para indicar que da por terminada la conversación.



Pero, sin saber por qué —o puede que sí—, está ansiosa de mayores explicaciones sobre el funcionamiento del putañerismo, y, pasados unos días, Hortensia le confiesa que una camarera ha descubierto que una de las sirvientas de palacio tiene una hermana que ejerce de puta en la mancebía.

La Reina no quiere rebajarse al interrogatorio, pero está ansiosa por conocer más del asunto y delega en Hortensia y en la camarera para que lleven a la sirvienta a la antesala de la alcoba, y así la Reina pueda escuchar las explicaciones.

A la pobre sirvienta, sacada de la cocina con mil excusas, atorada y corrida

porque nunca había estado en las estancias reales, la ordenan recostarse en unos almohadones, y sus sayas no muy limpias, y su aspecto, la incitan a permanecer de pie, en tanto las dos mujeres se tienden a la morisca cerca de las cortinas, tras las cuales se encuentra la Reina.

—¿Es cierto que una hermana vuestra se encuentra de pupila en la mancebía? —inquire Hortensia, de manera directa.

La sirvienta se echa a llorar y, entre hipos, confiesa que ya se lo ha contado todo al jefe de las cocinas, y que lo sabe el cura que asiste en la iglesia del barrio de su pueblo, y que todo fue porque a su hermana la forzaron, y el mismo cura la aconsejó esa salida o entrar en un convento, y que como no poseen dote para llevarla a un convento y tienen un hermano pequeño, enfermo y delicado, el padre y la madre dieron su consentimiento, y hubo de pasar el examen.

—¿Qué examen? —pregunta la camarera.

—Pues el galeno certifica que no tiene virgo, que no es negra, ni mulata, y el representante del concejo, que no tiene en la ciudad ni familia ni parientes que vivan aquí...

—¿No vive aquí tu familia? —interrumpe Hortensia.

—No, señora, mi familia es de Sotillo de la Adrada.

Y se queda cortada, sin saber qué decir.

—Nos estabas contando el examen... —le anima la misma Hortensia.

—¡Ah! Pues eso, que luego, otro representante del concejo le hace jurar que no está sometida a otras voluntades, vamos, que lo quiere ella de ánimo propio. Y le explicaron las escudillas que tenía que pagar, y lo que cobraría.

—Pero tiene familia en Arévalo... —observa la camarera.

La sirvienta se vuelve a echar a llorar y, entre llantos, se pregunta si la van a echar a ella del castillo o a su hermana la puta de la mancebía, y que ella misma le aconsejó mentir, porque, de lo contrario, la querían llevar de puta a Sevilla, donde cada vez había más demanda, pero eso significaba no volverla a ver, tan lejos, y la dificultad de poder enviar dinero a la familia con gente de confianza.

Las dos mujeres se enternecen, se levantan y confortan a la sirvienta, y le aseguran que nadie dirá nada, y que esté tranquila.

—¿Y no me echarán de palacio? —pregunta inquieta y temerosa antes de irse, a pesar de las garantías.

—Estate tranquila, mujer —insiste Hortensia, apenada de verdad por los sollozos de la acongojada muchacha—. Por cierto: ¿cuántos años tiene tu hermana?

—Cumplirá catorce dentro de un mes.

—¿A los trece años ya las admiten?

—Sí, señora. Siempre que hayan tenido la primera sangre y hayan sido desvirgadas.

Nada más marcharse la angustiada sirvienta y la camarera, y en cuanto regresa Hortensia, sale la Reina y platica con vehemencia sobre el atropello de estas pobres

chicas.

—Los teólogos como el cardenal deben hablar mucho con Dios, pero hablan poco con estas pobres descarriadas.

IV

Íñigo, por su condición, no va a la casa de putas, pero mantiene relaciones irregulares con una mujer casada y asalta de manera sistemática a todas las hembras de la servidumbre. Tan es así que su mentor, al que el rey Fernando ha nombrado alcaide del castillo de Arévalo, llama al joven a despacho y le da cuenta del desagrado que le inunda por los informes que le llegan:

—Íñigo, eres listo, inteligente, yo diría que hasta sagaz, pero te pierden los picos y las faldas. También he tenido tus años y he soportado la incomodidad del deseo, pero para ser un caballero cristiano se necesita también de la fortaleza del espíritu, no sólo de la del brazo.

—Señor, os pido disculpas, pero las hembras tienen mucho de culpa porque suspiran con intenciones, miran con provocación o, de lo contrario, hasta de la humildad y la falsa modestia hacen arma seductora.

—Lo sé, lo sé —reconoce con masculina comprensión el alcaide—, pero por ello mismo hay que estar preparado para resistir las seducciones. Primero, porque menguan las mismas fuerzas, y eso no es bueno para un futuro soldado; luego, porque el cerebro se disipa y se distrae de asuntos más principales, y, en fin, porque esas acciones concluyen por saberse y no es cosa buena para la fama de un paje.

—Procuraré ser más discreto —responde con ingenua sinceridad el muchacho.

—No, no, no quiero que seáis más discreto: lo que pretendo es que dejéis en paz a las hembras del servicio y que cortéis vuestra relación con... Bueno, ella está casada, conozco al esposo y no me parece de caridad ni siquiera pronunciar el nombre.

—Lo intentaré, señor.

El castillo es un recinto cerrado por la fábrica amurallada, pero también cerrado para los chismes y las habladurías. En cualquier rincón hay ojos que espían, y tras cualquier puerta, oídos que escuchan. El enlazado de amistades ocupa toda la urdimbre de personas, nobles y vasallos, y hasta la misma esposa de don Juan de Velázquez, doña María de Velasco, está comenzando una relación amistosa, que llegará hasta la intimidad, con la reina Germaine.

Íñigo se siente mortificado y tenso. Desde que ha descubierto las delicias del sexo nota una especie de ansiedad, una extraña sed que provoca más deseo cuanto más se acude a las fuentes del placer. En la misa de la mañana, cuando los cantos del coro ayudan a la sublimación y el cura levanta la hostia y las cabezas se inclinan y los cuerpos se arrodillan, él no puede evitar observar la curva que forma el nacimiento del pecho de Hortensia, a pesar de estar casi oculto por la mantilla. Nadie pasa a comulgar, de no ser Pascua, pero cuando termina la liturgia y se queda a esperar que salgan la Reina y sus damas, sus ojos desnudan vestidos y corpiños, jubones y

enaguas, para imaginarse la blanda y atrayente carne que espera ser acariciada, la suave piel —apenas vista, porque el pudor femenino, aun en el acto, hurta a los ojos el cuerpo—, y hasta en la yema de los dedos, cuando se ha quedado prendida agua bendita, le viene el recuerdo de otros jugos menos santos cuya asociación es blasfema, y eso mismo le alborota, porque no puede evitarlo y porque el centro de su cuerpo, aun oculto bajo los calzones, se ha convertido en un dictador.



Al poco, llega la bula papal y Hortensia se despide para dedicarse a los preparativos de la boda. Íñigo se queda triste. No es que se hubiese enamorado, pero se había acostumbrado a sus coqueterías, a sus picardías atrevidas a las que seguía un inmediato retroceso y a tener una fuente de información segura. La sustituye una mujer que, amén de ser más mayor, tiene la autoridad que le proporciona ser la esposa del alcaide: doña María de Velasco. Poco a poco se convierte en la confidente de Germaine, y se coloca de su lado frente al cardenal Cisneros, que es regente de Castilla con el rey Fernando desde que la reina Juana, por su locura, ha sido confinada en Tordesillas.

Íñigo se siente vigilado, y aunque doña María le tiene en estima y le trata con dulzura, la diferencia de edad pone una barrera que le impide tomar confianza.

Una tarde, doña María le habla en voz muy baja, a pesar de estar solos en las dependencias del alcaide, y le predica sobre la buena ventura que sería que el rey Fernando tuviera un heredero. A continuación, sin transición alguna, le inquiere sobre su discreción y si su marido, don Juan, le ha puesto bien a las claras que todo lo que ocurre en la corte, lo que presencie y escuche, debe ser tomado «como lo que se cuenta al confesor», siendo grave falta la ausencia de discreción y medida.

—Jamás, señora, cuando salgo de estos muros, narro suceso alguno por muy principal que haya sido, ni siquiera a mi hermano Pedro, que es con quien tengo más apego, en las pocas ocasiones en que voy a visitar la casa paterna. Incluso considero ofensa, no es el caso, la insinuación de lo contrario.

—Estoy segura, Íñigo, pero no es reniego ni aprensión, que sabes el aprecio que tanto mi marido como yo te tenemos, sino cuestión muy delicada, tanto que esto ha de quedar entre nosotros, y ni siquiera el alcaide debe tener noticias.

—Os escucho.

Y aquí doña María comenzó un largo soliloquio sobre la necesidad de tomar caminos que no parecen muy honestos para lograr fines que sí lo son, a la manera en que Dios escribe, a veces, derecho con torcidos renglones. Y tras muchos circunloquios, rodeos y disgresiones en los que mezclaba los deberes a los que atenderse con las excepciones que confirman las reglas y el respeto a la moral con los

medios que en ocasiones deben usarse para lograr desenlaces felices, vino a decirle que era hora de prestar su vigor, a veces desbaratado de manera escasamente edificante, en una señora necesitada de encuentro con varón, y al decir esto, se sonrojó y, bajando los ojos, añadió con apuro que algún día, cuando fuera mayor, entendería que medios incorrectos son necesarios para alcanzar resultados benéficos.

La perspicacia de Iñigo añade una sospecha, pero ni la más aguda de las tentaciones conseguiría que la manifestara. Quedan, pues, en que dentro de unos días doña María le anticipará dónde tendrá lugar el encuentro.

A Iñigo no le agrada la propuesta. Le gusta la caza en todas sus variantes, y otear a la presa, y acosarla y perseguirla y lograrla, pero esto es como si le pusieran la perdiz en un corral sin salida, y, además, le proporcionaran una potente ballesta. Amén de que su gusto por las mujeres va unido a una especie de rechazo de lo femenino —no entiende sus extraños códigos, sus risitas y sus cuchicheos—, se siente al margen, igual que les sucede a los otros pajes, de la vibración del gineceo, de «esos entendimientos, a través de los sobrentendidos, que él no entiende».

No le gusta esta especie de trampa que él no ha urdido, ni un encuentro que él no ha buscado. ¿Será mayor, será joven, será...?

Lo cierto es que, al principio, está atento y concienzudo a los gestos de doña María, pero pasan los días, incluso las semanas, y llega un instante en que se ha olvidado de la propuesta o, al menos, ocupa un lugar muy lejano entre sus preocupaciones. Bastante tiene con retirarse de la relación de la señora a la que aludió el alcaide, que le envía billetes y recados, y no sabe cómo concluir la persecución sin dejar de aparentar cierta educada gentileza.

Pasadas unas semanas, cuando ya apenas se acordaba de lo dicho con tanta exigencia de secreto, doña María, que venía de rezar a su padre enterrado en la capilla de San Pedro, le comunicó que estuviera en su habitación pasado el mediodía, sobre las dos de la tarde.



Antes habían vivido en una casona que poseía don Juan cerca del convento de la Encarnación, que él mismo fundara, pero desde su nombramiento de alcaide habitaban en el castillo, en un ala cercana a la gran torre del homenaje. Por la estructura defensiva de la fortaleza, el rey Fernando había ordenado reformar las habitaciones reales, sitas en esta torre, para orientar puertas y ventanas a corredores que daban al patio de armas, con objeto de proporcionar a las estancias claridad e iluminaciones naturales. El cuarto de Iñigo estaba pegado al de uno de los hijos de doña María y de don Juan, Gutierre, algo mayor que él, muy diestro con la maza y la espada, pero que a la sazón se encontraba fuera.

A Íñigo le gustaba mucho más residir en la casa cercana al convento de la Encarnación, en la época en que todavía no había ingresado en la corte, por cuanto las entradas y salidas eran más libres e inadvertidas, en tanto que en el castillo no había forma de pasar inadvertido cada vez que se entraba o se salía del recinto; pero también poseía el aliciente de participar en alguno de los viajes, ocasión en la que conocía otros lugares, otras villas... y otras mujeres.

Suenan los cuartos para las dos en las campanas de la iglesia de Santa María la Mayor y se oyen unos golpes en la puerta, y el corazón de Íñigo se alborota, y entra una mujer que, al pronto, no distingue quién es hasta que, al acercarse, descubre que es la propia doña María, quien corre las cortinas, deja la estancia en la oscuridad y le dice que la persona está al llegar y que, por ningún motivo, descorra las colgaduras o intente desposeerla del antifaz que llevará la visitante.

En efecto, marcha doña María y, al poco, oye el cuchicheo de dos mujeres y entra una de ellas, quien con resolución se dirige a la cama, se tiende en ella y, en cuanto se quedan a solas, alza faldas y enaguas, con lo que se cubre el rostro ya tapado por el antifaz, y no dice una sola palabra, lo que deja al paje desconcertado y confuso.

Aunque está umbrío el cuarto se distingue la blancura de los muslos de los sepias de fustanes y refajos, y un inquietante punto fusco, casi negro, allá donde las piernas se ayuntan, que encalabrina al paje, le alivia el bochorno y le impele a bajarse los calzones y subirse a la cama, y aplicar lo que Natura le ha dado y la experiencia le ha añadido, de tal manera que, primero con cierto cuidado y consideración pero enseguida, sin recato alguno y con todo impudor, horada y arremete, hasta que del cuerpo inerte y pasivo surge un gemido y, enseguida, unas manos lo toman de los hombros y lo aferran como si poseyeran temor de que fuera a dejar de aplicarse a la tarea encomendada, y los gemidos dan paso a gritos contenidos y, luego, sollozos, y del interior del paje surge un latigazo, un escalofrío que le recorre las entrañas y que, como los arroyos cuando surgen de la tierra, brota impetuoso y va a parar al interior de la mujer.

Fatigado por la cabalgada queda como inerte, pero sin desenlazar la unión, no sabe cuánto, unos instantes, unas horas o unos años, porque ha perdido la noción del tiempo, hasta que advierte una mano veedora que investiga el estado de la atadura carnal, y un pequeño vaivén, suave pero incitador, que ahuyenta la flojera, recupera los bríos y he aquí que tiene lugar un nuevo trote, menos brutal y más tranquilo, puede que más placentero y mucho más largo, de tal manera que en esta galopada la montura sufre espasmos tres veces, el último de ellos coincidente con el segundo del jinete que esta vez, exhausto, se echa a un lado de la cama y cae al suelo, y atribulado se queda allí mientras la mujer, pasada la angustia del momento, ríe quedamente por la forma tan brusca de descabargar, e Íñigo, que tiene sentido del humor, se ríe de sí mismo y sube a la cama, y es ella la que se quita el antifaz, y lo besa agradecida y mimosa, reconocida y zalamera, y él, que cierra los ojos cuando besa para que la distracción de los ojos no desconcentre de la intensidad del encuentro de las bocas, no

se da cuenta del desenmascaramiento hasta que cesan los besos, y la mujer, como arrepentida del gesto, cuarteada en su primera intención, vuelve a colocarse el antifaz y a bajarse las sayas y a levantarse del lecho.

La desconocida da unos golpes suaves en la puerta, desde el interior, y le contestan de la misma queda manera, y entonces ella abre y se marcha presurosa en compañía de la autora de la respuesta a la seña, que no es otra que doña María, quien ha debido de estar en todo momento de guardia, y que la sigue con respeto, camino de la torre del homenaje.

Íñigo mantiene sospechas de quién puede ser la desconocida, mas si siente curiosidad no la demuestra cuando, al día siguiente, doña María le da las gracias por la misión encomendada, a la vez que le informa de que con el propósito de que la acción sea fructífera es conveniente volver a repetir el experimento, y pronuncia el término «experimento» con la intención de subrayar que lo que se está llevando a cabo no es empresa que tenga que ver con la lujuria, sino una tarea empírica, ajena la carnal incontinencia.

Íñigo, mientras escucha, recuerda el olor de la piel de la desconocida, menos ácido del que está acostumbrado a percibir con las mujeres que ha tratado, menos denso, quién sabe si por haber dado con una de esas personas viciosas de las abluciones permanentes.

Doña María le informa de que le dará detalles sobre el próximo encuentro, pero que, aunque ignora el día, es muy probable que sea aproximadamente a la misma hora.

Al día siguiente, al regresar Íñigo de una clase de gramática, doña María le requiere para que esté dispuesto esa misma tarde, y así obedece, y también en esta ocasión la mujer de su mentor viene a supervisar la alcoba, correr cortinas y dejar todo en penumbra casi treinta minutos antes de las dos. Nada más salir y quedarse Íñigo solo, escucha un gran revuelo, cascos de caballos sobre el patio de armas, bullicio de mucho personal, el inconfundible sonido de unas trompetas, incluso le parece escuchar el retumbo de un sacabuche, instrumento que ha venido de Flandes no hace demasiado tiempo.

Por un lado, está a punto de salir de su alcoba para enterarse de lo que sucede, pero, por otro, es consciente de que espera a una dama, y que su salida podría provocar un incidente con el que se ganaría la segura enemistad de doña María, por lo que decide permanecer recluido a pesar del alboroto cada vez mayor, de los gritos de los jefes a los soldados, del jaleo que corresponde a la llegada de un personaje muy principal; extraña situación, porque las visitas oficiales son anunciadas de antemano e Íñigo está al tanto de ellas, a no ser que se trate del propio Rey.

No ha escuchado las campanadas de la iglesia de Santa María la Mayor, precisamente debido a la bulla que han provocado los recién llegados, quienes quiera que sean, pero no le hace falta escuchar cuartos ni medias para colegir que han pasado las dos de la tarde con largueza y que la dama no ha aparecido.

Se aburre conforme pasan las horas, sin que nadie abra la puerta o le indique que la cita ha sido cancelada, hasta que, cuando ya la tarde pardea, escucha unos golpes que le sobresaltan y le hacen incorporarse de la cama sobre la que estaba tumbado y vestido, sin darle tiempo a ninguna reacción, porque enseguida, sin esperar permiso, entra doña María, muy agitada, y le ruega que la excuse, pero que han ocurrido inesperados sucesos que hacen imposible la continuación del experimento.

—¿Quién ha llegado? —pregunta Iñigo curioso—. He escuchado un gran revuelo.

—¡Ah! —exclama doña María como si el suceso no tuviese demasiada importancia—. Es que ha arribado el rey don Fernando.

De la misma manera que ante el anuncio de la primera visita Iñigo estuvo atento a las indicaciones que iba a recibir y, posteriormente, se desinteresó de la cuestión, a medida que pasan las jornadas y no aparecen nuevas el paje desestima el anuncio hasta que, transcurridas dos semanas y tras la marcha del Rey, que parte camino de Barcelona, vuelve doña María a proporcionarle indicaciones de que va a tener lugar el segundo encuentro.

Tornan a repetirse las mismas precauciones de la cita anterior y la mujer de su mentor se asegura de la tenue oscuridad, pero en cuanto ella se marcha, Iñigo, que quiere solventar las sospechas que le acucian, retira el cortinón que oculta la alcoba levemente, no demasiado, pero sí lo suficiente como para que llegue hasta la cama algo más de luz.

Apenas unos instantes después de que suenen las campanas de la iglesia de Santa María la Mayor ingresa la dama, también provista con antifaz, pero en esta ocasión no se tiende en el lecho con resolución y urgencia, sino que se sienta en la cama, toma del brazo al paje y lo atrae hacia su lado.

Iñigo está algo tenso porque no había previsto ningún tipo de preludio y estas vísperas le toman desprevenido, pero ella, afectuosa, lleva su mano hasta el cuello, y no se necesita pasar por Salamanca para saber que desea ser acariciada.

La piel es joven al tacto, tersa, y las manos son suaves, de persona que no ha tomado instrumentos ni trabajado con ellas, a no ser labores de damas.

Las caricias, al principio suaves, se vuelven más osadas, sin que encuentren resistencia. Poco a poco, como las cebollas se desprenden de sus capas hasta llegar al corazón, así van desprendiéndose las ropas de la dama, excepto las calzas y las medias y unos zapatos sujetos con hebillas y cendal. Las manos de ella hurgan en las botonaduras de él para que se desvista. Iñigo lo hace con rapidez, porque siente la urgencia atávica que le espolea.

Es la primera vez que yace sin ropas con hembra. Sus citas anteriores, que a pesar de su corta edad no han sido escasas, han tenido lugar con impedimentos de ropa y priesas frecuentes. La desconfianza de maridos, indiscreción de criados y celo de amas no son propicias para encuentros tranquilos en los que la delectación tenga cabida, sino más bien reuniones fortuitas en las que la urgencia está tan presente como el placer, con lo que el placer mengua y hasta se resiente.

No es el caso que ahora ocupa. La dama, como si poseyera una larga experiencia, le proporciona caricias inéditas y arrumacos que, de tan atrevidos, sorprenden a su pareja. Da la impresión de que en esta, al parecer, última reunión quisiera dejar un recuerdo, si no indeleble, al menos perdurable. Y de grata en grata sorpresa, de osadía en ternura y de cariño en bizarría, llega un momento en que la copa del placer se derrama, lo que causa vergüenza en el caballero. Pero la dama, como si supiera de estas aflicciones y fuera veterana en estos inconvenientes, tranquiliza con halagos susurrados al caballero, le aquieta y, con mano sabia y astuta, comienza, con lentitud y armonía, a poner en movimiento el badajo para que vuelva a sonar la campana.

En las pausas notan el calor. Corren los primeros días de agosto y aunque por las noches, de madrugada, ya comienza a refrescar, estas primeras horas de la tarde suelen ser abrasadoras. Pero unas brasas hacen olvidar otras.

Concluido el segundo introito, más breve que el del principio, comienza lo sustancial, y tiene lugar el sacrificio en el altar de Venus según la ortodoxia tradicional.

En el transcurso del regalado combate, sobre todo pasados los ardores que anteceden a la primera y placentera culminación, Iñigo intenta escudriñar las facciones que se esconden tras el antifaz, pero la luz que entra a la alcoba está a sus espaldas y llena de umbrías el rostro de ella. En el tercer asalto, la dama sorprende al caballero convirtiéndose en jinete y dándose buena maña en dirigir el trote con pericia de consumada amazona, lo que pasma a su pareja, al cuál le parece chocante, pero no menos deleitoso. Superado el asombro, recuerda su objetivo de escudriñar la cara que tiene enfrente, pero el problema sigue siendo el mismo: la escasa luz está detrás de ella, nimba su cabellera pero deja el rostro oscuro e imposible para las averiguaciones.

Íñigo queda exhausto mientras la dama se viste con melancólica lentitud, como si quisiera demorar la despedida, y bien sabe Íñigo que es la última ocasión en la que van a estar juntos. Y, aunque no ha habido intercambio de palabras y el lenguaje casi ha estado limitado al sentido del tacto, Íñigo tardará mucho tiempo en olvidarse de esos gemidos que no venían del fingimiento profesional de las heteras ni de la experimentada malicia de las damas rijosas, ni ese olor de la piel, porque cada piel es diferente, y por los poros surge un aroma personal e intransferible que puede avivar el deseo o ser causa de rechazo. El oído ha estado atento a los sollozos, las manos a la caricia, el olfato a los olores, e incluso la lengua se ha atrevido a lamer los tegumentos y ha quedado un recuerdo de sabores salados con retazos de perfume y afeites. Han trabajado los cinco sentidos, y ha holgado el de la vista, y aún el eximido tiene memoria de una nariz recta, de unas cejas delgadas y, ¿por qué no confesarlo?, de la inquietante albura de unos muslos tendidos en ofrenda en los que las medias de algodón blanco parecían el pedestal de las carnosas columnas.

Cuando ya se han apagado los ecos de los golpes de la señal dados desde dentro, a los que responden parecidos golpes producidos desde fuera, Íñigo siente una

sensación de vacío. Si supiera latín recordaría lo de *post coitum omne animal tristum est*, pero un soldado —y él va a ser un soldado— no necesita de latines, sino de espada y de caballo.

Por ello, no es sólo la indefinible y leve congoja que sigue al coito, sino una emoción algo más honda, como si esa persona, desconocida persona, se hubiera llevado de él algo más que los flujos, algo más íntimo e inmaterial, de otro orden, y el aficionado a los libros de caballerías, que no comprende el fervor excesivo de los caballeros por damas a las que ni siquiera se atreverán a acariciar sobre las ropas, atisba lo que puede ser ese enamoramiento que no necesita consumarse y requiere tantos sacrificios.



A poco de comenzar el otoño, un día en que viene Íñigo de adiestrarse en el patio de armas, va hacia su cuarto y se encuentra con doña María, muy agitada, acompañada de otra dama. Hablan mientras caminan animadamente, y cuando pasan por su lado, parece como si no le conocieran hasta que, sobrepasado el cruce, se para doña María, se vuelve hacia Íñigo y le pide que se acerque.

Obediente y gentil, Íñigo, que está sudoroso del ejercicio, se aproxima a saludar con una leve reverencia a las damas, y doña María, con aire complacido, le informa:

—Estamos de norabuena en el castillo, y, como ya lo sabe don Fernando, os lo podemos decir: la Reina está preñada.

—¡La Reina está preñada! —exclama y repite la dama más joven que la acompaña, con la misma alegría que si ella fuera la protagonista de la preñez y tuviera marido.

Íñigo esboza una sonrisa de cortesía y se despide. No entiende el contento de las mujeres, pero comprende menos la inexplicable pesadumbre que se apodera de él, una especie de enmarañado sinsabor. ¿No querían todos eso? Por fin, un heredero que se hará cargo del reino de Castilla, con lo que se separará del reino de Aragón. ¿Pero qué tienen que ver las sutilezas dinásticas con este abatimiento incomprensible que le inunda, que ni tiene explicación ni es razonable?

Se queda en camisa y, de una hidria, echa agua a una almofía para lavarse las manos y refrescarse el rostro. Ya ha principiado el otoño de 1508 y las hojas de los árboles transforman los verdes en bronces y amarillos. Su ánimo, otrora vivaz y lozano, se vuelve taciturno e insatisfecho. Y, como burlándose de sí mismo, imitando a la dama, exclama en la habitación hacia un auditorio inexistente:

—¡La Reina está preñada!

V

—¡La Reina está preñada!

En la corte de Enrique VIII de Inglaterra, la noticia se extiende por todas las dependencias y llena de buen humor los ánimos de servidores y nobles, amos y criados.

Catalina de Aragón está satisfecha. ¡Ha tenido tantos sinsabores y ha estado tan sola...! Tras la muerte de su primer marido le hubiera gustado regresar a España, pero su padre Fernando siempre le pidió que aguardara, que era prematuro, hasta que su cuñado, el nuevo príncipe de Gales, la desposó. Se casaron sin gran boato, después de siete largos años en los que ni siquiera pudo contar con la compañía de su dama más afecta, Hortensia, que regresó a España para casarse con su primo. Siete años llenos de incertidumbre, y, aunque ella sabe latín, inglés y francés y no le ha faltado ocasión de conversar con quienes la visitaban, éstos eran pocos y espaciados.

La ceremonia se celebró en la capilla Grey Friars, el 11 de junio de 1509, y ya se ha quedado preñada antes de terminar el año.

Espera tener más fortuna que la nueva esposa de su padre, Germaine, a la que, según le narraron por carta, le nació el niño muerto, en Valladolid, poco antes de convertirse ella en la mujer de Enrique VIII, del que está cada día más enamorada a pesar de que conoce de oídas de sus correrías, tan del gusto de los hombres.

Su madre, Isabel, la educó para ser reina y ella siempre estuvo dispuesta a desempeñar su papel con el orgullo de pertenecer por partida doble a la casa de Trastámara, y luego, con el deber de servir a la casa Tudor.

Pero le ocurrió algo parecido a lo de su madrastra y el niño murió tras el alumbramiento. El segundo, bautizado como Enrique, príncipe de Gales y duque de Cronwall, resistió vivo apenas dos meses. Después tuvo un aborto, al que siguió otro niño que nació muerto. Catalina se sintió culpable de no dar un varón al esposo, pero la culpa no era de Catalina de Aragón, sino de la sífilis que le había contagiado Enrique VIII.

Cuando Iñigo llega a Roma, la sífilis, procedente de Nápoles, se ha instalado en el Vaticano hasta el punto de que en los oficios de Pascua muchos cardenales se excusan de asistir a las ceremonias litúrgicas porque exigen descalzarse, y no desean mostrar a los fieles las pústulas causadas por el «morbo francés» o la «gran viruela», que con ambas denominaciones es conocida la terrible enfermedad.

Al arribar a la Ciudad Eterna la fe de Ignacio es tan profunda, tan firme, que la vida escandalosa de los príncipes de la Iglesia no le afecta; no porque haya de tener oportunidad de verla de cerca, sino porque son constantes las habladurías de las

gentes en una ciudad de cincuenta mil habitantes y en la que hay inscritas más de siete mil prostitutas. Nadie entiende mejor las debilidades de los hombres que quien ha estado preso de esas mismas debilidades, y como quiere partir a pie hasta Venecia para embarcarse hasta Jerusalén, no le interesan las chismorrerías y la delectación del vulgo en los detalles escabrosos o en los escándalos más conocidos. Como Adriano VI es el primer Papa morigerado tras una serie de personajes más cercanos al ideal libertino que al de la santidad, se ceban en la memoria de su antecesor, León X, que fue nombrado abad a los siete años, con once tomó posesión de la famosa abadía de Monte Casino y a los trece años ya fue nombrado cardenal, no el más joven de la historia, porque lo aventajó Benedicto IX, que logró la púrpura con doce años.

Camino de Venecia, se junta con otros dos peregrinos que también tienen intención de embarcarse en el puerto del Véneto y comentan, sin creérselo, lo que se dice del anterior Papa: que vendía los cardenalatos, incluso a ateos, siempre y cuando estuvieran dispuestos a pagar entre veinticinco mil y setenta mil ducados, y que a su amante, Alfonso Petrucci, lo nombró cardenal; eso sí, sin necesidad de ningún pago.

—Pero también tuvo hijos con hembras —comenta el peregrino más viejo.

—Sí, pero los camarlangos son todos jóvenes y hablan de que en las comidas, a veces de más de sesenta platos, al final sirven grandes pasteles de los cuales surgen efebos desnudos.

Irritado por tanta palabrería, dijo Íñigo:

—Pareéis alcahuetas chismosas o marmotas entremetidas que parlan sin mucho seso. Habláis sin conocimiento, y haciéndoos ecos de la murmuración, en lugar de enmendarla os volvéis propagadores.

—Compañero, no todo es invención o fantasía. Un primo mío estuvo en la coronación del anterior Papa y cuenta que encabezó, montado en un caballo turco de color blanco, una procesión formada por más de cuatrocientos príncipes, reyes, nobles y prelados, y por casi tres mil miembros de tropa, y se construyó un arco, y hubo fuegos y fiestas, que cuenta mi primo que no podían valer menos de cien mil ducados.

—También Pedro traicionó y negó a Cristo, y eso no le hace mal Papa —insiste Íñigo—. Y si ha sucedido, será voluntad de Dios, y nosotros, pobres pecadores, no somos quiénes para ponernos a juzgar, con tan escasa misericordia que más pareceríamos luteranos que católicos.

Callan los dos peregrinos y reanudan la marcha. La voz del español es firme y posee una misteriosa autoridad que no invita a la chacota. Además, todo el mundo sabe que al actual Papa lo ha puesto el rey Carlos I, porque fue su tutor en Alemania, y le suelen llamar Adriano de Utrecht, o, los peor intencionados, el Papa bárbaro, por ser de origen holandés. También es notorio que Carlos I dio un impulso a su carrera eclesiástica nombrándolo obispo de Tortosa cuando era simplemente Adriano Florensz, y, después, inquisidor general de Aragón y de Castilla, y hasta regente, razón por la cual en el cónclave en el que fue elegido Papa no estaba presente porque

se hallaba en España, y tardó varios meses, casi un año, hasta que pudieron poner la tiara sobre su cabeza, porque tuvo que solventar el problema del levantamiento de las germanías levantinas y las comunidades castellanas.

La Inquisición tiene oídos en todas partes y confidentes en cualquier lugar, y es más prudente callar y perder razón que porfiar en discusiones que pueden llevar a un mal final.

Íñigo, ajeno a estos temores, con la certidumbre de los que han encontrado el único sendero que merece la pena ser recorrido, sigue adelante sin reparar en el cansancio de los otros hasta que se atreven a rogarle que habría que buscar refugio para la noche, y que se avista una paridera no muy lejos de donde se encuentran en la que será posible encontrar acomodo.

Íñigo asiente, y aunque la cojera habría de parecer rémora y apremiarle a ser él quien antes pidiese desahogo y tregua, más parecen rencos los otros que él mismo.

Están atravesando la Umbría, y como haciendo honor a su denominación, el cielo se ha puesto cubierto de nubes de panza agrisada y oscura. Suben una cuesta, dejan atrás un bosquecillo de eucaliptos, y precisamente al encontrarse en campo abierto, rompe a llover copiosamente. Los dos compañeros apresuran el paso y echan a correr. Íñigo continúa su marcha, ni lenta ni apresurada, como si el agua no tuviera nada que ver, el agua que empapa la túnica de arpillera y le corre el rostro impávido y forma pequeños hilillos de agua que bajan por sus mejillas como si fueran lágrimas.



La leyenda diría luego, con esa fruición por la hipérbole, que cuando Íñigo tropezó con las lecturas de la vida de santos y mártires, es decir, cuando encontró la fe y aborreció de su pasado, lloró tanto que las lágrimas, por su abundancia y continuidad, formaron surcos en sus mejillas.

Lo legendario siempre necesita una porción de fábula, pero es cierto que hubo tanto dolor íntimo, tanto pesar al concluir que toda la vida anterior había sido un error, que no encontró consuelo en el propósito de enmienda, y el arrepentimiento le laceró durante días y días mientras una pena tan honda como sostenida se apoderaba de todo su ser y le impedía casi pasar inadvertida hasta la función de respirar, como si ese mero acto de supervivencia fuera un excesivo favor recibido de Dios.



El anciano que agoniza en la pequeña habitación siente ganas de llorar porque se enfrenta al objetivo, está cerca de traspasar el umbral que sobrecoge a los hombres

corrientes y alegre a los fortalecidos con la fe. La fe es un misterio. A él le vino poco a poco, infiltrándose en su corazón, haciéndole avanzar después de un retroceso o haciéndole desandar tras un avance. Al principio, en comparación con las aventuras del hijo de Perión de Gaula, Amadís, las odiseas de los santos le resultaban aburridas y su devoción por la Virgen le parecía menos verosímil que la de Amadís de Gaula por la bella Oriana. Sí, ellos rechazan el amor de mujeres terrenales, pero Amadís es capaz de renunciar al amor y entrega de la reina Briolanja. Los perversos que aparecen en la vida de estos mártires son gente corriente y ninguna reina se enamora de ellos, y tampoco ninguna se parece a Oriana.

No obstante, la inmovilidad de la pierna maltrecha no le permite otro entretenimiento que la lectura, y allí no hay otros libros que la *Vida de Cristo*, de Ludolfo de Sajonia, y *Vidas de santos*.

Con la pierna dolorida, desesperado a veces por los huesos maltrechos y lastimados, se quedaba absorto con las penas de los mártires, que eran descritas con tanto detalle y minuciosidad que hasta las molestias propias parecían poca cosa comparadas con los sufrimientos y torturas a que habían sido sometidos estos hombres y mujeres, que estuvieron dispuestos a soportar cualquier suplicio por ver antes al Señor.

«Usaban los tiranos poner a los santos mártires en cruz, y esto no siempre de una misma manera, porque algunas veces los crucificaban con los pies clavados hacia abajo y las cabezas levantadas al cielo; otras, al contrario, con las cabezas al suelo y levantados los pies. Y la misma cruz no siempre era de una misma figura, sino de diversas. Y algunas veces los crucificaban en los árboles y en otros palos de varias hechuras. Colgábanlos de algún palo, o columna, o árbol para poderlos más fácilmente atormentar a su gusto. Y algunas veces los colgaban de los dos pies y otras de un solo pie, encendiendo debajo fuego de alguna materia sucia y asquerosa para que el humo y el mal olor los afligiese y ahogase. Otras veces los colgaban de un brazo, o de los dos, o de los dedos pulgares, y los tenían así colgados mucho tiempo. Y para descoyuntarlos y desencasar los huesos de sus lugares cargaban sobre los pies, y aun sobre la cabeza y espalda, pesas grandísimas de piedra, de plomo o de hierro, para que con el peso se estirasen los miembros y no quedase parte sana en todo el cuerpo del santo mártir. Otras veces los prensaban y estrujaban como se estruja la uva y aceite en el lagar. Otras los estiraban y extendían, atados los pies y las manos, con unas ruedas que llamaban “trócleas”, más o menos como querían. Otras los ponían en una rueda y los dejaban en ella sin comer hasta que morían, o atados a ella los despeñaban; y aun algunas veces sembraban la misma rueda de puntas de hierro muy agudas y los revolvían sobre abrojos de acero, con puntas que cortaban como navajas. Era cosa muy ordinaria el tormento del ecúleo, el cual era un instrumento de madera, a manera de caballete, con sus ruedas a los cabos, para estirar y descoyuntar al mártir. Otras veces los atormentaban en la que llamaban “catasta”, que era un tablado armado sobre algún lugar alto y eminente de donde pudiese ser visto del pueblo el

que era atormentado, para que aquellos tormentos tan horribles y penosos causasen grima y espanto a los circunstantes. Allí los azotaban crudelísimamente, algunas veces con látigos durísimos; otras con nervios de bueyes; otras con varas; otras con palos y bastones ñudosos; otras con una manera de zarza, o de vara espinosa y ñudosa que llamaban «escorpión»; otras con varas de hierro o de plomo, o con plomadas, que era un género de azote hecho de cordeles o de cuero que tenía en los cabos de él enjertas unas pelotas de plomo. Y con estos instrumentos los sayones y verdugos molían, quebrantaban y despedazaban los cuerpos de los santos mártires con tanta perseverancia y bárbara crueldad que muchas veces quedaban ellos más cansados de herirlos que los mismos mártires de ser heridos y atormentados, por el deseo grande que tenían de padecer por Cristo y por el esfuerzo y gozo que el mismo Señor les daba. También los atormentaban dándoles palmadas, bofetadas, puñadas y coces, y no pocas veces quebrándoles los dientes y las mejillas con piedras. Otras los apedreaban o —echando sobre sus cuerpos tendidos en el suelo alguna rueda de molino u otra piedra muy pesada— los desmenuzaban y consumían. Tenían otrosí los tiranos muchos instrumentos para rasgar y despedazar las carnes, como eran uñas de hierro aceradas, que era una manera de tenazas armadas, por una parte y por otra, de unas puntas; o uñas de hierro, con que asían y sulcaban la carne y sacaban pedazos de ella; y hoy día se muestra en San Pedro de Roma uno de estos instrumentos, que en sólo verlo pone espanto. Usaban también peines de hierro, con los cuales peinaban y raían las carnes de los santos; y de unos garfios asimismo de hierro para asirlos, traerlos, colgarlos, rasgarlos o, después de muertos, arrastrarlos y echarlos en el río o en algún albañar y lugar inmundo e infame. Y no menos con pedazos de tejas agudas raían y refregaban todo el cuerpo ya llagado, y le desollaban y despojaban de la piel que le cubría. Usaban de planchas de hierro, de hachas y de otras que llamaban “lámparas encendidas”, para abrasar los costados de los santos mártires en la catasta y en el ecúleo; y después que los bajaban de él, algunas veces los ataban en algún brete y los estiraban, cruzadas las piernas, hasta que llegasen los pies a ciertos agujeros desmedidos; otras les echaban sobre sus cuerpos cal viva y aceite hirviendo, o, desnudos, los revolvían sobre pedazos de tejas agudas, para que no quedase miembro ni parte del cuerpo ya despedazado que no sintiese su nueva pena y dolor. Demás de estos tan atroces y horribles tormentos, inventó Satanás otros muchos, más crudos y atroces, para quemar a los gloriosos caballeros de Cristo. Porque unas veces los echaban y encerraban en un toro de metal ardiendo; otras en una olla grande y capaz, asimismo de metal, llena de aceite, pez y plomo derretido, para que allí se cociesen; otras los freían en sartenes; otras los asaban con fuego lento, tendidos en unas como parrillas o lecho de hierro; o, sentados en una silla, también de hierro, encendida, los abrasaban, y las cabezas con una celada o casco hecho fuego, o se las traspasaban con clavos agudos y encendidos. Otras veces vestían sus bienaventurados cuerpos de una túnica de hierro ardiendo, o de otra que llaman «túnica molesta», empapada en pez, resina, aceite y otras materias semejantes, y pegándole fuego los consumían.

Asimismo, atormentaban los pies con zapatos de hierro ardiendo, sembrados de clavos; o, descalzos, los mandaban andar sobre las brasas; o echábanles plomo derretido en la boca. Arrojábanlos en las hogueras, hornos, caleras y en hoyas llenas de fuego, o en alguna nave cargada de estopa y pez, para que en la mar fuesen quemados y, pasando por agua y fuego, llegasen al refrigerio y corona del Señor».



Las lecturas le afectaban como un desafío. ¿Sería él mismo capaz de tanta abnegación? Y se imaginaba tendido en la écula, o con los pies embutidos en zapatos de hierro rusiente, o envuelto en capa de pez, o colgado de los pulgares, o crucificado boca abajo. ¿Sería él capaz de resistir semejantes tormentos?

Serían pocos los soldados y guerreros capaces de tanta resistencia, por no decir ninguno. Escasearían los nobles que, sometidos a la indignidad de la tortura y sabiendo que con sólo pronunciar una palabra podrían quedar libres, soportaran estas vejaciones tan miserables y crueles.

Otro de los aspectos que le deslumbraron fue la valentía de las mujeres, no menor que la de los hombres y, de entre todas, le llamó poderosamente la atención la vida de santa Cristina, virgen y mártir:

«En la provincia de Toscana, como dieciocho leguas más acá de Roma, hay un lago que se llama de Bolsena y un pueblo de este nombre que está junto a él. Hubo antiguamente en este lago una ciudad que se llamaba Tiro, de la cual el mismo lago se llamó Tirio, y por haber crecido mucho e inundado, ahogó y asoló la ciudad que estaba en él. En esta ciudad de Tiro nació, de muy ilustre sangre y de la familia de los Anicios, la virgen santa Cristina. Su padre se llamó Urbano, gobernador y prefecto por los emperadores Diocleciano y Maximiano. Desde niña se aficionó a la fe de Cristo y, por la devoción de su santo nombre, se llamó cristiana contra la voluntad de su padre, que, como era gentil y ministro de los emperadores (que eran tan grandes y crueles enemigos de Cristo), procuró con todas sus fuerzas y mañas apartar a su hija de aquella creencia, que él tenía por locura. Mas no pudo hacer mella en aquel pecho sagrado y fuerte que de Cristo era poseído; antes, la santa doncella, tomando los ídolos de oro y plata que su padre tenía, los quebró e hizo pedazos y repartió a los pobres; de lo cual tuvo tan grande enojo su padre que él mismo la dio grandes bofetadas y golpes, y la mandó desnudar y azotar en su presencia a ciertos criados suyos; y ellos lo hicieron hasta quedar cansados y sin fuerzas. No contento con esta crueldad, desnudándose del afecto de padre y vistiéndose del de enemigo y verdugo, otro día hizo rasgar sus carnes con garfios de hierro, con tanta violencia que no sólo corrían arroyos de sangre del cuerpo de la santa doncella, sino también algunos pedazos de sus carnes caían en el suelo y los huesos se le descubrían. Y la santa, con

admirable paciencia por una parte, y por otra con espantosa fortaleza y constancia, se abajó y, tomando los pedazos de sus propias carnes, se los ofreció a su padre diciéndole:

—Toma, cruel tirano; come de la carne que engendraste.

Mandóla poner su padre en una rueda de hierro algo levantada del suelo y debajo encender carbones y echar en ellos aceite. Mas el Señor la defendió de este tormento y, para justo castigo de los gentiles que estaban presentes en este espectáculo, ordenó que la llama de aquel fuego diese sobre ellos y matase mil personas. Volviéronla a la cárcel, donde fue visitada y curada enteramente de los ángeles.

Otro día la mandó el padre atar una gran pesa al cuello y echar en el lago de Bolsena, pero los mismos ángeles la libraron y sacaron a tierra sin lesión alguna, con grande rabia y despecho de su padre, que la mandó tornar a la cárcel para imaginar otros nuevos y exquisitos tormentos con que atormentarla y consumirla. Mas otro día fue hallado muerto en su cama y no pudo ejecutar en su santa hija su saña y furor.

Sucedióle en el oficio de juez Dión, no menos cruel que su padre. Mandó hacer una cuna grande de hierro y henchirla de pez, óleo y resina, y, estando todo hirviendo, echar dentro a santa Cristina. Y la santa virgen, con grande alegría, diciendo que, como a niña engendada por el bautismo, la ponían en la cuna, hizo la señal de la santa cruz y fue libre del tormento de ella. Lleváronla, raída la cabeza y descubierto el cuerpo, al templo de Apolo, y el ídolo cayó en tierra hecho ceniza. Quedó de esto tan asombrado y fuera de sí el prefecto Dión que cayó allí muerto, y tres mil personas se convirtieron a la fe de Cristo. A Dión sucedió otro juez en la crueldad y en el oficio, llamado Julián, el cual mandó encender un horno y poner en él a la santa, donde estuvo cinco días —ardiendo siempre el horno— alabando al Señor sin recibir daño alguno. Volviéronla a la cárcel y, por medio de un mago y nigromántico, echaron muchos áspides, serpientes venenosas y malas sabandijas, las cuales venció con la fe de Cristo y se le sujetaron y rindieron. Cortáronle la lengua, y sin ella hablaba y se entendía mejor, no cesando de alabar al Señor. Finalmente fue atada a un madero y asaeteada. Y con este martirio, vitoriosa, envió su alma al cielo, donde fue recibida con increíble regocijo de todos aquellos cortesanos y espíritus bienaventurados que habían estado a la mira de tan dura y larga pelea, y le daban el parabién de haber salido de tres tiranos con vitoria».



No le repugnaba a su raciocinio que persona sin lengua pudiera hablar, ni sentía demasiado asombro de que lograrse salir ileso su cuerpo de una cuna de pez ardiente, puesto que los prodigios también tenían lugar en las novelas de caballerías, y la aparición de magos y dragones, encantamientos y prodigios, formaban parte de la

realidad. Lo que le colmaba de asombro era que aquello fuera protagonizado no por un soldado experimentado o por hombre curtido en cautiverios y guerras, sino por una doncella, por una mujer, pongamos que semejante a Hortensia pero dotada de una voluntad y de un convencimiento admirables.

La división de la Humanidad en géneros respondía a una taxonomía elemental. La fuerza, la lucha, el sacrificio, el coraje y el valor, residía en los hombres. Las mujeres parían, amaban a sus hijos, respetaban a sus maridos..., bueno, no todas... Iñigo tenía experiencias de muy diversa índole, y esa mujer adorada y llena de virtudes también podía ser una hetaira, una celestina, una alcahueta, una entremetida y una murmuradora.

VI

Cuando se extendió la noticia de que Germaine de Foix se había quedado preñada, doña María de Velasco, que siempre había sido amable y dulce con él, se tornó huidiza y esquiva, a la vez que se interrumpieron las citas con la misteriosa dama. Tampoco Iñigo le concedió demasiada importancia, porque había decidido dedicarse a las armas y esperaba una oportunidad que no se producía por los remilgos de su tutor, que no deseaba que se perdiera entre la tropa de Fernández de Córdoba, siempre en campaña por Italia, demasiado cerca del peligro y demasiado lejos de los hilos del poder.

Aunque Iñigo no poseía la madurez suficiente, no dejaba de percibir que los poderes de Juan de Velázquez pueden que no disminuyeran, pero no aumentaban, y a pesar de que junto con el cardenal Cisneros formaba una pinza de la que el rey Fernando era beneficiario, aunque fuera sin entusiasmo, y de que doña Ana se había convertido en la confidente de Germaine, solía a menudo ver al intendente del castillo quejoso o molesto, porque no todas sus recomendaciones para cargos o dádivas recibían la aquiescencia del rey Fernando.

No obstante, en los asuntos principales, la opinión de Juan de Velázquez tenía el peso del saber y la experiencia, porque compartía con el rey Fernando la habilidad para preparar gambitos apetecibles que seducían al enemigo, o maniobras complejas que completaban y favorecían al tosco enfrentamiento militar.

Cuando, tras echar a los franceses de Nápoles, Fernando quiso atacar a Francia por el flanco sur y pidió permiso a Navarra para que pasaran las tropas de la Corona de Aragón por Navarra, los reyes no dieron la conformidad.

Iñigo presenció la reunión que tuvo lugar en el castillo de Arévalo entre el rey Fernando, el cardenal Cisneros y Juan de Velázquez, porque al intendente no le gustaba que hubiera mujeres alrededor y prefería que hicieran de ayudantes o alguno de sus hijos o alguno de los pajes de absoluta confianza, entre los que se hallaba Iñigo.

En esta ocasión estaba a las puertas, atento a ser requerido para llevar vasijas o viandas si es que tenían hambre, o lo que requiriesen.

El Rey les consultaba su decisión de invadir Navarra y los otros dos hombres no le llevaban la contraria, pero el cardenal Cisneros pidió un aplazamiento, y que se le dejara llevar a cabo una gestión con el papa Julio II, con estos argumentos:

—Sabéis, Majestad, que el Santo Padre está muy agradecido por la ayuda que le habéis prestado despachando a los franceses, y que confía en la que le pudierais proporcionar más adelante.

—Y sabéis —dijo el Rey— que se la prestaré, porque también eso va a favor de nuestros intereses.

—Lo sé, Majestad, y me congratulo que la obediencia que debo a Roma se armonice con la que os debo a Vos. Por eso mismo creo que, antes de enviar las tropas contra Navarra, debería saber el Papa que las protestas del tal Lutero están siendo muy bien acogidas por los reyes, y que la negativa del paso de las tropas corresponde al tratado que han firmado con el rey francés. Es decir, habría que informar al Papa de que los reyes de Navarra son aliados de su enemigo y, además, están trabajando peligrosamente a favor del descarrío de las almas de los súbditos de ese reino.

—Al estar ellos mismos enfrentados —intervino Juan de Velázquez—, supongo, Majestad, que tendréis aliados, bien entre los beamonteses, bien entre los agramonteses.

—Los beamonteses serán nuestros aliados, nuestros guías y nuestros amigos —declaró el Rey.

—Pero aplazad la acción hasta que el Papa de Roma nos pueda ayudar con algún gesto —recomendó el cardenal.

El gesto de Julio II, que ya había recuperado muchas de las ciudades y esperaba despachar a los franceses de Génova, fue declarar la excomunión para los reyes de Navarra.

Íñigo ignora de qué forma se hizo la gestión, pero al poco de conocerse la medida papal, un ejército castellano al mando de Fadrique Álvarez de Toledo, segundo duque de Alba, penetró en Navarra y, guiado en efecto por los beamonteses, en tres días tomó Pamplona.

Íñigo fue engañado por Juan de Velázquez, que le prometió incluirlo en la expedición, pero luego lo libró de ello porque poseía informes que contenían datos de que la Baja Navarra resistiría, como así fue, y que habría batallas más cruentas de lo esperado.

Por un lado, Juan de Velázquez animaba a Íñigo a que hiciera carrera en las armas y, por otro, sentía su responsabilidad de tutor y, aunque el muchacho iba creciendo y ya era todo un hombre, verlo mezclado en la soldadesca, que el condestable conocía muy bien, le producía un tufo de repugnancia que le hacía echarse hacia atrás en el último momento.



Quiso el destino que el bautismo de sangre de Íñigo no tuviera como escenario una batalla en la que él estuviera entre las tropas castellanas o aragonesas, como era lógico de prever, sino que el escenario fueran unas fiestas de carnaval.

Hacía tiempo que no veía a sus hermanos, y en febrero decidió ponerse en viaje aprovechando que unos artesanos que habían trabajado para don Juan hubiesen sido recomendados por éste para que prestaran servicio en una ampliación que llevaba a cabo en su palacio de Pamplona el duque de Nájera.

Corría el año 1515, y transitar por los caminos en solitario representaba un peligro innecesario. Vieja soldadesca, repudiada por los mismos señores a los que habían servido, pululaba por los caminos, y aunque su edad era mayor que su fuerza, sus ardidés y su experiencia superaban en mucho a la de los incautos viajeros que se atrevían a trasladarse sin compañía.

Tardaron seis días en arribar a Pamplona; seis días en los que Íñigo, a pesar de mantener al principio una cierta distancia por la evidente diferencia de clase, fue ganado por la amabilidad y el afecto de las dos familias de artesanos, compuestas por un matrimonio mayor y tres hijos, dos de ellos varones, y por otro más joven, que tenían una niña pequeña de unos seis meses, muy graciosa. Al principio, Íñigo comenzó a alabar la listeza de la niña, más que nada por intentar aproximarse a la madre en espera de aguardar algún momento de debilidad y asediarla, pero, al cabo, vio tanto amor en los dos jóvenes padres que desechó su primera intención y hubo de contentarse con adivinar, tras los oscuros vestidos, las formas de la joven madre, y por admirarse de la redondez y pesadez del pecho que, sin ningún cuidado, ora uno, ora otro, sacaba de la blusa y colocaba en la boca de la niña, produciendo en el joven observador sensaciones más cercanas a la lubricidad que a la ternura.

Eran gentes rústicas, pero habilidosas en las ocupaciones que llevaba consigo el viaje. Y con la carreta y unas lonas improvisaban un amplio dormitorio comunal bajo el que pasaban las noches, arrebujados en las mantas. Procedían de Valencia y el maestro era el padre de los tres hijos, al que los demás trataban con respeto y consideración. Su mujer, que ejercía de matriarca, era una buena cocinera que sabía sacar provecho de las pocas cosas que llevaban y, en un momento, una olla de barro que costaba mover cuando estaba llena, la ponía al fuego y lograba unos guisos apetitosos que comían con fruición, acompañados de lonchas de unas grandes hogazas que el padre partía con la misma habilidad con que cortaba madera y la ensamblaba.

Íñigo, acostumbrado a viajar con don Juan en séquitos más refinados y a pernoctar en palacios de amigos de su tutor, o, en el peor de los casos, en ventas del camino, no se mostró muy agradable al principio, como si el viaje fuera una penitencia, pero el hambre saciada con placer y la buena disposición de las gentes derribaron sus precauciones, sobre todo cuando al tercer día, después de una colación en la que un conejo que había caído en una trampa puesta por la noche había sido transformado en un manjar por la matriarca, el maestro se acercó con humildad hasta él, que se había alejado del grupo tras disfrutar de la pitanza, y le dijo:

—Señor, os pido disculpas por nuestra falta de refinamiento, pero sabed que nos agradecería que tuvierais buen recuerdo de este viaje, y que si algo no os gusta u os

desagrada, me lo digáis y procuraré corregirlo.

La mirada del hombre era humilde y natural. No poseía el simulado servilismo de los tenderos ni la falsa humildad de los criados. Trabajaba con sus manos, era apreciado, enseñaba la habilidad a sus hijos y al padre de la joven niña; nada le debía él, antes al contrario, él y su familia le servían de salvaguarda en el camino y le procuraban al paladar goces imprevistos, a pesar de que la gula no era ninguna tentación y mantenía con la comida una relación de mera necesidad.

—Os agradezco vuestra compañía —dijo Íñigo—, y os aseguro que me es mucho más grata que algunas aburridas reuniones en el castillo. Puede que sea yo quien deba disculparme, porque he interrumpido vuestra intimidad y no soy de gran ayuda.

—Nos sois de gran ayuda porque vuestra presencia es para nosotros un honor que demuestra la confianza del señor don Juan, a quien siempre estaremos agradecidos.

A partir de aquel momento, el viaje resultó mucho más agradable.

Le sorprendió a Íñigo que el maestro artesano tuviese conocimientos de aritmética y de geometría bastante más avanzados de lo que hubiera supuesto y, sin embargo, fuera medio analfabeto en letras. Y, al cuestionarle esta aparente contradicción, le informó que precisaba del cálculo para su oficio, y del dibujo, pero que no le eran necesarias las letras, y si no eran necesarias, ¿para qué complicarse en conocimientos de escaso provecho?

En su interior reconoció Íñigo que no estaba muy alejado de planteamientos que él mismo había albergado y que le habían propiciado más de una reconvención por parte de don Juan, y que, sin llegar al rústico pragmatismo del carpintero, también él había renegado del latín por considerar que no se ajustaba a sus necesidades, y que para el deleite que le proporcionaban las lecturas de las novelas ya tenía el castellano, puesto que no tenía intención, ni interés, en leer a Virgilio o a Cicerón en una lengua que ya nadie hablaba.

Fuera por el agradecimiento de esta actitud o por el ambiente familiar que sin ninguna premeditación surgía de aquel grupo, comenzó a observar a la joven madre sin los ánimos eróticos del principio, sin la obsesiva imaginación de los placeres carnales que podría proporcionarle. Y aunque todavía, cuando se destrenzaba la blusa gris y extraía un redondo y pesado pecho cuyo pezón iba a parar a la boca del bebé, sentía un escalofrío atávico e indomable, su ánimo se iba desprendiendo de la lujuria que le causaba la cercanía de cualquier hembra que no fuese demasiado vieja, y se aplacaba una lubricidad a la que se había acostumbrado como algo inherente a la naturaleza de los hombres.



Llegados a Pamplona se hizo con una mula y reemprendió el camino solo, pero ya

estaba en territorio conocido, ya el paisaje volvía a conectar con el de su infancia, y la austeridad castellana, que tanta sorpresa como disgusto le causó al principio y a la que ya se había acostumbrado, se quedaba atrás, y los verdes prados, y los cielos grises, y el aire húmedo le daban la bienvenida y le proporcionaban una sensación hogareña de difícil descripción.

Llegó a la anochecida del día 19 de febrero, avanzada la tarde, y al día siguiente, martes de carnaval, se fue con su hermano Pedro, que ya había sido tonsurado, a mezclarse con la algarabía familiar y doméstica de la mañana, y ya anochecido, con la más atrevida y peleona de las noches.

Fue un mozalbete disfrazado de fraile el que comenzó a bromear con Pedro, que no llevaba ni siquiera antifaz y cuya condición de clérigo auténtico era reconocible. Al principio, las bromas eran alusiones verbales de las que se podían disculpar los matices groseros, pero pronto hubo empujones malintencionados a los que Iñigo correspondió con otro mucho más airado que hizo caer al bromista en medio de quienes le acompañaban.

Se produjo un revuelo y los compinches del provocador se arremolinaron alrededor de ellos. Había gente que les miraba y, sintiéndose observados, el más alto de los amigos del empujador habló a Pedro de batirse en una zona más tranquila. Iñigo dijo que se batiría él, que era quien había repelido la agresión, y que los demás actuaran de testigos.

La tensión del diálogo se sostuvo en un tono tan lleno de inquina como falto de voces, así que los curiosos volvieron a sus frívolas diversiones y el grupo se dirigió hacia un callejón que daba a la parte de atrás de unas casas de dos plantas.

Nada más estar ocultos de la vista de los demás, el grupo empezó a golpes con Pedro y con Iñigo, siendo el más avieso y ardoroso el que iba disfrazado de fraile. No había luna llena y el cuarto que decrecía era tapado por nubes en sucesivas intermitencias, pero cuando Iñigo sacó su espada brilló el metal a la tibia luz como un grito tan mudo como fulgente y causó un instante de sorpresa. Apaciguada ésta, surgió una navaja en la mano del falso fraile, e Iñigo, enardecido e indignado por la falta de caballerosidad de los atacantes, mientras seguía blandiendo la espada a modo de aviso, sacó una daga con la mano izquierda, que llevaba bajo el jubón, y al más alto y ladino, proponente de la emboscada, que se lanzaba hacia él, le recibió con una hoja que se hundió en su costado con sorprendente facilidad. Pedro repartía puñadas y golpes con tanto entusiasmo como si arrojara los ángeles soberbios al infierno. Al caer el hombre alto, intentó ponerlo en pie el fraile disfrazado, lo que dejaba la lucha tres a dos, y los dos hermanos, convencidos de que juntos valían por cuatro, pusieron tanto denuedo y ardor que, unido a la vista de la espada, la cual Iñigo blandía como una honda para que nadie se acercara ni a él ni a su hermano, hizo que los tres optaran por retirarse, a la vista de lo cual el falso fraile dejó tendido al camarada y se unió a los otros.

Se acercaron al cuerpo del caído y vieron que estaba moribundo y que surgía

sangre del costado y de la boca. Pedro hizo la señal de la cruz, extrajo la daga ensangrentada, la limpió en la tierra, la sacudió en unos matojos y se la guardó.

—Si de esto se tiene conocimiento y llega a saberse, diremos que he sido yo — dijo Pedro.

—¿Por qué?

—Porque ese hombre morirá dentro de poco si no está ya muerto, y yo soy clérigo, y la autoridad eclesiástica es más benigna que la civil.

—Fue un acto de defensa.

—Sí, pero los otros no llevaban espada y ni siquiera nos han herido. No tienes experiencia en jueces y escribanos y podrías meterte en un embrollo que sería difícil desenmarañar.

—Es injusto. No lo admito.

—Es lo mejor para los dos.

Aún no habían llegado a un acuerdo cuando una cuadrilla de alguaciles les dio el alto y los prendió, sin que ellos ofrecieran resistencia. La cuadrilla, después de comprobar que el hombre tendido ya no necesitaba ninguna ayuda, se dividió equitativamente, y las dos parejas se repartieron cada una a los detenidos.

Tal como había propuesto Pedro, hizo valer su condición de clérigo, dijo que había actuado para defender a su hermano y solicitó ser llevado a presencia del representante del obispo.

Iñigo estuvo tentado de llevarle la contraria, porque notaba una insoportable indignidad que acompañaba a su asentida mudez, pero Pedro, mientras hablaba, lo miraba con fuerza, como si le recordara el pacto propuesto y las derivaciones peligrosas que podrían ocasionarse.



Cuando, días atrás, se había despedido en Pamplona de los artesanos, Iñigo no calculaba que regresaría tan pronto a la ciudad y en condiciones tan impensadas, porque tras pasar la noche en la cárcel de Azpeitia los habían trasladado a la cárcel del obispado de Pamplona.

Pasadas las inquietudes de la detención y acordado con Pedro que él guardaría silencio —a pesar de que estuvo a punto de romperlo cuando escuchó a su hermano afirmar que el propio Iñigo también era clérigo—, el encierro le permitió reflexionar sobre lo sucedido desde varias perspectivas. No era lo mismo darle un mandoble al estafermo o a un muñeco de paja en el patio de armas del castillo que actuar con una persona de carne y hueso. Le había sorprendido lo sencillo que era matar a un hombre. En los ratos ociosos en el castillo o en la casa de don Juan, que eran muchos, se había imaginado implicado en docenas de batallas, siempre arriesgando su vida por

la del Rey, por la de su capitán, por la de quien fuese, y batiendo enemigos con denuedo y eficacia, y sintiendo el enardecimiento que, aun en la ficción, le producían las vicisitudes de los imaginados lances, pero eso tenía que ver muy poco con la realidad experimentada. Sí, se había batido con indignación por la falta de caballerosidad de los contrincantes, y con ardor, pero no había extraído ningún tipo de satisfacción tras comprobar que había dejado sin vida a una persona. Comparado con sus fantasías, aquello era casi miserable. No era un moro que pudiera poner en peligro la resistencia de la guardia del castillo, incluso apoderarse de la plaza, sino un tosco y destemplado hombre que creía que la diversión era meterse en peleas. No iba armado, y esto desesperaba a Iñigo y le llenaba de rabia, y hasta achacaba la culpa a don Juan por no haberle permitido enrolarse en la toma de Navarra. Podría haber entrado victorioso en Pamplona y resulta que estaba encerrado en la cárcel por una estupidez de la que, encima, se había culpabilizado su hermano.

Pedro estaba tranquilo e Iñigo se encontraba furioso, no por el mero hecho de permanecer recluido, sino por la falta de gloria de la hazaña. Desde luego que no podían haberse dejado moler a palos por unos desconocidos, y que en la superioridad de su número habían corrido el peligro de quedar malheridos, pero a Iñigo le reconcomía la ausencia de aureola, la insignificancia del hecho, la constatación de que no era una hazaña de la que pudiera sentirse satisfecho. La fama del Gran Capitán no se sustentaba en peleas callejeras en tiempos de carnaval. Y él se sentía con fuerzas, y con conocimientos, y con valor suficiente para ser reconocido por su denuedo y su gallardía, Iñigo estaba seguro de poseer el tipo de madera de la que están hechos los héroes y le parecía excesiva la espera, y lo peor era que no vislumbraba de qué manera iba a empezar su carrera de guerrero invicto.

Pedro, que lo veía bullir inquieto y que lo achacaba a la preocupación por los resultados del proceso, le repetía a menudo:

—Todo saldrá bien, Iñigo, todo saldrá bien.

E Iñigo no se atrevía a confesarle, a pesar de la mucha confianza que tenía en su hermano, que los furiosos pasos en el interior de la celda, sus ejercicios con los brazos ante enemigos invisibles y la hosquedad de su semblante no se debían a la preocupación por las derivas del procedimiento, sino porque esa circunstancia prolongaba todavía más el momento del inicio de su carrera, que le debería llevar al triunfo y al reconocimiento.

Puede que debido a la reclusión notara un ardor interno, un fuego abrasador que le impelía a desear, con tanta intensidad como urgencia, la salida no de la celda, sino de la cárcel que se había tejido él mismo y que precisaba romper. No podía salir de una mazmorra para ingresar en otra mayor, no podía dejar pasar los días sin demostrar su valía, no podía abandonar el afán de gloria que le inundaba, que le reclamaba todo su ser, mucho más profundo que las llamadas de la carne, mucho más prometedor y, él lo sabía, con un premio mucho más estimulante.

Incluso comenzó a reflexionar si la facilidad que poseía en el asalto de la frágil

fortaleza de las mujeres no sería un factor que contribuyera a distraerle del objetivo principal.

A la impaciencia por comenzar de forma seria y escrupulosa su carrera en las armas y a la voluntad de desprenderse de las frivolidades del sexo, se oponía la prolongación del encierro. A pesar de que la familia De Oña había movilizad o amigos, influencias y conocimientos para sacar de la cárcel a sus dos hermanos, y de que Juan de Velázquez, desde la corte, movía los hilos para lograr lo mismo, la anexión reciente de Navarra a la Corona de Castilla, aun a pesar del respeto a sus fueros e instituciones, fomentaba recelos ante las iniciativas que procedían de la corte castellana, dilaciones más o menos encubiertas, sutiles maniobras de aplazamientos que, dada la influencia de los padrinos, no se hubieran producido en circunstancias de menor agitación y recelo social.

La imbricación de poderes civiles y eclesiásticos era muy espesa y los nombramientos de los clérigos tenían mucho que ver con los excomulgados reyes de Navarra, acción papal en la que algunos prelad os no estaban de acuerdo.

El cardenal Cisneros reclamó el derecho a imponer sanción a los hermanos De Oña, pero el obispado mantuvo el principio de jurisdicción. A su vez, Juan de Velázquez se informaba de los nombramientos eclesiásticos pendientes de las propuestas del rey Fernando y enviaba recados con insinuadas promesas que sirvieran para incentivar voluntades y diluir repugnancias. La distancia entre Arévalo, Zaragoza y Pamplona no era demasiada, pero suficiente para que los mensajes y las cartas, las contestaciones y las consultas, llevaran su tiempo.



Así, pasaban las semanas, y en tanto la ansiedad de Iñigo se mantenía incólume, ajena al encierro en sí, el sosiego inicial de Pedro devenía en preocupación, porque no todo parecía tan fácil como él había supuesto, de tal manera que se cambiaron las tornas y era Iñigo quien debía tranquilizar a Pedro, y Pedro el que comenzaba a desesperar viendo el transcurso de los días sin buenas noticias ni síntoma de que fuera a cambiar su suerte.

Además, Pedro, que era amigo del buen yantar, se irritaba ante la bazofia carcelaria, cosa que a Iñigo le pasaba inadvertida porque nunca le dio importancia a la comida. Más aún: siempre se había asombrado del buen apetito de sus hermanos ante la mesa, y de que cualquier celebración o acontecimiento, tanto en Medina del Campo como en Arévalo, se sustentaba, en buena parte, en largas y copiosas comidas.

Aquí, en cambio, la colación solía consistir en un potaje de arvejas y en una porción de pan de centeno. Otros días el potaje era sustituido por nabos y col, en

tanto Pedro se deleitaba recordando los guisos de perdiz, las delicias del cerdo, placer hurtado a mudéjares y judíos, e incluso los esturiones y las sardinas, que en el estío eran frecuentes en la mesa de los De Oña. Pero se ponía nostálgico y sufriente cuando recordaba las frutas de sartén, esos postres donde la harina, tras ser frita y con el añadido de miel o azúcar, formaba morenos bocados de seductora consistencia que se diluían en voluptuosos sabores una vez introducidos en la boca.

Iñigo asistía a estas evocaciones que atormentaban a su hermano sin envidia ni pesar, y con cierta sorpresa de que Pedro las echara tanto en falta. En cierta ocasión, para acompañar y ocupar el aburrido tiempo, le habló de las diferentes maneras de asar el cordero y el cabrito en Castilla, de un plato que le gustaba al rey Fernando y que llamaba jarretes de cordero, seguramente procedente de Aragón, y de la manera de preparar las fuentes de barro untadas con manteca de cerdo para resistir el calor del horno y evitar el reseco del cabrito, cuya carne era menos grasa que la del cordero.

Estas descripciones, y el eco que despertaban en su hermano, llevaron a Iñigo a percatarse del desinterés que sentía por la comida y que explicaba, por ejemplo, la sorpresa que le producía ver a Germaine como abducida ante un muslo de pollo, con la brillante salsa escurriendo por la barbilla y los dedos untados asiendo el hueso, y la boca voraz y rescatadora de cualquier rincón en el que quedase carne.

El encierro aboca a reflexiones que no suelen producirse en libertad, porque estar libre no dispensa de obligaciones, cuyo perseguimiento y culminación son un obstáculo para la ponderación. Así, obligado a rumias y cavilaciones, surgían estas conclusiones en las que nunca había reparado: su escasa afición a los placeres de la mesa y la mucha devoción que sentían por ellos la mayor parte de las personas que le rodeaban.

Transcurrían los días entre rumias y ensimismamientos hasta que una mañana, además del consabido potaje de arvejas, les pusieron dos jofainas de agua limpia y un lienzo para que se asearan, señal de que iban a llevarlos ante el juez.

Pedro estaba tan nervioso que Iñigo le intentó consolar anunciándole que él diría la verdad sobre los hechos y reclamaría la culpa que le correspondía, a lo que Pedro se negó. Iñigo no dijo nada, pero estaba firmemente convencido de que asumiría el protagonismo en el incidente, fuere la pena que le correspondiera, porque era su deber y su obligación.

No sentía miedo. Si estaba ayuno en latines era maestro en las obligaciones del caballero y no consentiría que su hermano cargase con unas culpas que no le correspondían. Explicaría lo sucedido y esperaba hacerse entender, y, aun si no lo lograba, cumpliría con el castigo y aplazaría su carrera, porque no iba a huir ni a convertirse en un proscrito. Su ardorosa imaginación anticipaba acontecimientos en varias hipótesis, y en todas ellas se ofrecía para evitar el sacrificio de su hermano.

Tal como suponían, luego de que intentaron asearse dentro de lo posible, los llevaron ante lo que ellos suponían que sería el juez, pero se encontraron en una

habitación oscura, aneja a la cárcel, con un clérigo muy mayor al que le faltaban varios dientes y quien farfulló un discurso que leía de un papel que había desenrollado, del cual apenas entendieron que se les dejaba bajo la autoridad de las personas previamente enviadas por el cardenal Cisneros, quien se responsabilizaba de su traslado y del cumplimiento de las penas que correspondieran.

Entonces se percataron de que sus guardianes habían desaparecido, y había dos personas de edad madura, con aspecto de caballeros, muy serios, que les observaban con curiosidad.

Terminada la lectura, el clérigo se marchó y dejó a los hermanos De Oña en compañía de los dos caballeros, el mayor de los cuales preguntó quién era Pedro. Cuando Pedro se identificó e Iñigo iba a confesar la verdad de lo sucedido, el hombre mayor le hizo un gesto para que callara y, con voz serena, le dijo a Pedro que, en nombre del cardenal Cisneros, debía jurar por Dios si estaba arrepentido de lo que había hecho.

—Pero es que, señor... —interrumpió Iñigo.

—¡Callad! —ordenó el hombre mayor con un tono de autoridad que reflejaba mando y potestad—. No interrumpáis el procedimiento.

Pedro se puso de rodillas ante el demandante y dijo que sí, que se arrepentía y lo juraba por Dios.

—Si así es, en nombre de la facultad conferida al cardenal y delegada en mi persona, os ruego que mostréis el arrepentimiento necesario recogiendoos durante tres días en la oración. Id en paz.

Pedro, que permanecía de rodillas, no daba crédito a lo que estaba escuchando y levantó un rostro en el que asomaba un tinte de confusión, que fue enseguida advertido por el delegado del cardenal.

—Os lo repito. Escuchado el juramento os podéis marchar, y durante tres días recogeos en la oración.

Iñigo sintió una mezcla de alegría y desencanto. Había imaginado su valiente declaración para lograr la libertad de su hermano, y este inesperado desenlace desmontaba cualquier intervención suya y le dejaba sin ningún protagonismo. De manera consciente estaba decidido a salvar a su hermano, pero no era necesaria su ofrenda, y eso era una buena nueva, pero no podía evitar un punto de desilusión.

—¿Y yo, señor? —preguntó Iñigo.

—Tengo orden de que nos acompañéis y os debo dejar bajo la custodia de don Juan de Velázquez.

Pedro e Iñigo se abrazaron con fuerza. La mínima frustración de Iñigo quedaba compensada con la excelente conveniencia del desenlace. Y en aquel abrazo no sólo se transmitieron esa solidaridad que nace del peligro experimentado en común, sino la generosidad explícita de uno e implícita del otro, porque Pedro estaba seguro de que su hermano, de haber existido por medio una pena severa, no habría consentido su familiar oblación y habría impedido la fructificación de una estrategia que se había

demostrado útil y conveniente.

No sabían que era la última vez que iban a estar juntos, pero en su estrechamiento había como un intento de resumir una infancia y una adolescencia vividas codo a codo, llenas de preguntas que todavía, al menos en el caso de Íñigo, quedaban sin responder.

VII

Quedaron sin responder los amaños y manejos empleados por Juan de Velázquez para librarlos a él y a su hermano, porque fue remiso a cualquier explicación. Tampoco estuvo severo. Iñigo era ya un caballero de veinticuatro años y se había pasado la etapa de amonestaciones y sermones. De forma seca, simplemente le dijo:

—Tened más cuidado en la próxima ocasión. En los lances de calle no es cobardía huir tras quedar zanjada la pelea.

Iñigo asintió porque a don Juan le asistía la razón. Habían sido unos estúpidos quedándose en el lugar del suceso, primero con las bendiciones de Pedro a un alma que cualquiera sabría si no estaba ya ardiendo en los infiernos, y luego en la inútil polémica sobre la estrategia a seguir.

Aprovechó Iñigo la ocasión para expresar ante don Juan parte de lo mucho que había reflexionado en la cárcel, y su ánimo pronto para entrar en combate y servir al rey de Castilla o al de Aragón. Tras tantos años de convivencia, no eran muchas las ocasiones en las que podían hablar largo y con sosiego. Don Juan escuchaba atento, asentía ante las ardorosas manifestaciones de Iñigo y se le notaba satisfecho de aquellas determinaciones que oía.

Dejó que el joven se explayara y agotara su discurso. Sabía por experiencia que era inútil intervenir cuando la persona está en pleno periodo de descarga de sus pensamientos, y que cualquier interrupción alarga el diálogo, rearma la determinación del ponente y crea desconfianza ante el consejo o la propuesta del otro.

Así que cuando ya quedaron expuestos todos sus argumentos, dejó transcurrir una larga pausa para inquietar al joven y aportarle algo de inseguridad después de tanta firmeza demostrada, y le habló con afable tono paternal:

—Me alegra comprobar vuestra determinación y estoy convencido de que estáis adornados con las virtudes de la valentía y aun de la intrepidez. Y que, empleadas en buena causa, podréis demostrar vuestro coraje y vuestra audacia. No es menos tranquilizador, os lo confieso, inferir de vuestras palabras que esta entrega a las armas influirá en menoscabo de otras batallas galantes que me han dado más de un quebradero de cabeza, y que me alborotan una parte importante del castillo, y aun del entorno de la villa. Que ya sé que la carne joven llama a la carne, y que la carne es flaca, por mucho que nos empeñemos en que el espíritu esté pronto...

—Os pido disculpas, señor, y os prometo que no se volverá a repetir.

—No, no me prometáis con ligereza, que no sabéis la pesada carga que supone una promesa hecha con demasiada alegría y poca reflexión. Volverá a pasar, no lo dudo, porque las mujeres están ahí, y son tentadoras, y tientan. Y vosotros estáis en la edad de la tentación... Me conformaría con no recibir visitas de maridos airados,

padres ofuscados y hermanos coléricos, o con recibir una al año, pero no todos los meses. Me conformaría con que en el interior del castillo no tuviera que tropezarme con muchachas que suspiran, y tienen los ojos enrojecidos, y dejan caer las jarras como si las manos se les hubieren vuelto de la blandura de las hojas de los álamos. Estaría satisfecho si el corregidor, o el asistente, o el alguacil mayor, o alguno de los alcaldes no me viniera con quejas de rondas y visitas una semana sí y otra también, que bastante trabajo tengo con la intendencia de la fortaleza y los asuntos de la corte como para emplear mi tiempo en la defensa, excusa u ocultación de vuestras correrías...

—Y dicho esto —interrumpió don Juan un intento de Iñigo de intervenir— volvamos a lo mollar, que es el definitivo descubrimiento de vuestra vocación.

Don Juan se levantó de la mesa y se colocó frente a Iñigo, sentándose en una silla de tijera gemela a la que soportaba al joven, y prosiguió:

—Parte de vuestro enardecimiento se genera por el desencanto de no haber intervenido en la conquista de Pamplona...

—Me lo habíais prometido.

—En efecto. Os acabo de explicar hace un instante la pesada carga que supone una promesa hecha con negligencia y sin cordura, y ése es un buen ejemplo. Fui imprudente en la promesa no porque os quiera preservar del peligro, que eso en la carrera de armas resulta imposible, sino porque creo que vuestra formación y vuestro linaje merecen encontrar la ocasión apropiada. Si hemos esperado unos cuantos años, creo que no será infundado esperar unos meses.

—La espera es lo que me desespera.

—Lo entiendo. Pero mi experiencia es mayor que la vuestra. Y una carrera en las armas no depende del denuedo con que entréis en combate, sino con quién lo hacéis y quiénes vayan a ser vuestros testigos. Porque si vuestro talento y vuestra entrega se pierden en el anonimato; si nadie se entera ni llega a oídos de quienes deben tener conocimiento de ello, pudierais ser el mejor soldado, el más bravo y esforzado, pero si sólo se entera un puñado de enemigos, ¿qué ganáis... si los enemigos no van a cantar vuestras glorias y los propios no tienen gente relevante a la que contarlos...?

—El cumplimiento del deber es la mayor satisfacción personal. Vosotros me lo habéis enseñado.

—Y es cierto. Pero no es malo que, amén de esa inmensa satisfacción personal, tengáis la del reconocimiento de los méritos por parte de la correspondiente jerarquía, condición previa para cualquier carrera... en definitiva —y echando el tronco hacia delante, posó las manos sobre las rodillas de Iñigo—, que me alegra vuestra resolución, que me causa una gran alegría observar que habéis madurado y, en definitiva, que os ruego un poco de paciencia, que no me guíe otro propósito que vuestro bien y vuestra felicidad.

No era don Juan propenso a las efusiones físicas. Su austeridad castellana le limitaba a los saludos. Incluso con los hijos mantenía una cierta distancia protocolaria

y, pasada la adolescencia, a todos trataba de usted. Por eso, aquel gesto afectuoso, aquel rompimiento de la aparente frialdad, le resultó a Íñigo más reconfortante que las palabras y más prometedor que los propios ofrecimientos.



Como si el paso por la cárcel hubiera impulsado el afecto de todos los que le conocían, también doña María de Velasco volvió a ser la solícita mujer de siempre, la que le preguntaba si deseaba que ordenara más ropa de cama, o le inquiría por su familia, o le encomendaba aquellas tareas que le permitían salir del castillo con la excusa de llevar o traer alguna noticia del ayuntamiento; y la reina Germaine le preguntó personalmente por la experiencia pasada, y le inquirió detalles, y le preguntó sobre la alimentación, aspecto que para ella formaba parte de las cosas fundamentales, y cuando le informó del régimen de arvejas, nabos y cebollas casi empalideció, no se sabe si por lástima sobre la víctima o por temor subjetivo a tener que pasar por trance semejante.

A todo esto, la salud del rey Fernando es buena, continúa con sus idas y venidas, como si el destino de Europa dependiera de él —y de alguna forma lo estaba determinando—, pero las expectativas de un heredero se marchitan a la vez que se renuevan las pruebas y experimentos con brebajes y filtros que le permitan al Rey renovar los bríos genésicos.

Una tarde, pasadas las navidades, Íñigo observa que vienen unos mensajeros con una vasija tapada con paños algo ensangrentados, y que pronto hay un gran revuelo en las cocinas, y doña María y la reina Germaine van y vienen muy agitadas.

Doña María deja a la Reina en el ala de la torre del homenaje y se dirige a las cocinas, donde ordena salir a todo el mundo menos a la cocinera mayor y a una pinche de confianza.

Al poco, van a buscar a una matrona de Arévalo que Íñigo ve pasar camino de la cocina y cuyo rostro le es familiar porque es mujer de mucha fama en la comarca, recurrente en partos, medio cosevirgos, medio celestina, medio alcahueta y un poco bruja, que lo mismo sirve para quebrar virtudes que para proporcionar a las doncellas filtros amorosos de eficacia espinosa de comprobar por el secreto y disimulo de estos tratos y consultas.

La matrona, doña María, la cocinera y la pinche pasan casi una hora a solas en la cocina, y aunque procuran que la discreción ampare lo que guisan, no pasan ni dos días para que se sepa que la misteriosa vasija que llegó a la cocina contenía los testículos de un toro muerto en El Barraco, en la dehesa llamada La Nueva, una finca cuyo usufructo pasó a manos del ayuntamiento merced a una real orden firmada durante los pocos meses que estuvo en el trono Juana la Loca.

Y aunque los vecinos han de pagar al duque de Santisteban, marqués de Las Navas, treinta y siete mil quinientos maravedíes y veinte libras de lino cada año, están agradecidos y anhelantes de que Germaine quede preñada, a fin de que la Corona de Castilla no pase a la Corona de Aragón.

Como son conocidas en casi todas las villas las dificultades del empeño, llegan a Arévalo multitud de consejos, propuestas, incluso falsos alquimistas, siendo los testículos del toro muerto en El Barraco uno más de los ofrecimientos, y que de seguro habría sido despreciado o no tenido en cuenta a no ser porque se decía que la matrona de Arévalo había logrado que quedara preñada una mujer de casi cuarenta años tras haberle administrado a su marido un guiso a base de testículo de toro, con unas gotas de sangre del dedo meñique procedentes de la hembra.

Doña Germaine se había sometido a todas las ocurrencias y planes con harta mansedumbre, excepto lo de introducirse un pez en la vagina y contenerlo hasta que el pez muere y, una vez muerto, cocinarlo para servirlo al macho procreador. Esta proposición, originaria de un convento de Peñaranda de Bracamonte, fue desechada por la Reina con la aquiescencia de doña María, aunque había aceptado muchas y extravagantes sugerencias, como la de dejar que se amasara la harina del pan sobre el regazo desnudo, o de untarse el cuerpo de miel, revolcarse en el trigo y convertir los granos en harina manualmente, y emplear esa harina en una amasada que se hiciera de izquierda a derecha, y no de derecha a izquierda, porque en un sentido ese pan producía una gran fuerza genésica en el marido y, del otro, lo condenaba a la esterilidad.

El caso es que habían pasado casi cuatro días entre la muerte del toro y la llegada de sus testículos al castillo, y la cocinera propuso, por higiene, limpiarlos bien con sal y con agua, porque a pesar de ser tiempo de bajas temperaturas, las vísceras presentaban un aspecto no demasiado saludable.

—Si les ponemos sal se va toda la fuerza. La fuerza concentrada del toro está ahí, y lo importante es no manipularla —dijo la matrona, con mucha seguridad.

Tanta convicción mostró que se siguieron sus instrucciones y los testículos, debidamente troceados, fueron envueltos en ajedrea y romero —dos partes de ajedrea y una de romero, según indicó la oficiante—, pasados por la sartén para asustarlos y luego, medio fritos, medio crudos, colocados en reposo para guisarlos al día siguiente, con ajos y harina.

La cocinera murmuró que los testículos ya habían llegado algo descompuestos y que hubiera sitio mejor hacerlos del todo, pero la matrona insistió en su fórmula magistral, porque de esa manera se proporcionaba buen sabor y se dejaba íntegra la fuerza seminal acumulada en las vísceras.

Al día siguiente, le fueron servidos al rey don Fernando los testículos de toro y, nada más probarlos, protestó:

—¿Ya no hay corderos en Castilla?

—Señor, os lo ruego —impetró doña Germaine con toda gracia y zalamería de la

que era capaz y que, por su juventud, no era poca—. Es un plato exquisito, preparado con una fórmula magistral, y que nos conviene a los dos.

—¿Otra ocurrencia de esas brujas aficionadas a las artes de Venus? —preguntó malhumorado.

—Otro obsequio para vos, hecho con la mejor de las voluntades y en aras de nuestros propósitos.

—Está bien. Lo hago por vos.

Y, como recordando los pactos acordados con el rey de Francia, añadió:

—Y por el reino de Castilla. Pero esto no se lo daría yo ni a un condenado por el Santo Oficio.

Aquella noche se indispuso y tuvo una fuerte diarrea, pero el malestar y la incomodidad no le arredraron para emprender viaje a Granada.

Ya había sobrevivido a una grave enfermedad contraída en Medina del Campo hacía tres años, pero había continuado con sus viajes frecuentes, casi a todas partes menos a su reino, donde asistió a las últimas Cortes en Calatayud el año anterior.

Transcurrió el viaje con vómitos y molestias hasta que llegaron a Madrigalejo el 15 de enero de 1516. Su afán por alcanzar Granada, donde pretendía establecer una nueva estrategia en el norte de África para azuzar al ejército turco, tiene que aguardar, porque no está en condiciones físicas de proseguir el camino.

La comitiva regia se aloja en la Casa de Santa María de Guadalupe, una hospedería que pertenecía a la Orden de los Jerónimos. Transcurren los días y el monarca no mejora. Se hace venir de Trujillo a dos médicos y se manda aviso a Juan Sobrarias a la Academia de Alcañiz, que tenía fama de buen galeno, amén de que, como humanista, había dedicado al rey Fernando un panegírico, *Panegyricum carmen de gestis heroicis divi Ferdinandi Catoliza Aragonum*, escrito hacía unos cinco años, que el Rey no había leído pero del que le había entresacado algún párrafo el cardenal Cisneros, y le había hecho gracia el experimento.

Los doctores de Trujillo llegan el día 22 y, tras establecer consultas entre ellos, desechan acometer cualquier sangría porque el enfermo está muy débil e intentan reanimarle con caldos grasientos que no hacen sino prolongar el proceso diarreico. Juan Sobrarias no llegó a salir de Alcañiz, porque cuando arribaron los mensajeros ya se sabía que el Rey había muerto.

El mismo día 22, tras escuchar la opinión de los doctores, que están turbados ante su presencia aunque su presencia no tiene ninguna majestad, tendido en el lecho, con temblores frecuentes y falta de energía, reclama el Rey la presencia del escribano y redacta su tercer y definitivo testamento ante el protonotario Miguel Velásquez, en el que declara heredera de todos sus dominios a su hija doña Juana. Mas como ésta permanece recluida por su locura, ordena que sea sustituida por su nieto don Carlos «para que en nombre de la dicha Serenísima Reyna, su madre, los gobierne, conserve, rija y administre», quedando en ausencia suya, como gobernador de la Corona y reino de Aragón, su hijo don Alonso de Aragón, arzobispo de Zaragoza y su lugarteniente

general en tierras aragonesas.



La noticia del fallecimiento del rey Fernando tarda dos días en llegar a Arévalo, y esta muerte le produce a Iñigo mayor impresión que la acaecida en los carnavales. El Rey no era un hombre joven; Iñigo lo recordaba, sobre todo en los primeros años pasados en Medina del Campo, como una persona de porte noble y reposado pero llena de energía.

No ha sido, ni mucho menos, sujeto tan cercano y de fácil trato como doña Germaine, sobre todo debido a sus frecuentes viajes, pero era distinguido y cortés, y sus artes diplomáticas no eran olvidadas ni siquiera en la intimidad de la escasa vida doméstica que podía permitirse.

A su sentimiento por esta muerte, en cierto modo inesperada, a pesar de que el rey Fernando ya no era joven, se une la observación de su mentor y padrino, Juan de Velázquez, que pasea taciturno y envía mensajes con personas que parten a caballo, y recibe visitas de nobles, y lo nota preocupado entre cabildeo y mensaje, noticias y esperas.

Se disparan las especulaciones acerca de Carlos I, el nieto de Gante, que ni siquiera sabe hablar la lengua castellana, y, sobre todo, en el castillo se teoriza sobre la suerte de la viuda, Germaine de Foix.

En el testamento, el rey Fernando especifica que se le entregue una «renta anual de treinta mil escudos de oro, y cinco mil más durante su viudez sobre el reino de Nápoles», amén de recomendar a su nieto el escrupuloso cumplimiento de esta voluntad, en carta que le escribió unos días antes de tomar los fatídicos testículos de toro de El Barraco.

El cardenal Cisneros, que ha sido nombrado regente del reino de Castilla hasta la llegada de Carlos, tiene varias entrevistas con Juan de Velázquez en las que le asegura que la continuidad de su puesto de alcalde del castillo no tiene ninguna discusión y que será ratificado por el nuevo Rey.

Pero Juan de Velázquez no está tranquilo. La amistad de su esposa con Germaine de Foix, tan estrecha y notoria, tan conocida y deslumbrante, ha llegado a provocar la más malsana de las maledicencias. No faltan los cortesanos que se atreven a hacerse eco de murmuraciones y habladurías, e insinúan comadreo que don Juan interrumpe de manera tajante y que deja a los sondeadores frustrados y corridos. Pero son muchas las tentativas y demasiadas las pretensiones para que el alcaide se mantenga al margen de la tentación de la curiosidad.

Una tarde en que Iñigo jugaba a los dados con Gutierre, el hijo mayor de don Juan, con quien compartía los afanes de gloria, se acercó a la mesa en la que se

recreaban el propio don Juan, con rostro sombrío y expresión severa.

Era una estancia casi desnuda que servía de refectorio para los piqueros que acompañaban a los cortejos de los señores o damas que venían desde lejos de visita al castillo, y era raro que el alcaide anduviera por aquellas estancias a no ser que los buscara a propósito.

Quedó un instante observando los lances del juego mientras tanto su hijo como Iñigo se sentían incómodos por su presencia, y al poco le dijo a Iñigo que, cuando acabara, quería conversar con él.

La fórmula de cortesía fue atendida como una orden, y Gutierre guardó los dados en una caja taraceada e Iñigo se dispuso a seguir a su tutor, mientras su hijo se quedaba tan solo como intrigado.

Cuando llegaron a uno de los primeros pisos de la torre del homenaje, donde el alcaide se había dispuesto de un cuarto que le servía de acomodo para el trabajo y de refugio cuando quería estar solo, cerca de las estancias reales y lejos de sus habitaciones, le indicó a Iñigo que se sentara, y como él siguiera de pie, Iñigo le imitó, intrigado por la reunión.

No se anda con circunloquios y le pregunta directamente qué ha oído hablar de su esposa y de la Reina.

—Que se tienen gran amistad y afecto, como se evidencia cuando están juntas — responde Iñigo, extrañado de la cuestión planteada.

—Eso es cierto —corroborra don Juan—, pero también es cierto que pululan algunas habladurías respecto a tan grande afecto y me gustaría que me lo corroborarais.

—No me fijo en las habladurías, sobre todo las que se refieren a las de las damas, que son propensas a los chismes y comadreo, y más en un sitio cerrado como es éste.

—Ésta es grave —insiste el alcaide.

—Cuanto mayor es la falsedad, más profundo es el daño que se pretende.

Don Juan mira fijamente a los ojos a Iñigo y éste mantiene con orgullo la mirada. Es cierto que ha escuchado retazos de conversaciones en los que se vierten calumnias impensables, sobre todo impensables para él. Su lubricidad es primitiva y, hasta cierto punto, inocente. Las leyendas sáficas le parecen patrañas de difícil entendimiento, y algunas oscuras historias que ha oído contar sobre homosexualidad entre varones, cosa de la morisma degenerada que él no alcanza a entender.

Don Juan sopesa la serenidad de la mirada y le hace una última pregunta:

—Y, por último, contestadme con sinceridad: ¿habéis observado en la conducta de mi esposa, doña María, algún comportamiento chocante en alguna ocasión o no frecuente en una dama?

Iñigo sabe que debe negar, pero le apura el pasado reciente. Es chocante que una dama bondadosa, casi una madre para él como doña María, le haya introducido a otra dama en su lecho. Pero Iñigo, que sospecha de la identidad de la dama y que ha pasado muchas horas en el intento de explicarse lo que, en apariencia, posee cierta

dificultad de aclaración, ha extraído sus propias conclusiones y de ellas ha deducido que no hay vicio ni desviación alguna en lo cometido, sino el deseo de servir con lealtad a quien se tiene en alta estima, aun cuando ese servicio avecinde con las fronteras de lo insólito.

—¿Dudáis? —inquietae intranquilo su tutor.

—No, señor. Quiero ser escrupuloso, y son muchos los años pasados aquí y nunca, nunca, estoy convencido, he observado nada que no sea coherente con lo que suele llevar a cabo una dama de su alcurnia.

Don Juan se relaja y le da las gracias.

Ni siquiera se han sentado. Íñigo no sabe si despedirse de inmediato o aguardar nuevas instrucciones. Entonces, como si saliera de su ensimismamiento, el alcaide hace un gesto de permiso con la mano e Íñigo sale con paso rápido, y, una vez en el corredor, se da cuenta del nerviosismo que le ha producido el inesperado interrogatorio.

VIII

Lejos de allí, en Gante, el hijo de la reina Juana y nieto del rey Fernando, se entera del contenido de la carta que le envía su abuelo, merced a los traductores. No sabe una palabra de castellano, pero es avisado y entiende a la perfección las recomendaciones que se le hacen y las dificultades que entrañan algunas de ellas. No es la menor que la situación en Nápoles es inestable. Las guerras con Francia, con los príncipes de Florencia y el Milanésado, a veces incluso con los soldados del Vaticano, dificultan la normalidad administrativa. Su abuelo le encomienda encarecidamente que a Germaine de Foix se le entreguen esas rentas de Nápoles, pero Nápoles no es una ciudad segura ni desde el punto de vista bélico ni desde el punto de vista administrativo. Cualquier conflicto genera retraso en el cobro de los impuestos, y ello supondrá falta de tesorería para cumplir el compromiso.

No es que sea el principal problema con el que ha de enfrentarse, pero sí es uno de los más cercanos debido a las instrucciones personales de su abuelo. Y aunque le gustan más las artes caballerescas que los libros de estudio, posee una percepción rápida para discernir los asuntos. Tan es así que Erasmo de Rotterdam le escribe a Tomás Moro, en una carta, que el joven es persona de aguda inteligencia, superior a la de la gente común, caso poco frecuente en las dinastías.

Así pues, antes de arribar a las tierras de la Hispania decide solucionar las rentas de su abuelastra y ordena que se cambie la renta por la dación de los señoríos de Arévalo, Madrigal y Olmedo, que quedan así separados de la Corona.

La orden la recibe el cardenal Cisneros, como regente del reino de Castilla, quien no expresa el profundo desagrado que le produce la medida por su destreza diplomática, pero intuye de inmediato que va a ser origen de problemas y ordena que se busque a Juan de Velázquez, que se encuentra en Madrid.

La reunión entre ambos personajes fue tensa. El cardenal y regente era amigo del alcaide, y en vida de la reina Isabel había compartido con él poderes e influencias. Poco o nada se hacía en lo que no estuvieran ambos de acuerdo, salvo las muy raras ocasiones en que la Reina optaba por obviar los consejos de ambos.

Precisamente en esa época de prestigio y atribuciones, había logrado Juan de Velázquez una real carta, firmada por la reina Isabel, en la que se especificaba que «la villa de Arévalo nunca sería enajenada, ni apartada, ni quitada de su corona real, por causa alguna, ni dada en merced a persona alguna». La orden del nieto era una clara anulación de la voluntad de la inolvidable Reina.

El cardenal escuchó las indignadas protestas de Juan de Velázquez, y aunque en el fondo estaba de acuerdo con lo que decía, porque era justo y razonable, su deber le impelía hacer cumplir las órdenes del nuevo soberano, y así se lo hizo saber:

—Os entiendo. Y es probable que, de no tener la responsabilidad de la regencia, abundara con vos en parecidos términos. Pero nuestro nuevo Rey ha dispuesto una orden y yo me veo en la necesidad de hacerla cumplir.

—Es una orden injusta —replica don Juan.

—Es una orden —añade el cardenal con la frialdad de quien, como hombre del clero, está acostumbrado al principio de la obediencia jerárquica.

—Y va en contra de la voluntad de la reina Isabel.

—La responsabilidad es de su nieto —insiste el cardenal—. No es nuestra, ni somos nosotros los intérpretes de las voluntades de los muertos.

—Perdonad, pero no se trata de interpretación o de criterio, sino de algo que se expone de manera expresa, rotunda y clara, y, además, para ello conté con vuestra inestimable ayuda, que terminó de convencer a la Reina, quien ordenó y firmó.

—Sí, pero su nieto revoca lo firmado, y ni vos ni yo tenemos autoridad para discutirlo.

—Tenemos autoridad moral —dice desafiante don Juan de Velázquez.

—Entre la autoridad moral, siempre discutible, y la autoridad real, que para mí es indiscutible, nunca tendré dudas.

—No os conozco —reconoce un poco asombrado el alcaide.

—Al contrario: me conocéis muy bien, tanto como yo a vos. Y en otras circunstancias y en otros asuntos, que me causaría enojo recordar, hemos optado por la autoridad real y la hemos respaldado siempre. Siempre —añade rotundo, con la intención de que el alcaide recupere la memoria.

Don Juan calla. Sabe que el cardenal se refiere a las luchas intestinas sobre los derechos de sucesión de La Beltraneja, o a otras empresas no difíciles de hallar, aunque revistan menor importancia.

El cardenal, aprovechando el silencio, intenta acallar los escrúpulos y añade:

—Sabéis que vuestro puesto de alcaide está corroborado y fuera de discusión.

Pero esa observación, en lugar de aplacarle, le enfada y le enardece:

—Ésa es una de las principales causas de que me sienta preocupado.

—No os entiendo —expresa el cardenal, y esta vez es en verdad sincero.

Don Juan recapacita si debe o no debe sincerarse. Sabe que el cardenal nunca se pondrá de su parte, pero necesita expresarle a alguien de su rango y de tanta confianza alcanzada lo que no está en condiciones de narrar a ningún otro:

—Veréis. Mi situación es delicada. Sabéis la íntima amistad que existe entre doña Germaine y mi esposa. Amistad noble, que algunas lenguas murmuradoras han querido presentar de manera insidiosa y maledicente...

—Nunca nos debemos guiar por la baja estofa de los calumniadores —interrumpe el cardenal en un intento de aclarar cualquier duda.

—Lo sé, lo sé, pero incluso se ha llegado a decir que la enfermedad de nuestro amado rey Fernando le sobrevino merced a una especie de envenenamiento preparado por mi esposa y doña Germaine, con el fin de entregar la Corona de Castilla al

sucesor del rey de Aragón.

—Nuestro buen Rey enfermó en Medina del Campo, hace dos años, y desde entonces nunca llegó a recuperarse del todo. Y esas especulaciones que contáis parecen cosa de novelas de aventuras, y no han llegado a mis oídos.

Esta última afirmación le parece exagerada a don Juan, y replica:

—Os han tenido que llegar. Es claro que no les habéis dado relieve, pero os han tenido que llegar. Está en boca de todos, y no he conocido una etapa en la que no hayáis estado al tanto de lo que se dice en el reino.

El cardenal, ante la perspicacia del alcaide, intenta rectificar, sin asumir la falsedad:

—Es posible que, en algún momento, haya llegado un retazo de lo que contáis, pero para mí es de tan escaso interés y de tan nula verosimilitud que, para el caso, insisto en afirmar que no he escuchado nada.

Don Juan acepta la excusa con discreción cortesana, pero insiste:

—Pues bien, tanto los ánimos de los señores como los del pueblo están levantiscos. La unión con la Corona de Aragón es algo que no les gusta ni a los nobles ni a la plebe. Doña Germaine, a la que siempre se admitió pero nunca se le tuvo afecto, representa ahora una especie de extranjera, una francesa más cerca en sangre de los enemigos de Castilla, los franceses, que de los castellanos. Cuando se sepa que Arévalo, Madrigal y Olmedo se desgajan de la Corona de Castilla, en contra de la expresa voluntad de la reina Isabel, que Dios guarde en el cielo, y que pasan a formar parte del señorío de la francesa..., perdón, quiero decir de doña Germaine, va a haber dificultades.

—¿Qué tipo de dificultades? —inquire con refinada sutileza el cardenal para tener información de lo que puede avecinarse.

—Todas. Incluida la rebelión.

—¿Rebelión contra la voluntad del Rey? —cuestiona Cisneros con toda su crudeza para que su interlocutor se percate de la envergadura de una hipotética revuelta.

—Rebelión a favor de la Reina, a favor de Castilla y, si lo queréis, en contra de un desvarío cometido por quien todavía no ha sido coronado.

Cisneros observa a don Juan, no para ganar tiempo ni porque se haya quedado sin argumentos, sino porque sospecha lo que puede ocurrir y no le gustaría tener que enfrentarse por las armas con quien ha sido algo más que un cortesano y un colaborador. Escoge las palabras cuidadosamente y dice:

—Os considero mi amigo, y me gustaría que en mis palabras encontraseis la expresión de un amigo, no los intereses de un regente:

—Os escucho —concedió don Juan.

—Sois libre de tomar partido con quien queráis y de decidir lo que os parezca más oportuno. Entiendo vuestros escrúpulos, pero parece que están más basados en comadreo malintencionados que en razones objetivas. Os concedo, asimismo, y que

esto no salga de las paredes de esta habitación, que la orden de nuestro nuevo soberano no es muy feliz, pero órdenes parecidas liemos defendido vos y yo, en el pasado, en nombre de la reina Isabel, precisamente sobre la base de la autoridad real. Estoy convencido de que son muchos, y numerosos, y hasta considerables, quienes pueden arracimarse en contra de la orden, pero quienes así lo hagan, aunque en un primer momento crean que han logrado sus propósitos, terminarán o cayendo bajo la espada de las tropas del Rey o cayendo en su desgracia, por muy bondadoso y noble que quiera portarse. De ahí va a venir la desgracia a muchas familias e incluso el luto a unas cuantas. Repito, no hablo como regente, lo hago como alguien que os tiene afecto, que admira las muchas y discretas cualidades que os adornan y que, aun comprendiendo algunos de vuestros argumentos, no alcanza a entender que por una interpretación y una habladuría estéis dispuesto a llevar la desgracia a vuestra familia y arruinar una carrera llena de servicios a Castilla.

Don Juan de Velázquez ha escuchado con atención, y han influido algunas de las palabras del cardenal. No quiere comprometerse a nada, y de una manera tan ambigua como firme dice:

—Cumpliré con mi deber.



En los siguientes días comienzan a menudear las visitas a Juan de Velázquez, y doña Germaine recibe el consejo del cardenal Cisneros de trasladarse a otra ciudad. Extrañada por el cambio y no dispuesta a afrontar las incomodidades de una mudanza, el cardenal no tiene más remedio que confesarle el mal ambiente que ha creado la medida de la dación del señorío de Arévalo a su persona y el peligro de un levantamiento.

—¿Y don Juan? —pregunta doña Germaine.

—Este regente no está seguro de cuál va a ser su postura.

Antes de tomar una decisión, doña Germaine le pregunta directamente a su amiga doña María de Velasco sobre lo que está sucediendo y, para su asombro, ésta se muestra reticente y en absoluto partidaria de defender los nuevos derechos sobre el señorío de Arévalo, pese a que ella ya ha asegurado a su marido su continuación como alcaide.

Indignada y temiendo verse secuestrada en una revuelta, acepta la sugerencia del cardenal y, descartadas Medina, Salamanca y Ávila, porque también aparecen como tributarias según las disposiciones del nuevo Rey, decide instalarse en Valladolid, ya que allí se ha dispuesto que se reciba oficialmente al rey Carlos I cuando éste decida venir.

Cuentan que tanto a doña Germaine como a doña María les costó lágrimas la

ruptura de tan larga e íntima amistad, pero que cada una tuvo que cumplir con el papel que le correspondía, y doña María se puso al lado de su esposo y doña Germaine en la inequívoca defensa de sus derechos.

Juan de Velázquez, viendo que sus intentos de hacer cambiar de opinión al cardenal Cisneros no habían dado resultados, instó a que una comisión fuera a verle, en nombre de la ciudad de Arévalo, repitiendo los argumentos que él mismo, en persona, ya le había expuesto, pero el regente expresó con claridad que su misión era hacer cumplir las órdenes del Rey y que lo haría, cualquiera que fuesen los procedimientos que hubiera que emplear.

Agotados los intentos diplomáticos, fracasadas las conversaciones de otros nobles y amigos, que tienen cercanía con el cardenal e intentan repetir las impugnaciones ya expuestas, y conociéndole bien Juan de Velázquez por la experiencia y los muchos años de compañía y cabildeo con el cardenal, decide luchar por su honor y no permitir que su nombre y el de su familia queden como los de quienes traicionaron a Arévalo, burlaron la voluntad de la reina Isabel y maquinaron para desgajar Arévalo de la Corona de Castilla.

Don Juan reúne a toda la familia, incluido Iñigo, que es como un hijo más, y les explica detallada y fríamente la situación. El hijo mayor, Gutierre, dice que no pueden hacer otra cosa que defender su honor, y que su deber es luchar. Parece que el asunto está decidido, pero don Juan pasa a explicar, de manera cruda y desapasionada, que es raro torcer la voluntad de un rey, que sabe muy bien de la habilidad del cardenal Cisneros para socavar apoyos y neutralizar ayudas, y que, en caso de salir derrotados, que es lo más seguro, será destituido de todos sus cargos, amén de que en la defensa de la ciudad va a gastar el dinero que tienen.

Cuando concluye de hablar, el entusiasmo anterior ha dado paso a un reflexivo silencio. Iñigo se atreve a intervenir y dice que hará lo que ordene don Juan, y que lo que él diga seguro que es lo mejor para todos. Doña María, prudente, temerosa de lo que va a ocurrir, vuelve a insistir en los peligros de la empresa, pero Gutierre, en nombre de todos los hermanos, dice que sería insoportable vivir sin honor, y que si de reyes se habla, en esta familia la palabra del padre es la palabra de un rey.

Don Juan abraza a todos y, antes de terminar la reunión, dice emocionado:

—Que Dios nos ayude.

Por si la divinidad se encuentra distraída en otros asuntos, en los días siguientes comienza a levantar un muro, con su foso y su torre, que cruza desde el Adaja al Arevalillo, partiendo de la puerta del Hospital para terminar delante del monasterio de la Trinidad. De esta manera, la ciudad entera se encuentra fortificada.

Amigos de doña María de Velasco, deudos y parientes aportan hombres a pie y a caballo, y algunos grandes proporcionan armas y artillería.

Tales preparativos, tan llamativos y notorios, no pasan inadvertidos al cardenal, que en noviembre de 1516, cansado de mandar cartas y exhortos y hasta visitas de gobernadores, decide enviar las tropas reales a sitiar la ciudad, al mando del doctor



Íñigo, que forma parte del Estado Mayor que dirige la defensa y es encargado de la iglesia de San Pedro, se encuentra en un estado de agitación profunda que le aporta una especie de anhelantes expectativas. Por fin, va a entrar en acero y en fuego, porque han llegado arcabuces, mosquetes y hasta dos ejemplares de bombardas pedreras. Los preparativos llenan toda la actividad. Previendo que las tropas reales traerán artillería, se refuerzan con piedras las partes del frágil muro por donde se presume que pretenderán entrar, y hay un incesante acopio de víveres porque los sitios se sabe cuándo comienzan, pero nunca cuándo terminan.

Gutierre, que ha participado en campañas con el difunto rey Fernando, sorprende por sus conocimientos bélicos y aprovecha la llegada de dos docenas de mosquetes para ensayar con ellos un plan de futuras escaramuzas que obliguen a distraer parte del grueso de las tropas, que seguramente se concentrarán en el río, y les impelan a maniobras imprevistas.

Íñigo duerme poco, piensa mucho y cree que ésta es una ocasión para poder demostrar su valía. La agitación de las mujeres, que parecen más trastornadas y apasionadas, como si la proximidad del peligro les recordara ancestrales deberes sobre la propagación de la especie, es tan marcada y notoria que no deja de advertirla, y, sin embargo, se inhibe de los conatos de seducción, mucho más desinhibidos que antes, porque considera que su misión importante, la que le puede proporcionar la gloria y el reconocimiento, no tiene nada que ver con los placeres carnales.

Una tarde de noviembre, una de esas tardes otoñales donde parece que el calendario, a pesar de su veteranía, tiene sueños de primavera, tuvo lugar el acontecimiento. Acababa de salir Íñigo del pasadizo que unía la iglesia de San Pedro con el alcázar después de inspeccionar los trabajos que iban transformando la iglesia en una fortaleza. Habían terminado de rellenar con sacos de piedra todas las ventanas, hasta la misma ojiva, y habían dejado unas pequeñas aberturas a modo de troneras para colocar allí los pocos arcabuces de los que disponían. Estaba contento de cómo, con las instrucciones de Gutierre, estaba quedando la iglesia; llegó al alcázar satisfecho del trabajo realizado y, al poco, comenzó a escucharse un murmullo, al principio como si fuera lluvia, pero el cielo estaba despejado; luego, como si el cauce del río se hubiera vuelto torrentoso, pero el agua bajaba apacible, y, más tarde, el murmullo se convirtió en ruido, y a los ruidos les acompañaban las voces, y todos corrieron a las almenas para avistar a las tropas reales que, al mando del doctor Cornejo, se acercaban hacia Arévalo.

Don Juan de Velázquez poseía un rudimentario catalejo que le había regalado un

ayudante de Colón y enfocó el largo e incómodo instrumento hacia el frente.

A la vista de los piqueros, que se les veía apretados y nutridos, y de un numeroso grupo de a pie que portaban hachas de guerra; tras observar que los caballeros sobre sus sillas superaban el centenar, y no siendo ajeno a la impresión, la vista de unos cuantos cañones sobre ruedas, a pesar de que no quería alarmar a quienes le acompañaban, no pudo evitar que se le escapara un «¡Dios santo!» que hizo fruncir el entrecejo a su hijo Gutierre y llenó de curiosidad a Iñigo.

—¿Son muchos? —preguntó Iñigo.

—No son muchos, pero vienen muy bien preparados.

Don Juan no era hombre de guerra, pero había estado presente en numerosas reuniones antes de las grandes acciones bélicas, incluida la campaña de Granada, y sabía que en las fuerzas destinadas al sitio de la ciudad su antiguo amigo, el regente, no había escatimado recursos.

Le preocupaba la artillería, porque durante el sitio da lo mismo que fuera aguarden doscientos o dos mil hombres. La tropa tiene importancia cuando se abre una brecha y se llega a la lucha cuerpo a cuerpo, o si se inicia el asalto por varios lugares a la vez, cosa que no era seguro que fuera a suceder, porque desde la aparición de la pólvora los intentos de escalar los muros ya no eran tan frecuentes. Pero había entrevisto muchas piezas de artillería y sabía que ésa fue la clave de la conquista de Granada.

Esa noche de noviembre de 1516 se establecieron turnos más numerosos de centinelas y se mantuvo una vigilia casi generalizada, aun a pesar de que Gutierre había dicho que no atacarían en las horas nocturnas porque estaban fatigados por las muchas leguas que habían recorrido, y quien mandara las tropas ordenaría descansar.

En efecto, la noche fue tranquila, si puede mover a tranquilidad observar los brillos de las numerosas hogueras que se habían encendido en el campamento enemigo.

Iñigo sentía esa ansiedad de las vísperas de las batallas, de cualquier batalla. Tenía el ánimo presto y los deseos vivos de que comenzara el combate, pero a la vez, allá en el subconsciente, percibía los confusos deseos de que se prolongara la situación, de que se alargaran las vísperas. Y no siempre debido al recelo a lo desconocido, sino también al inconsciente deseo de demorar una encrucijada que poseía todos los ingredientes de la emoción y, todavía, ningún peligro. Durante las horas anteriores a la batalla hay una exaltación latente, un vigor soterrado que convierte las esperanzas de victoria en casi una certeza e invitan al optimismo y a la ilusión. Desde los jefes más importantes hasta el último soldado participan de una suerte de exultación que los convierte en fraternos camaradas, en tripulantes de la misma balsa con idénticos peligros.

Después llega la realidad, y esa realidad, aun en el mejor de los casos, viene acompañada de rémoras y sangre, de dolor y de disgusto por mucho que se hayan cumplido los principales objetivos.

—¿Cuándo atacarán? —le preguntó Iñigo a Gutierre en la madrugada de la primera noche de sitio.

—No soy adivino, pero creo que se tomarán su tiempo. Yo lo haría con objeto de poner nerviosos a los de dentro.

Los cálculos de Gutierre fueron exactos. El primer ataque no se produjo hasta una semana después, y fue casi una escaramuza rechazada enseguida en la parte del Arevalillo y que levantó la moral de los sitiados. Hasta el mismo Ignacio se notaba como si ya hubieran vencido en esa guerra.

—No han atacado en serio —le advirtió Gutierre—. Llevarán a cabo otro par de intentos más para conocer de qué forma está organizada la defensa.

La lucha fue larga y cruenta, y duró varios meses. A noviembre le sucedió diciembre, y llegó el año 1517 en la misma situación.



Es curioso cómo lo extraordinario, a fuerza de repetirse, se transmuta en ordinario. Estar en guerra se había convertido en una situación tan normal como estar en paz. Había algún herido, algún muerto, pero, salvo los turnos de centinela, la vida se desarrollaba de manera rutinaria; tanto, que Iñigo pretendió salir con seis mosqueteros para llevar a cabo una escaramuza porque le aburría el recorrido de los puestos, el ordenamiento de acarreo de piedras cuando la artillería dañaba alguna parte de las defensas, la pobre respuesta de los endeble trebejos artilleros que ellos poseían.

Gutierre le disuade de la idea y le convence de que hace más falta en el interior de la iglesia de San Pedro y en la coordinación de los puestos que hay junto al Arevalillo.

Una noche de febrero, hacia la madrugada, poco antes de amanecer, hay una carga muy intensa por parte de los sitiadores. Dirigen sus cañones a la parte de la iglesia de Santa María, abren varios boquetes y luego intentan invadir el recinto. Los arcabuceros, desde dentro, disparan contra los asaltantes, pero un grueso grupo de ellos, armados de las temibles hachas de guerra, a imitación de las tropas vaticanas, logran forzar un cuerpo a cuerpo en el transcurso del cual cae herido Gutierre.

Logran repeler el ataque, pero los resistentes tienen que contar media docena de cadáveres y hasta una veintena de heridos, la mitad de los cuales fallece al amanecer.

Gutierre resiste, pero no por mucho tiempo. Ha recibido una herida en el muslo derecho, del cual ha manado abundante sangre, y otra en el cuello que parece no tener importancia, pero que al quinto día se gangrena. Si se hubiese gangrenado la pierna se la habrían cortado, pero en el cuello lo único que cabe es intentar atajar la putrefacción con emplastos que ya se han demostrado inútiles, y rezar.

Doña María no se separa del lecho del enfermo que, en poco tiempo, es un moribundo. Ignacio asiste atento e impotente a la muda de un hombre fuerte e íntegro en un despojo sufriente y desvalido.

Don Juan de Velázquez y de Cuéllar no sólo asiste al terrible proceso agónico de su hijo mayor, sino que comprueba cómo los amigos, colaboradores, nobles y señores que le habían prometido ayuda se vuelven reticentes, aplazan los auxilios, se excusan y se zafan de los compromisos. Es otro proceso, no menos doloroso, la comprobación en carne propia de las maniobras y presiones que, en otro tiempo, él mismo había llevado a cabo con la complicidad de Cisneros para atajar las rebeldías y desobediencias a la reina Isabel.

Íñigo visita al enfermo con asiduidad. Para mayor comodidad de sus cuidadores se ha mudado de la habitación que compartía con Gutierre y ha instalado un catre en la iglesia de San Pedro, donde dormita cuando le vence el sueño.

Una mañana se encuentra a doña María llorosa y compungida. Le pregunta con la mirada y ésta le ase del brazo con la mano izquierda, pone la derecha sobre la parte delantera del coselete, como si la armadura fuera un libro sagrado, y le confiesa que los dos médicos han coincidido en que es difícil que llegue a la noche.

Íñigo entra a verle y observa un rostro sudoroso y pálido, que mira sin ver. Ni siquiera tiene la respiración agitada de otras ocasiones. No sabe cuánto tiempo está allí, pero le llaman con urgencia porque hay un nuevo ataque. Se marcha de prisa hacia el lugar del combate, que se ha producido cerca del río Adaja, y la trifulca dura casi hasta el anochecer, cuando, de manera inopinada, las fuerzas del doctor Cornejo se retiran.

Después de concluida la coordinación de los turnos de centinela vuelve hacia el ala cercana a la torre del homenaje, donde se encuentra Gutierre, y le extraña, al acercarse, no escuchar el murmullo de las conversaciones respetuosas de los visitantes. Al arribar a la habitación y abrir la puerta se encuentra con que la pieza está vacía. Tras morir, han vestido el cadáver y lo han trasladado a las estancias del alcaide, donde han improvisado una capilla ardiente.

Allí medita frente a su amigo. Lo han vestido con el uniforme de caballero hospitalario, con una túnica roja que lleva una gran cruz blanca en el pecho. El rostro está tapado con un pañuelo y han prescindido del gorro de la orden.

La muerte comienza a ser un elemento familiar en la vida de Íñigo. Pero si la muerte del hombre grandullón en aquel fatídico carnaval formaba parte de un accidente y las sucesivas muertes de las que ha sido testigo durante el sitio eran consecuencias lógicas de un estado de guerra, la muerte de Gutierre, casi un hermano, para él a pesar de que sus ausencias eran tan largas como frecuentes, es una muerte especial, y siente ese hueco interno, esa oquedad impalpable y, pese a ello, real, porque parece como si algunas vísceras se hubieran encogido para formar una especie de vacío en el interior del cuerpo.

Ni en la muerte de su padre ni en la de alguna de sus hermanas ha percibido este

desolado afligimiento, esta atormentada tribulación. Por un lado, le gustaría reunir a las fuerzas y salir de Arévalo y enfrentarse a campo abierto, y a vida o muerte, con las tropas que están ahí fuera. Por otro, siente una amargura insondable que, a la vez, alimenta deseos de venganza y los neutraliza.

No sabe cuánto tiempo pasa delante del cadáver y perdido en sus cavilaciones, pero, al recuperar la consciencia, ve que está rodeado de mujeres, y que no hay ningún hombre. Se encamina hacia un vestíbulo e intenta besar la mano de don Juan al encontrarle, mas éste se lo impide y lo toma del codo y lo aleja del pequeño grupo. Cuando están lo suficientemente lejos, le confiesa a Iñigo que va a capitular.

—¿Nos rendimos entonces?

—No exactamente. Como el Rey no ha venido todavía, estoy negociando en el sentido de que vamos a ceder la entrada a la ciudad, pero que ésta no se dará en señorío ni a doña Germaine ni a persona alguna, tal como dejó establecido su abuela Isabel.

—¿Y qué ganamos?

—Más bien qué no perdemos. Yo ya no tengo nada que perder. Toda mi fortuna la he usado en este empeño. Vos sois valiente, pero no tenéis los conocimientos militares de mi pobre hijo, y continuar ofreciendo vidas y esperar a pasar las calamidades del hambre, porque los víveres se están acabando, me parece un empecinamiento descabellado.

Iñigo no discute, pero en su interior siente un enojo terrible por lo que está sucediendo. La muerte de su amigo no ha servido para nada. La de los otros hombres que han perecido, tampoco. El trabajo de casi cinco meses se borra de un plumazo en aras de unas maniobras diplomáticas que entiende, pero no le gusta comprender. Y los afanes de gloria que compartían Gutierre y él han quedado destrozados, pulverizados, reducidos a un cadáver y a una derrota.

IX

Como si las intenciones que don Juan le había confesado fueran una especie de sortilegio, Íñigo comprueba que los ataques de las tropas del doctor Cornejo se espacian, y las pocas acciones que acometen parecen influidas por la desgana, casi como una especie de ensayo. No es una casualidad. Antes de haberle hecho las confidencias, al ver el estado de su hijo y al comprobar las dolorosas desafecciones de que ha sido objeto, don Juan ha enviado recado al cardenal para establecer una paz honrosa.

Cisneros, que sabe que es mucho mejor un mal arreglo que la continuación de las hostilidades, afina la propuesta, de tal manera que puedan aceptarla los arevalenses, y él consiga defender la decisión ante el Rey.

Demora unos días la respuesta como una maniobra para mantener a don Juan en la incertidumbre, a la vez que ordena al doctor Cornejo que no presione, porque la plaza va a rendirse. «Rendición» es un término que, naturalmente, no figura en el documento que le envía y donde se habla de «deponer las armas, conservar la villa en la Corona hasta que el Rey viniese a España, y el mismo Rey, por sí, nuevamente, resolviese con vistas de sus fueros y privilegios la petición que le repetían, quedando mientras tanto sin cumplir la entrega a doña Germaine y conservándose a nombre del Rey».

No es la solución del conflicto, sino su aplazamiento, y Cisneros sabe por edad y experiencia que los conflictos aplazados o bien se pudren y son más difíciles de resolver, o bien se solventan por sí solos, y éste tiene todo el aspecto de zanjarse con el inevitable paso del tiempo.

Aceptadas las condiciones del acuerdo, las tropas del doctor Cornejo levantan el sitio y Cisneros envía un corregidor a la villa de Arévalo, en nombre del Rey, que es recibido con alivio, porque las guerras, con el paso de los días, muestran su cara más torva y concluyen por cansar a las gentes, fatigar su ánimo y hacerles anhelar los días de paz.

Juan de Velázquez de Cuéllar, incómodo con la llegada del nuevo corregidor, luctuoso el ánimo por la muerte de su hijo, se dirige a Madrid para entrevistarse con el regente. Sabe de antemano que va a ser un encuentro difícil, pero no está preparado para la larga antesala que ha de soportar. Lo peor es que conoce todas estas técnicas por haberlas empleado y sabe que la mejor forma de neutralizar el ardor del visitante es someterlo a un largo plantón, porque si bien al principio la dilación enardece los ánimos, conforme pasan las horas el furor se va aplacando hasta que ya no queda ni un rescoldo y aparece la sola esperanza de ser recibido y no tener que aguardar hasta otra jornada.

Pasado el mediodía, y cuando el cardenal seguro que a pesar de ser frugal, no perdona una comida, recibe a don Juan, el regente, se muestra pesaroso por la demora, y hasta parece sincero de no ser porque algunas migas sueltas se han quedado sobre el hábito y corroboran la suposición del visitante de que ha querido dar cuenta de la comida, solo o en compañía de otros, antes de recibirle.

—Os ruego que me excuséis, y nadie mejor que vos para hacerlo, porque sabéis de los compromisos de esta endemoniada responsabilidad, aunque hablar de «endemoniamientos» no es la manera más correcta para quien pertenece a la Iglesia.

—A la Iglesia y a la Corona de Castilla —acentúa don Juan para insistir que él está allí no por los asuntos de Dios, sino por los asuntos del César.

—Es cierto, es cierto —reconoce el regente, como si se hubiera olvidado del cometido.

Y a continuación, de una forma amable pero expeditiva, inquiriere directamente:

—¿Qué puedo hacer por vos?

—Yo mismo lo ignoro —reconoce con humildad don Juan—. He perdido la fortuna en un empeño en el que creí cumplir con mi deber y sólo tengo la dignidad de mi conducta y una larga lista de servicios prestados a la Corona.

—Y de gran merecimiento, y yo lo sé —ratifica con presteza Cisneros, sin ningún apuro.

Quedan los dos en silencio, el antiguo alcaide considera que nada tiene que añadir y espera la merced de una respuesta o de una explicación.

El regente insiste en los merecimientos:

—Pocas personas hay en el reino que puedan prestar una hoja de servicios como la vuestra... Mas es el caso, don Juan, que me encuentro atado de pies y manos hasta la llegada del Rey, y me parecería descortesía y hasta desconsideración mandar nombramientos o proveer cargos sin contar con el amparo de la voluntad real. No os puedo reponer como alcaide del castillo por los sucesos ocurridos, y porque ni siquiera sería lógico a los ojos de quienes os han sido fieles —y aquí el cardenal hace una pausa para que su interlocutor reflexione sobre el insensato daño causado—, porque podríamos caer en los que vos precisamente queríais evitar: que se piense que el acuerdo del cese del levantamiento fue un trato para salvar vuestro puesto.

—No he venido en limosna de cargos, y menos de ése —responde don Juan con tanta seriedad como decoro—, sino a ponerme a vuestro servicio, como creo que es mi obligación.

El regente asiente con cortesía, se arrellana en el incómodo sillón inglés, que alguien ha traído a este viejo palacio, y le dice:

—Conozco vuestra valía y, en la medida que mis fuerzas puedan, que por cierto ya no son tantas como en los tiempos de nuestra amada reina Isabel, tened la seguridad de que haré traslación de esas virtudes a nuestro nuevo Rey, pero reconoced que sería prematuro por mi parte, y si vos os hallareis en mi lugar obraríais del mismo modo, tomar medidas precipitadas, no porque a mí me perjudiquen, sino

porque os podrían perjudicar a vos.



A la salida de la entrevista, don Juan reconoce que el regente ha estado con él tan amable como frío. Es cierto que han sido amigos y hasta confidentes, pero tampoco hay que olvidar que han usado las armas el uno contra el otro.

Hace calor en Madrid. Todavía no ha llegado el verano, pero estos días primaverales de junio, en los que no llega el viento del Guadarrama y luce el sol, parecen un anticipo del verano. Don Juan no siente el calor que parecen sufrir los demás. Más bien nota la frialdad de la derrota, la constatación de que los fracasos hay que soportarlos en orfandad.

Esa noche se sumerge en un sueño pesado y ligero a la vez en el que se mezclan imágenes de su hijo, del regente, de Arévalo, de Medina del Campo y de Granada. En todos esos lugares ha ejercido de condestable o de persona principal. En todos esos lugares ha puesto su talento y su ingenio al servicio de una reina que no existe, como no existe tampoco su influencia o su poder.

Cae enfermo entrado el verano. Los médicos no aciertan con el diagnóstico. En realidad, su enfermedad anida en el cuerpo, pero viene del alma. Se ha quedado solo, solo con su dignidad, que para él es mucho, pero comprueba que para los demás es muy poca cosa. Desprovisto de poder y carente tanto de influencias como de dinero, observa el vacío que provoca su presencia y cómo muchos de los aduladores de antaño, de los que mendigaban un momento de atención para hacer llegar a la Reina tal o cual asunto, se desvanecen a su llegada, se distraen de su presencia, evitan el saludo e incluso le desairan.

Sabe que la vida de la corte es así. Ha visto a muchos caer en desgracia de los favores reales y hasta de los de él mismo, en sus tiempos de condestable de Castilla, no tan lejanos. Conoce ese vacío que se forma alrededor del rechazado. No hay ningún signo material en su vestuario, ni aparece un escrito, ni siquiera se informa de palabra. Basta que el rumor se consolide en un gesto de menosprecio del monarca, del regente o de un privado para que se inicie un movimiento colectivo de rechazo tan organizado como falto de premeditación, porque todos se rigen por las reglas de la recompensa y del repudio, la merced o la desatención.

Y si ello es así para los caballeros, y aun para los nobles, todavía es más descarnado para el cortesano que sólo se sustenta de la gracia o de los privilegios donados. Y si éstos desaparecen y no hay detrás un señorío o la propiedad de unas tierras, ni siquiera la posesión de unos miles de ducados, la falta de estima hiere todavía más hondo, porque el herido se sabe más débil.

Juan de Velázquez de Cuéllar muere una tarde de agosto, en Madrid, sin que los

médicos sepan de qué, porque los médicos no entienden de una enfermedad llamada tristeza.



La noticia le llega a una doña María de Velasco, que ya está acostumbrada a las malas nuevas, en Arévalo, y se la transmite a uno de sus hijos, que queda con ella, y a Íñigo.

—¿Qué vais a hacer, señora, y qué puedo hacer por vos? —se ofrece Íñigo de manera incondicional.

Doña María sonríe con tristeza, porque si ella se ha quedado sin la fortuna que se desvaneció en la defensa de Arévalo, el joven caballero no tiene otra hacienda que su espada. Pero le agrada el gesto, sobre todo comprobar que, entre tanto desleal y olvidadizo, hay alguien agradecido y fiel.

—No os preocupéis. Sigo siendo camarera real de la reina Juana, y la reina Juana sigue siendo reina, aunque no reine. Me iré con ella a Tordesillas y allí estaré hasta que Dios quiera, a no ser que su hijo, el nuevo Rey, disponga otra cosa.

—¿Está loca la Reina?

—Algunos días lo parece, pero otros discurre con mucho y natural razonamiento y dice cosas sensatas, al menos más sensatas y juiciosas que las que a veces escuchamos de personas que se creen cuerdas.

Se queda un momento pensativa, como si repasara sus propias locuras, en las que también entra Íñigo, y luego se interesa por él:

—Y vos, ¿qué intenciones tenéis?

Íñigo se queda un momento desconcertado. Es ya un hombre, aunque sea un hombre joven, y siempre ha estado ligado a don Juan y a doña María. Con ellos ha crecido y se ha educado; con ellos ha vivido sin apenas separarse, y ellos han sido esa fortaleza que hay detrás y en la que siempre se puede uno refugiar cuando es imposible vencer al enemigo.

—No sé. Creo que iré a ver a mis hermanos y luego dispondré.

—No seré yo quien os indique a quién tenéis que ver y a quién no, pero he preparado una carta de recomendación para el duque de Nájera. Os coge de paso, camino de vuestra casa, y seréis una buena ayuda si os agrada y él está conforme. También he dispuesto que toméis dos caballos, porque no es buena cosa un caballero sin caballo. Y aceptaréis, sin protesta, una bolsa con quinientos escudos que he preparado para que podáis afrontar los gastos del camino.

La alegría que le puede causar el ofrecimiento queda empañada por la pesadumbre de la separación. Porque doña María, con su generoso ofrecimiento, está llevando a cabo una ceremonia de despedida.

Está claro que él no puede ir a Tordesillas ni le compete allá ninguna misión, y es

consciente de que lo único que tiene, la espada, ha de ponerla al servicio de alguien, no ya sólo para cumplir sus sueños de gloria, sino incluso para sobrevivir de una forma honesta.



El cardenal Cisneros no sobreviviría durante mucho tiempo a don Juan de Velázquez de Cuéllar y moriría en Roa el 8 de noviembre de 1517. Antes, todavía tuvo tiempo de aconsejar que el heredero de la Corona de Aragón aprovechara la aceptada incapacidad de su madre, Juana la Loca, para proclamarse a sí mismo rey de Castilla. Se trataba de un auténtico golpe de Estado porque la Corona estaba en manos de doña Juana, e incluso su padre, el rey Fernando, sólo se proclamaba como regente. ¿Por qué un hombre tan discreto y prudente sugería una medida que, de seguro, iba a enfadar a los nobles castellanos y a provocar rechazos previsibles? Quizá porque el levantamiento de Arévalo le había servido a Cisneros de prueba para comprobar hasta qué punto la Corona de Castilla necesitaba una fuerte unidad entre sus señoríos, y porque sabía que para llevar a cabo esa misión hacía falta la autoridad de un rey, no la de un mero regente, aunque en el caso de Carlos I fuera también rey, pero de Aragón.

Los consejeros flamencos de Carlos I —todos sus consejeros fueron flamencos durante los primeros años de reinado— desoyeron las razones del cardenal y optaron por que, en un primer momento, Carlos I sólo se proclamara rey de Aragón, Nápoles, Sicilia, Cerdeña y las tierras americanas. ¿Por qué? Quizá porque al presentarse para ser sancionado como rey de Castilla, lo hiciese un rey, no un mero conde de Flandes, y también para evitar un enfrentamiento con su hermano Fernando, que gozaba de gran popularidad entre los castellanos.

La llegada de la comitiva real no pudo ser más accidentada. Prevista la entrada de las naves por Cantabria, una tormenta desbarató el rumbo y hubieron de arribar, por obligatorio recurso, en Villaviciosa. Allí, que no se tenían noticias de la llegada de ninguna comitiva, causó gran alarma el avistamiento de los barcos y se supuso que serían los turcos, que era el obsesivo enemigo natural de aquel tiempo, por lo que el comité de recepción que aguardaba a los flamencos fue una desconfiada multitud provista de palos, que creían que se enfrentaban a una invasión de la morisma.

Desbaratado el equívoco, pasó unos días en Lianes y, camino de Valladolid, con objeto de limar asperezas, el hijo de Juana la Loca y Felipe el Hermoso visitó a su madre en Tordesillas.

Estas acciones, contrarias a la opinión de Cisneros, fueron fruto de la influencia de Guillermo de Croy, señor de Chièvres, que es quien está detrás de las primeras medidas de Carlos I, algunas provechosas, como esta entrevista, y otras no tanto, y auspiciadoras de la revolución comunera que estallaría no mucho después.

Doña María de Velasco, como camarera mayor de la reina Juana, asiste a los preparativos y participa de los prolegómenos del encuentro con un entusiasmo que disimula su cortesana profesionalidad. Posee los años y la experiencia suficiente, aunque no haya estado en la primera fila de los negocios políticos, para saber que más que un encuentro filial y afectuoso lo que busca el joven monarca es asegurarse que su madre no pondrá impedimento alguno para poder proclamarse rey de Castilla.

La entrevista se desarrolla con un principio emocionante, cuando su hijo Carlos se arrodilla ante la reina Juana y ésta lo levanta y lo abraza, rompiendo el protocolo, y prosigue con el análisis minucioso que lleva a cabo la Reina, no sólo visual, sino táctil, porque pasa los dedos índice y corazón de su mano derecha por la mejilla izquierda del joven Rey, y transcurre luego de una manera desconcertante, porque la reina Juana, una vez comprobado su examen, pasado el entusiasmo que sentía ante la reunión, se muestra taciturna y desinteresada.

La camarera mayor, doña María de Velasco, que conoce bastante bien las reacciones de la Reina, no se queda sorprendida como lo están los visitantes ante el evidente abatimiento de la señora, y sabe muy bien que si se muestra huraña y aun antipática no es por otra razón que por la de no encontrar en las facciones de su hijo, al que no ve desde hace muchos años, algún parecido, alguna reminiscencia, alguna huella de su amado y difunto esposo, Felipe el Hermoso. Porque este hombre de baja estatura, mentón agresivo y barba excesiva no tiene nada que ver con su padre, con la dulzura de ese esposo que de manera injusta le han arrebatado.

A pesar del talante huraño de la Reina, Guillermo de Croy insiste ante el joven Rey a que le pregunte a su madre si pondrá inconvenientes o querrá perturbar su proclamación como rey de Castilla.

La cuestión han de plantearla a través de un traductor, porque la reina Juana ha olvidado sus conocimientos de flamenco y su hijo no sabe castellano. Un acompañante del séquito, que ha estado en Nápoles con anterioridad, amigo de un sobrino de Guillermo de Croy, es el encargado de formular la pregunta.

La reina Juana se hace repetir dos veces el requerimiento, porque el castellano del traductor no es muy comprensible, lo que pone nerviosos a los acompañantes de Carlos I y al propio Rey.

Al fin, cuando comprende el alcance de la pregunta, hace un gesto desdeñoso con la mano, se levanta, hace una seña a doña María de Velasco y sale de la estancia sin despedirse de su hijo.



En tanto el cortejo del nuevo Rey, compuesto en su totalidad por flamencos, hace una larga parada en Tordesillas, Iñigo llega al palacio de don Antonio Manrique de Lara y

de Noroña-Castro Acunha, duque de Nájera.

Iñigo siempre ha sido hombre seguro de sí mismo y ha sopesado que si la entrevista no se desarrolla de acuerdo con las expectativas que caben esperar de la carta de doña María deberá buscarse otros caminos, o bien en las tropas aragonesas de Nápoles o bien embarcarse a América, aunque esta segunda posibilidad no le seduce demasiado. El camino de América es el elegido por los aventureros, y él no lo es. No busca fortuna, sino un renombre ganado por su espada. No le interesa el oro ni las riquezas, sino el laurel que corresponde al mérito logrado con esfuerzo y valentía. En Nápoles, además, está el Gran Capitán, del que todos hablan con respeto y admiración.

Cuando llega a la vega del Najerilla y avista el castillo de la Mota, le alegra el ánimo ver sus muros de piedra y sus almenas. Cruza el río montado en un caballo y llevando también las riendas del otro y se dirige hacia el alcázar, que está situado a mitad de ladera, como un intermediario entre el pueblo, abajo, y el castillo, arriba.

Se cruza con algunos campesinos que lo miran con curiosidad y con respeto. No sólo los dos caballos y la espada al/Cinto anuncian la presencia de un caballero, sino que sus ropajes, que Iñigo siempre ha cuidado y elegido con esmero, son vistosos y propios de gente de alcurnia, en contraste con las ropas casi siempre negras del vulgo.

No necesita preguntar a nadie, porque a poco de llegar al alcázar se inicia una amplia avenida empedrada que le dirige hasta sus puertas. Allí, tras anunciar su propósito de entregar una misiva al señor duque de Nájera, le acompañan hasta un amplio patio de armas porticado, en uno de cuyos lados, junto a otros, deja sus caballos. Luego, un servidor lo introduce en las estancias del palacio, decorado con tracerías góticas y embellecidos suelos y paredes con azulejos mozárabes traídos de Teruel y de Sevilla.

Percibe que hay aquí más lujo que en Arévalo, o al menos eso parece en este primer paseo que concluye en una estancia de recibimiento en la que, a poco de sentarse, aparece una especie de secretario de bastante edad que le pide la misiva y le ruega que espere en unos sillones de roble, con taraceas en lo alto del respaldo.

Iñigo piensa que si el duque tiene la misma edad que su secretario va a ser difícil el entendimiento, y sopesa de nuevo las alternativas que se le presentan, porque amén de ser hombre de acción y de gran energía es también partidario de la reflexión, no en vano la convivencia con don Juan y su ejemplo algo le han enseñado.

Cuando se abre la puerta del fondo, donde se supone que despacha el duque, e Iñigo presume que saldrá el secretario a darle la respuesta o a citarle para otro día, aparece el propio duque de Nájera, que se dirige hacia él con gran consideración, y le da la bienvenida, y le toma del brazo un segundo, y le insta a que le acompañe.

En lugar de ir a lo que se supone que era el despacho, el duque se dirige hacia otra puerta más pequeña y entran en una especie de saloncito con una mesa alargada en medio y media docena de sillas de nogal con tapicería original de cuero.

Aunque a Iñigo le parece que el duque ha pasado del medio siglo, acaba de

cumplir cuarenta y seis años, y sus gestos son propios de una persona activa.

Se sienta a un extremo de la mesa, le insta a que el visitante lo haga en la más cercana y extiende la carta de doña María ante él.

—Escribe doña María de Velasco que sois para ella como un hijo.

—Y para mí ha sido como una madre —sanciona Iñigo.

El duque se inclina hacia Iñigo, baja el tono de voz, como si no estuvieran suficientemente solos, y le habla con aires confidenciales:

—He sido un gran amigo en vida de Juan de Velázquez. Mucho. Y siempre hemos sido fieles al rey Fernando y a la reina Isabel, a quienes mi familia les deben el ducado. También del cardenal Cisneros. Cuando Cisneros y Velázquez se aliaban, ni la reina Isabel ni el rey Fernando podían con ellos. Bien es verdad que son personas de mucho y buen juicio...

Y quedándose pensativo, porque se expresa como si aún viviese el tutor de Iñigo, rectifica:

—Bueno, Juan ya no está con nosotros... Esperemos que Dios le haya acogido como merece.

Y baja los ojos en señal de respeto, por el amigo, pero sobre todo porque el nombramiento de la muerte y las referencias a los muertos requieren un supersticioso cuidado en las maneras y en las expresiones.

Iñigo se daría cuenta después, durante el trato que tuvo con el duque, que eran frecuentes estas aparentes confidencias, que casi nunca lo eran, y que no se sabía si obraba así el duque de natural o es que era una especie de ardid cortesano para atraer la atención de sus interlocutores y para hacerles sentirse importantes al convertirlos en protagonistas de revelaciones que no se hacían a los demás.

Desde luego, el duque de Nájera se conocía muy bien los entresijos cortesanos. Su madre, doña Guiomar de Castro, había sido dama de compañía en la corte de Enrique IV y, por tanto, sabedora de los entresijos de la impotencia del Rey, que negaban las putas de Segovia con directo conocimiento de causa. Además, se había casado con doña Juana Folch de Cardona, con lo que sus suegros eran doña Aldonza Enríquez de Quiñones, señora de Elche y Crevillente, y su suegro, Juan Ramón Folch de Cardona, primer duque de Cardona.

Iñigo tiene conocimientos de estos linajes por la información que le ha dado doña María, y por la que él ha recabado antes de partir, pero no se siente ni arredrado ni disminuido y escucha con educada atención pero sin servilismos.

—Lo pasé muy mal —reanuda el parlamento el duque, tras pasar la incómoda referencia a la muerte— cuando tuve noticias del levantamiento de Arévalo. No lo podía concebir. Tened en cuenta la amistad con los dos, y esa decisión que yo nunca hubiera esperado de mi amigo Juan.

—Logró detener la cesión de Arévalo a doña Germaine de Foix —se ve obligado a manifestar Iñigo, porque parece observar una implícita censura en las palabras del duque.

—Sí, sí... —admite dubitativo—, de momento. Y esperemos que todo se resuelva, pero fue un conflicto terrible, terrible, que me dejó en una situación muy incómoda. No podía darle la razón a Cisneros y tampoco quitársela. Por otro lado, don Juan era mi amigo, y ¿qué podía hacer? Mandar algunos hombres y dineros que no sirvieron de mucho.

Don Antonio Manrique de Lara queda un momento abatido, como si el peso de la rebelión de Arévalo hubiera caído sobre sus hombros y fuera él quien se hubiera arruinado.

Pero como hombre pragmático, parece decidido a apartar los recuerdos y ocuparse del futuro. Le da la bienvenida, le traslada el deseo de que se sienta a gusto en el palacio y, de repente, tira de un cordón de terciopelo rojo y aparece por una pequeña puerta en la que Íñigo no había reparado el viejo secretario que le había tomado la carta.

—Indícale el alojamiento —ordena el duque al secretario.

Y dirigiéndose a Íñigo:

—Aunque no vais a tener tiempo de habituaros a él, porque mañana, temprano, partimos hacia Valladolid para recibir a nuestro rey Carlos I.



El cortejo de Carlos I a su entrada en Valladolid está lleno de la magnificencia de un importante rey de la Cristiandad. La moda de Gante es más atrevida, más colorista y más suntuosa que la de Castilla. Llamen la atención de Íñigo las mangas acuchilladas de los acompañantes reales, por cuyas aberturas refulgen las sedas y los satenes. Los terciopelos, a la luz del sol, parecen tener la suavidad de los pétalos de las flores; y de los morriones metálicos, limpios como espejos, bruñidos como joyas, destella la luz despidiendo rayos cegadores.

Íñigo medita que hace unos días estaba jugándose la vida contra las tropas de este joven Rey que debe tener diecisiete años, y ahora forma parte de la embajada de bienvenida del duque de Nájera, encabezada por el propio duque. Y aunque se dice a sí mismo que un caballero debe seguir las órdenes de quien ha decidido aceptar sus nobles servicios, no deja de resultar sorprendente y casi contradictoria esta nueva situación, tan diferente de la anterior. Y lo peor es que en el paso de una a otra, en los pocos meses que separan ambas circunstancias, ha muerto Gutierre, su amigo, su compañero del que tanto aprendió, y ha muerto también su tutor, el padre de Gutierre, en una cadencia endiablada, porque es terrible que los padres entierren a los hijos.

Hay juegos, torneos, fiestas, comida gratis para el pueblo. Íñigo forma parte de los caballeros que participan en uno de los torneos, dentro de un palenque al que asiste la flor y nata de la nobleza castellana y muchos venidos de Aragón. Íñigo

participa bajo el gallardete de Nájera y destaca en los lances de habilidad con el venablo, tanto a pie como a caballo, y es felicitado por sus nuevos compañeros de escudo y bandera.

Antonio Manrique de Lara, duque de Nájera, logra ser presentado al monarca gracias a los oficios de un Cisneros que no parece encontrarse muy bien de salud. El Rey se siente alegre porque puede hablar con el duque en francés, y es que la mayoría de los nobles que le presentan sólo hablan castellano, que él no entiende, y alguno latín, que tampoco comprende demasiado. El joven monarca se explaya con alguien que no sea de su séquito con el que puede conversar, y el duque se siente satisfecho de esta atención y del largo tiempo que ha durado la entrevista, aspecto que no pasa inadvertido a los demás.

Pero durante la estancia en Valladolid, en estos días de recepción oficial, con quien se siente a gusto de verdad es con su abuelastra, Germaine de Foix. Si, no conociéndola, ya tomó decisiones que costaron la revuelta de Arévalo por cumplir los ruegos de su abuelo, el rey Fernando el Católico, aunque Cisneros no le ha informado con exactitud, luego de conocerla queda prendado de sus gracias, de su belleza, de su encanto y de su alegre personalidad. El monarca tiene diecisiete años y Germana no ha cumplido todavía los treinta. La alegre viuda —porque es alegre de carácter y, a veces, de costumbres— conserva el talle estrecho, posee las seductoras formas de una mujer en su joven madurez; y también queda prendada de este joven rey, de baja estatura pero corpulento, de mentón firme y mirada apasionada.

En su recomendación, el rey Fernando le había escrito: «Vos miraréis por ella y la honraréis y acataréis...», no se le escapa ni siquiera el alojamiento de la viuda y señala que resida «donde pueda ser honrada y favorecida de vos y remediada en todas sus necesidades».

Puede decirse que Carlos I cumplió con entusiasmo y fervor las indicaciones de su abuelo. La honró desde el principio, hasta el punto de que cuando entraba ella en la estancia donde se encontraba el Rey, éste se levantaba y le rendía pleitesía. Y en cuanto al alojamiento, la instaló en un palacio anejo al suyo. Más aún: con objeto de hacer más fáciles las visitas y de favorecer los encuentros, los habitantes de Valladolid vieron cómo en muy pocos días se construía un pasadizo que unía los dos palacios; un puente de amor, porque del respeto y los aprecio se había pasado al enamoramiento.

En aquel océano castellano-parlante, la princesa francesa y el Rey poseían el oasis del francés que no sólo los aislaba de los demás, sino que les permitía intercambiar confidencias en voz alta, lo que provocaba, en muchas ocasiones, inesperados ataques de risa, más bien de ella, que siempre se había mostrado igual de espontánea y sencilla.

De estos amores nacería una hija, Isabel de Castilla, como si el destino de Germaine fuera quedarse preñada sólo de varones de pocos años y recién estrenada juventud.

X

Hasta que cuatro años más tarde tiene lugar el intento de reponer en el trono al rey Enrique II como rey de Navarra, e Iñigo interviene en la defensa de Pamplona, transcurre una larga etapa en la que la ansiedad del caballero no encuentra camino en el que forjar sus inquietudes.

Está al tanto de la situación política, porque es inteligente y está bien relacionado, y conoce el ambiente de descontento que hay en toda Castilla por la enorme cantidad de recursos económicos que detrae Carlos I para comprar la voluntad de los príncipes electores y ser nombrado Carlos V del Sacro Imperio Germánico tras la muerte de su otro abuelo, Maximiliano. Pero todos los cargos de la Corona de Castilla han ido a parar a los flamencos que, más que dedicarse al buen gobierno del reino, bregan por amasar fortunas personales sin ningún disimulo.

Los nobles se han vuelto palaciegos y han abandonado el carácter militar que tuvieron antes del reinado de Isabel y Fernando, pero ello no quiere decir que puedan ser expoliados impunemente y que no tengan quejas del comportamiento de los flamencos. Iñigo lo sabe por boca del propio duque de Nájera, que, aunque discreto, algunas veces no se puede contener, y por su hermano Martín, muy amigo del duque y con una urdimbre de amistades poderosas en la nobleza castellana. Una nobleza castellana que observa con indignación que al antiguo profesor de Carlos I, Adriano de Utrecht, se le nombre obispo de Tortosa; que a un imberbe de dieciséis años, sobrino del poderoso señor de Chièvres, una especie de valido, se le proporcione el arzobispado de Toledo; que sea nombrado presidente de las Cortes de Castilla Jean de Sauvage, que no sabe una palabra de castellano y, en fin, que se envíe de virrey de Nápoles a Carlos de Lannoy, aunque ése es un asunto de los aragoneses.

El duque, no obstante, tiene poderosos intereses en Navarra, es nombrado virrey y sabe que allí la situación es tan delicada como en Castilla y que, en cualquier momento, los navarro-agramonteses pueden aliarse con los franceses e intentar aplastar a los beamonteses para reponer en el trono a Enrique II.

Por ello no es casual que Iñigo sea enviado a Pamplona, y allí pasan los meses, y los años, sin que la tal rebelión estalle o dé muestras de estar viva.

La situación aburre a Iñigo, que no es partidario de la estrategia de la araña, sino de la acometividad del felino. Le molesta, además, tener que prestar oídos a lo que se dice y se cuenta, porque él no es un espía, sino un caballero. Su hermano Martín le recomienda paciencia, pero la paciencia es virtud que Iñigo puede abrazar unos días, in eluso un par de semanas, pero no está en su carácter permanecer en sosiego de manera indefinida, como si fuera un anciano.

La falta de actividad le hace retomar antiguos placeres. En todas partes hay mujeres aburridas, doncellas febriles y damas soñadoras. Se encapricha, pero es incapaz de enamorarse. Conocedor de los resortes de la conquista, hábil manejador de las artes del galanteo, comprobar que la conducta de las hembras es tan previsible como la mecánica de la espada no le ayuda a ilusionarse con el amor. Puede que la única mujer que le haya conmovido haya sido Hortensia, y puede que sea la única a la que respetó.

En Pamplona vuelve a comportarse como el alocado seductor de Arévalo. No le importa linaje, edad o condición. Y su fama de mujeriego se extiende, lo que en lugar de dificultarle engatusamientos posteriores, le rodea de una aureola que incita a la prueba del peligro.

No hay mucha actividad palaciega en Pamplona, pero posee el arma principal de un galanteador: tiempo. Los artesanos, los labradores, los encomendados, los desempeñadores de cargos y hasta los regidores y alguaciles tienen su misión y labores en las que ocuparse. Él, en cambio, dispone de su jornada y puede planificar encuentros, trazar estrategias y aparecer en reuniones como si se debiera a la casualidad. También sabe que la curiosidad es un elemento que juega a su favor, y coquetea con ella haciéndose el inocente y proclamando su ingenuidad.

No es hombre de fortuna, pero maneja con cuidado el dinero del que dispone. Un real equivale a casi cuarenta maravedíes, y con veinte maravedíes, que ya no se acuñan, se obtiene mucha información de servidores, amas y criadas, e incluso confidencias que luego le serán de utilidad.

Pero se trata de una actividad casi mecánica, de un entretenimiento rutinario. Se ha pasado la emoción de los primeros años, cuando cada nuevo embate ofrecía aspectos inéditos, sensaciones originales, descubrimientos de lo inexplorado, asombros ante lo oculto. Sigue teniendo la carne ese poder de atracción visual por el que sueña el tacto, y continúa teniendo el tacto esa información que, tras caminar por la piel, incita a los ojos a comprobar y mirar. Las manos y los ojos forman un dúo que se complementa y se necesita. Y, sabedores de que al final hay un premio gozoso, no son indolentes, sino antes bien prestos a la labor allá donde se presente.

Íñigo, además, no es melindroso en castas y linajes. Ocasiones hay en que, tras el intento de recabar información acerca de una dama, nota en la criada y futura informante coqueterías de escasa sutileza, lo que le impele a catalogar el rostro, calcular el talle, sopesar qué se esconde tras el abultamiento leve o grueso de la blusa y conjeturar, después de ojear la turgencia de la parte posterior, cuáles serán las dimensiones de la grupa exenta de ropaje. Todas estas deducciones puede llevarlas a cabo de una manera natural y discreta, sin que se le note ninguna emoción, sin que se le capte gesto o mirada impertinente, como una reacción natural y casi podría decirse que involuntaria.

Cualquier otra persona menos inteligente o más conformada se sentiría feliz de su situación y de sus éxitos, pero sus metas no están en las alcobas, porque la lujuria es

un refugio, casi un escape a la enorme vitalidad que alberga su cuerpo enjuto y que él quiere probar en otros combates más emocionantes y peligrosos. El duque de Nájera ha sido nombrado virrey de Navarra y él es capitán, pero un capitán en tiempos de paz es como un estudiante de vacaciones o como un labrador en jornadas de nevadas invernales.

Un día recibe un discreto billete firmado por una dama que lo cita a las nueve de la noche en la puerta de un huerto, en un callejón de San Cenín. Los Tres Burgos, que forman San Cenín, Navarrerías y San Nicolás, se encuentran alejados del castillo, por lo que decide llevar a cabo un reconocimiento matutino a caballo. Sigue las claras indicaciones —demasiado claras para tratarse de un billete amoroso— y comprueba que la puerta del huerto existe, y que el huerto está en la parte posterior de una amplia casa de labranza. Íñigo no recuerda haber tenido relación con ninguna mujer de este barrio y le extraña la cita; pero le atrae la aventura, le parece atractivo el lance y, a la noche, acude a pie, porque a esa hora los cascos del caballo alarmarían a los habitantes de la zona. Se pone en marcha cuando las campanas del reloj de la catedral dan la media para las nueve, y llega al punto casi con un cuarto de hora de antelación.

Hay luna en cuarto creciente, pero también el cielo está lleno de cirros, y, cuando uno de los filamentos nubosos oculta la pálida luz del satélite, la oscuridad es casi total, Íñigo posee muy buena vista, pero casi ha de recurrir a la memoria para orientarse hasta llegar al callejón y palpar la áspera superficie de la tosca madera empleada para hacer la puerta. Calcula que habrá de aguardar algún tiempo y decide colocarse a un lado, pegado a la tapia, a la espera de que un ruido inesperado le indique que alguien se acerca por el interior del huerto.

Además de buena vista, Íñigo posee también un buen oído. Las vigilias durante el levantamiento de Arévalo le han ayudado a extraer conclusiones rápidas de los ruidos nocturnos y a intentar distinguir si la voz del cuco es auténtica o imitada por un ser humano; si el rumor de los matorrales es debido a una ráfaga, al paso de un animal o a la presencia del hombre; si el inesperado sonido de metal lo ha producido una argolla movida por el viento, la colanilla de una puerta batida o ha sido la caricia de la hoja de una espada sobre una espuela. Pasa el tiempo y nada sucede. Hay esta noche un suave viento del oeste, un céfiro, diría un clásico, que provoca blandos rumores en las hojas de los árboles y un tenue suspiro cuando arranca. De pronto, el afinado oído de Íñigo percibe de su lado izquierdo, de la entrada del callejón, un apagado chasquido que él asocia al roce de las ropas. Mira al fondo, pero no ve nada. Un cirro oculta por completo la luna y aprovecha ese momento para alejarse de la puerta y cruzarse al otro lado. Al poco, tras la tapia, observa el bamboleante destello de una vela y el sonido de la puerta al abrirse. Va a cruzar de nuevo, para entrar por la rendija invitadora, pero la puerta vuelve a cerrarse, y en ese breve intervalo de tiempo le ha parecido ver el perfil de una figura, o lo que podría ser una persona, recortado a un lado de la rendija abierta. Decide no moverse, estarse quieto, controlar incluso el rumor de la respiración para tratar de orientarse, si es el caso que hay alguien más en

el callejón.

Pasa el tiempo y nada sucede. Si tiene compañía, el otro, o los otros, han optado por la misma táctica. Íñigo ha sacado con sumo cuidado una daga, que empuña con la mano izquierda mientras la derecha está sobre la cruz de la espada, que no ha desenfundado por no hacer ruido. Está tanto tiempo inmóvil que llega a pensar si lo entrevisto habrá sido una suposición infundada cuando un crujido sobre la tierra, frente a él, le avisa de que una bota se desplaza sobre el suelo del callejón. Se agacha con cuidado, toma una piedra y la arroja sobre el lugar de donde cree que ha surgido el crujido de la suela, a la vez que se desplaza rápidamente sobre su lado izquierdo. Ha hecho bien, porque sale la luna y vislumbra una figura, con un puñal en lo alto de la mano derecha, dirigirse hacia donde se encontraba hace unos segundos. Aprovecha el desconcierto del desconocido para, ágilmente, desplazarse por detrás y situarse a la espalda del atacante, sobre el que pone la punta de la espada junto a la cintura:

—Si os movéis, os vais a clavar la espada —le advierte al desconocido.

—Os he confundido. Perdonadme —dice éste.

—Estoy seguro de que os habéis confundido. Tirad al suelo, hacia atrás, el puñal, sin volveros y muy lentamente.

Íñigo presiona la punta de la espada junto al costado, de manera que cualquier movimiento brusco se convierta en una maniobra peligrosa. Sea por convicción, sea porque la punta de la espada resulte muy persuasiva, el individuo obedece con disciplina y, a los pies de Íñigo, cae el puñal que no se molesta en recoger.

—Ahora —ordena Íñigo de nuevo— poneos contra la pared y volveos muy despacio.

Cuando el hombre cumple con las exigencias, resalta la claridad de su rostro sobre la oscuridad de las ropas, e Íñigo aprovecha para colocar esta vez la punta de la espada bajo el mentón del misterioso atacante.

—Os he confundido. Os ruego que me perdonéis —suplica éste.

—No, no es cierto. Sólo quien envió el billete sabía que me encontraría hoy aquí, y en estas horas. ¿Quién sois?

—Francisco de Oya.

—¿Os he ofendido? —pregunta Íñigo, que sabe que hay más de un marido malenquistado con él.

—No, capitán —responde el otro.

—Sabéis que soy capitán, en una noche oscura, en este oscuro callejón. Si no sois adivino o mago, entonces está claro que no os habéis confundido.

—No me matéis, os lo ruego —suplica.

—Os mataré si no me decís la verdad.

Calla el otro e Íñigo presiona la punta de la espada.

—Hablaré, hablaré —dice el agobiado.

—Os escucho.

La voz es ronca y pronuncia con descuido. Se aclara la garganta como si la

proximidad de la espada en el exterior provocara asperezas en las cuerdas vocales.

—Estoy esperando —recuerda Íñigo con un punto de severa impaciencia.

—Hace unos días —comienza el misterioso atacante— reparé la reja de un arado a un hombre de San Nicolás...

—¿Sois herrero? —interrumpe Íñigo.

—Sí, trabajo con mi padre en una herrería en Navarrerías.

—Seguid —manda el capitán.

—Era un trabajo sencillo, pero requería tiempo porque había que fundir una pieza. El hombre vino dos veces y, como tenía que marchar a Tudela a unos asuntos familiares, envió a su hija mayor para saber si la compostura estaba terminada y, si era el caso, mandar a un criado a recogerla.

—¿Y bien? —invita Íñigo a que continúe sin bajar la espada.

—La muchacha era graciosa, hablamos y me quedé prendado de ella, y la requerí para que viniera al día siguiente. Y lo hizo, aun cuando suponía que mi intención era volver a verla, y era casi de atardecida, y, amén de unas herraduras que debía preparar, apagué la fragua y estuvimos hablando en la puerta mucho rato. Me contó que a una hermana menor la había seducido un capitán, y que su hermana había sufrido mucho y que estaría dispuesta a pagar cuarenta doblones, que tenía ahorrados para su ajuar, si alguien vengaba el mal que le habían hecho a su hermana.

—¿Por cuarenta doblones os ibais a convertir en un asesino?

—No quise el dinero. Lo he hecho porque amo a la hermana de quien vos deshonrasteis y sólo pretendía daros un susto.

—¿Un susto con un puñal en la mano? Se debe de tratar de un susto para la otra vida.

—No iba a mataros, os lo juro.

—Sois herrero, no cirujano, y cuando baja el acero y atraviesa la carne es difícil saber qué órganos hiere y qué venas corta. Sois, además, un insensato que os merecéis que os rebane el cuello por criminal y por estúpido.

Íñigo está indignado y furioso. Ni siquiera es un caballero o un rival de su categoría, sino un menestral, un plebeyo. Por un momento, la ira le impele a empujar la espada y acabar con la vida del bellaco. Por otro, misericordioso con las faltas de amor, resulta que el monigote se ha dejado arrastrar hasta el delito canallesco por recibir el aplauso de la amada.

—Poneos de rodilla y rezad, si es que os sabéis alguna oración.

—No, por favor, capitán, no me quitéis la vida.

—¿No ibais a quitármela vos hace un instante?

—Iba a asustaros. Os lo juro.

—Rezad.

Francisco de Oya cae de rodillas y gimotea. Nota que la punta de la espada ya no se apoya en su cuello y eso le angustia todavía más, porque supone que la espada está tomando distancia para decapitarlo.

—Puede que no sea una buena persona —le dice Iñigo—. Y es probable que cause más de un disgusto en una casa y malquiste a maridos, y lleve a algunas mujeres a la congoja. Pero también las hago reír, y las ilusiono, y palpitan durante un tiempo y, a su manera y a la mía, son y somos felices. Y jamás, jamás, escuchadlo bien, he mezclado la sangre con el amor. Decidle a la autora del billete..., porque la letra era de mujer... Supongo que ella es la autora.

—Sí, capitán —musita agradecido el arrodillado, porque si le envía el recado de que hable con la doncella eso significa que no lo va a decapitar, porque no se puede hablar sin la cabeza sobre el cuello.

—Decidle que ella es mucho peor que yo, porque ha estado a punto de enviar a un hombre a la muerte o a la ruina. Porque estad seguro de que si se hubiera cumplido vuestro propósito de matarme...

—No, no... No os quería matar.

—¡Callad y escuchadme! —ataja Iñigo—. Si se hubiera cumplido vuestro propósito, los alguaciles os habrían detenido y habríais terminado colgado de una cuerda. Decidle a esa dama que el sufrimiento del amor causa abatimiento y tristeza, pero nadie muere por eso. Que los desengaños amorosos producen desolación y melancolía, pero no mandan a nadie a entregar el alma antes de tiempo, que eso sí que es poseer mala ponzoña. Decidle eso aunque os cause reparo, porque he de enterarme, y si no lo hacéis, yo mismo os buscaré en la fragua y os rebanaré el cuello sin ninguna consideración. ¿Habéis entendido?

—Sí, capitán.

—¡Ah! Y otro asunto: si a consecuencia de estas palabras que le vais a repetir ella se distancia, os repudia y rechaza el amor que le habéis ofrecido, eso me tendréis que agradecer también, porque no es buena cosa tener por esposa a mujer tan insensata que es capaz de enviar a la muerte a quien dice que la ama.

Hay un largo silencio que Francisco de Oya no se atreve a quebrar. Iñigo, que tampoco quiere prolongar la circunstancia, le ordena:

—Marchaos.

—Gracias, capitán.

Y se levanta y corre, aprovechando que los cirros han dejado de ocultar a la luna, y hay una leve y mortecina claridad que deja entrever la diferencia entre el suelo y los muros.

El incidente impacienta todavía más a Iñigo, porque no le asusta la muerte, pero le parece un despilfarro morir en un callejón. Lo podía haber hecho, con menor fortuna, en aquel carnaval pasado en compañía de su hermano Pedro, y le podía haber sucedido en el callejón de San Cenín.

Ha pasado peligro en el sitio de Arévalo, y si allí hubiese encontrado el fin de sus días, lo habría hecho al servicio de su tutor y segundo padre, y lo hubiera dado por un buen motivo. Pero morir por la venganza de la hija de un labrantín, por el ansia de acaparar méritos amorosos de un herrero, resultaba ridículo y deleznable.

Por eso vuelve a pedirle al duque de Nájera que le envíe hacia Toledo con algunos hombres para tratar de sofocar el movimiento comunero, pero el duque vuelve a insistir que Navarra está a punto de una rebelión y que necesita su espada cerca de Pamplona.

XI

No le falta razón al duque. En aquel año de 1521 la rivalidad entre Carlos I de España y Francisco I de Francia está en su apogeo. El rey de Francia ambiciona conquistar Nápoles, en manos españolas, mientras el monarca español desea asentar su poder en el Milanesado, que está ocupado por Francia.

Tropas francesas atacan Luxemburgo. El rey de Francia dice que son grupos incontrolados, que no son tropas reales, pero los ánimos no están para sutilezas y la guerra se extiende, sin declararse, a las fronteras de Flandes.

Aprovechando sus buenas relaciones con el Papa, Carlos I se alía con los Estados Pontificios. No le es demasiado difícil tampoco aliarse con Inglaterra, que siempre está dispuesta a vender sus favores con cualquiera que pueda molestar y desgastar a su poderoso vecino.

Informado Francisco I de que al levantamiento comunero se ha unido la guerra de las Germanías, de Valencia, decide aprovechar la larvada y permanente situación rebelde de Navarra, que subyace desde que Fernando el Católico la incorporó a la Corona de Castilla, para abrir un nuevo frente. Entretenido en el interior por las rebeliones de los comuneros en Castilla y de los artesanos en Valencia, y obligado a cuidar las fronteras de Flandes, el rey francés envía a Andrés de Foix, señor de Asparrot, para que ayude a Enrique II a la reconquista de Navarra. A Francisco I le daba igual quién reinase en Navarra, pero consideraba que si Carlos I tenía que ocuparse de un nuevo frente, le sería mucho más fácil tomar Nápoles.

Corrió el dinero, se avivaron antiguos agravios, los agentes se movieron tanto en la Baja Navarra como en la Alta y el resultado de todo ello fue un levantamiento general que facilitó la victoria de las tropas del general Asparrot, formadas por bearneses, labortanos, franceses, bajonavarros y también altonavarros, a medida que se rindieron San Juan de Pie de Puerto, Roncesvalles y Burguete y se incorporaban a las tropas francesas.

El duque de Nájera parte hacia Alfaro, mientras Iñigo y su hermano Martín están en misión en Guipúzcoa. El duque no llega a Alfaro. Una emboscada desbarata sus planes, pero no a manos de navarros rebeldes y tropas francesas, sino de unos vulgares bandidos, asaltadores de caminos lo suficientemente bizarros como para no tener miedo del numeroso grupo, al que desvalijan y dejan abandonado.

Al mando de una pequeña avanzadilla, Martín e Íñigo se introducen en Pamplona, pese a que ya está asediada por los rebeldes navarros y por las tropas francesas.

El interior es caótico. Muchos de los habitantes de Pamplona no sólo no colaboran en la defensa de la ciudad, sino que aprovechan el caos para asaltar el palacio del duque de Nájera y otras casas en las que no existe salvaguarda, y así, entre el pillaje y las intenciones políticas, los leales se ven obligados a irse retirando hacia la ciudadela.

Martín observa el caos y le pide al responsable civil de la ciudad, al señor de Orcoyen, Carlos de Artieda, que le deje el mando en sus manos porque la anarquía es total, pero ni él ni el alcaide de la fortaleza, el capitán Herrera, lo consideran oportuno.

Martín se exaspera ante la cerrazón de los dos hombres, incapaces de controlar una situación que se les escapa de su gobierno, y anuncia que, si no asume el mando, no se puede hacer responsable del pequeño grupo que encabeza y volverá sobre grupas hacia Guipúzcoa. El capitán Herrera duda, pero Carlos de Artieda dice que el mando se lo ha proporcionado el duque de Nájera y que sólo él se lo podrá devolver.

—¿Sabéis si está vivo o muerto el duque de Nájera? ¿Sabéis dónde se encuentra el virrey de Navarra?

—No lo sé, pero sólo a sus órdenes cederé el mando.

—Esto es una guerra —le recuerda Martín—. Y hay que tomar decisiones sobre la marcha sin tiempo para grandes reflexiones, y el problema de esta ciudad es que vosotros habéis pensado mucho, lo supongo, pero no habéis solucionado nada.

—No consiento que me habléis así. Represento al duque de Nájera.

—Mala representación, porque mi amigo don Antonio Manrique de Lara es hombre de decisiones prestas.

—Marchaos si no os gusta.

—Desde luego —sentencia Martín.

Íñigo se queda anonadado. Han galopado durante toda la noche para estar dispuestos a defender Pamplona y ahora resulta que se marchan, dejando a aquellas pobres gentes a merced de los sitiadores y de los muchos traidores que tienen dentro. De un lado, la autoridad moral de su hermano; de otro, su compromiso directo con el duque de Nájera. Parece como si toda su vida consistiera en buscar el momento en el que poder mostrar su valentía, y cuando está a punto de lograrlo surgiera algo que desbaratara la situación. En Arévalo fue la herida y posterior muerte del pobre Gutierre; ahora, una decisión de su hermano, que pretende regresar, con lo que condenan a aquellos que se queden a un sufrimiento seguro.

Sopresa la autoridad familiar y lo que considera que ha de ser el cumplimiento de su deber. Obedecer a su hermano puede que fuera correcto, pero dada la situación no deja de verlo como un acto de cobardía. ¿Qué van a hacer fuera? ¿Tratar de unirse a las tropas castellanas que parece que se dirigen hacia Noáin? ¿Y quién les garantiza que están allá? Lo que se sabe seguro es que franceses y navarros están a punto de

entrar en Pamplona y de arrasarla, y de que él está a las órdenes del duque de Nájera, así que, tras una meditación sometida a las prisas del momento, discrepa de la decisión de su hermano y manifiesta que él decide quedarse, e invita a quienes quieran hacer lo mismo a unirse a él. No provoca demasiado entusiasmo la propuesta, pero unos cuantos hombres a caballo y otros pocos a pie se quedan a sus órdenes.

A las pocas horas de marcharse Martín entran los franceses en la ciudad. Muchos de los que se habían dedicado al pillaje saludan a los que entran como liberadores, y otros lo sienten así porque no quieren que Navarra pertenezca ni a Castilla ni a Aragón.

A las escasas fuerzas que restan no les queda otra alternativa que refugiarse en la ciudadela, y allí hacerse fuertes.

Asparrot no ordena un ataque inmediato. Se toma su tiempo. Sabe que de allí no pueden salir y que no les van a molestar demasiado. Prefiere que pasen unas horas, incluso un día entero, con el fin de organizar el control de la ciudad y asegurarse de que no se esconde ningún grupo hostil en sótanos y bodegas, es decir, que no se vayan a tropezar con ninguna sorpresa desagradable.

Asparrot está satisfecho. Desde Roncesvalles apenas ha encontrado resistencia, incluso han sido aclamados en algunos lugares y las pérdidas en hombres y en material han sido insignificantes.

Con objeto de evitar derramamientos de sangre dispone que se hostigue a la ciudadela sin mucha presión e intenta concentrar la artillería en un punto.

Dentro, los ánimos están alicaídos, y la moral, muy baja. Observar la reacción de muchos ciudadanos aclamando a las tropas que han llegado no es un detalle que les haga sentirse orgullosos de su papel, sino más bien al contrario: les incita a plantearse cuál es su destino en esta contienda, y si no será más sensato rendirse.

Lo expone el capitán Herrera de una manera clara:

—No vamos a poder resistir mucho tiempo. Hay agua, pero los víveres son escasos. Y ellos pueden esperar, simplemente, a que nos muramos de hambre. En esas condiciones, rendirse no es una opción descabellada.

Íñigo se indigna profundamente ante la propuesta. Una agitación interior le impide casi pronunciar bien las palabras, pero está claro que no va a permitir la ignominia. Ya ha renunciado a marcharse con su hermano y nadie podría haberle echado en cara la acción; pero ha decidido jugarse la vida, si es preciso, en aras de unos valores y de una convicción. ¿Para qué? ¿Para que le arrebatan la espada y se la rompan, y le perdonen la vida los invasores que han venido a asaltar Pamplona?

Cuando la agitación se amansa y la convulsión emocional viene a aquietarse, toma la palabra:

—Con todo respeto, capitán, estoy en desacuerdo. Dios ha dispuesto que nos encontremos en este lugar con una misión que cumplir, que no es otra que resistirnos ante el avance de tropas hostiles y extranjeras que quieren perturbar nuestro reino. No estamos en condiciones numéricas equilibradas, pero si todas las batallas del pasado

se hubieran resuelto por el número de tropas, entonces ni siquiera habrían existido los combates, porque todo se hubiera reducido a una cuestión numérica. El número es un factor, pero hay otro mucho más importante, que es cumplir las órdenes de manera honorable, y a nosotros nos han encomendado la salvaguarda de Pamplona. Hemos perdido la ciudad, es cierto, y no hemos sabido o no hemos podido evitarlo, pero si abrimos esas puertas habremos perdido algo mucho más importante: habremos perdido el honor.

Se calla, y el silencio le impele a continuar:

—Si queréis salir de aquí vencidos y sin honor, abandonad la ciudadela. Si queréis sumaros a esos navarros que colaboran con el rey de Francia para reponer a un rey que ni siquiera está al mando de las tropas, enviad a un emisario para que les diga a su general que aquí hay un puñado de asustados soldados que no se atreven a plantar batalla y que prefieren rendirse antes de cumplir con el mandato.

—Permanecer aquí encerrados es como permanecer en una prisión —aduce el capitán Herrera.

—Sí, pero es nuestra prisión, en la que mandamos nosotros y la que impide que el enemigo continúe con su marcha triunfal. Afuera hay otra prisión: la que ellos prepararán para nosotros. Ahora son nuestros enemigos y nosotros los suyos, y nos respetan. Después de la rendición serán nuestros carceleros y habremos pasado a la categoría de rehenes despreciables que ni siquiera supieron plantarles cara.

El capitán Herrera se siente molesto por haber perdido la iniciativa, pero sabe que no le queda más remedio que aceptar la propuesta de Íñigo. No obstante, como considera una insensatez permanecer en la ciudadela, propone que quienes quieran marcharse lo hagan, puede que esperando una desertión generalizada que hiciera volver a reconsiderar la decisión:

—No quiero tener bajo mi responsabilidad ninguna muerte, así que si alguien desea salir, puede hacerlo. No recibirá ninguna sanción ni será tomado como un demérito.

Pero las ardorosas palabras de Íñigo han sido pronunciadas con tanta pasión, con entusiasmo tan convencido, que nadie se mueve.

El capitán Herrera no es ningún cobarde y, en el fondo, se siente satisfecho de la reacción de sus hombres. Puesto que han de afrontar la defensa de la ciudadela, a la hipotética espera de que las tropas castellanas se acerquen para socorrerlos, se dispone a cumplir de la manera más eficaz la resistencia y, sin ningún rencor, le pide a Íñigo que se reúna con él para organizar los escasos hombres y distribuirlos de la manera que resulte más efectiva.

La primera noche es tensa y sin novedad. Pero poco antes del amanecer retumba la artillería y comienza un bombardeo intenso y sistemático.

El capitán Herrera piensa, en un primer momento, que esa concentración de la artillería puede tener como objetivo el intento de que concentren allí todas sus fuerzas para preparar un ataque por un ala opuesta, por lo que no mueve los efectivos. Pero al cabo de dos horas, sin que haya cesado el fuego, es preciso desplazar fuerzas, porque hay muchos heridos y comienza a abrirse un peligroso boquete.

Iñigo está en todas partes, como si tuviera el don de la ubicuidad. Ayuda a la escasa artillería, rescata y atiende heridos, dispara en un vano intento de alcanzar a los lejanos atacantes, distribuye comida y, lo más arriesgado, se deja ver por lo alto de los muros como una especie de diablo desafiante, de incansable provocador. Y todo ello sin cesar de animar a los soldados.

—Somos pocos, pero somos mejores. No pueden entrar. Y no van a entrar. ¡Ánimo, caballeros, que a ellos les va a empezar a decaer viendo nuestra entereza!

Y salta de puesto a puesto, y ordena el reparto de avituallamiento, y el repaso de las armas, y logra levantar el alicaído ánimo de los resistentes que ven en él un ejemplo a seguir, un modelo al que imitar, aunque es difícil alcanzar su osadía y su entrega.

Cuando, de repente, cesan de caer bombardas, los de dentro se quedan desorientados. Han sido tres largas horas y casi es peor el silencio. Al menos, durante el bombardeo, se sabe cuáles son las pautas a seguir, pero la prolongada pausa inquieta y no resulta nada tranquilizadora, como si fuera menos agobiante aguantar el fuego que aguardar a comprobar de qué manera se romperá calma tan extraña.

El capitán Herrera manda recado para reunirse con Iñigo, y cuando éste llega le comunica sus impresiones.

—He observado que están retirando los cañones, y no aparecen en ningún sitio, tal como si fueran a marcharse.

—¿Creéis que se retiran? —pregunta Iñigo, sin saber todavía si la nueva situación le va a alegrar o le contraría.

—No, no lo creo. Más bien me parece que aprovecharán la oscuridad para tratar de concentrar las armas en la parte de atrás, en la Puerta del Socorro. Supondrán que seguiremos concentrados en la entrada principal y, al amanecer, puede que nos ataquen por ese lado.

—Podríamos dividir las fuerzas y dejar pertrechos a mitad de camino para trasladarlos rápidamente a un lugar o a otro. Pero también podrían atacar por los dos puntos a la vez —sugiere.

—No lo creo —niega con seguridad el capitán Herrera—. Tengo la impresión de que Asparrot quiere una acción rápida para seguir avanzando. Somos una especie de pequeño estorbo que molesta sus planes, y cuenta con que nos barrerá en cuanto abra un boquete en el muro por el que pueda mandar hombres a pie para el primer asalto.

—Vamos a ser un gran estorbo —dice Iñigo con una seguridad conmovedora.

Por un lado, Herrera admira su ardor y su seguridad, y por otro, le parece demasiado soñador, pero no cabe duda de que contagia a todos algo de su frenesí, y el ardor es una parte importante para las tropas.

Otra, muy importante también, son las armas y no disponen de muchas. De los dos falconetes que están instalados a ambos lados de la puerta principal retiran uno de ellos para llevarlo a la Puerta de Socorro. El capitán Herrera ordena que se ponga en su lugar un aro de metal para que no se den cuenta de la retirada de la pieza.

Poseen cuatro bombardas y arrastran dos de ellas hacia la parte sur. Íñigo tan pronto se pone a ordenar el traslado como se coloca él mismo a empujar, un soldado más, un camarada al que todos comienzan a tomar aprecio.

La mayoría pasa la noche de vigilia, tenga o no tenga asignada una guardia. E incluso los que duermen saben que no los despertará una sacudida en el hombro, sino el terrible ruido artillero.



Pero amanece un día de mayo casi idílico. Cruzan el aire las golondrinas, como si estuvieran convencidas de que las hostilidades ya se han terminado, y se oye el canto de los herrerillos y de los carboneros. Pasadas las ocho de la mañana, el sol baña con su luz la plaza de armas, y de no ser porque saben que de allí no pueden salir, se diría que comienza un apacible día de primavera.

Pocos minutos después de que las campanas de la iglesia de Santa María la Real anuncien, con nueve sonoras badajadas, la hora de esta mañana, como si los sitiadores esperaran la orden de lo alto de las torres, comienza el bombardeo sobre la Puerta de Socorro.

Uno de los morteros de los asaltantes, en lugar de retroceder tras el disparo, explota y hiere a los hombres que están a su alrededor, lo que provoca alegría en los sitiados. Alegría que dura muy poco, porque al cabo de una hora, sin que haya cesado en ningún momento la lluvia de fuego sobre los muros y el interior de la ciudadela, Íñigo es el primero que ve aparecer, tras los sacos terreros que protegían a los artilleros heridos por la explosión del mortero, un largo cañón muy afilado que apunta precisamente hacia donde está él. Íñigo no ha visto nunca un arma semejante y llama al capitán Herrera, quien le informa que es la segunda vez que ve un artefacto parecido, y que se trata de una culebrina.

—Es más ligera, la transportan sobre ruedas y, debido a la gran longitud del cañón, tiene mejor puntería.

—Pues vamos a probar la nuestra —comenta desafiante Íñigo, y se marcha hacia el puesto donde está una de las bombardas, le arrebató la mecha a uno de los soldados, que va a aplicarla a la pólvora colocada sobre el oído del mortero, y dispara

con furia, aunque con escasa eficacia, porque la bombardera no es muy precisa.

Como si quisiera compensar la falta de daño con un acto provocativo, se asoma a la muralla y recorre unos metros sobre ella, de espaldas al enemigo y animando a los suyos.

Entre las tropas franco-navarras se encuentran dos partidarios de Enrique II, Miguel de Javier y Juan de Javier, que comentan entre ellos las bravuconadas de aquel desconocido.

—Es un orate —le define Miguel.

—O puede que no. A lo mejor es uno de esos enardecedores que fabrican héroes donde sólo hay hombres corrientes —comenta Juan.

—Pronto lo veremos —sanciona Miguel, porque se ha abierto un pequeño boquete a unos cuatro metros de la Puerta de Socorro y, si las cosas siguen así, pronto habrá una brecha para intentar asaltar la ciudadela.

Miguel y Juan tienen un hermano, Francisco, que ahora cuenta quince años y que, pasado el tiempo, se reunirá en la Sorbona de París con Íñigo, pero eso es algo que no saben ninguno de los cuatro personajes.

—Me voy al boquete que han abierto, con cuatro o cinco hombres, para poner sacos de tierra —anuncia el capitán Íñigo al capitán Herrera.

—Tened cuidado. Van a concentrar allí las cargas. Convendría colocar una segunda línea de sacos, porque en cuanto vean una abertura nos asaltarán.

Íñigo no parece que lleve dos días sin dormir. Hay una furia interior que le impele a tomar los sacos de tierra como si fueran ligeros y a asomarse por la oquedad, sin miedo a la continua lluvia de bombardas.

—Es un orate —insiste Miguel.

—Pues tiene suerte —reconoce Juan.

Las campanas de la catedral ya no se escuchan. Las golondrinas ya no vuelan. Y los herrerillos y los carboneros deben pensar que el mundo se ha vuelto loco. Hay humo por todas partes y, como apenas se levanta ni siquiera una leve brisa, el humo se espesa y gandulea como si sesteara sobre Pamplona, y cuando una buena porción se desvanece, los nuevos cañonazos le suministran nuevas masas, que empalidecen el sol de este veinte de mayo.

Los sirvientes de los cañones de los sitiadores son reemplazados cada hora, porque tras el disparo, el retroceso obliga a remolcar de nuevo la pesada arma. Los sirvientes de las escasas bombardas de los sitiados no son reemplazados porque no hay hombres suficientes.

A mediodía parece que hay una pausa; los del interior de la ciudadela piensan que la hora de la comida puede servir de tregua, pero la guerra no es una reunión social en la que se respeten los horarios domésticos y arrecia la artillería.

Pasan las tres de la tarde y siguen bombardeando. La fatiga comienza a cundir, y el número de heridos en el interior de la ciudadela aumenta.

—¡Estamos cumpliendo con nuestro deber! ¡Estamos haciendo lo que se espera

de nosotros y estamos demostrando que somos menos, pero mucho más valientes que los de fuera!

Íñigo va de puesto a puesto, de bombardas a bombardas, de falconete a falconete, recitando esta consigna sin que abandone su mosquete, que pesa siete kilos, y se apresta a disparar entre reparto y reparto de ánimos y consigna. Ha notado que, cuando se asoma por el muro, los sitiadores se encarroñan de odio y arrecia la artillería, si es que es posible todavía quemar más pólvora, como si les pareciera un insulto o una provocación, y lo es, porque afuera hay muchos más hombres y muchas más armas.

—No os arriesguéis tanto —suplica el capitán Herrera.

—No es mucho riesgo porque no tienen puntería, y lo hago porque les solivianta. Un enemigo exasperado es siempre menos peligroso que un enemigo con la cabeza fría.

—No abuséis de la buena suerte —insiste Herrera.

Son cerca de las tres de la tarde y la artillería sigue sin callarse. En lugar de una ciudadela, vieja y medio derruida, parece que se encuentran ante una fortaleza inexpugnable. El propio Asparrot se impacienta y se lo comunica a sus mandos.

—No entiendo que un puñado de hombres nos detenga, cuando no nos han detenido hasta ahora. No podemos dejar esto abandonado, porque sin la ciudadela es como si no hubiéramos tomado Pamplona, y quiero aprovechar esta racha para avanzar hacia Logroño... Bueno, una racha que parece que ha terminado.

—Señor, si queréis nos lanzamos al asalto. Lograríamos nuestro objetivo en pocas horas, pero sufriríamos muchas bajas —expresa uno de los oficiales.

—¿Cuántas bajas?

—Bastantes, señor. Si tuviéramos algo de mala suerte y al primer asalto no pudiéramos penetrar en el recinto, más de las que serían convenientes.

Asparrot se queda pensativo. Hasta ahora, a partir del momento que entró desde Francia, apenas ha sufrido otra pérdida que la de diecisiete hombres, bien es verdad que porque no ha encontrado demasiada resistencia, pero sabe que la muerte de los compañeros mina la moral de los soldados y pretende arribar a las puertas de Logroño con capacidad para hacerse con la ciudad. Los navarros que le siguen tienen el objetivo de lograr la independencia del reino, pero su señor, el rey de Francia, le ha dicho que debe aprovechar para hostigar a las tropas castellanas en el mayor número de frentes que pueda y distraer sus efectivos. Por eso quiere llegar hasta Logroño. En realidad, podría llamar a Enrique II de Albret y ponerlo en el trono, y, tras unos pocos días para asegurar el orden y controlar los focos de rebeldía que quedaran, regresar a Francia, pero entonces no sacarían ningún beneficio, excepto el agradecimiento del entronado. Debe aprovechar el enardecido agradecimiento de estos navarros beaumonteses y de los altonavarros fieles a su independencia para que le ayuden a tomar Logroño, con lo que Carlos I tendrá otro motivo de preocupación.

Dentro de la ciudadela llevan soportando seis horas de bombardeo. El propio ruido, el continuo temblor de la tierra durante tanto tiempo, comienzan a afectar el equilibrio de los defensores. Uno de ellos toma un hacha de guerra y se dirige hacia la puerta, enloquecido y gritando:

—¡Abrid, abrid! ¡Voy a matar a esos bribones! ¡Abrid las puertas y mataré a todos!

Los compañeros se acercan hacia él, pero blande el hacha como una pica y tienen que rodearlo, arrebatándole el arma y sujetarlo con fuerza hasta que, ya en el suelo, rompe a llorar.

Íñigo advierte que el incidente hace mella en los demás, y renueva sus bríos:

—Quieren volvernó locos. No pueden con las armas y quieren volvernó locos, pero no podrán con nuestros cuerpos, ni con nuestras almas. ¡Contestad al fuego! ¡Somos mejores que ellos!

E inicia un nuevo recorrido levantando el ánimo, exhortando a la lucha, alentando a los hombres:

—¡Por fin han encontrado resistencia! ¡Se creían que éramos un puñado de cobardes!

Y de sus ojos parten unas miradas ardientes, incitadoras, que inducen a los demás a volver a la carga con nuevos bríos.

Por si no fuera suficiente, y como sabe que el gesto de provocación al enemigo divierte a sus hombres, vuelve a dejarse ver por la muralla y a hacer gestos desafiantes.

Al otro lado, Miguel de Javier avisa a su hermano Juan de que ha vuelto a aparecer el insolente.

—Deben de estar desesperados. Presumo que lo hace porque se deben encontrar ya alicaídos y juega a ser el talismán de la defensa —comenta Juan de Javier.

—Pues deberíamos acabar con el talismán. Y, como si de repente recordara algo, añade:

—Localizad a Rodrigo Ascarrés. Es bastante hábil con la culebrina.

Su hermano ordena a un soldado que vaya en busca del nombrado y éste aparece al poco.

Miguel le ordena que se haga cargo de la culebrina, que la dirija hacia la parte izquierda de la puerta y que apunte hacia una figura que aparece y desaparece cada cierto tiempo.

El propio Rodrigo introduce la esponja húmeda, atada a una larga vara, para apagar los restos que pudieran quedar, y carga la pólvora, la retaca e introduce un proyectil de piedra. Tiene el inconveniente de que suele quebrarse en el impacto, pero la ventaja de que amplía la posibilidad de hacer puntería en el objetivo por el efecto radial.

Miguel pone un pie en la cureña y aguarda a que aparezca la figura del insolente. Rodrigo apunta hacia el lugar en que le dicen que suele aparecer y acerca la antorcha a la mecha que hay en el oído para prenderla. Pero como si se hubiera enterado de la atención que concita y de los preparativos, Iñigo no se deja ver.

—Es inútil —comenta Juan—. No es un orate.

—Apuesto a que sí —le contradice su hermano.

Y, en efecto, se le ve por encima del muro correr hacia otro lado, pero en sentido contrario. Rodrigo no tiene tiempo de desviar la trayectoria y prende la mecha.

La culebrina vomita el proyectil, que se ha partido en tres pedazos. Dos caen muy a la derecha, pero el tercero parece que impacta en el desafiante personaje, porque desaparece de golpe, como si le hubieran derribado.

—¡Le hemos dado! ¡Le hemos dado! —exclama triunfal Juan.

—Se ha podido tirar de un salto hacia el repecho de la muralla —opina Miguel.

—¡Estoy seguro de que le hemos dado! —persevera Juan.

Juan de Javier tiene razón. La parte de la piedra le ha pasado a Iñigo entre las piernas y ha caído al repecho, y de allí es ayudado a bajar por los hombres que atienden uno de los falconetes.

El alcaide y capitán Miguel de Herrera está en la puerta principal y no ha presenciado el suceso. Pero escucha el apresurado golpeteo de las botas sobre el suelo empedrado de dos hombres que se acercan corriendo y gritando:

—¡Han herido al capitán De Loyola! ¡Han herido al capitán De Loyola!

XII

—¡Han herido al capitán De Loyola! ¡Han herido al capitán De Loyola!

La noticia, la mala noticia, se extiende por toda la ciudadela y causa un enorme desánimo entre los defensores. Por su temple y su actitud se ha ganado la admiración de todos. Difícil encontrar a alguien tan animoso y tan llano, tan desprendido y voluntarioso y, sobre todo, tan valiente. Todos le llaman capitán De Loyola, aunque él no es otra cosa que un gentilhombre al servicio del duque de Nájera, pero se siente a gusto con la denominación y con la responsabilidad, que ha llevado siempre mucho más allá del compromiso.

Al llegar el capitán Herrera hasta donde se encuentra tendido Iñigo, ve ambas piernas cubiertas de sangre.

—Lo siento, alcaide. Parece que han aprendido a apuntar —dice Iñigo trabajosamente.

Un joven, ayudante de un médico de Pamplona, que se encuentra en el recinto porque es hombre de armas y recetas, explica que hay una profunda herida en la pierna izquierda, a la altura del muslo anterior, y que la pierna derecha está rota bajo la rodilla. Ésa es la mala noticia. La buena es que la herida de la pierna izquierda, aunque profunda, no ha afectado a ninguna vena importante, por lo que se ha procedido a desinfectarla y taponarla. La rotura indica que hay que entablillar, y el capitán ordena el traslado a una sala cercana a la puerta principal, que se empleaba para cuadras y que ahora se ha convertido en un hospital de campaña para los heridos.

—Hay que resistir —dice Iñigo a los que presencian cómo lo suben a unas parihuelas y se lo llevan para tratar de soldarle el hueso.

El aprendiz de médico desinfecta la herida con solimán, sal y ceniza, y luego impulsa el pie hacia arriba hasta notar que suelda el hueso, lo que produce un desmayo en Iñigo, tras sufrir un intensísimo dolor. El joven aprovecha el desvanecimiento para asegurarse de que encaje el hueso bajo la rodilla y, a continuación, coloca dos tablas, una en la parte anterior y otra en la posterior, a fin de asegurarse de que el herido no moverá la pierna y, desde luego, le resultará imposible doblarla.

El alcaide Herrera está presente en todo momento de la cura, como si se hubiera desatendido de la defensa, y cuando observa que destapa la herida del muslo e introduce una nueva dosis de solimán y pólvora, le ruega:

—Sobre todo, que no se gangrene ninguna de las dos piernas.

—Estoy convencido de que se curará, alcaide.

Pasa la noche delirando, y son muchos los que, antes de disfrutar del turno de

descanso, se acercan a verle, como si les costara convencerse de que aquel valiente haya podido ser abatido. Íñigo, febril, intenta sonreír hasta que el aprendiz de médico insiste en que le dejen tranquilo.

Al segundo día, el alcaide y capitán Herrera, viendo que resistir más tiempo va a dar lugar a una sangría de muertos y heridos, que no hay hierbas ni pomadas suficientes para satisfacer la salud de éstos, y que —no le duele reconocerlo— desde que ha sido abatido el gentilhomme De Loyola ha cundido el desaliento entre los defensores, decide rendir la ciudadela.

La entrada de los franceses y navarros es caballeresca. El alcaide temía una invasión, si no vengativa, al menos con algún vestigio sañudo, porque ellos también les han causado bajas, pero la toma se lleva a cabo como si fuera el último capítulo de unas negociaciones diplomáticas. Al fin y al cabo, a pesar de la presencia de las tropas francesas, ésta es una guerra de navarros contra navarros, y no es de extrañar encontrarse soldados del mismo lugar, villa o ciudad, pero en bandos contrarios, y aun parientes de sangre de primer grado.

Juan de Javier reconoce por las ropas al que él llamaba orate, y ordena que trasladen a Íñigo al convento de los agustinos, que mandara construir Carlos II de Navarra hace ya casi dos siglos y que los franceses han habilitado como hospital. Allí intenta recuperarse en compañía de los que hasta hace poco eran sus enemigos y —pudiera ser, ¡quién sabe!—, a lo peor, heridos por su mosquete.

Juan y Miguel de Javier dejan dicho que al de Azpeitia lo devuelvan a su casa en cuanto mejore y se marchan con Asparrot, que quiere poner cerco a Logroño, un error que le costará enfrentarse al desastre.

Los casi cinco días que han estado entretenidos en Pamplona han sido aprovechados por las tropas castellanas, que se han reagrupado y parten hacia el encuentro con los rebeldes. Puede que por esos días perdidos ante la ciudadela de Pamplona el señor de Asparrot se impacienta y no tenga en cuenta que Logroño está defendida por más de quince mil hombres. No quiere esperar a que se le unan los dos mil navarros y gascones que defendían Tafalla, ni otros seis mil gascones que se hallaban concentrados en Iruñea, hacia donde tuvo que retroceder. El último día de junio de 1521, las tropas castellanas, superiores en número, envolvieron a Asparrot y causaron una matanza que superó los cinco mil hombres. Los campos de Ezkiroz, Noáin y Barbatáin quedaron sembrados de cadáveres. El sol de verano secaba la sangre y el hedor, a la noche, era insoportable.

Una semana antes, Íñigo, en Pamplona, libra otra guerra de la que no se sabe si va a salir vivo. Cumpliendo el mandato de los hermanos De Javier, le mandan a Loyola. Como no puede ni siquiera ponerse de pie, le arrastran con una parihuela colgada de las varas y la barriguera de una mula, sujetándole los brazos con unos tirantes de cuero para que no se deslice. A ratos, uno de los acompañantes sostiene las andas de la parte de atrás de la cibiaca y lo trasladan en posición horizontal, pero cuando el camino es llano queda inclinado, de espaldas a la marcha, y notando la vibración de

los palos al arrastrarse por el suelo.

Por los mediodías, el calor es tan intenso que buscan guarecerse bajo la sombra, de tal manera que avanzan en las amanecidas, hasta las once de la mañana, y una hora u hora y media durante el crepúsculo.



Tardan casi cuatro días en llegar a Azpeitia, y cuando sus hermanos lo ven cubierto de polvo hasta las heridas, macilento y apenas consciente se quedan horrorizados, porque tiene más aspecto de estar muerto que vivo.

Llaman a los médicos del lugar que acuden a examinarle y, al desentablillar, dictaminan que, seguramente debido al traqueteo del camino, el hueso se ha desprendido, no está soldado y hay que someterlo a una labor de cirugía para asegurarse de que la meseta tibial se una a la rodilla.

Para soportar la carnicería, como anestesia le dan tragos de aguardiente, que la mayoría de las veces rechaza, mientras aprieta los puños hasta que los nudillos se quedan albos. Algunas veces se desmaya del insoportable dolor, y al volver en sí acepta el aguardiente y de nuevo cierra las manos en un puño, de tal modo que parece que van a desaparecer los dedos engullidos por la palma.

El día 28 de junio la fiebre ha subido mucho y habla en la inconsciencia, es decir, delira. Uno de los médicos les expresa claramente a los hermanos:

—Está muy mal. No hay gangrena, pero si la infección se ha extendido a otras partes del cuerpo no sé si podrá resistir. No podemos abrir de nuevo las heridas porque podríamos acelerar el fin. Dudo que pase de esta noche.

Una de sus hermanas dice que hay que avisar al sacerdote. Cuando llega se encuentra con un moribundo que no se entera de nada de lo que ocurre a su alrededor, y se limita a darle la extremaunción.

No están presentes ni su hermano Pedro, que anda por tierras de Sevilla, ni su hermano Martín, que se ha incorporado a las tropas castellanas para enfrentarse a Asparrot en Noáin.

Su hermana Teresa se queda junto a él toda la noche. Tiene los labios secos y morados, de vez en cuando le pasa un pañuelo empapado de agua por la boca, le enjuga el sudor que le perla la frente y le humedece el cuello y la nuca. A ratos se mueve inquieto, como si estuviera huyendo o luchando, y en otros momentos se queda tan quieto que Teresa teme que se haya muerto sin darse ella cuenta.

Con las primeras luces del alba parece aquietarse el cuerpo y la respiración es menos agitada y más tranquila. Teresa se queda un momento adormecida en una incómoda silla de respaldo labrado y, cuando se despierta, se asusta un momento porque nota los ojos de Iñigo fijos en ella, como si le reclamara algo.

—Agua —musita Íñigo con un hilo de voz.

Teresa corre a por un vaso de estaño, porque el que hay junto a la repisa de la ventana ha sido usado para empapar el pañuelo que le pasaba por los labios. Cuando vuelve y le va a ayudar a incorporarse nota asombrada que él mismo lo hace, como si no acabara de regresar de la frontera con el otro mundo.

—Gracias —le dice a su hermana, y se deja caer en la cama, como si el esfuerzo le hubiera dejado sin recursos físicos.

—¿Qué día es hoy? —pregunta.

—Veintinueve de junio. Día de San Pedro.

—San Pedro —musita.

Y vuelve a caer en otro sopor, pero tan sosegado como el del último tramo de la noche.

Los médicos se quedan muy asombrados de la recuperación y, con buen sentido común, deciden dejar que la naturaleza complete el camino emprendido.

A los dos días comienza a tomar caldos y a recuperar cierto tono vital, aunque está muy débil y sigue amodorrado durante largos periodos.

Pasada una semana ya come cordero, leche de almendras, cerezas y sandía.

Dos criados jóvenes le socorren en la complicada tarea de evacuar el vientre, puesto que se encuentra con escasas fuerzas y, además, la pierna derecha está entablillada. Al principio, Íñigo accede a que le trasladen de la cama, le ayuden y le limpien, pero a medida que va recuperándose aumenta sus exigencias y comienza a dar muestras de desagrado por la humillación en la que se halla. Si cuando se encontraba grave el curso febril le mantenía en una especie de estado entre onírico y jadeante, a medida que va recuperando las energías es también consciente de la lamentable fase en la que se descubre.

Los médicos le han prohibido que se levante y, tumbado en la cama, sin apenas moverse excepto para las necesidades fisiológicas, las horas se hacen largas, y los días, eternos. Pide a su hermana alguna novela de caballerías para evadirse de las condiciones a las que se encuentra sometido, y su hermana va y viene, y le dice que, a su pesar, no hay novelas de caballerías, pero que ha encontrado una *Vita Christi*, de Ludolfo de Sajonia, y un ejemplar de *Flos Sanctorum* en castellano.

—Las vidas de algunos santos son como una novela de aventuras, con sus peligros, sus emociones, sus intrigas —le dice para intentar hacerle atractivos los dos libros.

Íñigo, decepcionado, no hace ningún comentario y le indica que los deje junto a la almohada.

Acostumbrado a la acción, a estar ocupado, al ir y venir aunque sea por asuntos palaciegos, al viaje y al retorno, a la batalla y a la lucha, esta inmovilidad impuesta comienza a irritarle. Ni siquiera tiene el consuelo de distraerse con una novela en la que le cuesta poco identificarse con la valentía del caballero protagonista, y enamorarse de la dama, y pasar peligros por ella, de tal manera que la lectura, que es

actividad sedentaria, se convierte en nómada para Íñigo, porque va y viene, vuelve y torna y pasa peligros y ahuyenta rivales y gana torneos, y honra a su dama. Ya se conoce la vida de Cristo. Todos los días en Arévalo y, antes, en Medina del Campo, a la hora de la misa, algún confesor real o el propio cardenal Cisneros hablaban de este o de aquel pasaje de los Evangelios. Y aunque las novelas de caballerías suelen tener el mismo o parecido argumento, y se repiten lances y situaciones, siempre hay algo imprevisible que no le va a suceder con la vida de Cristo. En cuanto a las vidas de los santos y a pesar de que su hermana le ha querido persuadir de su amenidad, sin que esté guiado por ningún prejuicio, reconoce que no tiene demasiado interés que a un pobre cristiano se lo coma un león en un circo o lo despedacen sobre un potro de madera porque se niegue a blasfemar.

Pasan casi dos días sin que abra ninguno de los dos ejemplares, pero es tan dilatado el tiempo, tan pesado y letárgico el paso de las horas, que una mañana, alarmado de que su propia impaciencia le produzca excesiva ansiedad, toma uno de los libros y comienza a leer las peripecias de santa Justa y santa Rufina. Cuando lee que el prefecto de Sevilla, Diogeniano, condena a Rufina a ser despedazada por un león en el circo, Íñigo se satisface de su propia perspicacia, pero al llegar al pasaje y comprobar que el león, en lugar de despedazarla como haría cualquier león, se pone a lamerla y a jugar con ella como si fuera un perro de compañía, se queda pensativo.



Cinco años antes de que llegue a las manos de Íñigo, los monjes jerónimos fray Pedro de la Vega y fray Gonzalo de Ocaña recopilan y llevan a cabo una versión nueva del texto medieval *Flos Sanctorum*, muy popular desde el siglo XII, y lo entregan a una imprenta de Zaragoza.

El otro ejemplar, la *Vita Christi*, de Ludolfo de Sajonia, está traducido del latín al castellano por fray Ambrosio Montesino, un franciscano que estuvo en la corte de los Reyes Católicos, protegido del cardenal Cisneros y con quien es posible que Íñigo se hubiera cruzado en Medina del Campo en su época de paje.

La traducción del franciscano se llevó a cabo por deseo de la propia reina Isabel, después de que ésta se encontrase con un ejemplar del famoso libro de Ludolfo de Sajonia, en valenciano.

El mérito de la *Vita Christi* es que los cuatro evangelios se funden en uno solo, donde se busca la incitación al ascetismo, aunque en versiones o escenarios que, en algunas ocasiones, son imposibles de encontrar en ninguno de los cuatro. La seducción de *Flos Sanctorum* es que los monjes jerónimos de Zaragoza respetan el estilo mágico medieval, donde el portento y la realidad se funden y confunden, lo que suministra al relato la misma seducción que la técnica narrativa de la novela. Más

aún, las novelas de caballerías a las que es aficionado Iñigo también fusionan, según el ideario medieval, lo fantástico con lo real. Precisamente, la gran revolución que comienza en estos primeros años del siglo XVI no es el descubrimiento de otros continentes, o el inicio del heliocentrismo sospechado por Copérnico, o la ayuda de la brújula que revoluciona la navegación, o la aparición del crédito en la economía, sino que la magia va a ir cediendo el campo a la lógica en un apasionante avance y retroceso, luz y desconcierto, donde los luteranos que defienden una racionalización teológica se niegan a admitir que el centro del universo sea el Sol y no la Tierra, o donde la explosión de las lenguas nacionales gracias a la imprenta convive con un Erasmo que impone el latín como lenguaje para entenderse entre los hombres cultos de Europa.

Iñigo es un hombre de ideario medieval que vive, sin saberlo, en una sociedad convulsa en la que el autoritarismo de las monarquías, que parece un elemento de atraso, es un factor ineludible para el avance y la consolidación de todos los cambios que están llegando o van a venir.

Lee los dos libros que le ha dejado su hermana por el mero placer de la lectura. La materia es religiosa, pero están narrados con la inclusión de elementos atrayentes y familiares. Porque un milagro no es muy diferente de la curación portentosa de una herida con la simple aplicación de un bálsamo de fórmula mágica. Una pasmosa reversión de las leyes de la naturaleza como la levitación o la ingravidez no es menos admirable que un caballo cabalgando entre las nubes, y el prodigio de la ubicuidad no es menos asombroso que las malévolas transformaciones a las que son sometidos caballeros andantes, por nigromantes y magos.

En un principio no le llama la atención el sentido religioso de los relatos y se deja llevar por las peripecias de unas vidas nada corrientes, pero más adelante sí repara en la enorme voluntad de los santos, en su irreductible empeño, en su enorme capacidad de sufrimiento. Los hombres demuestran un coraje fuera de lo común, y las mujeres no se quedan atrás. Iñigo se siente identificado con la audacia y denuedo con que se enfrentan a tiranos, el temple que demuestran ante sus perseguidores, hasta el punto de desconcertarles, y el atrevimiento para romper con cualquier atadura, incluso las familiares. Luego le confunde que, unidas a estas cualidades que no desdeñaría un guerrero, se halle la tremenda resignación para resistir tormentos y vejaciones.

El soldado que hay en él, el caballero, le impele a asociar la bravura con la permanente rebeldía. Así que, cuando llega el pasaje en el cual el santo se somete a las torturas y a los insultos, y calla, y no responde a los maltratos, y ofrece ese sufrimiento a Dios, algo se revuelve en su interior, algo en lo que no está de acuerdo no por falta de sentido religioso, sino porque encuentra una especie de contradicción entre tantas agallas plenamente demostradas y, después, tanta mansedumbre.

XIII

Así en estas lecturas, en aburridas esperas a que los huesos vuelvan a soldarse, pasan los días y llega el momento en que los médicos deciden desentablillar la pierna para comprobar los resultados.

Es un instante de zozobra, porque ha tenido reposo de sobra para reflexionar sobre el futuro y, alguna vez, ha revoloteado la insana hipótesis de quedarse inútil.

Le han sentado en una silla de cerezo, muy sencilla, con respaldo de cuero, y le han sujetado la pierna rígida en un taburete de tres patas.

Los dos médicos que le atienden proceden a desentablillar y quitar las vendas protectoras, y aparece una pierna que, a simple vista, está más delgada que la otra, pero lo que llama la atención de Iñigo es que por la parte interior de la rodilla hay un abultamiento excesivo, una protuberancia casi escandalosa.

—¿Qué es eso? —inquire Iñigo.

Los dos médicos se miran entre ellos, y el de más edad dice:

—Eso puede ser una hinchazón, pero ahora lo más importante es probar la fortaleza de la pierna e intentar sostenerse.

Iñigo, que no peca de desconfiado pero que es persona pragmática, se toca la llamada hinchazón y la nota excesivamente dura.

—Parece un hueso —opina.

—Dejemos eso para más adelante —insiste el médico mayor—. Lo importante es que se apoye en nosotros, para ver si hay fortaleza suficiente para sostener el cuerpo.

Lo yerguen entre los dos, lo colocan en el centro, le hacen pasar cada uno de los brazos por los hombros de ambos y le invitan a que apoye la pierna quebrada en el suelo, sin brusquedades, muy suavemente.

Iñigo obedece con disciplina y, por primera vez, recibe una sensación grata, porque no nota dolor.

Se desprende de los hombros auxiliares de los dos médicos y sonrío a su hermana, que le devuelve la sonrisa.

—Ahora, intente caminar —le sugiere el médico joven.

Iñigo comienza a desplazarse con cuidado y, enseguida, nota que para moverse con algo de rapidez es preciso un bamboleo nada elegante que le parece ridículo y que le encoleriza.

—¿Esto es todo? ¿Me voy a quedar así?

—Sentaos, por favor —ruega el médico mayor.

—Tened paciencia —recomienda su hermana.

—Tengo toda la paciencia necesaria, y no me he quejado del dolor —observa Iñigo enfurruñado—, pero no sabía que el resultado sería así. ¡Traedme las botas!

Su hermana da las órdenes oportunas y pronto aparece una criada muy joven con unas botas polvorientas.

—¡Están muy sucias! ¿Creíais que me iba a quedar en la cama para siempre?

La joven criada, asustada, intenta rescatar las botas, pero Íñigo le pega un manotazo en el brazo y le grita que las deje.

Se ha vuelto a sentar en la silla de cerezo e intenta introducir la bota derecha en la pierna correspondiente, pero la caña no puede subir del todo por culpa del hueso prominente, porque no es una hinchazón, sino un hueso.

—Habrá que cortar ese hueso.

Los médicos vuelven a mirarse, y el veterano le recuerda:

—Habéis estado a punto de perder la vida. Hace tres semanas casi os dábamos por muerto. Habéis tenido mucha suerte. Cualquiera otro no estaría ya en este mundo. Las heridas, porque recordad que son dos heridas, hubieran matado a cualquier otra persona.

—Está muy bien, pero yo no puedo dedicarme a la milicia ni seguir de gentilhombre, ni con el duque de Nájera ni con nadie, si no soy capaz de calzar unas botas. Así que haced lo que sea necesario.

El médico decano, menos cohibido que el otro, insiste:

—Si hacemos lo que vos decís, vais a sufrir demasiado. Habría que volver a serrar el hueso, casi al lado de donde ya ha soldado, y sajar la carne, y volver a intentar el ayuntamiento, y todo ello sin que tengamos lenitivo para el insoportable dolor que eso supondría. Y, debo confesaros, es de mucho riesgo y peligro para vos, porque podría producirse un desangramiento.

Íñigo escucha con muestras de impaciencia, y cuando el médico concluye su discurso, le dice:

—Si no lo hacéis vos, lo encargaré a otro. El dolor es tan mío como la pierna, y como la maldita protuberancia. Y una cosa os digo para que no me toméis por ido o por orate: si no puedo calzarme unas botas, no me importa dejar de vivir. Soy un caballero, y no hay caballeros descalzos. ¿Podríais sanar sin manos o careciendo de una de ellas? ¿Puede el predicador cumplir su trabajo si es mudo o tiene una grave lesión en la lengua? Pues ésta es mi lengua y mi mano, y proveed de lo que haga falta para cumplir lo que os pido.

—Pensadlo bien, Íñigo —le ruega su hermana.

—Pensado está, Teresa, aun antes de que sucediera —asevera con determinación.

El médico, a pesar de su experiencia, vacila, carraspea antes de hablar e insiste, salvaguardando la cortesía:

—Se hará lo que vos digáis, pero es también mi deber advertiros, y sería desleal con vos si no lo hiciera así, que la operación conlleva un peligro del que no nos podemos sentir responsables. Os confieso: si fueseis mi hijo os recomendaría que dejaseis la pierna tal como está.

—Gracias, doctor. Y me alegro por vuestros hijos, si los tenéis, que tengan un

padre tan compasivo y tan sensato, pero no soy vuestro hijo y, repito, no puedo resignarme a no poder calzarme unas botas, así que proceded en la fecha en la que estéis preparado.

El viejo médico se queda sin argumentos y le pregunta al más joven cuándo puede ayudarle.

—Cuando digáis —responde el otro.

—Entonces, si os parece bien —se dirige ahora a Iñigo—, podríamos intentarlo dentro de una semana.

—¿Por qué tanto retraso?

—Porque debemos consolidar la soldadura y el fortalecimiento de la pierna antes de intervenir, y porque... —duda un poco sopesando la impertinencia, pero prefiere no callarse— antes, aunque me obligaran, no me pondría a serrar esa pierna.

Iñigo ha captado el desafío de la negativa, pero su soberbia no sobrepasa su raciocinio y acepta la propuesta:

—Está bien. Dentro de una semana.

Al día siguiente, el viejo médico envía recado con un criado para verse con Teresa fuera de la casa. Acude ella a la del médico y éste vuelve a repetir, de manera más pausada, los argumentos que ya dijera, pero con detalles más específicos:

—No fue bien hecho el primer entablillamiento, y las treinta leguas desde Pamplona, con el cuerpo y la pierna sometidos a los vaivenes de una mula y a las asperezas del suelo, hubieran dado al traste incluso con uno bueno. Lo que su hermano pretende que hagamos es muy peligroso.

—¿Tanto como para suponer peligro de muerte?

—Tanto. Confío en mis manos y en mis conocimientos, pero debemos cortar carne y huesos sin cortar las importantes venas que por allí circulan. Si me fallara el pulso, o cometiera un error, podría desangrarse sin remedio, o, en el mejor de los casos, quedarse mucho peor de como está ahora. Comprendo que para una carrera militar, para un caballero, no es una situación muy airosa, pero me gustaría, ya que a mí me es imposible, que hicierais reflexionar a vuestro hermano. Lo hago por el aprecio que tengo a la familia, pero tampoco es ajena la necesidad de tranquilizar a mi conciencia. Es más, si no estuviera convencido de que vuestro hermano buscaría otra persona, a lo peor menos diestra que yo, os doy mi palabra de que me negaría a tan peligrosa operación.

Teresa le agradece la advertencia y le asegura que a ella le parece una locura, y que procurará poner toda su influencia en evitar que se lleve a cabo tamaña insensatez.

Íñigo, ajeno a las preocupaciones que ha causado su determinación, vuelve a enfrascarse en la lectura de *Flos Sanctorum* y comienza a proyectarse en esas vidas, imaginando sus reacciones y sus maneras de obrar.

Le parece admirable la vida de santo Domingo de la Calzada, sus principios como pastor de ovejas y que, a pesar de ser rechazado como monje en San Millán de la Cogolla y en la abadía de Santa María de Valvanera, persista en su empeño de dedicarse a Dios. Más aún, es rechazado por tercera vez y ello no le impide proseguir su vocación. Íñigo, interiormente, aplaude. En el fondo, él mismo es un empecinado de la causa militar y, como a santo Domingo, no le arredran impedimentos ni inconvenientes, y por eso se apresta a la dolorosa intervención en la pierna, porque está convencido de que son necesarios los sacrificios y una gran disciplina interior para alcanzar la gloria.

En otras ocasiones, porque salvo los paseos recomendados para fortalecer la pierna no tiene que hacer ninguno, rememora las aventuras amorosas, los deleites carnales, la atracción de los riesgos, aunque no quiere que estos pensamientos le distraigan de su principal determinación, que no es otra que volver a caminar erguido y no con ese ridículo vaivén que le obliga a estar recluido en la casa, porque le humilla que le vean andar de manera tan desapareja y renca.

Otro día toma la *Vita Christi*, la abre al azar y encuentra un pasaje en el que lee: «¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero si, al final, pierde su alma?».

Puede que otro día cualquiera no le hubiera dado importancia. Es más, cree recordar la misma frase, citada por el cardenal Cisneros y referida al Evangelio de san Lucas. Pero en esta tarde calurosa de verano, ante el inminente enfrentamiento con la cirugía, algo le remueve por dentro, y aunque hasta ahora no ha sido dado a las reflexiones trascendentes, comienza a especular sobre ese otro objetivo, esa otra gloria que no tiene nada que ver con este mundo, sino con el otro.

Asimismo, medita sobre algo en lo que no había reparado, y es en la manera sencilla de pasar de una línea a la otra, de este al otro ámbito.

Hasta el momento, la muerte ha sido para Íñigo un desagradable accidente que forma parte de la vida. La muerte de su madre fue una referencia; la de su padre, una desagradable noticia que le cogió en otro ambiente, y puede que la más sentida haya sido la de Juan de Velázquez, su padrino y tutor, y la de su hijo Gutierre, porque fue en esas dos circunstancias donde se percató de que las personas que nos rodean son parte de los personajes de una novela que, de pronto, pueden desaparecer, con la enorme diferencia de que la novela la cierras y ya no forma parte de ti, en tanto la familia, los amigos, son parte de uno mismo.

Sobre su propia muerte no ha pensado nunca. Es una hipótesis inconcebible. Ni en los carnavales, en los que la víctima pudo haber sido él mismo; ni en el sitio de Arévalo, donde cayó gente muerta a su lado; ni en Pamplona, ni siquiera cuando, de regreso a casa, dicen que estuvo a punto de fallecer, ha percibido la muerte como algo tangible y real. No es que la niegue, ni que haya cometido la locura de pensar que es

asunto que no vaya a ir con él, sino que no se lo ha planteado.

Si muriera ahora mismo, ¿qué sucedería? No se responde porque no ha cumplido los objetivos, y mientras no los cumpla, mientras no alcance el reconocimiento por sus hazañas militares, la muerte pasa a un segundo plano. Y no se responde, asimismo, porque la respuesta no le iba a agradar.



En estos recogimientos poco usuales le interrumpe su hermana Teresa, que le invita a dar un paseo por el patio.

Contento de apartarse de un asunto que comenzaba a resultar abstruso y complicado, se apoya en su brazo y se ayuda de una pequeña muleta para evitar apoyar del todo la pierna derecha, y baja las escaleras despacio pero de buen humor.

Al cabo de un rato, sin hablar demasiado, se sientan en una banca corrida, bajo la sombra, y Teresa le dice que no se puede quitar de la cabeza la nueva intervención sobre su pierna.

—¿Y por qué motivo? —inquire Íñigo, un poco en guardia.

—Porque me parece muy arriesgado, y porque temo que podáis quedar peor de lo que estáis.

—¿Peor todavía? Entonces me iré con los juglares y los vagabundos a pedir limosna a la puerta de los templos, y a enseñarles mi muñón en carne viva y lleno de moscas. Las moscas producen mucha pena.

—No hagáis bromas sobre un asunto muy serio.

—No hago bromas. Precisamente porque es serio y porque de ello depende mi futuro, el que yo he elegido. Y porque la sesión de dolor que me aguarda es semejante a una refinada tortura.

—¿Y por qué no renunciáis? —propone ella, con la cabeza baja, demasiado tímidamente para que no se dé cuenta su hermano.

—¿Eso es lo que os ha indicado que me digáis el viejo médico?

Teresa se queda asombrada y le mira con preocupación:

—¿Por qué suponéis que no lo hago a instancias mías?

—Porque habéis estado callada hasta ahora, y de repente parece que os asusta más que ayer. Y porque el viejo médico, al que empiezo a conocer, está también asustado de su propia responsabilidad y no se atreve a enfrentarse con mi opinión. No es difícil deducir que se ha servido de vos para enviarme el mensaje.

La perspicacia de Íñigo deja desarmada a su hermana, que protesta:

—Os aseguro que yo...

—¡Chisst! —ordena su hermano—. No mintáis, porque luego daréis más trabajo a vuestro confesor. La mentira es pecado. Y la mentira mal llamada piadosa, también.

Llega el día señalado para la intervención y Teresa dispone todo lo que le ordena el médico: lienzos blancos; agua limpia, fría y caliente, en dos grandes jofainas; una mesa sobre borriquetas, más bajas de lo normal, y dos cubos. Cuando llega el viejo médico, arriba con otro, también joven, pero distinto del de la primera vez, y descargan de la mula un portón del que sacan dos serruchos, dos cortafríos de diferente tamaño, un martillo de madera y otro pequeño de metal, pequeñas piezas de madera, unas tiras de estaño y un bote de pez.

Teresa se sobresalta al ver los preparativos, que más que galenos al uso parecen menestrales dispuestos a arreglar la cerraja y los pernos de una puerta o el desajuste de una estantería.

—Para crucificar a Cristo necesitaron menos metales —observa, venciendo su natural apocamiento.

—No todo será necesario ni requerirá su empleo, pero en este tipo de intervenciones hay que estar preparado.

Y tendiendo la vasija con la pez, ruega:

—Calentadlo, por favor.

—¿En qué lo vais a emplear? —pregunta intrigada.

—Seguramente en nada —responde el médico—, pero si por mala fortuna tuviéramos algún percance, deberíamos sellar la pierna para evitar su putrefacción o su gangrena.

Un escalofrío le corre a Teresa por la espalda, como un latigazo de angustia, y se dirige a las cocinas para que calienten la pez, y luego sube a la habitación de su hermano para ayudarle a bajar.

Tras tenderlo en el tablero colocado sobre las borriquetas, proceden a sujetarlo con cintas de cuero en los tobillos y a amarrarle los brazos con correas para que los espasmos de dolor, las convulsiones que ni siquiera su férrea voluntad va a poder controlar, se amortigüen con las ataduras y no sean motivo de incisiones indeseadas. Por encima de la rodilla, observa el médico joven que la sujeción no es muy segura, y proceden a quitarlo de encima de la mesa para hacer un agujero en el tablero, por el cual pueda pasar una correa y ceñir así mejor la pierna.

Sentado en un escabel y viendo cómo uno de los criados y el joven médico abren el agujero en el tablero, Iñigo comenta con resignada ironía:

—Recordad, después, que mis huesos son más frágiles que esa madera.

—Si la dureza de vuestros huesos es similar a la de vuestra mollera, os aseguro que no —responde el médico viejo, con esa autoridad y desparpajo que permite la situación, donde ya él es quien manda y designa, y el cliente, por muy principal que sea, queda reducido a su condición de enfermo.

—Parece que tengo más confianza yo en vos que vos en vuestra ciencia —señala Iñigo, que no está dispuesto a ceder, ni siquiera en la dialéctica.

—Cuanto más se sabe, más se duda y más impresiona lo que se ignora. Sócrates fue el primero en señalarlo, y tenía razón —comenta el médico viejo.

Iñigo no quiere proseguir con las chilindrinas, porque teme poner de manifiesto su falta de conocimiento de los clásicos. Es un hombre de acción, no ha sido buen estudiante y hasta ha sentido cierta irritación con los pedantes cortesanos que citan frases latinas, fuera de gentes que considera apropiadas como clérigos o filósofos.

Teresa, con esa sensibilidad de las personas tímidas, observa su amohinamiento y sabe lo contraproducente que sería iniciar un comentario inquiriendo por su estado, así que se limita a colocarle una mano encima de la ligera camisa que le cubre el cuerpo y la mece con suavidad en un asomo de caricia.

Iñigo, que se ha sentido menoscabado con la cita clásica de la persona que va a tener dentro de poco su destino entre sus manos, lo que le produce una pequeña pero molesta irritación, recibe con agrado el gesto cariñoso de su hermana y, por primera vez, puede que última, lleva la palma de su mano izquierda hacia el hombro donde se encuentra la mano de Teresa y la posa sobre el dorso, al principio en señal de agradecimiento, pero enseguida le da dos golpeteos, asumiendo de nuevo que es él quien debe dar ánimos a su hermana.

El agujero ya está hecho y proceden de nuevo con los preparativos de la sujeción. Los lleva a cabo el médico joven, pero es el viejo quien comprueba la tirantez de cada una de las correas y cintas, el que ordena que se atirante o se afloje, porque tan perjudicial es la falta de ceñimiento como la apretura excesiva que pueda impedir la normal afloración de la sangre, porque aunque en ese tiempo todavía se ignora la circulación y el flujo sanguíneo, conoce el viejo médico, por experiencia y observación, que congestionar determinadas partes del cuerpo cuando no hay herida provoca amoratamientos en la piel y otras consecuencias peligrosas, que es conveniente evitar.

Antes de sujetarle le han hecho beber un preparado de raíces de mandrágora marinadas en leche, y, una vez tendido, el médico le da a oler un frasco cuyo contenido es una parte de ácido sulfúrico y otra de alcohol, y los vapores le producen un principio de desvanecimiento que asusta a Teresa.

—No es nada —la tranquiliza el médico viejo—. No lo conseguiremos del todo, pero se trata de aliviar el inmenso dolor que va a sufrir.

En efecto, ni las raíces de mandrágora ni los vapores del alcohol mezclado con una pequeña parte de ácido sulfúrico son capaces de evitar una brusca sacudida, que pone en evidencia la necesidad de la sujeción, cuando comienza a hacer una incisión en la pierna para poner en evidencia la protuberancia ósea.

Teresa, aconsejada por el médico joven, se aleja de la mesa y así no ve cómo emplean parecidas herramientas a las utilizadas para practicar el orificio en el tablero, y cómo la rodilla descubierta es pronto una mezcla de huesos y carne ensangrentada,

y cómo Iñigo pasa del vahído a la dolorosa consciencia y de ésta al desmayo. Cuando el pequeño serrucho corta el hueso, un espasmo general recorre el cuerpo y, a continuación, como si hubiera traspasado el umbral del dolor, parece que se desvanecen todas las sensaciones y queda tendido lívido y quieto como un cadáver.

La operación prosigue con más tranquilidad hasta que un poco antes de comenzar a tapar la carnicería y colocar lienzos envolventes en la rodilla, se escucha una especie de sonido sordo que concluye en un rugido tremendo, casi animal, el último testimonio antes de que el intervenido caiga en un letargo al que le ayuda una nueva aplicación de un paño sobre la boca y la nariz de lo que Raimundo Lulio llamaba «el vitriolo dulce».

Teresa se ha asustado al escuchar al grito, y mientras contempla a su hermano tendido en la improvisada mesa, ve a los médicos que están limpiando con agua y alcohol los materiales empleados y conversando entre ellos, como si nada hubiera pasado.

—¿Cómo está Iñigo? —pregunta con un tono de censura por lo que le parece una excesiva indiferencia.

—Volverá en sí dentro de poco —explica el médico viejo— y entonces habrá que darle treinta gotas de este preparado diluidas en dos partes de agua —y le tiende un pequeño frasco.

El frasco contiene láudano, que el propio médico destila con opio de Esmirna, azafrán cortado, canela de Ceilán y clavo, al que añade vino de Málaga. No se fía de los preparados de otros colegas que presumen de fabricarlo con esmero y lo venden a muy alto precio, y no siempre responde a las expectativas. Prefiere macerarlo y filtrarlo él mismo, porque así, siendo siempre el mismo preparado, puede calcular con tino la dosificación según la fortaleza, edad y constitución física de los pacientes.

—Es probable que tenga vómitos cuando se recupere. No le deis comida alguna durante un día, y luego, si empieza a admitirla, proporcionarle las gotas después de que coma.

—¿Quedará la pierna como él pretende? —pregunta con ansiedad Teresa, porque su hermano le ha transferido la preocupación por su futuro.

—No lo sé —confiesa el médico con sinceridad—. Esperemos, de momento, que se recupere.

Pasa la noche muy mal y, al día siguiente, cuando acude el médico y nota los quejidos al presionar sobre las vendas por la parte que permite el entablillado, mueve la cabeza y ya no se marcha. Al atardecer, sobre la cama, desentablilla, quita los lienzos que cubren la intervención y observa preocupado el principio de una bolsa de pus. Desinfecta y limpia, y vuelve a entablillar, y se marcha ya muy anochecido.

Vuelven los delirios, semejantes a los de la primera vez, y Teresa manda a buscar al médico. Viene de madrugada, el cielo todavía oscuro, a lomos de una mula que a Teresa le parece que no es la de siempre.

La hermana de Iñigo teme que todo se repita, como sucedió el día de la víspera de

San Pedro, y que el médico le advierta que la vida de Iñigo depende de un milagro, así que no se despega de él, observa en silencio cómo el viejo médico escucha su respiración, huele el escaso aire que expelle por la boca y palpa el pecho a la altura del corazón.

Su semblante está tan serio, su expresión es tan severa y concentrada que Teresa se prepara para asimilar otro diagnóstico pesimista.

El viejo médico sale de la habitación y ante la mirada angustiada de la mujer esboza un principio de sonrisa y le informa:

—Debería ser más prudente, pero creo que, de nuevo, hemos salvado el periodo crítico.

Durante las dos semanas que siguen, Iñigo se muestra alegre y seguro. Tiene prisa por volver a ponerse a las órdenes del duque de Nájera, y le cuenta a Teresa sus proyectos. Es muy posible que el rey Carlos precise de la ayuda del duque para contener a los franceses en Flandes, y él esta vez va a mostrar sus deseos de ponerse al frente de esa misión.

—Me asustáis con esos proyectos. No comprendo vuestro amor al peligro y a las guerras —le comenta ella.

—No, no. Yo no amo el peligro, os lo aseguro. Pero es necesario contener a los franceses. Habéis visto cómo han penetrado hacia Navarra. Si no presionamos para que se vayan lo más lejos posible, concluirán por invadir la Península. Es un deber, Teresa, que nos corresponde a nosotros. Una obligación. Otra cosa es, y ahí tenéis razón, cumplir con la obligación con presteza e interés o con pereza y aversión. Yo estoy con los primeros.



Debido a la inmovilidad, vuelve a tomar la lectura de *Flos Sanctorum* y de *Vita Christi*, y le llama poderosamente la atención la vida de san Ignacio de Antioquía. Sobre todo le seduce que en su traslado a Roma para ser martirizado las posibilidades que tiene de ser liberado sean siempre rechazadas. A medida que avanza el relato, Ignacio, como buen lector de episodios novelescos, aguarda a que cuando lo arrojen a los leones, éstos reaccionen de manera insólita y se dediquen a darle lengüetazos, o a tenderse a su lado como si fueran perrillos.

Otro de los aspectos que deslumbran a Iñigo es que, al ocurrir estos hechos —y son muy frecuentes por lo que lleva leído—, la multitud, en lugar de quedarse despavorida ante el evidente poder de los santos mártires, se irrite y exija con gritos coléricos que se les mate de otra manera, lo que evidencia, según él, la ceguera de los paganos.

Ignacio nunca ha presenciado un hecho portentoso, pero está convencido de que, si se produjera ante sus ojos, quedaría sobrecogido, por lo que no entiende el empecinamiento y la aspereza de los asistentes a los martirios públicos.

En el largo viaje hasta su destino final, al pasar por Seleucis, Esmirna, Troade,

Nápoles o Filippos, son muchas las ocasiones que tiene de ser rescatado por los propios cristianos, que le conocen y vienen a saludarlo, y se lo proponen. Los diez soldados que le custodian no son fuerza suficiente para contener al gentío que la noticia de su traslado llega a concitar en los puertos de Asia Menor, pero él siempre rechaza la propuesta.

Una de las epístolas que escribió antes de llegar a Roma decía:

Dejadme que sea entregado a las fieras, puesto que por ellas puedo llegar a Dios. Soy el trigo de Dios y soy molido por las dentelladas de las fieras para que pueda ser hallado pan puro. Antes, atraed a las fieras para que puedan ser mi sepulcro, y que no deje parte alguna de mi cuerpo detrás, y así, cuando pase a dormir, no seré una carga para nadie. Entonces seré un verdadero discípulo ante los romanos.

El prefecto de la ciudad, tras recibir al prisionero y leer la carta del emperador, pareció conocer los deseos de san Ignacio, porque dio órdenes de que los leones que salieran a devorarlo estuvieran dos días sin comer para asegurarse la matanza de inmediato.

Desde luego, el apetito de los leones era magnífico y se comieron de inmediato al mártir, aunque no cumplieron del todo sus deseos, puesto que abandonaron los huesos más grandes. Gracias a que los leones hicieron como siempre, dejar los huesos poco comestibles, se frustró su esperanza de que «no deje parte alguna de mi cuerpo detrás». No sólo eso, sino que los cristianos recuperaron algunos de esos huesos y los trasladaron a Antioquía.

Hay momentos en que estos pasajes le conmueven, pero en otros instantes, durante el letargo impuesto por su condición, se muestra impaciente y sueña con liberarse de las maderas y poder correr por las almenas, y marchar junto al poderoso ejército del rey Carlos y sitiar una ciudad, y asaltarla.

Hasta ahora, siempre le ha tocado estar dentro, defender las ciudades. Ha aprendido mucho de Gutierre durante la defensa de Arévalo, y también del alcaide y capitán Herrera, en Pamplona, pero le gustaría pasar por la experiencia de estar al otro lado, conocer las tácticas del asedio y, sobre todo, participar en la toma de una ciudad. Muy a su pesar reconoce que siempre ha estado en el campo perdedor. No conoce una victoria, el enardecimiento de entrar con las fuerzas vencedoras y, luego, el restablecimiento de la vida de los ciudadanos, la regulación de la normalidad y la correspondiente admiración de algunas damas sobre los vencedores.

Nota, asimismo, que el largo periodo de forzosa castidad tiene sus efectos, cuando no siente molestias en la pierna. Ha decidido, disciplinadamente, anteponer sus intereses como gentilhombre a los de los placeres carnales, y está dispuesto a que no le distraigan de sus objetivos, pero va a cumplir los treinta años, se siente joven y con fuerzas, a pesar de estar mellado en ambas piernas, y los reclamos de la naturaleza no se pueden esconder.

Alguna vez, cuando los dolores se han calmado, sobre todo en el periodo anterior a la segunda intervención, ha sentido que su mirada se perdía en los abultamientos de una camisa que sobresalía llamativamente del corpiño de alguna criada, pero en casa de sus hermanos no está dispuesto a dejarse llevar por las flaquezas y soportará la obligada pureza con el mismo rigor y empeño que pone en su entrega al combate.

Ello no quiere decir que pueda poner coto a las ensoñaciones, o que no se permita disfrutar con ellas, y entre vidas de santos y peripecias de mártires, a veces, a continuación de una impresión auténtica de admiración por la fe de estas mujeres y hombres extraordinarios, se le aparece la imagen de un muslo desprendido de las calzas, un pecho blanco que se libera de las prisiones de la camisa, el misterioso musgo, la flor oscura y enigmática, fuente de tantos deleites.

Estos recuerdos morbosos le son familiares, pero esta vez, cuando se deja asaltar por ellos, percibe a su término una inquietud diferente, un malestar desconocido, como si un severo instructor le señalara que se comporta de manera indebida.

Su concepto de cristiano lo asume con sinceridad, pero también asume su condición de pecador. Y por lo que ha visto, en la corte pecan todos, incluidos los clérigos y los reyes. Si la muerte nos iguala a todos en el tramo final, el pecado nos asimila durante el camino. Íñigo es mucho más exigente con las faltas al honor que con las faltas al pecado, y considera que estas últimas se pueden borrar con la confesión, pero una conducta indigna desacredita para siempre. El cobarde, el bellaco o el rufián no podrán desprenderse nunca de su pusilanimidad o de su vileza, pero el pecador siempre podrá borrar su debilidad gracias a la misericordia del Señor.

Comienza a leer *Vita Christi* con más atención que al principio. La había tomado y la había dejado porque lo que había leído hasta el momento era previsible y conocido, en tanto las vidas de los santos las encuentra mucho más apasionantes y menos conocidas, llenas de peripecias insólitas sobre las que no había meditado. Hasta encontrarse con estas hagiografías, para él los santos eran personas muy buenas, muy nobles, muy sacrificadas, pero nunca había imaginado que tuvieran tanta energía interior, tanto arrojo admirable y que sus existencias estuvieran tan repletas de sucesos y situaciones insólitas. En algún instante, incluso ha sentido un poco de envidia por estas experiencias desacostumbradas, casi exóticas.

Por ejemplo, nunca le han llamado la atención las aventuras de ultramar. Una vez, siendo paje, vio pasar a Colón tras una audiencia con los Reyes. Observó a un hombre que intentaba andar más erguido de lo que le permitían sus fuerzas. Asimismo, venían de Sevilla, tras haber estado en las Indias, muchos hombres principales que se quedaban a hablar con don Juan de Velázquez, al que le regalaban extraños objetos de cuero y de plata hechos por los indios, y había visto aves exóticas de vistosos plumajes procedentes de aquellas lejanas tierras, pero nunca se sintió atraído por el largo viaje en barco, ni por la expedición por ríos, montañas y llanuras desconocidas. Incluso conocía a algunos paisanos suyos, de Azpeitia, que habían marchado a la otra orilla del océano, pero él nunca sintió ninguna especie de llamada

ni nunca se planteó que su destino tuviera el peaje de una expedición marítima.

A veces se imagina cómo será Nápoles o las tierras de Flandes, pero nunca se ha visto en las Indias. A veces, sueña que el rey Carlos le distingue con su aprecio después de que hayan llegado a sus oídos referencias de su brío en las batallas, y eso le excita y le agita con el anhelo de volver a su antigua y verdadera condición.



A mediados de agosto, cuando ya, al final de la tarde, el aire está menos entibiado y la humedad que viene del norte trae alivios al calor, el viejo médico decide que va a desentablillar la pierna.

Iñigo está agitado como un niño, ansioso como un hambriento y, también, inquieto.

Ya ha apoyado el pie en el suelo con la ayuda de un bastón y no ha percibido dolor alguno. Está convencido de que va a recuperar sus fuerzas y su capacidad, y así se lo dice al viejo médico mientras éste desentablilla con la destreza de un carpintero y pone la pierna al descubierto sin decir una palabra, sin responder a los comentarios.

Cuando desenlaza la rodilla de las telas, no se observa ninguna protuberancia. La rodilla está hinchada, tumefacta, pero ha desaparecido la fea excrecencia que le hubiera impedido incluso calzarse unas botas.

Se pone en pie con la ayuda del médico y nota que, a pesar de que la pierna resiste, su tronco se inclina hacia un lado. Lo achaca a la falta de ejercicio, a la pereza de la pierna inmóvil, pero a medida que avanza, observa que se repite el desequilibrio. Vuelve a la silla con la comezón de una sospecha, ordena que le quiten el calzado de las dos piernas, tiende ambas en paralelo y allí está la causa y la explicación: la pierna derecha se ha quedado más corta que la izquierda.

—¡¡Me habéis acortado la pierna!! —exclama indignado Iñigo dirigiéndose al médico.

El viejo médico observa la irrefragable diferencia de longitud y comenta:

—Ha perdido unos centímetros con la soldadura.

—¡¡Me habéis dejado cojo!! —acusa colérico.

—No, no —niega el médico, sin perder la compostura—. Vinisteis cojo de Pamplona y a punto de morir. Junto con mis colegas os salvamos la vida, e hicimos lo posible para que recuperarais la capacidad de caminar. Os empecinasteis en corregir lo que ya habíamos corregido y os advertí de que era peligroso, incluso para vuestra propia vida, una segunda intervención.

—¡¡Me habéis dejado cojo!! —grita desesperado Iñigo, en tanto se levanta airado y recorre unos cuantos metros para demostrar lo evidente: que ha de bambolearse hacia un lado por efecto de la diferencia de tamaño de la pierna derecha, algo menor

que la izquierda.

Por un instante se siente desesperado e impotente. Éste es un enemigo con el que no le han enseñado a luchar. Pero, enseguida, sobre la consternación se impone el aliento, y regresando a la silla le pregunta al médico con serenidad, como si el enojo hubiera desaparecido:

—¿Qué podemos hacer? —inquire, y en el plural de la pregunta hay toda una intención dialéctica para implicar al galeno.

El médico observa la evidente diferencia entre ambas piernas, no excesiva, pero la suficiente para impedir andar con normalidad, y responde con prudencia:

—No mucho. Descartada una nueva intervención, al menos yo no volvería a pasar por el trance de poner otra vez vuestra vida en peligro.

—Algo se podrá hacer —insiste Íñigo. El médico observa la pierna derecha y diagnostica:

—Es absurdo intentar variar la largura del hueso. Y es el que determina la longitud.

—Los músculos —repentiza Íñigo—, los cartílagos... todo se puede estirar.

El médico mueve levemente la cabeza, en señal de desaprobación, y sentencia:

—Podéis hacer ejercicios de recuperación para obtener fuerza y aplomo en el paso, pero la longitud es algo que se quedó en Pamplona, cuando os dispararon.

—No se me llevaron el hueso con la piedra, simplemente me hirieron.

—Y os curaron mal y deprisa —se defiende el médico—, y os aseguro, caballero, que he hecho todo lo que mi ciencia conoce. Podemos intentar fortalecer los cartílagos, obligar a que se prolonguen unos milímetros.

—¿Cómo? —pregunta enseguida Íñigo, que como hombre de acción está siempre presto a seguir órdenes o indicaciones.

—No soy experto en estas cuestiones —adelanta el médico—, pero quizá sería conveniente aplicar un estiramiento con pesas, en sesiones cortas y frecuentes para evitar desgarros.

Íñigo se queda descorazonado. La proyección vital que había acariciado se ha derrumbado estrepitosamente. No puede dirigir a las tropas con este bamboleo ridículo. Los soldados le pondrían motes y se reirían a sus espaldas. No puede hacer vida de corte, porque hasta las reverencias a una dama resultarían ridículas y extravagantes. Y, sobre todo, no puede encaramarse a una escala después de que la artillería haya abierto un boquete en la ciudad sitiada, porque ni puede correr presto como los demás hombres ni será capaz de trepar por una escalera ni puede desfilar por las calles de una ciudad tomada. Al soldado herido en combate se le respeta mientras se recupera de sus heridas. Pero cuando ya se ha recuperado y le quedan secuelas, éstas no son una medalla de justificación. Y si le falta un brazo o una pierna, o, como es su caso, se le ha quedado una extremidad más corta que la otra, será declarado inútil para el servicio. ¡Inútil! Es decir, malogrado, inservible.

Ordena construir en el patio una especie de bastidor de puerta con tres fuertes

maderos, a una altura aproximada de casi dos metros, y manda buscar piedras de dos a tres kilos que introduce en sacos de tela. Todos los días, de tres a cuatro veces por la mañana y de tres a cuatro veces por la tarde, se ata uno de los sacos a los pies, se sube a un taburete de tres patas, se cuelga de los brazos y allí intenta resistir, mientras el sudor se agolpa en la frente y las muecas del esfuerzo se plasman en su cara. Luego, de pie sobre el mismo banquillo, apoyado en uno de los maderos verticales, bascula la pierna derecha, de la que cuelga el saco de piedras, hasta que las fuerzas se le agotan.

Los criados lo contemplan con respeto y Teresa con algo de lástima. Ha sido la receptora de sus confidencias y conoce la enorme decepción que siente por lo sucedido, mucho mayor porque nunca admitió la posibilidad de que algo saliera mal, de la misma forma que nunca contempló el riesgo de resultar muerto en combate. Esta mezcla de amargura y de lucha desesperada que cuelga del madero como quien pone una tela a secar, provoca en su hermana un doloroso sentimiento, tanto más intenso cuando más se persuade de que es imposible lo que pretende lograr.

El propio médico, que en principio aconsejó las pesas en el pie para fortalecer la rodilla y para obligar a los ligamentos a un cierto esfuerzo, le ha dicho que los excesos pueden ser perjudiciales y que, de no desistir en ellos, puede lesionarse la ya maltrecha rodilla.

—¿Más lesionada todavía? ¿Deberé arrastrarme como las serpientes? —pregunta sarcástico.

—No, pero ahora podéis desplazaros sin ayuda, y si seguís abusando de los ejercicios puede sobrevenir un daño mayor.

Íñigo hace caso omiso al médico y prosigue con sus salvajes estiramientos, que lo dejan exhausto y que le causan nuevos y profundos dolores.

Uno de los días en que está colgado de los brazos cae al suelo. Uno de los criados acude a ayudarlo para sostenerlo y él, desde el suelo, le grita:

—¡No estoy tullido! ¡Apartaos!

Y se levanta rabioso y encolerizado.



A finales de agosto la pierna no ha crecido, los dolores en la rodilla han aumentado y las esperanzas de una cura, ni siquiera a largo plazo, se presentan como improbables.

De repente, una mañana, el remedo de puerta que ha instalado en el patio no recibe la visita de Íñigo.

Teresa se dirige a la habitación de su hermano y, cosa insólita, se lo encuentra de rodillas y orando. Es la primera vez que lo ve así, y como lo nota tan abstraído vuelve a marcharse sin decirle nada. Al llegar la tarde tampoco sale de la habitación, y

Teresa vuelve a tratar de hablar con él y leve con el rostro triste y compungido, y de sus labios sólo sale el ruego de que le suban algo de comida, y que no le molesten, porque tiene que meditar.

A lo largo de dos días, una criada, en dos ocasiones cada jornada, deja en la puerta una bandeja de madera con agua y comida, bandeja que es retirada y, luego, vuelta a dejar en el suelo.

Iñigo ha caído en una postración profunda que no le permite ni siquiera enfrentarse a los demás. Sólo le consuela la lectura del *Vita Christi*, sobre todo los pasajes de la Pasión.

Hay un instante en que, como una especie de rayo que alumbre la oscuridad, se percata de que lleva afligido casi dos semanas por los inconvenientes de su pierna, mientras Cristo sufre el tormento de la crucifixión.

Ahora entiende la actitud de los santos, que le parecía un punto extravagante por querer el martirio. En realidad, los santos intentan imitar a Cristo; ponerse, en la medida de sus fuerzas, a su altura, con la enorme diferencia de que ellos son sólo pobres hombres mientras que Él es Dios, y aun siéndolo, acepta el sacrificio y la tortura.

Poco a poco observa que toda su melancolía se basa en el afán de una gloria efímera y mundana. Deja de comer y comienza a sufrir alucinaciones. Primero, de carácter mundano, y cree ver a Hortensia, recién llegada de Inglaterra, hablando de su señora Catalina de Aragón. Luego, parece revivir la escena del huerto de Getsemani, y una noche, tras tomar unas gotas de láudano para calmar el dolor de la rodilla, se le aparece la Virgen María, con una expresión de terrible angustia, al pie de la Cruz.

Iñigo siente un dolor intenso, terrible, que no tiene nada que ver con los dolores físicos y que le deja al borde del desmayo, una lacerante sensación que le traspasa y que le hace comprender, en toda su intensidad, el drama de la Virgen y del Hijo.

Paso a paso, se abre en su consciencia la idea de la terrible equivocación de su vida. Ha intentado dirigirla por el camino más superficial, por el servicio a señores que se mueren y mudan. Porque siempre sirvió al rey Fernando, pero en Arévalo luchó contra su sucesor. Su familia siempre estuvo al lado del reino de Navarra, pero en Pamplona él estuvo junto a los castellanos. El propio rey Fernando, llamado el Católico, luchó contra el mismo Papa. Esta confusión de verdades y enemigos, amigos y mentiras, es una demostración de la fragilidad de las glorias mundanas, de su efímera consistencia. No puede ser fiable un mundo que cambia con tan mareante inconstancia, tan mudable, tan frágil.

Los santos no se equivocan. Los fieles seguidores de Jesús saben quién es su jefe, su rey, su capitán, su señor. Se le aparece, de forma clara y contundente, la equivocación de su empeño, el error en el que ha vivido. Ha desgastado sus energías en asuntos superfluos y el pecado de la soberbia ha explotado de manera deslumbrante ante un jubón mal terminado o ante la resistencia de una doncella. Pero lo peor no es la persistencia en la falsedad de sus objetivos, el pernicioso empeño en

el desacierto, sino que mientras sumaba yerro sobre yerro, ofendía al Señor, lo menospreciaba, lo insultaba con sus actos. Repasa su vida y es una pavorosa suma de pecados y faltas. Ni siquiera puede aducir la ignorancia porque sabe distinguir el bien del mal, y la culpa de la inocencia.

Y es entonces cuando le vuelve a traspasar un aguijónazo hondo y lacerante que casi le deja sin respiración, y como unas aguas subterráneas que estuvieran ocultas y afloraran de repente, le inundan las aguas del arrepentimiento. No es el dolor de atrición, el temor al castigo, sino que se trata del dolor de contrición, del remordimiento profundo por haber ofendido a Dios, por haberle humillado y despreciado; es, en suma, la compunción sentida por el ultraje cometido con Él. Le envuelve el dolor perfecto, el que es producto de una ardiente caridad con el Dios ofendido, bueno y misericordioso y que reconcilia al hombre con su Dios.

Gruesas lágrimas corren por su rostro. De las sensaciones psíquicas pasa a las físicas, y tremendamente conmovido por los escarnios cometidos con su manera de obrar, le sacude el llanto de los arrepentidos.

Comprende que ha sido un insolente y un blasfemo, un desvergonzado y hasta un delincuente. Comprende, asimismo, que debe de hacer algo para paliar este inmenso desacierto en el que ha vivido, y que ha de buscar un camino que, de un lado, le ponga a bien con Dios para obtener su perdón y, de otro, le proporcione ocasión de mostrar su nuevo amor, su renovada caridad.

No es preciso discurrir demasiado, y menos en persona tan inteligente como él, para elucidar que no le queda otra opción que emprender el camino de los santos, el intento de alcanzar su perfección y, si es preciso, su martirio. Ha vivido en la aberración y en la torpeza, pero todavía es tiempo de rectificar, de reconciliarse y de poner los afanes no al servicio de glorias mundanas, sino al servicio de la gloria de Jesús.

Siente unos golpes secos, como si su corazón le diera la razón a lo que piensa, y le inunda una alegría beatífica, desconocida, imposible de describir.

Teresa vuelve a dar unos golpes secos en la puerta y, como no encuentra respuesta, la abre y penetra en el cuarto de su hermano. Está de hinojos, a un lado de la cama. Tiene la piel lívida y le nota el rostro enjuto y delgado debido al ayuno cuando lo levanta del cobertor y lo mira. Su expresión no posee la angustia de ocasiones anteriores, sino que es más apacible, casi risueña, pero con la sosegada alegría de los placeres que vienen del espíritu.

Y es en ese momento, después de más de cuatro días de meditación, cuando escucha de nuevo la voz serena y firme de su hermano, la que siempre ha tenido, decirle con sosiego y determinación, mientras sus ojos brillan como ascuas sin ceniza:

—Voy a ser un soldado de Jesús.

Segunda parte

I

—Voy a ser un soldado de Jesús. El moribundo se ve a sí mismo como si en lugar de ser él fuera Teresa, muerta ya hace tanto tiempo, y le gusta la determinación de esa frase, dicha sin retórica y de manera espontánea.

Al poco, no es Teresa, sino él viéndose a punto de cumplir los treinta años, como si su alma se hubiera separado y pudiese contemplar lo que a los ojos de los demás se les hurta.

No, no, quienes comentan o especulan que a la hora de la muerte toda la vida se representa como en una novela que transcurre rápida ante la mente y con un orden cronológico no han pasado, claro, por ese trance y especulan sin razón.

El tránsito es otro. Ignacio de Loyola, nacido Íñigo de Oñaz y Loyola, lo comprueba. La vida es un espejo roto, y ora viene el reflejo de un trozo de hace unos años, ora se muestra una porción de la juventud para, a continuación, sobreponerse otro pedazo del espejo y, además, no todos tienen la misma proporción ni la misma claridad. Hay piezas claras y grandes y otras astilladas y oscuras, porque el azogue se ha desvanecido y las imágenes se confunden.

Hace un instante ha visto un trozo de espejo en el que se encontraba en compañía de dos peregrinos a punto de alcanzar una paridera para intentar refugiarse de la lluvia, durante el largo camino de Roma a Venecia. Se embarcará en Venecia para llegar a Jerusalén, pero el espejo se separa hacia un fondo oscuro y aparece la figura octogenaria del señor Buonarroti Simoni, más conocido como Miguel Ángel.

Ignacio de Loyola y Miguel Ángel se han reunido a causa de la construcción de la iglesia de Jesús.

Los primeros planos se encargaron a Nanni di Baccio Bigio, pero al cardenal Bartolomé de la Cueva no le gustaron. El cardenal había sido virrey de Nápoles, tenía mucho dinero, era un entusiasta protector de la Compañía de Jesús y decidió que la primera iglesia que levantara la orden debería ser diseñada por el más famoso de todos los artistas de la época: Miguel Ángel.

A Ignacio le brillaron los ojos ante la propuesta, pero su pragmatismo enseguida le hizo recordar que el arquitecto y escultor estaba ocupado con las obras de la cúpula de San Pedro, y que no tendría tiempo para una obra menor.

—Tendrá tiempo, tendrá tiempo, os lo aseguro —respondió el cardenal, acostumbrado a sacar sus proyectos adelante.

Este segoviano de Cuéllar, la misma población en la que había venido al mundo Juan de Velázquez, el tutor de Ignacio, envió recado al artista haciéndole saber su intención de encargarle la construcción de una nueva iglesia, y éste le respondió con las excusas que había previsto Ignacio.

Se encontraron el cardenal y el artista casualmente, y el primero le trasladó al segundo su decepción, tanta, que todavía no le había comunicado el resultado negativo de la consulta a Ignacio de Loyola.

Miguel Ángel, que había dado muestras de querer desentenderse no ya del compromiso, sino que le resultaba enojoso incluso el fortuito encuentro con el cardenal y deseaba escaparse, se detuvo en su intención cuando escuchó el nombre de Ignacio, y se interesó:

—¿Se trata de la nueva iglesia que quiere construir la Compañía de Jesús?

—De eso se trataba —confirma el cardenal.

—En ese caso, encontraré tiempo. Decidle al padre Ignacio que lo haré. Y más aún: que no pienso cobrar un ducado. O mejor, dejadme que se lo diga yo personalmente.

Miguel Ángel está a punto de cumplir ochenta años, e Ignacio, sesenta y tres. El artista se ha retirado a vivir en unas habitaciones, que le ha cedido un cardenal, junto al estudio del Maxcel, y a Ignacio de Loyola le asombra la parquedad del mobiliario, casi semejante a una de las celdas de la orden. Miguel Ángel se incorpora de un incómodo sillón veneciano y se acerca a saludar al clérigo con una leve cojera, debido a la caída que sufrió cuando estaba pintando la Capilla Sixtina. Ignacio se apresura hacia su encuentro con su pierna renca para no prolongar el paso del anciano.

—Algo tenemos en común —comenta Ignacio con cierta ironía.

Miguel Ángel, que al principio no se da cuenta de la intención de la frase, se percata de su sentido y sonrío levemente. Ha intentado besar la mano de Ignacio, e Ignacio se lo ha impedido.

Miguel Ángel le ofrece el otro sillón parejo e Ignacio se sienta en él, intentando acomodar la espalda a las protuberancias de las tallas. Una vez que se considera a salvo de las agresiones del respaldo, le traslada al artista el agradecimiento de la orden por su colaboración.

Miguel Ángel lo mira fijamente y mueve la cabeza en sentido negativo, mostrando su desacuerdo. Ignacio, además, pone en evidencia la satisfacción de conocerle personalmente.

—En cambio yo os conocí hace dos o tres años —le informa Miguel Ángel.

—¿Dónde? —pregunta intrigado Ignacio, molesto consigo mismo por no recordar el encuentro.

—No os pudisteis dar cuenta —aclara Miguel Ángel— porque os encontrabais predicando, y yo era uno de los fieles. Fue una mañana que me acerqué al Campidoglio y entré, de casualidad, en la iglesia de Sant'Andrea delle Fratte... Bueno —rectifica—, quizá no fuera casualidad, porque me había prevenido de vuestras prédicas una persona a la que yo tenía en mucho aprecio.

—Espero que no os aburrierais —confía Íñigo, sorprendido y halagado.

—No, no me aburrí, y volví alguna otra vez, pero no tuve la suerte de que

estuviésemos en el púlpito, aunque he de reconocer que los miembros de la Compañía gastáis una oratoria más cercana y sin la cargante prosopopeya que tanto gusta a sus eminencias aquí, en Roma.

—Si acepto el halago, puedo pecar de inmodesto y de disfavor e indelicadeza con sus eminencias —dice cortésmente Ignacio.

—Algunas de sus eminencias han estado a punto de apartarme de la fe, sobre todo alguna que llegó al papado. Pero he resistido. En realidad, mi pobre vida es la historia de una resistencia que los demás han logrado vencer en unas ocasiones, y en otras, no. Resistí la negativa de mi padre, que quiso impedir por todos los medios que me dedicara a una labor tan ingrata como la escultura. Resistí a Savonarola, que por las mañanas, en Florencia, me incitaba a abandonar todo lo relacionado con las bellas artes porque le parecía pecaminoso y, a su vez, resistí a los Medici que, por las tardes, daban a entender que la única religión auténtica era la de la belleza. Pero no pude resistir la influencia del papado y dediqué casi seis años de mi vida a la Capilla Sixtina. Estuve a punto de morir. Y quizá hubiese sido el momento apropiado.

—Parece que la providencia no lo quiso, y eso ha favorecido a muchos, que han seguido disfrutando de vuestro arte, y va a beneficiar a la Compañía por contar con que nuestra primera iglesia salga trazada de vuestra maestra mano.

Miguel Ángel no parece interesado en los elogios a su obra, pero, a pesar de estar atravesando un periodo de misantropía, también se encuentra inmerso en una crisis de fe, y se siente más atraído por conocer algo más de su visitante que por dejar que la conversación vague por los trillados caminos de la cortesía.

—Contadme algo de vos —solicita con una brusca sinceridad.

Iñigo se queda un tanto sorprendido, porque nunca imaginó no ya que le hubiera escuchado el gran artista predicar, sino que tuviera alguna curiosidad por su vida.

—Soy un pecador —resume con sencillez Ignacio.

—Como todos —confirma el maestro—. Pero contadme.

El rostro alargado de Miguel Ángel se inclina hacia delante, tal que si se preparara para escuchar algo de mucha envidia. Sus ojos brillan como carbones que se disimulan bajo una suave ceniza, y hay una curiosidad noble que emociona a Ignacio. Pese al molesto respaldo del sillón veneciano, el visitante se siente a gusto. Son dos hombres que proceden de dos mundos distintos y que han llevado trayectorias diferentes. El uno viene de la guerra y del combate hasta que encontró la fe. El otro procede de la burguesía mercantil, de la que escapa para abrazarse a la religión de la armonía en las formas y en los colores. Éste posee una sólida formación filosófica desde la pubertad y siempre ha estado en contacto con filósofos, sabios y poetas. Aquél es un estudiante tardío que empieza a aprender latín pasados los treinta años, en unas clases en las que chiquillos de ocho y nueve se burlaban de él.

Estas desemejanzas, en lugar de separarlos, parece que sirven de unión, e Iñigo, atendiendo a las razones de su intuición, con una falta de prudencia que seguramente espantaría al padre Polanco, narra sus peripecias primeras y atiende las interrupciones

de Miguel Ángel, que pide aclaraciones sobre algún suceso, y disgrega, y escucha a su interlocutor que le habla de aventuras y episodios, y oscurece la tarde y llega la noche. Y Miguel Ángel manda a un criado que acompañe a Ignacio, y quedan para verse de nuevo sin darse cuenta en el momento de la despedida de que el asunto principal, la proyección de los planos de la nueva iglesia, no ha sido abordado, y sin que ello les pese.

Sólo ha habido un momento en que Íñigo se ha encontrado incómodo, y ha sido cuando ha entrado en la habitación Tommasso dei Cavalieri con la excusa de saber si necesitaban algo, pero, en realidad, molesto y celoso por la prolongada duración de la entrevista.

—No nos molestes, Tommasso, por favor —ordena el maestro.

Y se ha marchado con exagerada cortesía para demostrar su rechazo a la situación.

Íñigo sabe que este hombre maduro es el amante permanente del maestro. Que lo conoció cuando tenía dieciséis años y que le ha sido fiel. Y ésa es una circunstancia que el general de la Compañía rechaza en su fuero interno, no tanto por motivos religiosos, sino por la experiencia vivida en el barco que lo llevó de Venecia a Palestina para llegar a Jerusalén. En aquella noche oscura, húmeda, en una sentina abarrotada de gente, alguna de ella claramente enferma, envueltos en olores que iban de lo agrio a lo fétido, subió a cubierta a pesar del frío y vio a dos marineros que, al parecer, estaban luchando. Un par de años antes habría acudido con presteza a separarlos, pero desde que había sentido la fe era mucho más prudente ante los conflictos humanos. De pronto, escuchó unos gemidos y se acercó, puesto que temió que uno de ellos pudiera ahogar al otro. Y, al hacerlo, a la luz de una luna en cuarto menguante, contempló atónito que los gemidos eran de placer, y que uno de ellos tenía ensartado al otro por la parte de atrás, bajado el calzón y con los movimientos evidentes que él bien conocía en su versión ortodoxa.

Se quedó atónito. En Sevilla, en uno de los viajes en que acompañó a Juan de Velázquez, visitó un burdel en el que tenían de ayudante a un sodomita de mediana edad, muy simpático y exagerado, que soportaba las bromas de los clientes contestándoles con chacotas y descaros, pero era una persona aislada en aquella casa de lenocinio, casi una deformación de las pupilas, como una versión estropeada de ellas mismas. Sin embargo, lo que acontecía ante sus ojos era algo terrible, brutal, estremecedor. Si era perverso el pecado de la carne, todavía más terrible era este pecado contra natura, diabólico en sí mismo, porque sólo al diablo se le podía ocurrir retorcer de tal manera las tendencias del ser humano, sólo el diablo podía subvertir los instintos de forma tan poderosa que los acercara a las bestias. Aquellos dos marineros, ensartados como perros junto al palo de mesana, en una noche de cuarto menguante, le causaron una impresión desgarradora y una repugnancia permanente ante lo que algunos teólogos denominaban «el pecado nefando».

Ignacio no ignora que el actual Papa, Julio III, nombró a su amante, un muchacho

de diecisiete años, cardenal, y que lo anunció cuando, poco antes de ser elegido, rodeó los hombros del muchacho y, dirigiéndose a varios cardenales, les dijo: «Si me elegís, este *Prevostino* (apodo con el que se le conocía) será como vosotros».

Y no sólo cumplió la promesa, sino que el ya cardenal Prevostino fue nombrado secretario de Estado, cargo reservado para los cardenales de más alto rango.

Ignacio no siente contradicciones entre su rechazo y su obediencia, y distingue el pecado de la jerarquía. Y a pesar de que las orgías de Julio III son conocidas, y de que el padre Polanco le ha informado de que uno de los acompañantes de estas fiestas, el arzobispo de Benevento, Giovanni Della Casa, ha escrito un libro titulado *In Laudern Sodomiae (Elogio de la sodomía)*, pese a todo ello, separa la obediencia de la repugnancia que le produce la homosexualidad. Amén de que ha sido Julio III el Papa que, por fin, ha aprobado los capítulos y ha reconocido a la Compañía de Jesús.

A la fina sensibilidad de Miguel Ángel no le pasa inadvertida la expresión de Ignacio, y en su cara redonda, y en su parpadeo, observa una tensión que antes no se veía en su rostro, por lo que se ve obligado a explicar su presencia:

—Tommaso es mi compañero, mi ayudante y mi enfermero. Cuando lo conocí era un bello efebo de dieciséis años. Con el tiempo, como os podéis suponer, nuestra relación ha devenido en un afecto intenso, como el que se pueden tener dos hermanos. Comprenderéis que me encuentro en la edad de arrepentirme de los pecados cometidos, pero con la natural incapacidad para cometerlos.

Estas palabras suaves, dichas con placidez, devuelven la confianza a Ignacio, que se censura interiormente haberse convertido en juez severo de una conducta cuyas circunstancias desconoce.

Y como si Miguel Ángel quisiera justificarse a sí mismo, en un periodo en el que le inundan las dudas y desea conocer las más adecuadas penitencias, añade:

—He amado la belleza en todas sus manifestaciones. En todas —insiste para subrayar la intención—. Hay algo en mi naturaleza que es superior a mi voluntad y que me obliga a emocionarme ante una combinación de colores, ante un espacio o ante el prodigio de los fenómenos naturales. Puedo llorar ante la lluvia si observo que perla las hojas de los árboles y de éstas, en medio de la atmósfera gris, surgen unos minúsculos gritos de luz. Puedo sentir gozos insondables cuando logro que el mármol se ponga en movimiento, gracias a la ilusión de la vista provocada antes por el cincel. Y también puedo quedar arrebatado, ¡cuántas veces me ha sucedido!, ante la belleza del cuerpo humano. De ahí mi confusión, mi error, porque al amar la belleza he amado también los cuerpos.

Iñigo no pretende derivar en intimidades que son más bien objeto de confesión, e interviene:

—No soy juez de vuestros actos, ni tampoco vuestro confesor.

—Ni yo me confieso ni intento justificarme —explica Miguel Ángel—. Puede que mi propósito, en esta hora en que ya el vigor me ha abandonado, sea el de comprender mi propia conducta, que no siempre ha sido correcta, por supuesto, pero

que tiene su origen en un instinto que se sentía más atraído por la hermosura que por el placer, aun cuando la hermosura sea placentera.

Íñigo no se pierde en estas sutilezas. Su carácter y su formación son bien distintos, pero conoce la dialéctica y él mismo la ha tenido que usar para defenderse del Santo Oficio.

—No es la argumentación de una defensa, como habréis entendido —prosigue el maestro—, sino los continuos intentos que voy haciendo para comprender mi conducta y entender las dependencias entre el hombre y el artista, y aislar unas y rechazar otras para saber cuáles son mis responsabilidades.

—Vuestra responsabilidad como artista está acreditada y aclamada. La que tengáis como hombre corresponde sólo a nuestro Señor —intenta sosegar Ignacio.

El maestro se queda un momento en silencio, valora la intención tranquilizadora y añade:

—Y es ésa la que me preocupa, casi diría que la que me obsesiona.

—Espero —dice Ignacio con una sonrisa cómplice— que vuestra determinación para proyectar y construir los planos de nuestra iglesia, sin estipendio alguno, no esté presionada por esas preocupaciones sino por vuestra generosidad.

La sonrisa de Ignacio ha abierto el camino a la aceptación del comentario como una broma inteligente, y Miguel Ángel sonrío también, y le agrada que este hombre de aspecto despierto pero grave sea capaz de practicar la ironía.

—Si yo supiera que mi salvación depende de hacer vuestra iglesia, dejaría la cúpula de San Pedro sin terminar.

La respuesta, no exenta de hábil picardía, logra establecer entre los dos hombres la camaradería de la agudeza compartida, de suerte que Ignacio se relaja y también Miguel Ángel, y la inesperada visita de Tommaso, que en realidad es quien ha causado las últimas confidencias, constituye un incidente que ha servido para acercar el entendimiento de los dos hombres.



Un par de años después, tras la muerte de Julio III coinciden en los funerales de su sucesor, Marcelo II, que ha durado en el papado menos de un mes, Ignacio contempla a Miguel Ángel muy decaído y le promete una visita. Miguel Ángel, ante el breve pontificado del Papa fallecido, le recomienda al fundador:

—Pero tardad menos de un mes, que parece que no estamos en época de proyectos largos.

Ignacio contiene la sonrisa, porque considera que no es decoroso sonreír en un funeral, pero capta la intención del maestro.

Tardará más de un mes, porque, sin quererlo, Ignacio se ve envuelto en los

cabildeos de la sucesión.

El cardenal Gian Pietro Caraffa, al frente del Santo Oficio, tiene casi la edad de Miguel Ángel y está dispuesto a renunciar a cualquier posibilidad de ser elegido. En la Compañía de Jesús confían que así sea, porque el cardenal se ha convertido en un enemigo personal del fundador. En realidad, como napolitano, odia a los españoles en general y a Ignacio de Loyola en particular. ¿Hubo algún movimiento por parte de miembros de la Compañía de Jesús para buscar la influencia de Carlos V en un tiempo en que reyes y emperadores competían con el Espíritu Santo para la elección del Papa? No se sabe, pero el caso es que Carlos V hizo saber su rechazo al posible nombramiento de Caraffa. Enterarse de ello el cardenal y reaccionar de un modo fulminante recabando apoyos, ganando voluntades, prometiendo favores y amenazando si era preciso fue la consecuencia de este veto imperial. Y Gian Pietro Caraffa fue elegido Papa con el nombre de Pablo IV. Era la peor sucesión para los intereses de la Compañía.

Ignacio, al enterarse, no dice una sola palabra y se retira a orar. Sabe que puede mantener controversias dialécticas con un obispo o con un cardenal, aunque sea el cardenal encargado del Santo Oficio, pero de la misma manera tampoco ignora que, en la estructura jerárquica de la Iglesia, no puede desobedecer las órdenes de un papa.

La última entrevista que mantienen Miguel Ángel y el fundador se celebra con el ánimo triste de Ignacio y con cierto decaimiento del maestro, porque su ayudante en los últimos veintiséis años, Urbino, está muy enfermo y se teme por su vida.

El grado de amistad que mantienen el maestro y el fundador no es de frecuente trato pero sí de gran confianza. Se han visto en varias ocasiones, muchas de ellas relacionadas con los planos de la iglesia de Jesús, pero en realidad únicamente han mantenido hasta ahora tres largas conversaciones. Éste es el cuarto encuentro entre los dos a solas, el último aunque ellos lo ignoren, y precisamente debido al mucho tiempo que suele mediar entre una y la siguiente entrevista, los principios son de cortés tanteo hasta que, enseguida, se establece el grado de complicidad que les permite decir lo que piensan y escuchar del otro alguna agudeza digna de sopesarse.

Muy pronto confiesa Ignacio su preocupación por el nuevo nombramiento y la larga lista de enfrentamientos con Caraffa desde que lo conoció en Venecia, llegado de París. Por el contrario, Miguel Ángel ha recibido con alivio el fallecimiento del Papa anterior, porque había dado alas a sus enemigos y éstos habían comenzado a moverse para perjudicarlo.

—Ya sabéis cómo son los intrigantes en Roma. Se adormecen, hibernan, pero no desaparecen nunca —explica Miguel Ángel—. Son como las huevas en las charcas secas: bastan unas gotas de lluvia y un poco de agua para que aparezcan las ranas. Y ya habían comenzado a agraviarme. Y me dolía. Que bien sabéis que hay dolores agraviantes y agravios que son dolores.

—Pero parece que los dolores han desaparecido —se congratula Ignacio.

—No sólo eso, sino que han comenzado los encargos. Las primeras noticias que

he recibido del nuevo Papa han sido de grandes ofrecimientos.

Y dándose cuenta de la diferencia de situación, añade:

—Lamento mucho que lo que son buenas noticias para mí sean malas para vos.

—No quiero adelantar acontecimientos y espero que el Espíritu Santo ilumine al nuevo Papa... o le borre algunos malos recuerdos.

—¿Tantos enfrentamientos habéis tenido?

—Creo que no es nada personal, pero no le gustan los españoles. Desde que era niño vivió en Nápoles bajo la presencia española y la bandera de Aragón. Cuando fue nuncio de León X, en la Hispania, aconsejó al Papa que no apoyara el nombramiento de Carlos I de España como emperador del Sacro Imperio Germánico, y que ayudara a Francisco I, rey de Francia. Así lo hizo al principio, pero cuando el Papa se dio cuenta de que el nombramiento de Carlos I como Carlos V iba a ser inminente, cambió de bando y quedaron derrotadas las tesis de Caraffa. Yo entonces era un despistado gentilhomme fatuo y lleno de vanidades... Pero nos conocimos en Venecia, cuando llegamos desde París con mis hermanos de la Compañía. Y ahí se inició un rosario de enfrentamientos, de pugnas, de inconvenientes que yo, al principio, creí que eran fruto de la casualidad, pero que luego no me quedó más remedio que achacarlos a la escasa simpatía por nuestra labor. Le debemos varios años de retraso hasta que nos permitieron reconocernos como Compañía de Jesús, pero también le tenemos que agradecer que, merced a esos inconvenientes, nos hizo más fuertes, más empecinados frente a la adversidad. Al fin y al cabo, siempre es mejor confiar en Jesús que en un cardenal.

—Sí, hay una diferencia evidente —confirma Miguel Ángel con una seriedad tan contundente que parece premeditadamente burlesca.

Hay un silencio de escasos segundos, y como el maestro mira al fundador con persistencia, clavándole los ojos pequeños y negros, rompen los dos a reír casi al mismo tiempo.

—Veo que también consideráis que incluso es mejor confiar en Jesús que en un Papa —insiste Miguel Ángel.

El fundador vuelve a sonreír, y el maestro intenta distraer sus preocupaciones:

—Quien hace daño nunca tiene recompensas. Yo admito el mal genio, porque lo tengo. Y las discusiones verbales, y la irritación, porque el Señor no me ha bendecido con la paciencia, pero me molestan mucho quienes causan quebranto por oscuros motivos o, lo que es peor, por falta de inteligencia.

—A veces —interviene el fundador— es mejor menos santidad y más inteligencia que demasiada santidad con poca inteligencia.

Miguel Ángel rumia la frase, asiente y prosigue:

—La falta de recursos mentales desemboca en violencia. Violencia espiritual como la que a veces, como inquisidor general, practicaba vuestro viejo amigo, hoy Papa. O, incluso, violencia física.

Y, tocándose su torcida nariz, explica:

—El puñetazo que me propinó Pietro Torrigiano en Florencia me pilló desprevenido, porque nunca lo hubiera imaginado. Estaba preparado para sus críticas, sus malicias, incluso para sufrir alguna jugarreta en el taller, pero algo tan directamente brutal como un enorme puñetazo, simplemente porque yo me defendía de sus pullas con otras, nunca lo hubiera esperado.

—¿Qué fue de él?

—No era mal escultor. Algo lento en la ejecución, pero tenía sentido de la belleza espacial. Acabó mal por culpa de esa otra violencia poco inteligente.

—¿Le pegaron una paliza?

—Algo peor. Parece que irritado porque una estatua de la Virgen no se la habían pagado tal como le habían prometido, y harto de hacer reclamaciones, la rompió. Eso es algo que yo he estado tentado de llevar a cabo en más de una ocasión, lo confieso. El caso es que alguien lo vio, o se enteró, y lo denunció a la Inquisición. Si hubiera tropezado con un clérigo inteligente, habría comprendido que lo que había hecho no era otra cosa que romper una estatua, que era de la Virgen, pero podía haber sido de Zeus o de Afrodita. Lo acusaron de iconoclasta. Tuvo un largo proceso, enfermó en la cárcel y murió. En Sevilla. En vuestra tierra.

El fundador guarda silencio un instante y le pregunta a Miguel Ángel:

—Entonces ¿no fue un castigo por haberos roto la nariz?

El maestro sonrío y niega con la cabeza:

—Me dio pena cuando me enteré. Y entendí su reacción. La gente cree que me he pasado casi toda la vida pintando y esculpiendo, pero, en realidad, lo que me ha tenido ocupado más tiempo han sido las gestiones para cobrar lo prometido. Cuanto más principal y más rico es quien hace el encargo, más difícil acercarse a él, más complicado discurrir la manera de enviarle recados, de buscar intermediarios. Cuando estaba pintando la Capilla Sixtina... Me hablan de ella, pero no es la obra de la que me siento más satisfecho. En realidad, la pintura... La escultura tiene tres dimensiones; la pintura, dos. Para poder incorporarle la tercera dimensión tenemos que emplear trucos de sombras, engaños, ardides que le den profundidad a la pared... La pintura es una suma de embelecocos para mentirle a la vista... La escultura no miente, no posee artificios. La veis tal como es. Sin trampas, libre de artimañas. La escultura es mi actividad preferida... Lo que siento ante un bloque de mármol no lo siento ante un muro. En éste podré rectificar, tapar un color con otra tonalidad, cambiar una claridad por una sombra o al contrario. El mármol, en cambio, no admite deslices ni equivocaciones. El boceto de un mural es algo bastante aproximado a lo que se pretende hacer. El boceto de una escultura, por su parte, es un trazado en dos dimensiones que se parece a la escultura como un árbol dibujado se parece a un árbol de verdad... ¿De qué os estaba hablando?

—De la Capilla Sixtina, de la época en que pintasteis.

—¡Ah, sí! Bueno, pues me pasé un año sin atreverme a pedirle al Papa ni un solo ducado. Y mi padre y mis hermanos no hacían otra cosa que reclamarme dinero. Y lo

mismo en el estudio.

—¿Y no os pagaban?

—No, y yo no me atrevía a reclamarlo porque pensaba que iba retrasado en el trabajo encomendado. Me callaba. Y seguía trabajando, pero sin poder concentrarme, porque enseguida venía un recado pidiendo dinero. No sé..., es como si estuvieseis dirigiendo unos ejercicios espirituales a vuestros hermanos y, cada poco, viniera alguien a reclamaros dinero para una misión, para una escuela, para una residencia... Por eso pedí que nadie me molestara mientras estaba pintando. Algunos romanos..., y algunos cardenales cuyo nombre no voy a desvelar, me achacaron de fatuo y de vanidoso, pero no lo hice por presunción, sino para que no viniera nadie a pedirme dinero.

Echa la cabeza hacia atrás y pierde la mirada al fondo en un claro gesto de evocación, y continúa:

—Una mañana, a poco de levantarse el sol, se presentó el mismo Papa. Yo había pasado la noche sin dormir, trabajando, ayudado con velones que todavía estaban encendidos. No me sentía satisfecho conmigo mismo y me encontraba cansado, pero tampoco tenía sueño, por lo que estaba tratando de rectificar los hombros de Eva. Allá, encima de los andamios, a veces echado sobre un tablón inclinado, notaba sensaciones extrañas, al menos yo las sentía. Había instantes en que me angustiaba quedarme encerrado, en que me obsesionaba que el techo se viniera encima de mí, y me entraban unos deseos extravagantes de bajar del andamio y de huir. Creo que no lo hice porque ya me había empezado a atacar este mal de los huesos, reuma lo llaman, y me resultaba costoso tanto subir como bajar. El caso es que oigo voces y me irrito, porque he dado órdenes claras de que no entre nadie a la capilla. Y cuando me asomo lleno de cólera me veo al mismo Papa acompañado de esos séquitos que tanto les agradan a los pontífices. Me irrité todavía más. Había perdido la noche porque no había logrado lo que pretendía; me dolían las articulaciones; hasta que no acabara aquello no podía acercarme a un bloque de mármol para hacer lo que me gustaba; no me pagaban y, encima, tenía que soportar sus órdenes disfrazadas de sugerencias, porque ya me conocía sus maneras. «¡¡Fuera!! ¡¡Fuera de aquí!!», grité desde arriba. Y Julio II: «Soy el Papa». «Y yo soy Miguel Ángel, y hasta que no acabe mi trabajo no quiero que nadie entre aquí», dije a voces desde arriba. «Soy el Papa», insistía él. «Y yo soy Miguel Ángel, os repito, y podéis excomulgarme si queréis, pero no podéis pintar. Yo pinto y no excomulgo. Así que o se marcha Su Santidad con todo su séquito o el que se marcha soy yo, y que alguno de los que os acompañan termine este complicado trabajo». Creo que es la primera vez que he estado a punto de ser excomulgado y de que el Vaticano me cerrara sus puertas, pero yo no era consciente. Se hizo un silencio expectante en el que, naturalmente, ninguno de los acompañantes se atrevió a hablar. Julio II poseía grandes virtudes en el trato de las personas. Y me conocía. Así que, ante el asombro de sus acompañantes, dio media vuelta y se marchó.

»Mis relaciones con él fueron siempre inquietantes, y me hacía pasar del amor al odio con una facilidad que luego me exasperaba. Algunas veces llegué a tener tan poco dinero que ni siquiera podía pagar los óleos. En cierta ocasión tuve que viajar hasta Bolonia porque Julio II estaba allí en una de las muchas guerras en las que anduvo metido. Me prometió que me daría el dinero, pero me volví sin él. No llegó. Regresé para enfrentarme con él y apareció el dinero para continuar las obras. Me arrebató de Florencia, me convenció para pintar cuando menos me apetecía pintar y me sometió a unas presiones a las que nadie me ha sometido. Pero amaba la belleza. Tenía sensibilidad.

Y tras meditar un momento, añade:

—Creo que tenía más sensibilidad para la diplomacia, la guerra y el arte que para los asuntos religiosos.

—Gobernar el Vaticano es complicado —tercia conciliador y a favor de la jerarquía el fundador—. Los reyes y los emperadores desean imponer su voluntad, y el Papa debe tener un sabio equilibrio para no quebrar la cristiandad. Hasta Francia ha tenido tentaciones de separarse, como ha sucedido con Inglaterra.

—Puede que sea así. No voy a caer en el vicio de juzgar de lo que no entiendo, de la misma forma que no me gustaba que el papa Julio II me dijera cómo debía pintar.

—¿Por eso lo representasteis con cara de diablo? —pregunta el fundador.

El maestro intenta estirar su destrozada espalda y esboza una mueca de dolor.

—¿Me creeríais si os dijera que lo hice sin propósito?

Y ante el silencio de Ignacio de Loyola, continúa:

—Al principio no lo advertí. Pero al día siguiente me percaté de que eran los rasgos del Papa. Y no rectifiqué. Tened en cuenta que nuestra relación ha sido algo más que la de un artista y un papa. Me ha perseguido, me ha martirizado, me ha amenazado con el calabozo, y os aseguro que amenazaba en serio. También me ha recompensado. Y en nuestros enfrentamientos pasábamos de los gritos a los empujones. Al fin y al cabo trabajaba en su sepulcro. Era una burla, pero una burla de artista.

—¿No se dio cuenta? ¿Nunca os dijo nada?

—Nunca. Era muy listo como para no darse cuenta, y he tenido siempre en Roma demasiados enemigos como para que no le pusieran al tanto y le hicieran caer en el detalle. Pero jamás me hizo ningún comentario. Yo creo que tenía un gran sentido de la Historia, del tiempo que vivía y, asimismo, del arte. No pude saber si le agradaba o le desagradaba, pero en el fondo creo que le seducía la idea de perdurar en la capilla, aunque fuera como diablo. Dicen que hizo que dejara de trabajar en su sepulcro para ordenarme la bóveda de la capilla porque se había quedado sin dinero, y eso no es toda la verdad. Se había quedado sin dinero, pero luego volvió a tener, y mucho, y no me soltó el dogal que me ataba a la capilla. Es decir, que le interesó más la capilla que su propio sepulcro, y eso me parece que refleja un dato importante de su persona.

Ignacio duda un momento, pero considera que parece consecuente hacerle una

pregunta que no le ha planteado en ocasiones anteriores, porque hablaban de asuntos dispares, así que se decide:

—Siempre me impresionó la representación de Cristo. Es un Cristo enfadado, autoritario, enérgico, escasamente misericordioso.

Miguel Ángel asiente y explica:

—Es el Cristo que despacha a los mercaderes del templo, el Cristo enfadado por el uso irreverente y mercantil de la religión. ¿Qué Cristo iba a pintar? Conocéis Roma. Esta ciudad de las mil putas y las cien simonías. Esta ciudad en la que es difícil mantener la fe. ¿Permitiría Cristo lo que ocurre en Roma?

—Por eso tratamos de hacer la Reforma, y de regenerar costumbres que hacen mucho daño. Pero somos hombres, es decir, pecadores.

—Sí, sí, somos pecadores, y yo el primero, pero no creo que Cristo esté muy contento el día del Juicio Final. A mí me parece que estará furioso con todos nosotros, disgustado porque le hemos fallado no una sino todas las veces, todos los años, todos los siglos. Y que, al ver que son tan pocos los justos, sentirá la rabia del fracaso, porque como hombre que ha sido sufrirá la desilusión de comprobar el poco caso que le hemos hecho. ¿Os imagináis, después de haber dirigido unos ejercicios, comprobar que la mayoría no ha sacado ningún provecho? ¿Cómo os sentiríais?

—Yo soy hombre, no soy Cristo.

—Y Cristo también es hombre, y esa parte humana tiene que estar candente como lo estaría si viviera en esta ciudad mal llamada santa. En el fondo confío, como casi todos los cristianos, en el Dios misericordioso y lleno de bondad, pero yo no podía pintar un Cristo de semblante beatífico precisamente en el día en que se pone en evidencia el terrible fracaso de los seguidores de Cristo, el día del Juicio Final.

—Es sólo con los mercaderes cuando Jesús se enfada y se muestra contrariado.

—No, no —rectifica Miguel Ángel—. Cuando el leproso, en lugar de apartarse de él gritando «impuro, impuro» para avisar a los demás, como estaban obligados todos los leprosos, se acerca hasta él y se echa a sus pies, Jesús se muestra airado y le cura.

—Yo he leído siempre que Jesús, ante ese gesto, se compadece.

—Y yo también, pero en una visita que hizo Erasmo a los Medici, recuerdo una sobremesa en Bolonia, donde Erasmo dijo que se había adulterado la traducción y que Jesús se muestra contrariado, enfadado.

—Eso no concuerda con el hecho de curar al leproso. Creo que si se compadece y obra el milagro es mucho más coherente —refuta Ignacio.

—Eso mismo le dijo Juan de Medici, que todavía no había sido nombrado Papa. Y el de Rotterdam le explicó que el enfado de Jesús no provenía del miedo a que el leproso le contagiara o no hubiera respetado la ley de apartarse de los sanos, sino que el enfado de Jesús provenía del hecho de contemplar la misma lepra, de observar que en la Creación había lugar para el espanto, la enfermedad, el sufrimiento, la fealdad y el deterioro de la carne, es decir, lo contrario a la belleza.

—Ése es un argumento que más que de Erasmo parece de vuestra cosecha: la

belleza frente a todo lo demás.

—¿Pero no es coherente Jesús? Al fin y al cabo el mundo es obra del Padre, y si hay algo desagradable y repugnante en el mundo es la lepra. A mí me parece que hay una especie de rebeldía del Hijo contra el Padre al encontrarse de manera tan palmaria con los defectos del mundo... Bueno, como creo que sucede con la mayoría de los hijos en la relación con su padre.

—El Santo Oficio se sentiría incómodo ante esa afirmación —le advierte Ignacio con ánimo prudente y afecto amistoso.

—Sí, sí. Ya le sucedió al propio Erasmo. Me agradaría, y sería bueno para mi tranquilidad, que mi preocupación fuera la del Santo Oficio. Vos sabéis que son otras las que me atribulan.

—Y me gustaría poseer la facultad para devolveros el sosiego, pero lo que os atormenta no es que rechace la ayuda externa, sino que os habéis empeñado en que debéis resolverlo vos solo, y a solas con vuestra conciencia.

—¿Sabéis cuál es el problema? En el fondo no me atosiga el fuego eterno, o sí, pero no es la razón fundamental de mis preocupaciones. Creo que más allá del temor al castigo, o mucho más importante para mí en estos momentos, es no haber usado mi inteligencia y sensibilidad, no haber aprovechado esos dones para lograr la salvación. Lo que me aterra, en verdad, es llegar a la conclusión de que he obrado como un estúpido.

—Ése es un pecado de soberbia. El pecado de los ángeles.

Miguel Ángel se queda un poco pensativo, hace ese gesto, que ya le resulta familiar a Ignacio, de mirar hacia un ángulo de la habitación, allí donde confluyen la pared y el techo, y reflexiona:

—Por algo me bautizaron con este nombre: Miguel Ángel.

—Pero san Miguel es el capitán de los ángeles buenos, tenéis el nombre del triunfador. Triunfaréis al final —le anima Ignacio.

—No es mal argumento si uno quiere engañarse, pero poco consistente. Erasmo, cuando tenía confianza, solía citar un adagio griego que no es muy elegante, pero que usaba ante el remiendo zafio en la oratoria o en las cosas materiales: tapar con la tos un pedo.

Ignacio sonríe porque lo ha escuchado en tierras castellanas, posiblemente antes de que Erasmo tradujera adagios populares del griego y del latín. Y recordando la única ocasión en que coincidió con Erasmo, le indica a Miguel Ángel:

—Conocí a Erasmo en Venecia, cuando volví de Jerusalén.

—¿Y cómo fue? —se interesa Miguel Ángel.

—Un fraile agustino me llevó a un sitio en el que no había estado nunca: una imprenta. Y allí, sobre unos papeles recién impresos, había un hombre de aspecto enérgico, labios finos y ojos pequeños pero escrutadores que saludó a mi acompañante. Y éste le explicó que acababa de llegar de Jerusalén. Yo no me enteraba demasiado, porque en aquella época no sabía latín y ellos hablaban en esa

lengua, pero recuerdo claramente cuando, señalándome al hombre de aspecto enérgico, me lo presentó diciendo:

—Es Erasmo de Rotterdam.

II

—Es Erasmo de Rotterdam —dijo el agustino. Y el hombre de labios finos y mirada escrutadora se quedó observando a Ignacio con interés y le preguntó sobre el estado de los Santos Lugares. Al preguntárselo en latín y quedarse Ignacio con semblante de no haber entendido, el fraile agustino se lo tradujo al castellano e Ignacio dio una explicación no demasiado inteligente, dicha sea la verdad, porque estaba fascinado por las máquinas que le rodeaban, por el olor de las tintas, por el ir y venir de los operarios, por las pruebas sobre el papel cuyas láminas extendidas, todavía sin plegar, pasaban por delante, y porque no estaba satisfecho de su viaje a Tierra Santa, o, mejor dicho, del fracaso de su propósito de permanecer en los Santos Lugares.

Erasmo vivía entonces en Basilea no por amor a la ciudad, sino porque, harto de las acusaciones de católicos y luteranos, había huido de Venecia, donde corría el peligro de ser prendido cualquier día por el Santo Oficio. Sin embargo, Venecia era la capital de las impresiones en la Europa del siglo XVI, y Erasmo había llegado, sin dar noticias a nadie, para corregir las pruebas de su *Spongia adversus aspergines Hutteni*. Este libro era una refutación al teólogo Ulrico von Hutten, ferviente luterano. Erasmo, partidario de muchos de los aspectos que contenía la Reforma de Lutero, no estaba de acuerdo con otros y huía de encuadrarse en ningún campo. El teólogo alemán había dicho en público: «Si a Erasmo le queda algo de decencia, tiene que declararse luterano».

Ignacio, en aquella época inmerso en sus Ejercicios y en el regosto de su fe, estaba completamente ajeno a las disputas de los teólogos y a las sutilezas de la Reforma. Como esos niños que pasan sin intentar comprender lo que parece desagradable, así él atravesaba el hosco ambiente de los bandos cristianos, de los que no quería saber nada que lo distrajesen de un estado en el que el mundo material, incluido el dialéctico, le era ajeno. Había mirado hacia otra parte ante el relajado ambiente de Roma, que sin escudriñar demasiado lindaba a simple vista con la indecencia, y no estaba dispuesto a perderse en asuntos terrenales cuando su espíritu se encontraba en plena exaltación mística.

Pero fue la mirada de aquel hombre —¿Erasmo le habían dicho que se llamaba? —, su manera de hablar al fraile agustino lo que le incitó a desear conocer la naturaleza del libro del que estaba corrigiendo las pruebas.

Cerca de ellos, un hombre dejaba la bruza en el estante inferior de la prensa, tomaba la galera, pasaba por encima el rodillo untado en tinta, la colocaba en el paquete de composición, bajo el cilindro, hacía pasar éste por encima y extraía la galerada que observaba con minuciosidad a la búsqueda de imperfecciones, macas o

defectos.

Por este procedimiento, lo mismo se imprimía la Biblia que una novela de caballerías. De esta manera se podían dar a conocer sus ejercicios espirituales y, también, doctrinas contrarias a la fe, heterodoxias peligrosas y perjudiciales, escritos dignos de anatemas.

Nunca antes había estado en una imprenta y le fascinaban las cajas con sus comodines, la rapidez de los cajistas colocando los tipos en el componedor, la platina colocada bajo la prensa, el giro del disco que el prensista le imprimía hasta llegar al papel y el rápido deslizamiento de la plancha. Aquello significaban ocho páginas, que un fraile hubiera tardado una mañana entera en copiar, pero es que, a continuación, se volvía a poner otro papel y, de nuevo, surgían otras ocho o dieciséis páginas, según el formato, de tal manera que aquella prensa hacía el trabajo de todo un convento durante un mes en poco más de una hora.

Cuando leía la traducción de *Lancelot, el caballero de la carreta* o *Tirant lo Blanc* o *El cuento del Grial* no se había percatado de que estaban escritos antes de haberse inventado este ingenio de la imprenta y que, sin él, difícilmente hubieran llegado a sus manos.

Muchas veces ha reflexionado sobre si eso ha sido bueno o malo para él, si el acceso simple a los libros le ha supuesto ventajas o inconvenientes; y si en ocasiones piensa que le han desviado de su fe, y le han llenado de fantasías y le han impedido acercarse a su auténtico camino, también es cierto que, merced a ellos, ha fantaseado, y la imaginación es algo que nos ha dado el Señor, y puede ser también un talento si no se abusa de su utilización. Y este señor, teólogo le han dicho que es y al parecer una persona importante, está aquí corrigiendo pruebas de su libro, en esta imprenta, que viene a ser una especie de desorden aparente, pero que lleva implícito un rigor taxonómico, sin el cual no podría llevarse a cabo ninguna tarea.

Contrariado por no poder expresarse en latín, le ruega al agustino que le diga cuáles son sus quejas respecto al tal Von Hutten.

Siempre en latín y sin mirar a Ignacio, dirigiéndose al fraile que hace de traductor, dice Erasmo:

—La racionalidad está perdiendo terreno frente a la emotividad religiosa. Sería muy sencillo para mí declararme un defensor del Vaticano. Y tengo argumentos contundentes para rechazar las tesis de Lutero. Pero también, con la misma facilidad, podría declararme luterano y atacar la pasividad, la permisividad y hasta la inmoralidad de la jerarquía tradicional cristiana que se ha alejado de los Evangelios y se resiste a una Reforma que resulta tan necesaria como imparable. Hay dos bandos, y los dos bandos desean no la discusión, sino la aceptación global y entusiasta de sus tesis. Y quienes pretendemos discurrir, y aportar nuestros modestos conocimientos y nuestra experiencia sin abrazar con fervor uno de los dos bandos, somos acusados de tibios por los dos. Pero no es una cuestión de tibieza, sino de racionalidad, y la razón es un instrumento que Dios nos ha dado para distinguirnos de las bestias, que, por no

tenerla, llamamos irracionales.

El alejamiento de Ignacio de estos asuntos en los que se halla inmersa toda Europa no es óbice para que no esté al tanto de las doctrinas de Lutero y del movimiento que ha propiciado con ellas. Por ello, con un sentido pragmático y temiendo que aquel señor importante posiblemente no les conceda mucho más de su precioso tiempo, insta al agustino para que le inquiere sobre su fundamental divergencia con Lutero.

Cuando Erasmo escucha de boca del fraile la pregunta, en sus labios finos se esboza una sonrisa comprensiva y hace un comentario sosegadamente burlón:

—Pragmático es el español, y poco amigo de circunloquios. Y, asimismo, ya veo que no ha leído mis obras.

El fraile sonríe con astucia, pero no traduce porque no le parece conveniente. Erasmo, que se da cuenta y, en el fondo, siente respeto por quien ha arriesgado su vida en Tierra Santa, por entonces en manos de infieles, se digna contestar:

—Creo en lo que dice Lutero sobre lo de que la salvación del hombre reside en el criterio de Dios. Nadie puede estar en desacuerdo con ello, porque sería tanto como negar su omnipotencia o su propia naturaleza divina. Asimismo, estoy conforme en la interpretación personal de las Escrituras, en la conciencia de cada uno como protagonista de su propio camino, y creo que he contribuido a divulgar ese conocimiento con mis traducciones del griego y del latín. Pero me opongo a creer que el hombre sea un sujeto pasivo y que su salvación o su condena estén ya determinados desde el día de su nacimiento. ¿Qué interés va a existir en luchar contra nuestros defectos y nuestras tentaciones? ¿Qué diferencia hay entre obrar bien u obrar mal si, hagamos lo que hagamos, ya tenemos escrito nuestro destino? Estoy convencido de que ahí Lutero ha errado, y el Papa tiene razón.

Ignacio, estimulado por lo que le traduce el agustino, discurre con celeridad que sus ejercicios espirituales, en parte, son luteranos, porque enfrentan al cristiano con la doctrina de los Evangelios. Esto le viene a intranquilizar, pero a continuación se sosiega reflexionando que, precisamente, los ejercicios son una manera palpable de no creer en la predeterminación de la salvación del alma, porque de asumir ésta, ¿qué interés habría en seguir con entusiasmo o corrección unos ejercicios espirituales, ni siquiera iniciarlos?

—¿Y veis alguna solución al conflicto? —pregunta por último Ignacio.

—En absoluto —contesta Erasmo tras escuchar al agustino formularle la cuestión en latín—. El hecho de estar aquí de incógnito, en Venecia, como un delincuente, es una prueba palpable de cómo ambas posturas son ya irreductibles. Me he ido a vivir a Basilea porque allí los luteranos y los católicos me dejan en paz. Esperemos que sea por muchos años, y que no me vea obligado a volver a marcharme como lo tuve que hacer de esta ciudad no hace mucho.

Las desconfiadas palabras de Erasmo no son fruto del recelo, sino del conocimiento del ambiente que se vive en Europa, y, en efecto, cinco años más tarde

deberá abandonar Basilea.

Cuando salen de la imprenta y después de que el agustino haya dejado unos originales manuscritos, Ignacio dice, mucho más para sí mismo que para su acompañante:

—He de estudiar latín.

Y luego se interesa por la persona a la que acaba de conocer porque le ha impresionado su manera de expresarse, suave y a la vez enérgica, al tiempo que inquiera los motivos por los que ha dejado su tarea y les ha atendido.

—Fue también agustino en el convento de Stein —explica el fraile—, pero aunque tomó los hábitos monacales nunca estuvo de acuerdo con nuestras rígidas reglas de sumisión, así que, en cuanto el obispo de Cambrai buscó un buen latinista, y Erasmo es de los mejores, se marchó con él de secretario, y estuvo en Inglaterra, en Bélgica, en Francia y en Italia. Dicen que en Inglaterra trabó muy buena amistad con Tomás Moro.

—¿Quién es Tomás Moro? —pregunta Ignacio con plena inocencia.

El fraile se lo queda mirando con cierta perplejidad. No entiende que no sepa quién es Tomás Moro, de la misma manera que, antes, le ha costado comprender que tampoco supiera quién era Erasmo.

—¿No habéis leído *Utopía*?

—No —confiesa Ignacio con inocente sinceridad.

—¿Y tampoco estáis al tanto de que Tomás Moro es el consejero y amigo personal de Enrique VIII, el rey de Inglaterra?

Ignacio niega con la cabeza sin sentir ningún tipo de humillación, pero sí observa que debe prepararse, que debe volver a estudiar, que será mucho más útil a Jesús cuantos más conocimientos tenga del mundo que le rodea y, sobre todo, que para entenderse en Europa hay que saber latín.

—He de estudiar latín —vuelve a repetir, como si se tratara de una consigna.

Han torcido por dos calles, han atravesado un pequeño puente y salen a un costado de la plaza de San Marcos. Venecia tiene esas sorpresas para el forastero, esos encuentros inesperados. Íñigo contempla los soportales de la plaza no con ojos de viajero, sino con memoria de peregrino, porque esta zona porticada le sirvió de dormitorio antes de embarcarse para Tierra Santa.

III

Venecia siempre resulta complicada para Ignacio. No le dejaban subir al barco, primero, porque sospechaban que estaba enfermo; luego, por la falta de dinero. Su aspecto renqueante, sus ropas bastas y penitenciales, su rostro enjuto y su mirada brillante no inspiran mucha confianza. A pesar de ello, ha obtenido permiso del papa Adriano VI para peregrinar a Jerusalén y confía en la providencia. Y como a la providencia conviene ayudarla, en la medida de las posibilidades personales, pide limosna para poder embarcar.

Lo puede hacer a mediados de julio, y tarda un mes en llegar a Chipre. En esa travesía, además del crudo encuentro con los dos marineros sodomitas, observa que algunas noches se tiran al mar unos bultos alargados envueltos en telas sucias, como de desecho. Le intriga la operación, casi diaria, hasta que descubre que los paquetes son cuerpos de personas que han fallecido a bordo. El temor a la peste está tan arraigado que, en cuanto alguien muere, se le envuelve en lienzos y trapos y se le arroja al mar.

Llegan a Chipre a mediados de agosto, y comienza la búsqueda de un barco que lo pueda trasladar hasta Jaffa.

De la misma manera que le ha sucedido en Venecia, los contramaestres le piden dinero para dejarlo embarcar.

Chipre es menos duro que Venecia. Pertenece a la República veneciana, pero la actividad comercial es muy intensa y si el mendigo o el peregrino o el pedigüeño tiene la suerte de cruzarse con alguien que ha cerrado un trato, ha recibido una carga o ha fletado una mercancía bien pagada, no es difícil lograr una limosna generosa.

La mayoría de los peregrinos rondan por las iglesias, pero algunos se aproximan a las zonas de los lupanares. El ambiente es diametralmente distinto, pero el contento y la alegría del cliente que va al encuentro de una puta tras varias semanas de obligada castidad parece más propicio para la generosidad que el dolor de los pecados. Algunos cristianos están tan absortos en obtener el perdón de sus pecados que ni siquiera ven a los peregrinos. Otros creen que forman parte del paisaje, como los tinglados de los muelles o los aparejos de pesca.

Hace un calor húmedo y pegajoso. Por la noche, Ignacio se aleja del centro de Lárnaca, va hasta la orilla del mar y se baña desnudo. En ocasiones piensa si estará cometiendo pecado de hedonismo, pero se absuelve argumentándose a sí mismo que el brote de peste requiere ciertos cuidados, y aunque no le importa morir, cree que debe conservar sus fuerzas para trabajar con afán por el reconocimiento de la gloria de Jesús.

En esta misma ciudad, cuando se llamaba Kition, ejerció de arzobispo Lázaro, el hombre resucitado por el propio Jesús. Un peregrino le propone ir hasta el monasterio de Stavrovouni, donde parece que hay un fragmento de la soga con la que ataron las manos a Jesús y que fue donado por santa Helena, la madre de Constantino, cuando regresaba de visitar Tierra Santa, pero Ignacio, sin decirle que no, tampoco le acompaña, porque está pendiente de las gestiones de un barco que le lleve hasta Jaffa y no quiere desviarse de su propósito.

Camina sin pereza, a pesar del defecto de la pierna, de regreso al puerto, y pretende hablar con el capitán de un barco que le han dicho que se dirige a Jaffa con varios peregrinos.

—¿Podría hablar con el capitán? —pregunta a un marinero.

Y éste, observándole con cierta repugnancia, repregunta a su vez:

—¿Para qué? ¿Para pedirle limosna?

—No, no, para poder embarcarme, porque voy a Tierra Santa.

—Id a buscar otro barco, hermano, el capitán no hace regalos.

—Puedo pagar algo —advierte Ignacio.

—Entonces —bromea el marinero— os llevaremos hasta donde llegue el dinero y, una vez agotado, os tendremos que dejar en medio del mar.

A Ignacio, que siempre ha tenido un carácter fogoso, ahora no parecen hacerle mella las burlas, desde que ha considerado que vienen a ser parte de la penitencia por sus muchos pecados cometidos. Alguna vez, como un latigazo luminoso que procede del fondo de la memoria, se ve con la espada en la mano acorralando al zaheridor, pero ni siquiera es una tentación, sino una imagen remota que regresa de un pasado que cada vez le parece más lejano.

—Moriría ahogado —reflexiona Ignacio en voz alta, como si estuviera sopesando en serio la propuesta del marinero, pero en realidad con el propósito de poner en evidencia la monstruosidad de la sugerencia.

—¿Quién va a morir ahogado? —inquieta una voz aguardentosa desde un fondo de penumbra.

El marinero, al escuchar la voz, se pone algo rígido y explica al interior del barco:

—Nadie, capitán.

—¿Cómo que nadie? ¿Hablas con nadie o estás ido y hablas solo?

—Hablaba con este pobre hombre, capitán, que pretende que le llevemos a Jaffa, pero no tiene dinero.

Aparece un hombre mucho más pequeño de lo que cabía presumir de la voz aguardentosa y mira a Ignacio de hito en hito.

—¿Sois un penitente? —se interesa el capitán.

—Soy un peregrino. Un peregrino que ha obtenido permiso del Papa para ir hasta Tierra Santa.

—Habéis obtenido permiso del Papa, pero podríais haber obtenido también algo de dinero para cumplir con vuestro propósito.

—Más largo es el viaje de la vida y se nos da gratis, sin exigir nada a cambio — contesta Ignacio con más dulzura que arrogancia.

El capitán se queda observando al peregrino largo rato, sin decir nada, y éste le aguanta la mirada con serena esperanza.

—Saldremos de madrugada, sobre las cinco —informa el capitán—, y si a esa hora estáis a bordo llegaremos a Jaffa, siempre que Dios lo permita.

Ignacio se queda sentado en el suelo frente al barco, apoyado en un ensamblado de maderas que contienen ánforas y cántaros nuevos, seguramente con destino a algún molino para llenarlas de aceite, y no se atreve siquiera a echar una cabezada por temor a que el barco pueda salir sin él a bordo.

Un poco antes de las cinco de la madrugada, cuando la aurora comienza a insinuarse, el marinero que se había burlado de él le silba y le hace una seña con los brazos para que suba a bordo. Salen bajo un cielo cárdeno y, muy pronto, el perfil de Chipre queda atrás y se adentran en el mar, camino de las costas euroasiáticas.

El tiempo es demasiado bueno porque los vientos son flojos, pero al comenzar la tarde del primer día se levanta un poniente que los impulsa con fuerza hacia Jaffa.

Hay peregrinos de muchas partes del Mediterráneo y del centro de Europa, y aun de Inglaterra. Ignacio, que es muy listo, a falta del latín, que sólo se habla entre los más cultos, se va fabricando una especie de compendio de vocablos básicos de media docena de lenguas romances que le permiten intercambiar impresiones, aunque sea de manera muy primitiva.

Merced a este intercambio se informa de que parece que del puerto al que van a arribar se descargaron los cedros del Líbano que empleó Salomón para la construcción del Templo de Jerusalén, y también de que, desde el mismo puerto, salió Jonás en aquel viaje que concluyó en el vientre de una ballena.

Los rorcuales que atraviesan el estrecho de Gibraltar y que llegan al Mediterráneo en menos de una hora, buscando comida, no tienen más de veinticinco metros de largo, y Jonás debió de pasarlo muy incómodo en un estómago tan pequeño, pero este tipo de argumentaciones no pesan en el ánimo de los peregrinos, que son más proclives a la recreación de prodigios y a la evocación de portentos que a la cavilación racionalista.



Arriban avanzada la mañana, un poco antes del mediodía, y hasta las primeras horas de la tarde no llegan los franciscanos que los acompañarán para recorrer los casi ochenta kilómetros que les separan de Jerusalén.

Tardan casi tres días en recorrer el camino a pie y nunca se ha sentido Ignacio tan fuerte, tan animoso y tan ágil. Arrastra la pierna como si fuera algo demasiado obvio

para darle importancia y asombra a los demás peregrinos por la resistencia que demuestra, hasta el punto de que, aun cuando el franciscano que dirige la expedición señala los lugares de descanso cada hora, o cada hora y media, Ignacio permanece en pie ansioso y vigilante, con ciertos gestos de impaciencia, como si las paradas fueran a ser un impedimento que les obstaculizara llegar a su destino.

Entran en Jerusalén muy de mañana y a Ignacio le causa una enorme sorpresa la arquitectura de los mamelucos, que es predominante en la ciudad. Esperaba encontrarse otro tipo de edificios, otra clase de ornamentos, pero no esta hegemonía de la estética musulmana que le produce un cierto desencanto.

Todo ello se ve compensado porque el convento está situado en el Cenáculo, y olvidada la primera sorpresa, comienza a sentir la emoción de pisar los lugares en los que estuvo Jesús.

Durante un mes de estancia va a Belén, a Betania y a Jericó. Se queda dos días a la orilla del Jordán y se mete vestido en sus aguas por dos veces. El río es tal como se lo imaginaba, aunque las orillas son más áridas de lo que había conjeturado. El fuerte sol de septiembre y los intensos sentimientos que lo inundan le producen mareos y, en ocasiones, cree que se le aparece la Virgen. Decide quedarse con los franciscanos y, a la vuelta, se lo comunica a uno de los frailes.

No obstante, por la noche y pese a la rigurosa prohibición de abandonar el convento, porque la ciudad está controlada por las tropas de Solimán, Ignacio se escabulle con el objeto de descubrir por sí mismo el Gólgota.

Hay patrullas turcas de las que tiene que esconderse y, una vez pasada la basílica del Santo Sepulcro, pretende salir de las murallas de la ciudad, pero la vigilancia es estrecha y decide volver a intentarlo la noche siguiente.

Al regreso al convento, el fraile portero se enfada muchísimo al comprobar que Ignacio se ha escapado, y le dice que lo pondrá en conocimiento del guardián de la casa.

Ignacio acude a la entrevista confiado en que su petición para quedarse en Tierra Santa será atendida, pero se encuentra con un guardián de gesto adusto que le increpa por incumplir la norma.

Se trata de un franciscano de más edad que él, de estatura semejante y de rostro redondo como una luna:

—Habéis cometido una terrible falta y habéis puesto en peligro vuestra vida.

—Mi vida está en manos del Señor —justifica Ignacio.

—Y la mía también, por supuesto. Por eso mismo, porque nos es dada la vida, tenemos la obligación de conservarla. Pero es que habéis puesto en peligro la de otros desconocidos cristianos, porque los infieles puede que no se hubieran limitado a arrebatárosla por el simple objeto de robar lo que llevarais encima, sino que os podrían haber secuestrado. Y, tras el secuestro, viene la petición del rescate. Y eso significa entrevistas, y colectas para salvar la existencia de un imprudente, como hubiera sido el caso, y el riesgo de que los entrevistadores, a su vez, sean

secuestrados, que no es la primera vez que pasa, porque los infieles son capaces de eso y de muchas más acciones criminales. ¿Lo entendéis?

Íñigo comprende lo que dice el guardián de la misma manera que entiende a su corazón, y sabe que no podía hacer otra cosa que lo que hizo, y aunque es consciente de que no hizo bien, tampoco está convencido de que obrara demasiado mal.

—Hermano, os pido disculpas y comprendo que fui un imprudente.

—Un imprudente y un temerario —subraya el guardián, que parece pertenecer al género de los que gustan de apurar las culpabilidades al máximo—. Nosotros estamos en precario. Cualquiera día, Solimán nos enviará un mensajero con la orden de expulsión y no tendremos otra alternativa que la de obedecer. Hay pactos firmados, pero el mejor pacto es no molestar al más fuerte, y el más fuerte es el turco. Si además de ese problema permanente debemos ocuparnos de conflictos provocados por los peregrinos, convendréis conmigo en que es muy difícil atender a nuestros asuntos espirituales, y no podemos concentrarnos en la oración ni garantizar el privilegio de visitar los Santos Lugares.

—Tenéis razón —reconoce Ignacio—, y solicito vuestro perdón.

—Lo tenéis concedido —dice con rapidez el guardián.

—Amén de ello, quisiera otra concesión.

—¿Cuál? —quiere saber.

—Quedarme con vosotros, aunque sea como hermano menor. Es mi mayor deseo consagrar mi vida a Jesús, y creo que hacerlo donde él vivió sería lo más conveniente.

El guardián lo observa con más atención. Está acostumbrado a tratar con santos y locos, extravagantes y místicos que acuden a Tierra Santa por muy diferentes motivos. Es difícil distinguirlos. A veces, el de apariencia ridícula puede ser un varón repleto de virtudes, mientras que el de aspecto sensato puede disimular un perturbado de reacciones impredecibles.

Hay algo en el peticionario que inspira confianza. Su manera de hablar y de comportarse es cortés y desenvuelta. No posee esa altanería de la que parece que les sea imposible desprenderse a muchos caballeros que llegan hasta allí cumpliendo con una promesa o un voto, pero, a pesar de la pobre forma de vestir, hay un innegable señorío en su manera de expresarse. Sin embargo, la desobediencia le obliga a recelar. Una de las primeras y casi única advertencia que se hace a todos los peregrinos y que se repite con insistencia machacona es la de no abandonar el convento en las horas establecidas. Los propios franciscanos han de recurrir a los mercedarios para poder establecer los términos y cuantías de los rescates, y todo ello es fuente de molestas y peligrosas gestiones que interfieren en la marcha normal del convento.

El guardián no busca explicaciones amables, y de una manera clara y rotunda sanciona:

—Lo siento, pero no es costumbre admitir a nadie que no proceda de la orden. Volved a vuestra España, ingresad en un convento, haced los votos y, si el provincial

accede a enviaros aquí, seréis bien recibido.

Iñigo se siente afectado por una negativa que no se esperaba. Aun así intenta apurar sus posibilidades:

—¿Hasta cuándo podré quedarme? El guardián ya no tiene dudas y comienza a sentir temor de la personalidad del peregrino, por lo que le anuncia sin ninguna deferencia ni atisbo benevolente:

—Hasta esta noche. Tendréis que salir del convento mañana en la mañana.

Se siente defraudado y hundido. Todos los sacrificios, todas las caminatas, todos los apuros y peligros pasados merecían la pena por llegar a Jerusalén, pero le parece insólito que, al poco de llegar, haya de marcharse.

—He hecho un largo camino hasta aquí, hermano, y me parece cruel la forma que tenéis de despacharme.

El guardián se reafirma en su decisión, porque no está acostumbrado a la insistencia, y replica:

—Todos los peregrinos hacen un largo camino, y todos retornan. ¿Por qué pretendéis ser la excepción?

—Porque siento en mi interior que éste es mi destino, y porque desde que abandoné el pecado algo me impulsó a llegar hasta aquí.

—¿Nunca se equivocan vuestras emociones interiores?

—Creo que nunca.

—Entonces —y en la boca del guardián comienza a esbozarse el prolegómeno de un sonrisa—, cuando desobedecisteis las reglas de no abandonar el convento en las horas nocturnas, ¿estabais obedeciendo a vuestros pálpitos?

—Ya os he pedido perdón.

—Y os lo he concedido, pero me refiero a si esa desobediencia fue por obedecer a vuestras emociones. ¿Fue por obedecerlas?

Ignacio conoce la derrota dialéctica, y un último vestigio de orgullo le impele a hacer una reverencia y salir para preparar sus pobres cosas para la partida. Si dice que sí, el franciscano le argumentará que sus avisos interiores no siempre aciertan. Y si dice que no, le recomendará que haga lo mismo que la noche anterior. No quiere discutir.

Se une a dos peregrinos franceses y otro español. Comentan el motivo del viaje: promesas por la salvación de la vida de un familiar, búsqueda de la fe, reafirmación de la misma, cumplimiento de un deseo, pero Ignacio apenas escucha. Hasta aquel momento todos sus actos tenían un sentido y una intención, pero ahora se encuentra desconcertado. Volver a Barcelona está bien, pero volver a la cueva de Manresa no le parece una idea apropiada. La extensión de la gloria de Jesús no se puede llevar a cabo en una cueva ni él es una araña que aguarde la llegada de la mosca, aunque en este caso no tenga como objeto su destrucción, sino su instrucción en la fe cristiana.

Y de la misma manera que a la ida encontró dificultades en Chipre, las mismas dificultades se vuelven a repetir en el regreso. Los dos peregrinos franceses y el

español intentan ayudarlo, pero ellos tienen el dinero justo para el pasaje.

—Dejadle embarcar. Es un santo —intenta convencer al conrtramaestre. el conrtramaestre, enjuto y fuerte, con una cicatriz que le cruza la mejilla izquierda, seguramente huella de alguna navaja con la que se cruzó en una reyerta, aconseja:

—Pues si es un santo que ande sobre las aguas como hizo Jesús en el lago Tiberiades. O como Santiago aquí, en el Mediterráneo.

La forma insolente de referirse a Jesús indigna a Ignacio, quien dice fríamente:

—No toméis en vano el nombre del Hijo de Dios.

Apenas ha levantado la voz, pero la mirada se clava con dureza en el conrtramaestre que nota, a su pesar, una cierta incomodidad. No es la primera vez que un peregrino o un vagabundo han atacado a un marinero. En esos hatos que llevan a la espalda cualquiera puede esconder un cuchillo o una daga. Además, no le gustan los españoles. Se los encuentra en todas partes, y en todas partes mandan sobre el territorio.

—Id en paz —recomienda el conrtramaestre.

Y comienza, de nuevo, la búsqueda de un barco que le quiera llevar hasta Venecia.

Consigue tomar tierra en la capital de la República a mediados de enero de 1524. Las cartas de recomendación para el agustino que, a la ida, no pudo localizar, han sido entregadas en esta ocasión, y ello le ha permitido conocer a Erasmo de Rotterdam.

—¿Qué planes tenéis? —le pregunta el fraile mientras atraviesan la zona porticada del lado del campanile.

—Volveré a Barcelona. Y la próxima vez que me encuentre con el caballero... ¿Cómo se llamaba?

—Erasmo de Rotterdam.

—La próxima vez hablaré latín.

Y como si hubiera hallado la misión a corto plazo, o ésta se hubiera desdibujado y lo hubiera sumido en la confusión, vuelve a decir:

—He de estudiar latín.

IV

Le da clases de latín, en Barcelona, un sacerdote bastante mayor que él llamado Anselmo o padre Anselmo. En la ciase, una habitación propiedad del padre de un alumno grueso, de labios delgados, están media docena de chiquillos y él.

El contacto con el padre Anselmo se lo ha proporcionado una señora de Manresa y acude a entrevistarse con él sin saber si le va a pedir dinero.

—La señora Isabel Roser me ha hablado de vos en muy buenos términos.

—Tendré que pedir limosna para pagaros.

—No, no, doña Isabel me ha dado dinero por adelantado y podéis acudir a las clases mañana mismo. Pero hay un problema.

—¿Cuál es? —pregunta Ignacio inquieto y desconfiado.

—Que los otros alumnos —responde el padre Anselmo— son unos chiquillos, entre doce y catorce años, y les va a chocar estar sentados con un adulto.

—No importa. A mí, al menos, no me importa, pero he de estudiar latín —recuerda su propósito como si fuera una consigna.

El padre Anselmo observa a Ignacio con cierta intriga. No es frecuente que los peregrinos se conviertan en alumnos, de la misma manera que tampoco es frecuente que los frailes y aspirantes al sacerdocio no sepan latín.

—No, si no temo por vos —intenta explicar el padre Anselmo, ante la ingenuidad de su interlocutor—, temo por mis alumnos. No están acostumbrados a sentir la presencia de personas mayores, y puede que esto les perturbe.

—¿No queréis darme clase? —indaga Ignacio con un tono desilusionado, como si sus peores sospechas se hubieran cumplido.

—No, no —ataja el padre Anselmo—, me refiero a que no va a ser sencillo para mis alumnos habituales, y que tampoco va a ser sencillo para vos.

—No os preocupéis por mí. Desde que decidí servir a Jesús ya estoy acostumbrado a que las burlas y las humillaciones formen parte de mis relaciones con la sociedad. No me ofenden. Ni quiebran mi ánimo.

El padre Anselmo, un poco ofendido, como si el futuro alumno pusiera en sospecha su autoridad de pedagogo, le informa con resoluta entereza:

—Nunca he consentido ni burlas ni relajaciones en mis clases, ni las admitiré, de eso estad seguro. Pero no puedo controlar miradas y gestos, ni garantizar actitudes que pudieran herir a persona susceptible.

—Dejé la susceptibilidad cuando dejé las armas —le tranquiliza Ignacio—. Así que no alberguéis temor respecto a mi persona y, si en mi mano está, más allá de la ciencia del latín, estoy a vuestras órdenes.

Las clases se dan en el último piso de una casa de dos plantas, sita a dos

manzanas de la catedral. Cuando muy de mañana Ignacio pasa por las cercanías de la catedral camino de clase, descubre que el cimborrio y la fachada están sin concluir, a pesar de que hace relativamente poco el Emperador celebró allí la asamblea de la Orden del Toisón de Oro. Dicen que en el coro pueden verse las armas de los caballeros que concurrieron a la asamblea, pero Ignacio ha entrado sólo a rezar y a pedir ánimos para esta etapa de estudio y aprendizaje.

Las advertencias del padre Anselmo no eran pesimistas, porque cuando llega al cuarto donde se imparte la clase, y la media docena de chiquillos y adolescentes le analiza con desconfianza, basta que declare con excesiva inocencia que él va a ser un alumno más para que la distancia recelosa se transforme en peligrosa camaradería.

En el punto en que la confianza está a punto de traspasar la tenue línea que la separa de la descortesía, llega el padre Anselmo y cada uno se sienta en el banco y finge una concentración tan profunda que no es necesario ser en demasía perspicaz para colegir que es falsa.

El padre Anselmo se ve en la obligación de informar sobre el nuevo alumno, y lo hace de manera lo suficientemente hábil para que no genere falta de respeto:

—Hoy nos es grato recibir en esta aula a un nuevo alumno. Ha llegado de Tierra Santa, de Jerusalén. Ha atravesado muchas tierras y muchos peligros para estar en los lugares en los que vivió Jesús. Yo lo envidio, porque no he sido capaz de hacer ese viaje, y espero que esa admiración sea compartida por todos vosotros al recibir al hermano Ignacio.

La observación del padre Anselmo es muy inteligente y no cae en saco roto. Quienes, antes de la clase, se encontraban al borde de la insolencia, comprenden que no han calibrado la personalidad del nuevo alumno, y nace un deseo si no de arrepentimiento al menos de restañar esa primera impresión con la que los mismos inductores ya no están de acuerdo.

Pero eso será después, porque el padre Anselmo ha abierto las tapas de un viejo libro y ha comenzado a recitar, a manera de dictado:

—*Cum esset Caesar in citeriore Gallia (in hibernis), ita uti supra demonstravimus, crebri ad eum rumores adferebantur...*

A medida que el padre Anselmo lee, los demás escriben untando las plumas de cálamo cortado al bies en unos tinteros que hay distribuidos cada tres o cuatro alumnos.

Ignacio observa la rapidez con que estos chiquillos escriben lo que oyen leer, y él no se atreve, porque a pesar de los días pasados en Venecia, donde el latín ha sido el idioma más escuchado por sus oídos, no acaba de acostumbrarse al sonido, sobre todo para tener la soltura de traducir el lenguaje oral a lenguaje escrito.

Al término de la clase, el padre Anselmo le pide que le acompañe y andan por las callejas cercanas a la catedral, camino del convento dominico de Santa Catalina. Este centro, junto con las Escuelas Mayores, sería la semilla para fundar el Estudio General de Barcelona, que daría paso a la universidad.

El padre Anselmo le invita a comer por dos motivos: porque el personaje le suscita interés y porque se nota enseguida que no come a menudo.

Una vez sentados en el refectorio, en unos bancos frente a mesas alargadas en las que caben docena y media de monjes, quedan en silencio y escuchan al lector, que hoy, mientras toman la sopa de nabos, les habla de un pasaje de la vida de san Raimundo de Peñafort, precisamente la que narra cómo viajó de Mallorca a Barcelona sobre su capa, en nueve horas, por no querer el rey Jaime de Aragón darle una barca.

—Es fascinante —le comenta Ignacio al vecino de mesa que está a su siniestra.

El monje asiente y no dice nada.

Al padre Anselmo, que está a su diestra, le parece su deber advertir:

—Es fascinante, pero no hay que dejarse fascinar.

—El poder de Jesús es prodigioso —insiste Ignacio.

—En efecto, pero sólo lo ejerce con los grandes y santos varones virtuosos como el hermano Raimundo. A los demás mortales nos deja sometidos a las leyes de la naturaleza que él mismo ha dado, y por ello no es temeridad, sino herejía, intentar navegar sobre una capa.

Ignacio se queda un momento pensativo y pregunta con cierta sospecha:

—¿No creéis en el milagro de Raimundo de Peñafort?

—Naturalmente que creo —se apresura a desdibujar cualquier duda que hayan podido suscitar sus palabras—, pero también considero peligroso que se crea que las leyes naturales, que son las que ha puesto Dios, puedan ser transgredidas por capricho, o por la blasfema creencia de creer que Dios nos va a ayudar a volar por los aires o a no hundirnos en el agua. A eso me refiero cuando digo que no hay que dejarse fascinar, porque podríamos caer en el pecado de la soberbia al creer que Dios va a derogar las mismas leyes que él ha creado, y, también, porque nos podríamos ahogar.

A Ignacio comienzan a seducirle las artes dialécticas, estos sinuosos caminos que ayudan a entender lo que parece difícil. Asiente a lo expuesto por el padre Anselmo y piensa que, además de latín, ha de estudiar filosofía.

—He de estudiar filosofía —le dice al padre Anselmo, como si éste aguardara alguna noticia de ese cariz.

El padre Anselmo afirma con la cabeza y decide abordar el asunto por el que también ha querido hablar con él.

Se levantan los monjes para la oración de gracias y el padre Anselmo retiene a Ignacio del brazo y le obliga a sentarse de nuevo, a pesar de que todos los comensales van saliendo del recinto. Queda el refectorio vacío y entran cuatro legos muy jóvenes, con unas grandes escobas y paños. Primero apartan los bancos de las mesas; luego pasan los paños para que restos y migas caigan al suelo, y por último barren.

Sentados en el mismo sitio en el que han comido, el padre Anselmo decide hablarle a Ignacio con claridad:

—El nivel de los alumnos es muy superior al vuestro. Sois inteligente y creo que, en tres meses, los habréis alcanzado, porque poseéis, amén de inteligencia, una admirable fuerza de voluntad. Pero ahora quebrantaríais el ritmo de la clase mezclado con los chicos. Os propongo adjudicaros tareas, y cada dos días podíamos reunirnos aquí mismo.

A Ignacio le preocupan más los fines que los medios, así que su curiosidad no tiene nada que ver con el procedimiento:

—¿Cuánto tardaré en poder hablar en latín?

—Conocer el latín es relativamente sencillo. Dominarlo como una lengua propia, lleva mucho tiempo. Al menos, cinco o seis años de estudios, y no poco intensos.

—¡Seis años! —exclama anonadado.

Y, tras hacer unas cuentas, llega a la desilusionada conclusión:

—¡Tardaré seis años en poder hablar en latín con Erasmo de Rotterdam!

—Es posible que, aunque dominéis la oratoria en latín, no podáis hablar con el señor Erasmo de Rotterdam en toda la vida.

—Hablé ya con él —confiesa Ignacio sin petulancia y sin desconfiar de la intención de la observación de su interlocutor—, pero nos tenía que traducir un monje agustino. Es muy molesto conversar así.

—¿Dónde hablasteis con el señor Erasmo? —inquire el padre Anselmo, entre desconfiado y sorprendido.

—En Venecia. Estaba corrigiendo las pruebas de su último libro.

—¿De qué libro se trataba?

—No sé. Refutaba unos discursos de un tal Uten o Juten o Hutten.

En la expresión del padre Anselmo nacen evidentes síntomas de satisfacción:

—¡Loado sea el cielo! Por fin van a poner en su sitio a ese bastardo de Ulrico...

Y ante la mirada algo extrañada de uno de los legos, que está barriendo junto a ellos, añade:

—... quería decir a ese... dejado de la mano de Dios.

Y retomando la sorpresa de lo que le ha contado Íñigo, le interroga sobre las circunstancias del encuentro, le requiere detalles del señor Erasmo y le reclama que memorice hasta el gesto más superfluo:

—Decidme, ¿es agradable? ¿O es altivo y soberbio?

—Me pareció persona sencilla, en ningún modo altanera, y dispuesta a ponerse a la altura de la compañía en la que se encuentre —resume Ignacio.

—¿Cómo fue que tuvisteis el honor de conversar con él?

Íñigo refiere sin ninguna importancia el lance, aunque le sorprende un tanto la mitomanía del padre Anselmo, porque desde que ha decidido poner todos sus afanes en la gloria de Jesús, su admiración por los seres humanos no efectúa distinciones y le parecen tan dignos los sabios como los torpes, aunque estos últimos le susciten el principio de una irritación que procura calmar en cuanto se despierta.

Aprende con rapidez, con mucha más rapidez de la que sospechaba el padre Anselmo, pero no le es ajeno lo que sucede a su alrededor.

Un día oye comentar a Isabel Roser, su protectora, o su madrina de estudios, que en un convento cercano al de Santa Ana impera la mala costumbre de que, por la noche, se abren las puertas y entran hombres, con el consiguiente escándalo en la vecindad y el menoscabo para los otros conventos.

Ignacio, que ha pasado por la prueba de Roma, donde toda inmoralidad tiene su asiento, no se escandaliza, mas ante la perturbación de su protectora promete intervenir.

De qué manera se valió para predicar a las internas sin estar ordenado ni tonsurado, sin ostentar ningún tipo de jerarquía eclesiástica, sin ninguna encomienda ni permiso es algo que pertenece a la facultad seductora de su personalidad, capaz de convencer a capitanes de barco o latinistas.

El caso es que, con la excusa de un inicio de ejercicios espirituales, las obliga a la reflexión y, durante tres jornadas, por la tarde, desde pasado el mediodía hasta las cinco, las invita a una introspección profunda sobre la existencia, y ante el planteamiento básico de las preguntas ¿de dónde venimos?, ¿adónde vamos? discurre en voz alta y obliga a meditar a sus oyentes.

El segundo día, al anochecer, las puertas no se abren. Unas sombras furtivas golpean con tenue insistencia, después con mayor vigor, hasta que una voz, al otro lado de la puerta, les explica que se vayan, que las puertas permanecerán cerradas porque un predicador ha venido a iluminar a las siervas, y las reglas primigenias volverán a ser respetadas.

Uno de los caballeros que aquella noche vieron frustrada su entrada, enamorado de una de las novicias, ordena hacer indagaciones porque sospecha que puede haber otro rival y que todo sean patrañas para mantenerle alejado. Con la ayuda de un criado y una bolsa para sobornos, logra captar mayor información. Es el criado que ha repartido las dádivas quien le proporciona los resultados de la pesquisa:

—Un predicador, de nombre Ignacio, ha revolucionado a la comunidad. Parece que es hombre de mucha virtud, que ha estado en los Santos Lugares, y que les ha producido tales emociones que las hay que no paran de llorar, otras que se muestran igualmente entristecidas y muchas que se someten a penitencias crueles y dolorosas.

—Habría que mandarle aviso para que regrese con su virtud a los Santos Lugares, que en Barcelona no es necesaria su presencia —comenta el contrariado caballero.

Alojado de caridad en casa de una familia que le ha ofrecido un digno aposento, pero que él ha preferido cambiar por un cuarto en el que duerme con los otros criados, y concentrado en sus estudios de latín, no sale mucho, y menos por las noches, donde la oscuridad de las calles hace necesario caminar con un farol o un candil protegido.

Pero algunas tardes de primavera, cuando los menestrales ya se han ido y quedan sólo los restos de su actividad —granos y hojas machacadas, trozos de tela e hilos, virutas y retazos de lezna y cuero—, le gusta darse una vuelta por los aledaños a la plaza de la catedral.

Y en una de esas tardes, solo, sumido en sus pensamientos, conjugando verbos latinos y proyectos, una cuadrilla le sale al paso, y él sonríe porque piensa que son viajeros que se han perdido o marinos que van camino de las atarazanas.

Se extraña un poco de que le rodeen y no le digan nada, pero cuando recibe la primera puñada, que le tira al suelo, cree que son ladrones y advierte:

—Soy pobre. No llevo dinero, ni siquiera mis pobres ropas os sirven.

Pero nadie le registra y todos le pegan. Como está en el suelo le muelen a patadas, y gastan botas de cuero, muy duras para sus magras carnes. El castigo es tan inopinado como severo, y aunque en un momento parece renacer el guerrero que quedó abandonado hace ya bastante tiempo, guarda sus ímpetus y procura encogerse y protegerse la cabeza con las manos para que las partes más débiles y vitales queden menos expuestas. Hay un instante en que teme que acaben con su vida, y piensa, en medio de la lluvia de golpes, si su deber es soportar el martirio o huir para continuar con sus proyectos, pero hasta la huida se hace imposible debido a lo maltrecho que se encuentra.

Menos mal que oye una voz, algo alejada de los que le rodean, que dice con autoridad:

—¡Basta!

Y cesan las patadas, y se detienen los golpes, y la carne deja de recibir el castigo. Pero parece que no todo ha terminado, porque una bota se apoya en los nudillos con los que se protege la cabeza:

—Volved a los Santos Lugares y dejad de entrometeros en la vida de los conventos. No os necesitamos aquí. Si no os alejáis de Barcelona, la próxima vez no os podréis levantar ya nunca más del suelo.

Se marchan y se queda tan dolorido como anonadado. ¿Venganza y furia por sus prédicas en el convento? Casi no puede moverse, pero le sirve de bálsamo comprobar que las monjas han reflexionado tal como esperaba. No es la pócima de Urganda, pero consuela el pensarlo, aunque tiene molido el cuerpo y la sangre le llega hasta la boca sin saber si entra o sale, o ambas cosas a la vez.

La tremenda paliza le tiene postrado en cama dos días, al cabo de los cuales, con evidentes magulladuras en el rostro, se presenta ante el padre Anselmo.

—¿Os habéis caído?

—Mucho mejor, porque entonces habría de achacar esto a mi torpeza.

Y le refiere el suceso al padre Anselmo, que es partidario de dar cuenta a las autoridades y al obispo, pero Ignacio le disuade e incluso hace bromas sobre su estado:

—Creo que me propinaron las patadas de tal manera que me parece que cojeo

menos. Desde luego era muy difícil que me estropearan más las piernas. ¿He mejorado algo?

Y hace una exhibición para provocar la sonrisa del padre Anselmo, pero a éste le preocupa el suceso e insiste en la necesidad de poner el asunto al menos en conocimiento del obispado.

—No debéis hacer nada, porque habrá que contar los motivos y entonces descubriremos una falta que ya no es. Incluso yo quedaré desautorizado por haberme introducido en el convento. Dejadlo estar.

—¿Y no tenéis miedo?

—Somos hombres de fe. Lo único que puede suceder es la muerte, y eso no es un castigo sino un premio, de acuerdo con nuestras creencias.

El padre Anselmo se le queda mirando por si el exhorto a las creencias forma parte también de la broma, pero su expresión está seria y afectuosa.

Continúa la vida en Barcelona sin grandes altibajos, y, al cabo de unos meses, el padre Anselmo le confiesa que ya no tiene mucho más que enseñarle:

—Si queréis dominar el latín, deberéis insistir en ampliar el vocabulario, pero creo que os he enseñado lo que sabía y que, a partir de este punto, no vamos a avanzar mucho más.

—Si hubiera aquí universidad, me quedaría. Es una ciudad agradable y las gentes son sencillas y acogedoras. Pero he de adquirir conocimientos si de verdad quiero servir a Jesús.

—¿Y adónde tenéis proyectado acudir?

—Creo que a Alcalá de Henares. Aunque sólo sea en consideración al cardenal Cisneros.

—El cardenal no va a enterarse. Murió hace unos años.

—Lo sé, lo sé —corroboraba Ignacio—, pero siempre me trató con gran consideración, aunque en una etapa de mi vida en la que yo me hallaba muy alejado de Dios.

El padre Anselmo, que no tiene otras referencias de la vida de este peregrino que las que él se permite contar de sí mismo, muy de tarde en tarde y sin demasiados detalles, inquiera curioso e inseguro:

—¿Conocisteis al cardenal Cisneros?

—Sí, le conocí en unos años que quiero olvidar.

—¿Era muy arrogante?

—En las audiencias emanaba gran autoridad, pero no por soberbia suya, sino más bien creo que por fidelidad al papel que le tocaba representar y que fue el de regente del reino de Castilla en más de una ocasión. En el trato de la corte, fuera del protocolo, era persona llana y sencilla, pero siempre demasiado ocupado en numerosos asuntos, no sé si incapaz de quedarse mucho tiempo en un lugar o bien necesitado de acción.

Y, rememorando, lo cual en Ignacio era inusual, prosigue:

—Como os he dicho, yo era una persona muy joven y atolondrada y apenas me daba cuenta de lo que sucedía a mi alrededor, y si me daba cuenta, seguro que no acertaba a interpretarlo de manera atinada. Pero con el paso del tiempo me parece que, pese a esa apariencia enfática que el poder lleva consigo, y el cardenal tenía mucho poder, había en el fondo un poso del franciscano que fue.

—Es cierto —recuerda el padre Anselmo—, se dice que estuvo en el convento de Salceda más de siete años y que de allí lo sacó la reina Isabel para que fuera su confesor.

—Cuando murió la reina Isabel yo era un simple paje, y en las reuniones importantes no estaba presente. Pero algunas veces, por la confianza de mi tutor, entraba agua o atizaba los braseros, porque no querían que ningún criado les interrumpiera.

—¿Quién era vuestro tutor?

—Juan de Velázquez.

—Nunca me lo habíais dicho.

—Nunca me lo habíais preguntado —explica Ignacio con sencillez casi, casi, franciscana.

Y prosigue:

—Ni prestaba oídos a lo que se decía, ni me interesaba, ni por discreción repetiría algo que recordara, pero sí tengo memoria de su convicción, de su juicio razonado, de la ponderación y del silencio que se hacía cuando el cardenal hablaba.

El padre Anselmo se encuentra un poco desconcertado. Este hombre cojo y de apariencia débil que no puede costearse unas clases de latín, lo mismo va a los Santos Lugares, que habla con Erasmo, que ha pasado parte de su juventud cerca del cardenal Cisneros.

—¿Y cómo vais a viajar hasta Alcalá?

—Andando. Corriendo no puedo —vuelve a bromear sobre sí mismo—, pero llegaré andando.

—¿Os puedo ayudar en algo?

—Rezad por mí para que pueda alcanzar mi destino, si es el designio de Dios.

Y el padre Anselmo, con una mezcla de respeto y extrañeza, de afecto y de vacío porque intuye que no van a verse más le desea:

—Que tengáis buen viaje.

V

—Que tengáis buen viaje —le desea Luis Vives, haciendo un gesto con la mano y sin levantarse del sillón de alto respaldo.

Ignacio da media vuelta y se tropieza con la sonrisa tímida de su esposa, María Valldaura, valenciana como Vives, que aparece para acompañarle, e Ignacio tiene el palpito de que ha estado a la puerta no escuchando, sino presta a oír el final de la entrevista para ejercer su cometido de anfitriona subalterna.

Ignacio sale del encuentro con cierta desazón. Posiblemente sea culpa suya no haber logrado un ambiente más cordial, o puede que no haya acertado en plantearle al filósofo las cuestiones que le preocupan con mayor lucidez. Ignacio, en principio, se achaca los desaciertos a sí mismo. Y es por eso que, al salir de la casa de Luis Vives, intenta dilucidar dónde ha pecado de error, en qué ha estado equivocado.

Luis Vives no se encuentra en su mejor momento. Como les ocurre a la mayoría de los filósofos y artistas, está preocupado por el dinero. También es la búsqueda de dinero la que ha impulsado a Ignacio a viajar hasta Brugge, o Brujas, como la llaman todos los españoles para evitarse los problemas de pronunciación, cambiando el originario nombre de «ciudad de los puentes» por el de «ciudad de las hechiceras».

En cualquier caso, una ciudad donde los ducados y las coronas todavía se amontonan y cambian de manos, y corren por todas partes como si hubiera un manantial de oro en algún sitio. Y lo hay: es la actividad portuaria, a pesar de que los aluviones y los sedimentos están entorpeciendo la navegación por el canal hasta el mar del Norte, y eso que Felipe el Hermoso mandó dragar el estuario del Zwyn. Y aun con ello, y contando con que Gante y Amberes aprovechan esa debilidad para incrementar su actividad mercantil, Brujas sigue siendo una de las ciudades más ricas de Europa y, desde luego, la más importante del centro del continente.

Ha ido a ver a Luis Vives con el objeto de que le recomendara a algunos hombres de negocios para conseguir limosnas con destino a su formación y a la de otros estudiantes que se han quedado en la Sorbona, y el filósofo se ha mostrado, primero, desconfiado al saber sus inquietudes religiosas y su procedencia española, y, segundo, ya más tranquilo y apaciguado, ha caído en el desahogo de mencionarle sus propios problemas desde que Enrique VIII y Catalina de Aragón se enfadaron con él.

—Gracias a la reina Catalina —le ha confesado a Ignacio— me concedieron una licencia para importar vino y lana a Inglaterra, y eso me permitió dar mis clases y estudiar. Pero ya sabéis que, tras los sucesos con el intento de divorcio de Enrique VIII y por querer mantener una actitud equidistante, es el caso que he perdido el favor del rey Enrique y también de la reina Catalina, que se enojó mucho porque le aconsejé

que aceptara el divorcio, ya que no veo caso de poderse arreglar semejante entuerto. Ni siquiera ha querido que siguiera yendo a dar clases a su hija, María Tudor, y lo que más me duele es que creo que tengo razón. El Rey está empeñado en casarse con Ana Bolena, y yo, que le conozco, estoy convencido de que sacaré adelante su propósito. Ni siquiera mi amigo Tomás Moro podrá disuadirle.

—He leído *Utopía* —dice Ignacio satisfecho de que sus antiguas vacuidades vayan llenándose, poco a poco, de conocimientos.

—Le gustaba mucho a Erasmo —comenta Vives, en un intento de apartarse de una obra en la que todo lo que se aleja del razonamiento se le antoja sospechoso—, pero a mí, como escolástico, me gusta más su *Responsio ad Lutherum*.

Calla Ignacio, porque no conoce el dialéctico desmontaje de Moro sobre los argumentos de Lutero para la Reforma, y continúa Vives.

—A veces temo por Moro.

Y lo dice con cierto miedo, como si alguien pudiera estar escuchando.

Ignacio, que es muy perspicaz y conoce alguno de los avatares de la vida de Luis Vives, percibe en él claros síntomas de medrosía. Puede que por eso no haya regresado nunca a Castilla, ni a Aragón, y, como todos los aquejados de temor, existen fundamentos.

Al fin y al cabo procede de una familia judía en la que, descubierta por seguir asistiendo a una sinagoga clandestina tras haberse declarado cristianos, el padre fue condenado a la hoguera por el Santo Oficio. Durante el proceso es precisamente su padre el que le ordena que abandone la Universidad de Valencia y se marche a la Sorbona, adonde acuden numerosos estudiantes aragoneses, e incluso hay también bastantes profesores de la misma procedencia.

Es, en la Sorbona donde se entera de que su padre ha muerto abrasado en la hoguera, y piensa que su padre le ha salvado la vida antes de morir porque, quizá, de haberse quedado en Valencia, podría haber corrido la misma suerte.

El suceso le sumió en un desánimo hondo y profundo, y cuando, ya convertido en doctor, la Universidad de Alcalá de Henares le ofreció una plaza de profesor, no quiso regresar por temor a verse envuelto en un proceso semejante al de su padre. Incluso en Brujas ha sentido, en ocasiones, la percepción de estar vigilado, y no es una manía, porque sabe con certeza que sus cartas al papa Clemente VII, intentando mediar en la situación de Catalina de Aragón, han sido interceptadas por el cardenal Wosley, que es su gran mentor. Si el propio cardenal, a quien tanto debe, le vigila y obstaculiza su correspondencia, ¿qué no harían con él los del Santo Oficio?

—¿Creéis que será capaz de... ejecutarlo?

—¿A Tomás Moro? Sí, sin duda. Ni Moro se va a doblegar ni el Rey va a admitir la censura de alguien que ha sido su mejor amigo. Precisamente por ello. No lo ha encerrado en la cárcel para darle un escarmiento, lo ha encerrado en la cárcel para evitar que pueda influir en su nuevo matrimonio. Y no dudará en decirle al verdugo que le corte la cabeza.

—Tomás Moro es una persona admirada y respetada en toda Europa. Incluso por Erasmo —arguye Ignacio, en la creencia de que eso frenará los impulsos del rey de Inglaterra.

—No conocéis a Enrique VIII —aclara Vives, que ha estado en la corte de Inglaterra—. Es un apasionado de las artes y un amigo generoso. Pero como enemigo carece de compasión. Y le sobra tanta crueldad como carencia tiene de misericordia.

A medida que avanza la conversación, Luis Vives parece más cercano, pero cuando Ignacio vuelve a plantear el motivo de su viaje y la posibilidad de que el filósofo le señale a algunos hombres de negocios de Brujas capaces de ayudarlo económicamente, el filósofo se escabulle y le habla de su nueva obra, que precisamente se refiere a la pobreza y que ha titulado *Tratado del socorro de los pobres*:

—Las ayudas deben organizarse de una manera sistemática. La voluntariedad es arbitraria, y lo arbitrario lleva al caos.

—De una u otra manera —refuta Ignacio—, siempre dependerá de la voluntad del autor de la dádiva.

—Pero mucho menos si le llevamos al convencimiento de que la propiedad ha de cumplir una función social.

—¿Os habéis dejado ganar por los argumentos de Moro en *Utopía*? —pregunta Ignacio con asombro.

—No, no. Moro sueña con un mundo inexistente en el que la propiedad ha desaparecido. Yo no niego la propiedad, ni creo que pueda abolirse. De lo que estoy seguro es que hay que convencer a los propietarios de que su posesión debe ser transitiva y cumplir unos objetivos más allá de los de la mera posesión, porque la propiedad en sí misma resulta estéril.

—Y para que esa esterilidad fructifique, ¿no podríais recomendarme a algunos comerciantes que me puedan asistir?

—No conozco a tanta gente —se refugia Vives—, y mucho menos ricos, y con los pocos que trato me sucede que no tengo la confianza suficiente para hacer la gestión que me pedís.

—Entonces regresaré a París.

—De verdad que lamento no poderos ser de gran ayuda. Voy a dedicar al emperador Carlos un tratado que titularé *De concordia et discordia in humano genere*, y espero obtener de su generosidad una renta de seiscientos ducados anuales, con los que podría atender mis necesidades. Si ello fuera así, volvería a la Sorbona con objeto de reformar unos planes de estudio que están, a mi parecer, muy anticuados, no sé lo que opinaréis.

—Soy un modesto estudiante de la Sorbona, maestro —advierde Ignacio con discreción.

—Y es posible que entonces —prosigue Vives, como si no hubiera escuchado la observación— pueda serle de más utilidad que en la presente ocasión.

Y como si ya diera por zanjado el asunto, pregunta:

—¿Qué son esos ejercicios espirituales de los que he tenido noticias por terceros?

Ignacio oculta su desaliento y responde con cortesía, pero parte de su mente trabaja para encontrar nuevas vías que le permitan regresar con algún dinero. Tanto es así que, en esa ambivalencia y terminada su explicación, Luis Vives, que parece cansado o aburrido, o ambas cosas a la vez, le desea:

—Que tengáis buen viaje.

Y acompañado de Margarita Valldaura, que le guía hasta la puerta, sale a la calle por la que camina abstraído hasta que tuerce a la derecha y, de repente, se encuentra en la plaza del Mercado. Es un espacio que ya conoce, y le parece inmenso. Al fondo, la impresionante altura de Belfort, como si la torre vigilara todo lo que sucede en la ciudad. Le han dicho que tras subir los trescientos escalones, se observa un panorama magnífico, pero Ignacio tiene otros esfuerzos con los que bregar. Pasa por la fachada del Craenenburg, donde estuvo preso Maximiliano, el padre de Felipe el Hermoso, sumido en la búsqueda de soluciones para cumplir los objetivos del viaje.

Comienza a llover y la gente se apresura y se guarece en quicios y soportales. Ignacio no siente el agua, o no parece sentirla, y sigue caminando, como si temiera que al detenerse se fueran a estancar sus pensamientos.

Hace tiempo que le ronda la idea de que Dios precisa de más soldados. Y que los soldados necesitan organizarse. En compañías. Y las compañías forman ejércitos. Y los ejércitos conquistan tierras. Lo ha vivido. Lo ha experimentado. Pero este ejército en el que piensa no va a dominar tierras ni a causar daño. Conquistará las almas, y cada alma que conquiste será un soldado nuevo que se añadirá al ejército, de tal manera que, en lugar de dejar tras de sí, como sucede con los ejércitos dominadores, rencores y deseos de venganza, incorporará un nuevo y entusiasta soldado. La progresión aritmética que él imagina le parece tan sencilla que casi le dan ganas de reír de satisfacción, y hasta se le antoja ridículo que fórmula tan asequible no se le hubiera ocurrido antes.

La lluvia no cesa, pero él no se entera. Cuando levanta la vista nota que la plaza ha cambiado de perspectiva, y en efecto así es, porque andando, andando ha desembocado sin darse cuenta en la plaza de Burg.

Aquí hay menos gente y la lluvia se ha vuelto suave y cortés, como si pidiera permiso para posarse sobre las piedras sillares, y su mirada se alegra cuando tropieza con la impresionante fachada del ayuntamiento, pero no porque el estilo gótico le conmueva de manera especial ni porque los largos parteluces de los enormes ventanales que culminan con las artísticas ojivas le conmuevan, sino porque todavía le queda un recurso: lleva una carta de recomendación para un importante funcionario español encargado de aduanas, y puede ser éste quien la vaya a prestar su influencia para poder gestionar las peticiones de dinero con menos incomodidad.

No es que Ignacio sea insensible a la belleza o que su mente se cierre a la armonía. Posiblemente en otras circunstancias admiraría este edificio en el que la

belleza se teje entre la pizarra y la piedra, el mármol y la policromía, pero hay otras preocupaciones en su mente, y la idea del ejército espiritual le excita de tal manera que la magnificencia de las agujas hexagonales que coronan el edificio, la gracilidad de éstas o el encaje de la crestería no cuentan entre sus ansiedades inmediatas.

Pasa casi un mes en Brujas. Conoce a impresores, fundidores, tejedores, nobles, contratadores y a un comerciante en tapices que, a la vez, es dibujante y propietario de una fábrica de paños y de una tintorería y que está casi a punto de dejar a la familia y marcharse con Ignacio a París, de no ser porque el propio Ignacio lo disuade. Hay un banquero que le escucha con atención y excusa su ayuda, y un arreglador de cargas que parece que no atiende a lo que le explica, pero que le proporciona diez ducados de oro.

Al cabo de más de tres semanas decide regresar a París. Duda en pasar por la casa de Luis Vives y, al final, decide acudir a despedirse por un principio de cortesía. Le abre una criada muy gruesa que avisa a la señora. Al poco sale Margarita con su habitual cara asustada, diciendo que su esposo no está. Ignacio sospecha que no quiere ser molestado, y ni insiste ni se siente por ello menospreciado. Está contento porque ha logrado dinero para proseguir sus estudios y para ayudar a otros a que los inicien.

Le hablan de volver a Francia por barco, pero prefiere regresar a pie. Tiene experiencia, y sus maltrechas piernas parece que se están acostumbrando a los largos recorridos. En poco más de dos semanas se planta en Lille, donde escucha hablar castellano en muchos lugares, y sin apenas darse cuenta llega a París.

Casi ha sido un paseo comparado con otros viajes, como el de Barcelona a Alcalá de Henares, realizado unos años antes.

VI

Tardó cuatro meses en llegar desde Barcelona hasta Alcalá de Henares. Pasó hambre. Hambre severa, hambre de las que llevan a extraer raíces de los ribazos y a mascar hierba por llevar algo a la boca. Hambre de rigor, perdido en serranías por donde ni transitaban pastores, ni los tortuosos caminos eran recorridos por nadie ni se veía casa o hacienda en muchos kilómetros a la redonda. Llegó a Alcalá lleno de latines y vacío de alimentos y mendigó para poder sostenerse, y acudió a la universidad, donde, a pesar de sentir rechazo por su pasado, hubo de aportar cartas y documentos que daban pruebas de quién era para poder ser admitido. Como los trámites eran largos y las comprobaciones lentas, decidió colarse en las clases, sin más.

Entre la *Física* de Alberto el Magno y la *Lógica* de Aristóteles había tiempo suficiente para tomar contacto con los otros estudiantes, y no se sabe si era mayor su seducción que su apasionamiento, porque aquel personaje que vestía como un mendigo, andaba con dificultad debido a la cojera y tenía una edad bastante superior a la de los otros bachilleres, parecía poco probable que pudiera hacerse escuchar. No sólo eso, sino que, muy pronto, cuatro estudiantes, Calixto, Juan, Lope y el francés Juan de Reynalde lo convirtieron en su maestro y, sin necesidad de reglamentos ni declaraciones, en su director espiritual.

Moraba Ignacio en el hospitalillo, una antigua residencia de don Luis de Antezana y doña Isabel de Guzmán, que en su testamento cedieron parte de su fortuna para que la casa se convirtiera en morada de atención de los enfermos en nombre de Nuestra Señora de la Misericordia. Pero como sólo cabían doce enfermos, todo el mundo le llamaba el Hospitalillo.

Ignacio no estaba enfermo, pero llamó la atención del clérigo que regía el establecimiento en nombre de la cofradía de caballeros que administraba el hospital. Este clérigo, junto a otros, se había reído de Ignacio y sus compañeros porque habían resuelto vestir sayales hasta los pies, y cuando iban juntos parecían un quinteto extravagante, como si hicieran burla de los hábitos ortodoxos. Pero sucedió que un hombre muy rijoso y hasta blasfemo, que vivía cerca de la antigua casa de los Antezana y que hacía muecas y aspavientos cuando veía a un clérigo si éste no lo observaba, cambió de conducta y se le notaba discreto y recogido. El clérigo, que no quería preguntar directamente por si se trataba de una provocación o de una apuesta, se enteró por terceros que había sido el que parecía jefe de los extravagantes, el rengo y más mayor, el que había hablado con él y persuadido de que debía cambiar de vida. Y tan certeras, al parecer, habían sido sus palabras, y tan convincentes, que el hombre había modificado su conducta.

Un día el clérigo, al salir muy temprano del hospitalillo, se encontró a Ignacio en

la puerta del mismo, apoyado en el quicio, medio sentado y medio dormido.

—¿Estáis enfermo? —preguntó el clérigo.

—No, perdonad. Ha sido el cansancio y la fatiga. Ya me voy —dijo Ignacio, recuperando el estado de vigilia e incorporándose.

—¿Dónde vivís?

—Donde quiere el Señor.

—¿No tenéis casa?

—Sí, es la Tierra, la casa de todos.

El clérigo le hizo pasar, hablaron largo rato y le cedió una de las cámaras, que estaba vacía y que daba al patio interior castellano de doble crujía.

Claro que, a medida que aumentaba la fama de Ignacio y sus compañeros, comenzó a aumentar la preocupación de las autoridades, y el propio clérigo hubo de interrogar, muy a su pesar, sobre una mujer tapada que acudía a la cámara de Ignacio.

—Supongo que no estaréis incumpliendo el sexto mandamiento... —observó el clérigo, sin atreverse a preguntar de manera rotunda.

—No volveré a caer en tentaciones que amargaron la primera parte de mi vida.

La tal mujer, explicó, venía a pedir consejo porque era maltratada en su matrimonio y se hallaba desorientada, y había conseguido que desechara la idea de huir de la casa y abandonar a sus hijos, porque era hija de persona de bienes, que la recogería. También había logrado aconsejarla que no profesara en ningún convento, puesto que no iba a ir hacia allí por amor, sino por rechazo.

—¿Por qué viene tapada y entre dos luces y sólo se descubre tras atravesar el patio?

—Porque el marido es persona principal, de la nobleza urbana de Alcalá, y éstas son las horas en que puede salir de casa y no dar sospechas, porque dice que va a misa.

—Tened cuidado —recomendó el clérigo, porque aun sabiendo que lo que decía era verdad, las apariencias podrían hacer pensar otra cosa.

Pero Ignacio se aburría tanto en las clases como disfrutaba conociendo gentes, aconsejándolas y aun ayudándolas, porque incluso careciendo de lo más elemental siempre estaba dispuesto a correr con gestiones para paliar la mala suerte de los más necesitados.

Hablaba con todo el mundo, artesanos, pecheros, estudiantes, villanos o labriegos, y con todos tenía palabras amables e incitadoras a la reflexión. Así trabó conocimiento con Diego de Guía, que tenía un hermano que regía una de las imprentas de Alcalá.

Volver a visitar una imprenta le renovó la emoción que había sentido al ver por vez primera la de Venecia. Ésta de Alcalá no era tan espaciosa, pero laboraban en ella cerca de dos docenas de personas entre cajistas, maquinistas, componedores, fueran oficiales o ayudantes. Ignacio sentía una intuitiva reverencia ante las planchas, de la misma manera que había sospechado que Erasmo era hombre de grandes

conocimientos, y le gustaba aquel ir y venir de papeles y platinas, y el olor de la tinta, fuerte y acedo, que parecía excitarle.

Había momentos en que se desanimaba porque los estudios no le resultaban atrayentes, y se decía a sí mismo que quizá debería ir a Salamanca, pero estas desmoralizaciones pasajeras duraban muy poco y nunca podían ser adivinadas por los que le rodeaban. Y si alguna vez se quedaba demasiado pensativo, y Calixto o Lope le preguntaban si sucedía algo, volvía la sonrisa a su rostro y decía:

—Me sucede que parece que he oído decir a Jesús que no estemos ociosos.

Y visitaban a los pobres, o estudiaban, o discutían, o pedían limosna, o predicaban.

Ya no se reían de ellos, y era tal la convicción de lo que contaban y el entusiasmo con que lo decían, y la manera tan seductora de hablarles a las personas, que al poco ya no necesitaban llamar la atención de las gentes o aprovechar las concentraciones, sino que los primeros convencidos daban noticias a sus vecinos y amigos, y pronto tuvieron muchos hombres y mujeres a los que atender por venir en busca de consejo o iluminación.

Esta actividad no pasó inadvertida a la Inquisición, y como abundaban los «iluminados» y falsos predicadores y «deslumbrados», casi todos perturbados o delirantes, llegó a oídos del inquisidor de Toledo, quien ordenó que se hiciera causa sobre los peregrinos de Alcalá, por si hubiera razón de proceso basado en alguna herejía.

Ignacio y sus colegas nunca supieron que estaban siendo espiados, que sus palabras se escuchaban y se anotaban y que muchas de las personas que a ellos acudían en busca de consuelo u orientación eran luego hábilmente interrogadas sobre lo que habían hablado con «el peregrino», como llamaban a Ignacio, o «los peregrinos», tal como denominaban al grupo.

Lope le advirtió de ello porque una mujer se lo dijo, y el francés mismo fue objeto de un encuentro que, en principio, pensó que se trataba de una consulta sobre el Evangelio, y luego se asustó, porque daba la impresión de que el interlocutor, un hombre de mediana edad, parecía querer inducirle a llevar a cabo afirmaciones que él no había hecho.

Ignacio no se inmutó porque predicaban una doctrina ortodoxa, y esta situación parece que se aplacó y no hubo nada; pero al poco tiempo fue llamado por el vicario Figueroa y hubo de acudir a Toledo.

Diego de Guía le procuró una mula para que no anduviese todo el camino a pie y le acompañó Lope, de tal manera que a ratos iba Ignacio sobre la mula, y a ratos, Lope, pero como Lope parecía más cansado de caminar que el propio Ignacio, a pesar de su cojera, se puede decir que la mayor parte del camino la hizo Ignacio a pie, que parecía que andaba más deprisa que las personas que tenían las piernas normales.

Pasadas varias jornadas, al atardecer, llegaron a Puerta Bisagra y fueron recorriendo la ronda que pasaba por la fachada del Hospital de la Santa Cruz, frente a

la plaza de Zocodover, donde ya no había actividad ni tenderetes, pues la luz era ya muy oscura, y preguntaron a un arriero por la catedral y hacia allá fueron, suponiendo que el obispo les acogería, pero cuando llegaron a la parte de atrás, donde imaginaron que estaría cercana la sacristía, un hombre ensotonado, algo bisojo y de voz aflautada les dijo que volvieran al día siguiente.

Ya en la fachada principal, Ignacio quiso entrar, pero la catedral cerraba al anochecer. Le contó a Lope que él recordaba haber visto por Arévalo y por Tordesillas a un tal Diego Copín, pintor que había venido de Holanda y al que, según escuchó a su tutor, le había encargado Cisneros el retablo de la catedral.

No eran muy frecuentes estas rememoraciones del pasado, e Ignacio procuraba evitarlas porque siempre provocaban curiosidad en los que lo escuchaban y le distraían de lo que, cada vez más convencido, creía que era su misión.

—¿Y cómo era el cardenal Cisneros?

—Un hombre muy atareado. Siempre le recuerdo viniendo de un sitio y marchándose hacia otro, con andares calmosos, como si intentara disimular una actividad incesante.

Y, queriendo zanjar las evocaciones, le preguntó:

—¿Pasamos la noche en el atrio o buscamos posada?

—Como digáis —contestó Lope.

Diego de Guía les había dado algo de dinero para el viaje, y la expresión de Lope había sido tan resignada que Ignacio se dispuso a buscar una posada o un lugar donde les acogieran.

Cerca de la mezquita de Tornerías les hablaron de una casa en la que admitían viajeros de paso, y a ella se encaminaron.

Una mujer mayor, tras preguntarles cuántos días iban a quedarse, y recibiendo la respuesta de que posiblemente sería sólo esa noche, les ofreció un colchón de paja bajo un techado que daba al corral, donde podían dejar la mula, y que tenía una ventana de madera de hojas rotas. Con eso y un candil, sobre el que les advirtió que manejaran con cuidado porque había mucha paja que podría incendiarse, y tras recibir unas monedas de pago, fuese y los dejó solos.

—Tengo hambre —comentó Lope.

—¿Ha comido la mula? —preguntó Ignacio.

Lope consideró que el interés por la mula era una reconvención a su comentario, así que fue al corral y le echó pienso al animal. Al volver, a la luz del candil, el queso amarilleaba sugerente y parte de una hogaza reposaba sobre un paño.

Rezaron, comieron y, cansados como estaban, durmieron hasta que los despertó el gallo.

El obispo habitaba en una casa próxima a la catedral, ensamblada por una especie de arco que parece que había mandado construir el cardenal Mendoza. Era un edificio sin unidad al que se le notaban las sucesivas ampliaciones que debían haber ordenado los distintos prelados, y los dos peregrinos fueron enviados a una sala espaciosa que tenía todo el aspecto de una sala de espera por el número de sillas que había a los lados y que pronto fueron ocupadas por diversas personas, tanto seglares como civiles. Si en aquéllos los había procedentes de diversas órdenes y rangos, y lo mismo se mezclaban abades con frailes, en éstos, en los civiles, primaban las personas de linaje, tanto por el atuendo como por el acompañamiento de servicio en ellas, o de escuderos o secretarios en ellos.

Siendo el arzobispo Alonso de Fonseca consejero del emperador Carlos, no era de extrañar ver a tantas personas, la mayoría de las cuales no debían acudir por motivos religiosos.

Cada cierto tiempo, por un lateral, el ayudante del obispo, alto y delgado, con la piel lívida como si nunca hubiera estado expuesta a la luz del sol, se dirigía con mucha resolución hacia el agraciado con la entrevista, cuchicheaba con él y le pedía que le acompañara. Antes, en el piso de abajo, una especie de secretario anotaba el nombre del peticionario de la audiencia y una sucinta información sobre el motivo de la misma. Con una larga pluma de fino astil, cuyas barbas finales abanicaban el aire por la rapidez del escribiente, rellenaba parte de un rollo de papel que, luego, debidamente cortado, debía ir a parar al antedespacho del prelado.

—Con los tapices que hay aquí colgados podríamos terminar los estudios y atender las necesidades de la mitad de los pobres de Alcalá —le susurró Lope a Ignacio.

Éste le mandó guardar silencio por respeto al sitio en el que estaban, aunque los nobles y linajudos señores, y las damas, y aun frailes y abades, tras unos primeros instantes de desconcierto también habían roto a hablar con sus acompañantes, eso sí, en voz tenue, lo que producía un murmullo que se cortaba de raíz cuando aparecía el lívido ayudante intentando divisar al sujeto de su búsqueda.

Mediada la mañana, el ayudante comenzó a salir, pero no para reclutar peticionarios y llevarlos al despacho, sino que cuchicheaba con ellos, ponía cara de pena, aspecto este que no le suponía ningún trabajo porque ya su expresión parecía de alma de purgatorio, y los avisados se marchaban por donde habían venido, bien con cita al día siguiente o bien con la vana esperanza de recibir aviso.

Cerca del mediodía, Ignacio sospechó, cuando el ayudante llegó hasta donde ellos se encontraban, esta vez sin dudar —puede que por sus pobres sayales resultaran inconfundibles—, que les iban a comunicar que volvieran otro día, pero el lívido preguntó quién era el de Loyola, y tomó a Ignacio del codo y le instó a que le acompañara.

Lope se quedó como huérfano mientras Ignacio era conducido por un recoveco de pasillos hasta un gran despacho, cuya parte final la ocupaba una mesa de superficie

taraceada y patas de madera torneadas en espiral y tirantes de hierro, detrás de la cual se sentaba el obispo en un sillón de alto respaldo que sobrepasaba en más de medio metro la cabeza del dignatario cubierta con el solideo.

Ni le invitó a sentarse ni Fonseca se levantó, así que quedaron Ignacio de pie y el obispo acomodado en su sillón.

—¿Sabéis por qué os he mandado llamar?

—No, monseñor —contestó con sinceridad Ignacio, aun cuando sospechaba que se trataba de asuntos de la Inquisición.

—¿Y tenéis alguna sospecha?

—Podría ser —dijo cauto Ignacio.

—Pues decidlo —ordenó irritado Fonseca.

—Podría ser que hayamos sido denunciados por gentes que, sin información, crean que predicamos asuntos contrarios a la doctrina de la Iglesia.

—¿Y es eso cierto?

—No, monseñor. En ningún caso hemos dicho o pronunciado o exaltado nada que no esté escrito en los Evangelios o no esté conforme con las doctrinas teológicas.

El obispo está más interesado en estudiar el semblante de Ignacio que en sus palabras, y escudriña su mirada e intenta observar alguna vacilación, algún leve temblor, pero los ojos le miran serenos, confiados y ardientes. Hay una llama, que es lo único que no tranquiliza al obispo.

—Os he mandado llamar porque son varias las denuncias que hemos recibido de Alcalá y de algún alfoz cercano —explica Fonseca, que se levanta, da la vuelta a la mesa taraceada y se pone a la altura del llamado, en los documentos entregados, «peregrino»—. Y ordené que partieran dos pesquisidores, y allí, encima de la mesa —señala como si fuera una sentencia definitiva—, están los resultados.

Fonseca espera que Ignacio pregunte cuál es el resultado, pero como no dice nada y aguarda a que sea el obispo quien desvele, éste se da la vuelta y torna a sentarse en el sillón, y repasa el documento aludido con parsimonia. Al cabo de unos minutos, dice:

—Según estos informes que ha redactado el vicario Figueroa estáis libres de culpa, y es cierto que vuestra vida es virtuosa, que hacéis caridad a los pobres y que vuestros propósitos y conductas están de acuerdo con las recomendaciones de la Iglesia. Pero...

Y levanta la vista, perdida hasta el momento en los papeles, para mirar fijamente a Ignacio:

—No parece bien que no siendo ordenados ni vos ni vuestros acompañantes os presentéis con esos sayales, que pueden confundir de pertenencia a alguna orden desconocida, así que teñid de negro o de castaño las ropas y, mejor, vestid con la indumentaria común de los estudiantes.

—Entonces —y es la primera vez que se atreve Ignacio a hablar, que no sea como respuesta a una pregunta del obispo— ¿no se ha encontrado herejía en lo que

hablamos y decimos?

El obispo Fonseca dice con dureza:

—Si los inquisidores hubiesen encontrado herejía cometida por vos, no estaríamos hablando: estaríais encima de una hoguera.

—Claro. Y si vos, señor obispo, cometieseis herejía, también os pondrían encima de la hoguera.

Se queda sorprendido Fonseca de la respuesta e intenta vislumbrar alguna altanería o soberbia, por lo que inquiere:

—¿Qué queréis decir?

—Que vivimos tiempos confusos y que la Iglesia no puede tolerar herejes en su seno.

Fonseca parece tentado a referirse a su categoría jerárquica, pero vuelve a tropezarse con una mirada en la que no hay atisbos de desafío, así que recalca:

—Teñid las ropas, como os he indicado, e id con Dios.

—Él os guarde.

Ignacio se adelanta en un intento de besar el anillo, pero la mano anillada ha tocado una campanilla y aparece el lívido, que lo lleva de nuevo por el laberinto, bajan unas escaleras, suben otras y se encuentra en el patio que da a la calle, porque parece que las visitas no salen por el mismo sitio por el que entran.

Ha debido de ser la última audiencia, porque no hay nadie, y en el intento de regresar a la sala de espera y encontrarse con Lope sube escaleras, baja, cruza un pasillo, abre una puerta y se encuentra a Fonseca en una mesa de comedor muy bien dispuesta, con dos camareros que sirven y abastecen al obispo.

—Perdón.

—¿Quién es? —pregunta irritado Fonseca.

Pero Ignacio ya ha cerrado la puerta y ha comenzado a desandar el laberinto, y va a parar a un patio que no es el que conoce, el de entrada, por lo que retrocede, hasta que una mujer del servicio le pregunta si es el nuevo secretario, y él confiesa que se ha perdido y la mujer le guía hasta la calle, pero a la espalda del edificio, de tal manera que no ve la catedral.

Da la vuelta a la manzana y, por fin, entre la catedral y la casa del obispo se encuentra a Lope, que parece maravillado de la cantidad de gente que hay por las calles, aun siendo la hora de yantar.

Y es que, aun habiendo sido la ciudad más problemática en la revuelta de los comuneros y la última en doblegarse, el Emperador se ha esmerado en sancionarla como una de las más importantes del reino de Hispania y, por tanto, lugar imperial. Ni la expulsión de los judíos, ni las revueltas comuneras, ni la rivalidad de Valladolid han logrado cercenar su pujanza en la industria textil, en las fábricas de acero, en la orfebrería delicada que convierte la plata en filigrana y encaje. El obispado de Fonseca, tan cercano e influyente en un emperador que nunca se sabe en qué lugar de Europa se encuentra, contribuye a añadir un carácter cortesano que concentra desde

nobles hasta funcionarios, de menestrales a servidores de toda laya.

Lope, absorto en el espectáculo callejero y en la aparición de alguna silla de andas, cosa que en Alcalá suele ser insólita, casi se sobresalta cuando Ignacio le pone la mano en el hombro tras el susto de haberse perdido por los vericuetos interiores del arzobispado.

—Estaba intranquilo. Cuando me dijeron que os esperara en la calle desconfié por si os habían tomado preso.

—No parecíais muy intranquilo hace un momento.

—Es que —se excusa Lope— nunca había visto tanta gente y tan ricamente vestida. Casi podríamos quedarnos aquí a pedir limosna, que se ve que hay gente de mucha riqueza.

—Lo que vamos a hacer es coger la mula y marcharnos.

—¿Huimos? —pregunta Lope, y esta vez su cara sí demuestra intranquilidad y algo de miedo.

—No, no. Nos vamos. Volvemos a Alcalá.

—¿Y qué ha dicho el obispo?

—Que debéis teñir el sayal de negro.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Y hemos venido desde Alcalá para que nos diga el obispo que tiñamos los sayales?

—Entre otras cosas. También nos ha absuelto de pronunciar o extender la herejía.



Pasaron varios meses sin tener noticias de los inquisidores. Tiñeron las ropas y algunos, como Ignacio, en señal de penitencia andaban descalzos.

Un día, abandonado ya el hospitalillo y viviendo en una estrecha y humilde casa de las afueras, recibió recado del vicario con la orden de que se calzara, como los demás estudiantes.

A Ignacio no le costaba nada obedecer estas órdenes, que ni siquiera cuestionaba, y seguía con sus labores evangélicas, que ya no requerían de búsqueda de odores porque eran muchos los que, dada la fama de las palabras de Ignacio, acudían en pos de luz para su fe.

Entre éstas recibió la visita de una dama y de su hija, moza muy bella, y ambas ataviadas con elegancia, que se veían de linaje y fortuna. Las tales, después de darle una generosa limosna, le dijeron que habían enviudado casi a la vez.

—Primero fue mi esposo, que me dejó viuda a mí y huérfana a esta pobre criatura, que se acababa de casar. Y aún no repuesta de la muerte de su padre, vino su

marido a caer enfermo y morir tan de repente que henos aquí las dos viudas y desconsoladas.

Ignacio intenta buscar frases lenitivas, pero pronto se da cuenta de que ambas han asumido la pérdida humana y quieren dedicar su vida a los demás.

—Pretendemos llegar andando hasta la Verónica de Jaén para dedicar nuestra vida a los pobres. Es posible que la desaparición de nuestros maridos haya sido una señal del cielo, y de aquí en adelante tenemos un objetivo en la vida.

Ignacio observa a las dos mujeres, sobre todo a la joven, que es bella y vistosa por más que sus vestidos sean recatados, pero es imposible disimular la belleza. Y no la podrán camuflar a los ojos rijosos de los hombres con que se toparán por esos caminos. En el encuentro con su nueva fe, en la alegría por haber recibido lo que ellas toman como una señal celeste, se olvidan de que la Tierra está llena de pecadores.

Ignacio, que conoce por experiencia los pensamientos de la soldadesca, de los caminantes y de cualquier hombre que no sea virtuoso, teme lo que les pueda pasar a estas dos ingenuas en el enorme trecho que separa Alcalá de Henares de Jaén.

—¿Y llevaréis compañía?

—No, ninguna —responde la más joven—. Los únicos hombres a los que nos acercaremos serán los enfermos y los ancianos, puesto que a los nuestros se los llevó el Señor.

Ignacio calla con discreción y no dice que los hombres, en muchas y peligrosas ocasiones, se acercan a las mujeres aun cuando éstas no quieran, y más en la soledad de los caminos, por lo que decide dilatar la situación:

—Vuestro propósito es noble, pero yo os recomendaría que, antes de emprender tamaña empresa y para estar suficientemente preparadas, hicieseis unos ejercicios espirituales.

Y durante dos semanas madre e hija acuden por la mañana y por la tarde a la estrecha casa donde, guiadas por Ignacio, reflexionan sobre su vida pasada y los propósitos de futuro.

Todas estas visitas de mujeres ya no llaman la atención, y el vicario, tras las pesquisas realizadas, no para en las pocas denuncias que todavía le llegan.

Durante los ejercicios, hábilmente, Ignacio promueve la idea de que hay necesidades en todo el mundo, y pobres a los que asistir y caridad que dar, pero que es preciso atender al próximo, que eso significa prójimo, antes que emprender aventuras.

No obstante, o su habilidad no ha estado a la altura habitual o las mujeres están obsesionadas, porque acabados los ejercicios pretenden emprender marcha hacia Jaén.

—Bien, bien —dice Ignacio, que sabe que contradecir de frente es siempre el mejor camino para fortalecer una decisión—. Pero de la misma forma que habéis hecho unos ejercicios espirituales, aprovechad la estancia en Alcalá para socorrer a los pobres de aquí, contadme vuestras experiencias y, más tarde, decidid qué vais a

hacer.

Cada dos o tres días las mujeres se acercaban a la casa y le contaban lo que habían hecho hasta que dejaron de acudir. Ignacio supuso que o bien se habían marchado en efecto hacia Jaén o bien habían caído en la cuenta de que la caridad se puede ejercer desde el acomodo de la propia casa, sin necesidad de hacer largos viajes.

Pronto se olvidó del asunto, y otro hubo que vino a darle más preocupación.

Una tarde de verano se acercó un alguacil hasta la casa y le dijo que tenía orden de que le acompañara. Lo hizo sin ninguna aprensión, y fueron hablando de muchas cosas de la naturaleza hasta que llegaron a la cárcel. Entonces el alguacil le indicó a Ignacio que pasara a una celda, le cerró y le dijo:

—Aquí estaréis hasta nueva orden. Podéis recibir visitas, pero no saldréis hasta que no venga la orden que os libere de la prisión.

Aquella misma noche Lope, Juan y Reynalde, el francés —Calixto estaba fuera de Alcalá—, pensaron que se habría quedado a dormir en alguna de las casas a las que solía ir a visitar enfermos, pero al no verlo ni en las clases de la mañana ni en las de la tarde, ni aparecer por la casilla que les servía de cobijo, se fueron a preguntar al vicario, quien les dijo que no les podía adelantar nada excepto que estaba preso.

Diego de Guía, su hermano el impresor y una mujer muy influyente llamada Teresa de Cárdenas, que había hecho con él los ejercicios espirituales, se ofrecieron para encontrar abogados y procuradores, porque ni siquiera sabían de qué se le acusaba, pero Ignacio se resistía a ello, no daba autorización a que se iniciase gestión alguna y a todos decía:

—No os preocupéis. Quien aquí me ha metido sabrá sacarme.

—Pero a la providencia hay que ayudarla, porque si no seríamos como luteranos —adujo Diego, que era persona muy leída y bachiller.

—Estad tranquilos. Todo se aclarará.



Pero pasaban los días, y aunque estaba autorizado para dar doctrina y dirigir los ejercicios, nadie decía la culpa por la que había sido condenado al encierro.

Por fin, al cabo dos semanas se presentó el vicario Figueroa, quien le sometió al protocolo del interrogatorio, es decir, si guardaba el sábado, si predicaba doctrina contraria a la Iglesia, si había defendido alguna herejía...

Tras terminar la retahíla, que Ignacio ya se conocía, le inquirió por si había trabado conocimiento con dos mujeres, una mayor y otra más joven, ambas viudas.

—Sí, son madre e hija y siguieron conmigo unos ejercicios.

—¿Sabéis dónde se encuentran? —preguntó el vicario.

—No, no lo sé. Dejaron de venir de repente. Yo supuse que habían vuelto a su casa.

—¿Y no las animasteis en ningún momento a marcharse de peregrinas?

—Antes bien, al contrario —explicó Ignacio—. He llevado a cabo muchos esfuerzos por quitarles de la cabeza la idea de irse hasta la Verónica de Jaén, y les tengo recomendado que la ayuda al pobre se puede hacer aquí, en Alcalá, que por desgracia pobres no faltan.

—¿Decís la verdad?

—Como la he dicho desde el principio. Es más, la hija es demasiado vistosa y bella, y siempre me asustó la idea de que se aventuraran por los caminos. No se lo dije nunca de manera directa por procurar de no ofenderlas en su pudor, pero una mujer así sería motivo de problemas y de no pocos peligros en cualquier parte en que no haya riguroso decoro.

El vicario mostró en su semblante la satisfacción que le producían estas explicaciones, le abrazó y le dijo que la causa del encierro era ésa, y que un tal doctor Ciruelo, que parecía que tenía amistad con ellas, pensaba que habían desaparecido inducidas por él, y por eso le denunció.

—Entonces ¿puedo irme? —propuso con ingenuidad Ignacio.

—No, no —respondió el vicario.

Y dirigiéndose al notario:

—Tomad buen apunte de la declaración.

Y a Ignacio:

—Debéis estar contento porque todo se va aclarando, y si, en efecto, los hechos corresponden a lo que decís, podréis salir en cuanto se compruebe.

—¿Y cuánto tardará en comprobarse?

—En cuanto aparezcan las mujeres y lo confirmen.

Al visitarle los amigos, les dio nuevas del proceso, y volvieron éstos a insistirle en buscar abogados y él a negarse.

—¿Y si no aparecen nunca las mujeres? ¿Estaréis siempre encarcelado? —aludió Lope con tanto enfado como preocupación.

—Aparecerán —le tranquilizó Ignacio.

Entretanto, y cuando ya se iba camino de las tres semanas de encierro, el que apareció fue Calixto, que se había ausentado por enfermedad y había venido de Segovia al enterarse de que Ignacio estaba encarcelado.

—No tenéis buen aspecto —le dijo Ignacio.

—Será el viaje —justificó Calixto.

Quiso quedarse Calixto en la celda con Ignacio, pero éste le dijo que no podía porque nadie puede estar encerrado sin una orden, así que Calixto se fue a ver al vicario y le pidió permiso para acompañar a Ignacio en prisión. Como siempre ocurre que es más fácil entrar en las prisiones que salir, Calixto obtuvo el permiso y, de esa manera, Ignacio estuvo acompañado mientras esperaban que se tuviese noticias de las

dos viudas.

Pasaban los días, recibían visitas los presos, que ya eran dos, y fuese por las secuelas de la enfermedad o porque la estancia en la celda no le ayudaba en nada a su recuperación, el caso es que Calixto empeoraba a ojos vistas e Ignacio pidió a un doctor amigo suyo que lo reconociera e hiciese lo oportuno para sacarlo de allí, cosa que se hizo, e Ignacio tornó a quedarse solo.

Un día, y ya habían pasado casi dos meses, acudió el notario como consecuencia de la vuelta de las dos mujeres.

—Vengo a leeros la sentencia.

Ignacio escuchó que las dos viudas habían aparecido, que confirmaron su declaración y que, por tanto, quedaba libre, pero también que debía vestirse como los demás estudiantes y no predicar ni decir cosa alguna de la religión o de las Escrituras hasta pasados cuatro años.

—Era más libre en la cárcel que fuera de ella —comentó a Calixto cuando se abrazaron—. En la cárcel recibía visitas, hablaba de los Evangelios y seguía dirigiendo los ejercicios de quienes ya los habían comenzado, pero ahora estoy preso de las órdenes recibidas.

—¿Y qué vais a hacer?

—Obedecer, lo primero, pero no puedo perder cuatro años sin hablar de Jesús y su doctrina.

—¿Entonces...? —quiso saber Calixto.

—La jurisdicción del vicario abarca el ámbito de la diócesis, por tanto, la orden es para cumplirla en los límites de la diócesis...

—¿Os vais a marchar? —preguntó con ansiedad Calixto.

—De momento voy a hablar con Fonseca.

La escasa pereza de Ignacio para ponerse en camino, fuera para ir hasta Barcelona, hasta Roma o hasta Jerusalén, le impelían a buscar al arzobispo a Toledo como si se tratara de salir de casa para ir al pueblo próximo. Pero no estaba en Toledo el arzobispo, sino en Valladolid, y allí le visitó y habló con él.

—¿Cómo van vuestros estudios? —se interesó el arzobispo.

—No estoy muy satisfecho.

—¿Los habéis descuidado?

—No, no, pero creo que debería estudiar teología, y pudiera ser que fuera mejor hacerlo en Salamanca.

El arzobispo Fonseca, que no era menos perspicaz que Ignacio, le comentó con un punto de ironía:

—Salamanca, claro, claro. Allí no hay jurisdicción mía y podéis desobedecer las órdenes que os ha dado el vicario sin caer en falta.

—Monseñor, aunque Salamanca sea jurisdicción de otro obispo, obedeceré lo que vosotros digáis, y si me decís que no predique, no predicaré, pero creo que ayudo a la causa de la fe, y que, tras los ejercicios, os lo aseguro, salen las personas conscientes

de que no han de hacer cosas por ellos mismos y por su salvación, sino apostolado con los demás.

—Seamos justos. Os ha prohibido el vicario predicar en su jurisdicción, y yo no voy a revocar esa orden. Ahora bien, si vais a Salamanca sería una intromisión por mi parte deciros lo que habéis de hacer. Lo que hagáis en Salamanca corresponde a vuestra conciencia.

—¿Tengo vuestro permiso?

—No necesitáis mi permiso para marchar a estudiar a Salamanca, si ésa es vuestra voluntad —recalcó cauto el arzobispo.

—Os lo agradezco mucho, monseñor.

—¿Cuándo partiréis?

—En cuanto regrese a Alcalá y me despida de mis compañeros.

—En ese caso... —y poniéndose en pie se dirigió a un bargueño muy sencillo, abrió el cajón de abajo, sacó de él una pequeña arqueta y la llevó encima de la mesa. Una vez allí volvió a sentarse, y con una pequeña llave que debía llevar consigo, porque apareció en su mano, abrió la arqueta, extrajo cuatro ducados y se los tendió.

—Tomad, no es mucho, pero os ayudará a encontrar acomodo en Salamanca.

—Gracias, monseñor.

—Pero no os vayáis ya, tan deprisa. Salamanca es un mundo, y los colegios son muchos y algunos muy costosos. Os voy a dar una nota para que os acojan.

Y el arzobispo Fonseca le tendió una nota de recomendación que Ignacio, en cuanto vio que la ceniza había secado la tinta, guardó doblada en dos en un bolsillo.

La reunión que tuvo con el francés, Juan, Calixto y Lope estuvo teñida de melancolía. Desde el primer momento se dieron cuenta de que Ignacio no se iba a quedar a esperar en Alcalá a que pasasen los cuatro años para poder predicar. Y aunque al principio hubo una especie de acuerdo de que todos irían con él a Salamanca, Ignacio les hizo ver el interés de sus estudios iniciados, las esperanzas puestas en ellos por sus familias y la sospecha de que en Salamanca les pudiese suceder algo parecido. Al día siguiente, Calixto de Sa fue el único que decidió acompañarle.

Aún tardaron tres días en decir adiós a los buenos amigos que habían hecho, y hasta ocurrió que, estando en la imprenta con Diego de Guía, su hermano y unos familiares de ellos, a la salida preguntó un pesquisidor si Ignacio había predicado, y Diego, que estaba indignado por lo ocurrido, dijo que no, que repentinamente todos se habían quedado mudos menos él, y que estando mudos era imposible predicar.

El pesquisidor, malhumorado por la respuesta, preguntó a los presentes si era cierto que no podían hablar, y los presentes, incluido Ignacio, le miraron fijamente, sin abrir la boca.

—Lo habéis podido comprobar —insistió Diego de Guía—. A lo peor es que vos estáis poseído por el diablo y dejáis muda a la gente.

El pesquisidor fue a hablar, pero calló. Y entonces Diego insistió:

—¿También vos estáis atacado de mudez?

—No —respondió enfadado—. Y tengo la lengua suelta para contarle vuestra burla al vicario.

Nada más marcharse, el hermano de Diego abrazó a Ignacio y a Calixto, y les dijo:

—Creo que será mejor que mañana estéis más cerca de Salamanca que de Alcalá.



Tal como había sospechado Ignacio, los problemas volvieron a repetirse en Salamanca. Primero, Lope, que había decidido quedarse en Alcalá, cambió de propósito y vino a reunirse con ellos. Segundo, las recomendaciones de Fonseca eran buenas si iban acompañadas de dinero, pero ellos no lo tenían. Y, tercero, volvió a aparecer el recelo de la Inquisición.

Creían que era una etapa nueva y que podían vivir como lo habían hecho en Alcalá, y así lo hicieron, con la esperanza de que, libres de las vigilancias del vicario, podrían llevar adelante su labor, pero volvieron a surgir idénticas dificultades.

Antes de poder inscribirse siquiera en la universidad, los dominicos, que eran muy suspicaces ante cualquier ortodoxia que presintiera huellas no ya de Lutero, sino de Erasmo, recelaron de aquellos tres estudiantes que ni siquiera habían formalizado la matrícula y que andaban hablando de pecados y de penitencias. Por si acaso, metieron en la cárcel a Calixto y a Ignacio, llevando adelante el proceso el bachiller Sancho Gómez de Frías, quien pidió los papeles de aquellos extraños «ejercicios espirituales». Se los dio Ignacio, y se interesó por saber, en esta ocasión, cuáles eran las acusaciones.

—Ya os serán comunicadas.

Y al ver la cara con tanto amohinamiento como resignación, y tras advertir en la conversación anterior que no se trataba de ningún alumbrado de los que tanto abundaban, se permitió consolarle:

—No os preocupéis. Hay un cuidado especial con los erasmistas. Si no lo sois, podéis estar tranquilos.

¿Erasmo era también un hereje? ¡Si él había hablado con Erasmo en Venecia y se lo había presentado un fraile, y no le advirtió de nada tras salir de la imprenta!

Ignacio se desconcertaba a menudo con esas intrincadas doctrinas y sentía una gran molestia de que la Iglesia, habiendo tanta tarea en la que ocuparse, anduviese investigando entre sus miembros, como si no hubiese otras metas que alcanzar.

A las tres semanas los llevaron a una sala pequeña en la que dos dominicos, uno a cada lado de una mesa, sentados en sendos taburetes, estaban escribiendo.

Uno de ellos le dijo a Ignacio que se acercara, y al tenerlo frente a sí le preguntó:

—¿Sois Iñigo de Loyola?

—Sí —contestó Ignacio.

—¿Qué es un pecado venial?

—Aquel que ofende levemente al Señor.

—¿Y un pecado mortal?

—Aquel que le ofende gravemente.

—¿Y cómo sabéis distinguir si un pecado es venial o mortal?

—Por la razón que os he indicado.

—Sí, pero ¿cuál es la diferencia?

—La diferencia está en la ofensa.

—¿Y cómo sabéis el grado de la ofensa? —volvió a preguntar el dominico.

—¿Cómo lo sabéis vos? —repreguntó Ignacio, que ya había respondido a estas cuestiones en Alcalá.

—Yo soy quien hace las preguntas.

—Pues está clara la diferencia entre el bien y el mal, como parece prístina la determinación, dentro del mal, de lo que pesa con gravedad de aquello que es más leve. Dios, en su infinita misericordia, nos ha dotado de discernimiento y de conciencia para distinguir el vicio de la virtud, como nos la ha proporcionado para distinguir la claridad de la oscuridad, lo que no quiere decir que algo oscuro sea completamente negro, ni que algo claro resulte absolutamente blanco como la nieve.

—Eso es escolástica —murmuró el dominico, que seguía escribiendo pero, al parecer, escuchaba.

—¿Cómo habláis así si no tenéis estudios de teología? —insistió el interrogador.

—Me guió por las enseñanzas que nos proporciona el Evangelio.

—¡Ah! Lo mismo dice Erasmo.

Ignacio calla y no hace ningún comentario. Si cuenta que lo ha conocido, igual son capaces de encerrarle acusado de complicidad en herejía.

El interrogador se vuelve hacia el otro dominico como pidiéndole ayuda para tomar una decisión, y el otro, dejando la pluma a un lado, le dice a Ignacio:

—Nada tenemos en contra de vuestra conducta, pero no poseéis títulos para sancionar lo que es pecado venial o lo que es pecado mortal. Ni estáis autorizado ni habéis pasado por las aulas. Por tanto, absteneos de predicar y de dirigir el espíritu de las gentes, que para ello ya estamos los ordenados por la Iglesia. Estudiad cuatro años de teología y, al cabo de ellos, tonsurados o no, predicad; eso sí, siempre dentro de la doctrina ortodoxa de Roma. ¿Está claro?

«Tan claro como está claro lo que es pecado venial y lo que es pecado mortal», piensa Ignacio, pero no lo dice y se limita a asentir, porque ve con desconsuelo que se encuentra de nuevo en la misma situación, de tal manera que debe dejar su labor, que en todas partes es alabada y bien recibida excepto por los pesquisadores de la Inquisición.

Calixto, Lope y él pasan varios días reflexionando sobre lo que van a hacer o,

mejor dicho, es Ignacio quien recapacita sobre todo lo sucedido y medita cuidadosamente la decisión que ha de tomar, mientras los otros aguardan su veredicto y apenas osan romper el silencio en que se desenvuelven sus cavilaciones.

Tiene una edad superior a la de cualquier estudiante, e incluso, en ocasiones, superior a la de algunos profesores. No puede perder el tiempo, pero vio muy claro en Venecia, en aquella imprenta, que hay que estar fuertemente preparado para predicar y para rebatir, para convencer y para no ser convencido. Que hay que saber latín y griego, y teología, y muchas otras materias, y que la inteligencia no está para permanecer ociosa.

Una mañana en que han reunido unas monedas para poder comer en un humilde mesón, tras apartar unas migas, sentado en un taburete de tres patas demasiado bajo, explica Ignacio que ellos se quedarán, que él marchará a París, a la Sorbona, y que a la vuelta de cuatro años regresará a por ellos y tomarán a sus actividades. Lo dice con tanto ardor y convencimiento que Calixto y Lope quieren creerle, aunque saben que no lo van a volver a ver. Sienten alegría de verlo ilusionado después de contemplarlo durante algunas jornadas sin la energía de siempre y, a la vez, les consta que esta recuperación supone una despedida definitiva.

—¿Y cómo haréis el viaje?

Y con la naturalidad de lo acostumbrado, responde Ignacio:

—A pie, como siempre.

De repente, Lope se echa a llorar. Calixto le abraza y salen los dos del mesón seguidos de Ignacio, que nota una pena en la que no había reparado.

—Es duro, pero merece la pena —se dice a sí mismo, porque Calixto y Lope, delante de él, como dos borrachos que necesitaran apoyarse el uno en el otro, caminan por delante y no le oyen. Y están ebrios de tristeza, borrachos de una melancolía anticipada que les visitará algunas veces, cuando menos se lo esperen, en los próximos años.

«Es duro, pero merece la pena», vuelve a repetirse Ignacio, como si pretendiera espantar cualquier pesadumbre.

VII

—Es duro, pero merece la pena —dice Caraffa, obsequioso, tras comunicarle el Papa que le ha encargado a Miguel Ángel, además de todo el trabajo que tiene acumulado, la urbanización de la plaza del Campidoglio.

—Sí, es duro —reconoce Pablo III—, pero esa parte de Roma está hecha una vergüenza. Cuando vino Carlos V hubo que bordear la colina para que no viera su aspecto ruinoso.

Caraffa, que tenía un esbozo de sonrisa, se pone serio. No soporta al Emperador. Considera que es rudo, soberbio y un enemigo de Roma.

—Aunque... —al Papa no le pasa inadvertido el cambio de expresión de Caraffa — me consta que si por vos fuera el Emperador no recibiría ni siquiera un saludo.

—Ha heredado lo peor de los españoles y lo peor de los flamencos.

Y como percatándose de que quizá ha ido muy lejos, añade:

—Es mi humilde parecer, que ya sé que no compartís, Santo Padre.

—Son muchas las cosas que no compartimos, pero eso no significa que no aprecie vuestro trabajo —dice el Papa, conciliador.

Son dos hombres opuestos en formación y en ideas. Uno, Alejandro Farnesio, pertenece a la familia más poderosa e influyente de Florencia, y le han interesado siempre mucho más el arte y las mujeres que la conducta virtuosa.

El otro, Gian Pietro Caraffa, es miembro de una familia de la nobleza napolitana y su vida ha estado siempre ligada a la Iglesia, desde que sustituyó a su tío como obispo de Chieti. Es autoritario, soberbio, inflexible y de una conducta escrupulosa en lo referente a la castidad. Es intolerante y trabajador infatigable. Y el Papa le ha encargado la organización de la Inquisición en Roma.

En realidad es un nombramiento interesado que ha venido a paliar la elevación al cardenalato de dos de sus nietos: Guido Ascanio Sforza, con sólo diecisiete años de edad, y Alejandro Farnesio, que únicamente tenía catorce cuando recibió el capelo cardenalicio. Además de eso, al que antes de ser Papa llamaban cardenal Enaguas — porque parece que entregó a su hermana al papa Alejandro VI para que la desvirgara —, no proyecta demasiada confianza el hecho de que tenga cuatro hijos bastardos — Paolo, Constanza, Ranuccio y Pier Luigi— y que circulen rumores de que también mantiene relaciones incestuosas, precisamente con Constanza, aunque ahora, debido a su edad, si fue cierto, lo sería en el pasado.

Dándose cuenta de que el ambiente creado no era muy bueno, incorporó al Sagrado Colegio a Reginald Pole, Gasparo Contarmi, Sadoletto y al propio Caraffa, que se ha convertido en una especie de líder de todo este grupo de prestigio que

algunos denominan «los venecianos», por tener allí el origen de la formación de un núcleo de presión.

—Os agradezco que lo apreciéis —corresponde Caraffa a la gentileza—, pero vuestro trabajo es mucho más duro que el mío. Por ejemplo, yo no tengo que recibir a ese extraño grupo de la Sorbona que comanda un español mayor que ellos, llamado Ignacio de Loyola.

—No, el español Ignacio no está en el grupo, al menos no lo he visto en la nota que me han dado. Están Francisco de Javier, Pedro Fabro... No recuerdo, pero no está el de Loyola, del que ya he oído hablar. Y puede que en su ausencia algo tenga que ver el conocimiento de que vos ocupáis un alto cargo en Roma.

—Es español. Y los españoles son tan arrogantes que no admiten ninguna autoridad por encima de ellos.

—Los malos ratos que os hicieron pasar los virreyes que mandó a Nápoles el Emperador, cuando erais obispo allí, no os deben confundir a generalizar sobre todo un pueblo.

Como si los recuerdos actualizaran su permanente cólera sobre España, exclama Caraffa:

—¡Nunca admitieron la autoridad del obispo! Y eso es como no admitir la autoridad del Papa.

—Bueno —observa el anciano Pontífice—, creo que hay una pequeña o grande diferencia entre obispo y Papa.

—Me refería, Santo Padre, a que el obispo es nombrado por el Papa y, por tanto, lo representa a él.

—¡Ya quisiera el Papa poder nombrar a todos los obispos! Pero vos sabéis que los reyes de Francia y de España, y hasta hace poco el loco de Enrique VIII, han nombrado más obispos que los papas... Claro que gracias a esos acuerdos hemos sacado ventajas en otras cuestiones...

Va a comenzar la primavera en Roma y el florentino, que es sensual y receptivo a la belleza, se siente contento al ver el cielo azul. Caraffa no repara en las estaciones y, últimamente, sólo ve informes.

En realidad, ha ido allí para que el Papa apruebe una orden por la cual puedan ser condenados a muerte los que rompan los sellos de los informes de la Inquisición, pero el Papa ha comenzado por hablarle de la estatua de Marco Aurelio que Miguel Ángel está esculpiendo, y que va a poner en medio de la plaza del Campidoglio.

El Papa le va a hablar de la primavera romana, pero es consciente de que sería como recitar versos a un sordo, así que vuelve a mirar los documentos que le ha traído y siente una especie de escrúpulo ante lo que lee.

—¿De verdad consideráis que es necesario castigar con la pena de muerte a quien rompa los sellos del Santo Oficio? —pregunta el Papa con cierto escrúpulo.

Caraffa está montando todo un gran servicio de espionaje e información para organizar el Santo Oficio. Las delaciones, las acusaciones, son anotadas y escritas y,

luego, clasificadas. Muchas de las acusaciones ya se sabe que o son falsas, o son motivadas por envidias, pero descubren detalles de la vida de muchos ciudadanos, pertenezcan o no a la nobleza, tengan cargo o no dentro de la Iglesia, que de otra manera permanecerían ocultos. Estos informes llevan el sello correspondiente y viajan de un lugar a otro. Romper el sello es fácil, y Caraffa no quiere que nadie acceda a los informes secretos de la Inquisición. Su espíritu intolerante le aconseja que la mejor manera de proteger esos datos consiste en aplicar la pena máxima a quien incumpla la norma.

—Se trata de confidencias muy sensibles que sólo nosotros podemos manejar. Esa información en otras manos podría traer perjuicios muy notables a nuestra Iglesia.

—Sí, pero pena de muerte por romper un sello...

—No es la rotura de un sello, sino la quiebra del sistema de seguridad de la Inquisición. De lo contrario, estaríamos recogiendo información para beneficiar a nuestros enemigos.

—¿Qué vamos a dejar para el que robe en los templos o mate?

—Siempre queda la hoguera, que aterra a los condenados.

—No sé, no sé... —vacila el Papa.

—Pensad en la comodidad que os ha proporcionado en algunas ocasiones los informes que manejamos —insiste Caffara, impaciente y sin comprender los remilgos de Pablo III ante una transgresión cuya punición es muy clara para el cardenal.

El Papa reconoce que, en efecto, ante las interesadas propuestas de nombramientos de abades y obispos que le llegan, ha sido muy provechoso disponer de información que ha servido para desbaratar méritos e incluso poner en guardia a los padrinos de los propuestos, y eso que los padrinos, en muchas ocasiones, son los propios reyes. No sabe si la Inquisición servirá para clarificar la doctrina, pero desde luego está siendo muy eficaz para conocer las vidas secretas de muchas personas y para arruinar los negocios de los protestantes encubiertos.

Caraffa no quiere añadir nada más, no por respetar la meditación del Papa, sino por no estropear por exceso su argumentación. Está convencido de que la mano dura es lo único que puede mantener fuerte a la Iglesia, y cuando en el futuro él mismo llegue a ser nombrado Papa, llevará a cabo esa convicción sin que le tiemble el pulso y obligará a los cerca de quinientos judíos que todavía quedan en Roma a llevar un gorro amarillo que los distinga de los cristianos y a encerrarlos a vivir todos juntos en un gueto para que no se mezclen con los demás. Ellos mataron a Jesucristo y no concibe que, con esa tremenda culpabilidad, no se arrepientan y se conviertan al cristianismo.

—Está bien, está bien, firmaré la propuesta. Pero no azotéis al que mire los sellos o excomulgéis al que pregunte qué contiene —se permite ironizar el viejo Papa.

Caraffa, que tiene tantos conocimientos de hebreo y griego como falta de sentido del humor, asegura:

—No, no creo haber escrito que se azote a los que miren los sellos.

—No, desde luego, no lo habéis escrito. Está claro. Pena de muerte al que rompa los sellos. Sea.
Y firma.



Ignacio no ha querido acompañar al grupo a la visita al Papa. Tiene información del alto rango alcanzado por Caraffa, y de que ha podido obtener de la Inquisición española informes sobre sus tropiezos en Alcalá y en Salamanca, y también en París. Estar ausente es mucho mejor que presentarse en Roma. Incluso le parece bien estar solo los días, reflexionar sobre sí mismo, observar las faltas o las incorrecciones cometidas, analizar en qué punto se encuentran, pensar sobre las tácticas más aconsejables para cumplir los objetivos que se han propuesto.

Lo que se han planteado ha sido ir a Tierra Santa, y para ello necesitan el permiso del Papa.

A Ignacio le parece lejanísimo el año que estuvo en Venecia, de vuelta de Tierra Santa. Debió ser en 1524, y ahora está a punto de comenzar la primavera de 1537.

Confía en todos ellos, pero sobre todo en Pedro Fabro, en Laínez, Salmerón, Bobadilla... Y en Francisco de Javier. Le costó mucho ganarse a Francisco. Le costó incluso llegar a París, porque el rey Francisco I y el emperador Carlos V estaban en guerra. No era fácil viajar desde Salamanca hasta París, con los dos estados en pleno enfrentamiento. Tardó mes y medio. Mes y medio en el que las preocupaciones no eran sólo cobijo y sustento, sino tratar de no caer en medio de un combate o ser apresado por alguna de las tropas francesas o españolas, porque estas últimas también iban a sospechar de un español que camina por tierras francesas sin ningún cometido aparente.

Después de la estancia en el colegio de Monteaigu, se va a Flandes a conseguir dinero y, a la vuelta, se inscribe en el Colegio de Santa Bárbara y acepta la hospitalidad del profesor Juan de la Peña, que le ofrece cobijo en sus habitaciones, donde ya están Pedro y Javier.

Si fuera el ambiente es hostil, porque la guerra entre Carlos V y Francisco I afecta al alumnado y los estudiantes franceses no miran con simpatía a los estudiantes españoles, la convivencia con Francisco no es mejor. Desde el primer momento, lo mira con suspicacia. A Francisco no le gusta que sea tan mayor, mayor incluso que algunos profesores, y tampoco le agrada su pierna, que arrastra el pie como si llevara cadenas. Pero cuando se informa de que en el sitio de Pamplona ha estado luchando contra sus hermanos, deja de hablarle.

—¿Por qué no le hablas? —le insta Pedro.

—Podía haber asesinado a uno de mis hermanos.

Pedro escucha las versiones de Ignacio y de Francisco y llega a la conclusión de que son aspectos que responden a los intereses de los reyes y de las dinastías pero que no existe nada personal entre las familias, e intenta hacérselo ver a Francisco, mas éste sigue sin dirigirle la palabra a Ignacio.

Algunas noches, Francisco se marcha de juerga y al día siguiente está medio adormilado. Ignacio se atreve a decirle que los estudios requieren mayor atención, y Francisco le responde de manera displicente que se ocupe de sus asuntos.

Tiene razón Ignacio, porque las comodidades son nulas. En las clases no hay asientos, ni mesas, ni bancos, ni pupitres. Suele haber un sillón, que ocupa el profesor, y los alumnos se sientan en el suelo. A veces, el suelo es de tierra apisonada y en invierno está muy frío, por lo que se cubre de paja, pero con las lluvias, las botas y el calzado lo humedecen todo, y al cabo de dos clases el suelo ya no es el asiento escasamente acogedor de la paja, sino de una paja humedecida. Además, la dificultad para llevar recado de escribir obliga a fijar los conceptos de memoria, y si se quiere consultar la biblioteca, los libros no son muchos, y los pocos que hay casi siempre están en manos de los profesores, que tienen preferencia para usar los fondos y preparar las clases.

Pedro y Javier, a la salida de las clases, procuran resumir en voz alta lo que han escuchado y tomar notas de lo que recuerdan. Ignacio se une a ellos y Javier se queda admirado de su poderosa retentiva, de tal manera que, aunque al principio refunfuñaba por que se uniera a ellos, termina por considerar que es beneficioso para los tres.

No obstante, sigue sin darle ninguna muestra de amistad y le trata con recelo y con distancia.

Ignacio, a la vuelta de Brujas, donde ha obtenido importantes ayudas económicas, decide dar todo el dinero a la bolsa común y se lo entrega a Pedro.

Aparte del rechazo de Francisco, Pedro e Ignacio están más tiempo juntos porque el profesor De la Peña ha instado a Pedro para que haga de profesor de griego de Ignacio y le ayude a traducir a Aristóteles.

Si Pedro es el que enseña griego, Ignacio le enseña espiritualidad, lo que disipa sus vacilaciones, porque dudaba entre estudiar medicina o teología, pero cada vez que escucha a Ignacio se convence de que debe estudiar teología.

Pedro es un ser bondadoso que de niño pastoreaba ovejas por las faldas de los Alpes y que, por sí solo, a los doce años, hizo voto de castidad. No es extraño que el saboyano admire en Ignacio su ascetismo y su fuerza de voluntad.

La vida es muy dura en el colegio universitario y no permite muchas distracciones. A las cuatro de la madrugada suena la campanilla por las habitaciones, lo que significa que hay que levantarse de la cama, tanto alumnos como profesores. Después de rezar las oraciones se iba a las salas de estudio y, a la vacilante luz de las candelas, comenzaba la primera clase a las cinco de la madrugada. Después se asistía a misa, y a continuación se daba el desayuno, que consistía en agua y un panecillo.

Entre las ocho y las diez de la mañana tenía lugar la clase principal y a las once comían juntos estudiantes y profesores en el mismo comedor. El menú de los estudiantes de menor edad consistía en medio arenque y un huevo. Los mayores, además del arenque, se veían recompensados con dos huevos, un sorbo de vino y un guiso de verduras con algo de queso. Después de comer había un tiempo libre que algunos empleaban en dormitar, jugar, hacer deporte o estudiar, y entre tres y cinco de la tarde se daban las últimas clases. La cena era a las seis, y el toque de silencio, a las nueve de la noche.

Como Javier era muy deportista y destacaba en todas las pruebas, gozaba de un apetito quizá mayor y, de vez en cuando, le pedía dinero a Fabro para comprar algo de pan y reforzar su alimentación.

Como sabe que van escasos de dinero, no se atreve, pero Pedro le ofrece unas monedas y él pregunta cuál es el origen de tanta generosidad.

Entonces, Pedro le explica que Ignacio ha vuelto de Brujas con una considerable cantidad de dinero recogido en limosnas y que lo ha dejado a disposición de la bolsa común.

—Pues no lo quiero.

Pedro le convence de que es absurda su actitud, y de que los tres están en guerra pero en el mismo bando, luchando para conquistar ciencia y saber.

Por el colegio de Santa Bárbara, a un año de licenciarse en leyes, anda un joven, hijo de un abogado de la Picardía, llamado Jean Cahuvin, pero al que el mundo conocerá como Juan Calvino.

Es de costumbres austeras, serio, muy estudioso y luterano convencido, aunque no se atreve a decirlo abiertamente porque el ambiente de la Reforma había enviado ya a algún estudiante a la hoguera.

No obstante, en ocasiones no puede callarse en las discusiones que se suscitan con los compañeros, y un día, en presencia de Francisco, discute apasionadamente con otro la sucesión apostólica, desde el mismo san Pedro, y aduce el mal ejemplo de los papas, su conducta escandalosa y, en general, la escasamente ejemplar vida del clero.

Francisco se lo cuenta a Pedro, y Pedro lo comenta a Ignacio.

Ignacio, que no necesita discurrir mucho para darse cuenta de que ésta es la doctrina de Lutero, le advierte a Francisco del peligro que para él puede tener frecuentar la compañía de Calvino.

—Lo decís movido por la envidia, porque es brillante y tiene autoridad entre los compañeros —replica molesto Francisco.

—Estaría loco si me moviera a la envidia la heterodoxia. Pero os repito que eso es luteranismo.

Una tarde, después de la última clase, Francisco se lleva a Calvino a las habitaciones que les ha prestado el profesor Juan de la Peña con la excusa de dejarle un libro que, por desgracia, ha desaparecido.

No ha desaparecido. Es una excusa porque quiere propiciar un encuentro entre Calvino e Ignacio, y la excusa funciona, puesto que al poco rato vienen Iñigo y Pedro a la habitación de enfrente.

—Creí que os habíais ido a correr a las praderas —observa Pedro al pasar, dirigiéndose a Francisco.

—No, he venido porque quería prestarle a Jean un libro que no encuentro. No sé si se conocen. Jean, Pedro, Ignacio.

Los tres se saludan e Ignacio se va a la habitación que comparte con Pedro.

Francisco, Jean y Pedro se sientan sobre el jergón de paja y comienzan a hablar. Francisco es muy hábil y pronto manipula la conversación de tal manera que tiende a provocar, tanto a Jean como a Pedro. La discusión entre Pedro y Jean discurre enseguida sobre aspectos religiosos. Pedro, ante la potente dialéctica de Calvino, llama en su auxilio a Ignacio.

La llegada de Ignacio acalla el discurso de Jean, porque desconfía del desconocido, pero Francisco, que parece ignorar a Ignacio, refiere que ha tenido problemas con la Inquisición en Alcalá de Henares y en Salamanca, afirmación que asombra a Ignacio, porque nunca le ha contado esos aspectos de su vida —ni éstos ni otros, puesto que apenas se hablan— y ha debido ser Pedro quien se los ha referido.

Esa circunstancia del recién llegado afloja la prudencia de Jean Calvino, y le vuelve a insistir a Pedro en la necesidad de disolver tanta jerarquía eclesiástica que ahoga al creyente.

—¿Y hacer como los luteranos? —inquire Ignacio directamente.

Jean vuelve a desconfiar —el término «luterano» dicho en Francia es siempre peligroso— y pone menos énfasis.

—Creo, simplemente, que la organización eclesiástica está recargada.

—Es posible —reconoce Ignacio—, pero ese recargamiento tiene como contrapartida la unidad. El peligro del luteranismo, con su falta de organización jerárquica, será la desmembración en luteranismos nacionales, comarcales y hasta locales; es decir, una multitud de iglesias.

Jean Calvino se queda asombrado, porque ése es precisamente el peligro que corre la doctrina de Lutero. Justamente por ello está preparando notas. La única manera de vencer a la Iglesia católica consistirá en ser tan fuerte como ella, y para eso son imprescindibles la unidad y la universalidad.

—Lo que quiero decir —rectifica Calvino con circunspecto cuidado— es que tanto escalón de jerarquía sirve de poco para la salvación del individuo.

—También es posible que, careciendo de esa organización, el individuo ni siquiera llegara a tener información o conocimiento de la doctrina cristiana.

Javier y Pedro no intervienen. Se han dado cuenta de que es un duelo a dos y prefieren permanecer de espectadores.

—Con la imprenta, los Evangelios llegan a cualquier lugar del mundo —aduce Calvino.

—Sí, es cierto —reconoce Ignacio—. También es cierto que la inmensa mayoría de las gentes no saben leer ni escribir. ¿Han de condenarse los analfabetos por no poder leer los Evangelios?

—¿Ha de someterse el cristiano a que todo se lo interprete el clérigo? Las escrituras no se dictaron para los clérigos, sino para todos los hombres.

Calvino mira desafiante a Ignacio y éste, con voz dulce, replica:

—Aquí, en la Sorbona, parece que el analfabetismo es un fenómeno raro. Pero la excepción somos nosotros. La norma es lo contrario y se extiende a lo largo de toda Europa y del mundo entero. Mejor será que un clérigo traiga noticias de los Evangelios que no esperar a que desaparezcan los analfabetos de la faz de la tierra, porque sería esperar demasiado.

Suena la campanilla, llamando a la cena, y Jean Calvino aprovecha para zanjar la cuestión con una despedida. Ya tiene pensado, en cuanto se licencie, marcharse a Basilea, porque el ambiente de Francia está cada vez más enrarecido, más difícil. Y es posible que recuerde la perspicaz observación de Ignacio cuando, un par de años más tarde, redacte *La Institución de la Religión Cristiana*.

Pero la consecuencia más feliz para Ignacio es que, merced a este encuentro, se gana la estima de Javier, que quiere hacer una carrera eclesiástica y que sueña con ser obispo o cardenal.

Ignacio intenta reconducir sus aspiraciones y resalta que lo importante no es la jerarquía que se ocupe, sino la conducta y la fe.

—No me vais a decir que un obispo o un abad tienen más difícil la salvación que un simple fraile —le plantea Francisco.

—Eso dependerá de su fe, de la conducta que haya llevado y de la voluntad de Dios, pero casos habrá en los que la ambición y los honores aparten al hombre del camino de Dios.

—No hay por qué despreciar los honores —se obstina Francisco.

Ignacio, sin ápice de altanería, de manera afectuosa, más como una reflexión para sí mismo que como una reconvención, recuerda:

—¿Y de qué le sirve al hombre ganar la tierra si pierde el cielo?

—Evangelio de san Mateo —recuerda Francisco.

—Es decir, palabra de Dios —concluye Ignacio.

Pero no es la dialéctica lo que destruye las renuencias de Francisco hacia Ignacio sino dos aspectos, uno puntual y otro acumulativo. El puntual es que Ignacio ha comenzado a hablar con los estudiantes, y muchos de ellos le siguen y está adquiriendo fama de hombre sensato y místico en la universidad. El acumulativo es que la generosidad de Ignacio, su desprendimiento, su afán de ayuda y su falta de egoísmo no admiten pausas ni descanso y suscitan admiración.

La vida en las aulas es como la vida en una batalla, y aunque el enemigo no se sabe bien quién es, sí que está claro que hay una solidaridad entre los alumnos y una convivencia que no permite disimular durante mucho tiempo los vicios ni engañar en

las virtudes. La tacañería o la prodigalidad, la prudencia o la osadía, la valentía o la pusilanimidad, el desprendimiento o el egoísmo se denuncian con claridad en cada uno de ellos. Los condiscípulos conviven día y noche y enseguida se sabe quién es discreto y quién metemuerdos, quién silencioso y quién alborotador. No son necesarios estudios rigurosos ni observaciones prolongadas, porque la ininterrumpida relación social pone en evidencia cómo es cada individuo.

Durante más de un año se ha resistido Francisco a la seducción de Ignacio, y ni han podido los esfuerzos de éste ni las recomendaciones de Pedro, pero llega un momento en que se rinde, reconoce que estaba equivocado y, de ahí, surge una amistad profunda, a veces mucho más honda que la que nace a primera vista.

Pedro, Francisco e Ignacio forman un trío compacto, y aunque hay otros que se les suman no pueden negar que el núcleo duro son ellos tres, que tienen una gran facilidad para ponerse de acuerdo y que hay una especie de tácita aceptación de la autoridad espiritual de Ignacio.

Poco a poco se forja una especie de trenza formada por tres personalidades distintas y un objetivo común: salvar los Santos Lugares. Francisco transforma su antigua inquina en adhesión, y llega un momento en que, tras seguir fielmente los consejos de Ignacio y anotar cualquier reticencia, le pregunta como un desafío para probar su fidelidad:

—¿Qué más quieres que haga?

E Ignacio, suave y sugeridor, le dice:

—Que hagas los ejercicios espirituales.

Y Francisco los hace, y el triángulo se fortalece.

La influencia espiritual de Ignacio no se constriñe sólo a Francisco de Javier, sino que alcanza a muchos otros alumnos. Algunos de ellos dejan de asistir a las clases y se quedan a escucharle. Tal actitud escandaliza a otros estudiantes, que consideran a Ignacio un perturbador de la marcha de la universidad y lo denuncian al rector.

—No se puede consentir que un español trastorne las clases y ejerza una influencia funesta sobre nuestros compañeros —dice uno de los promotores.

El rector es la máxima autoridad entre los estudiantes y ordena que se abra un expediente. El miedo a una expulsión, el temor a verse involucrados en un proceso algo más grave, debilita la posición de los seguidores de Ignacio, y alguno de ellos no duda en firmar declaraciones confusas o anfibológicas que pueden interpretarse de diversas maneras.

Francisco de Javier y Pedro, en cambio, pretenden establecer una especie de batalla de la que les disuade Ignacio:

—Debemos evitar caer en la pasión y en el error, como hacen ellos. Esperad a que se pronuncien.

A los pocos días, el pronunciamiento consiste en varios azotes públicos por alterar el orden de la universidad. Ignacio pide, antes del castigo, que se constituya la asamblea y hablar ante ella.

Así se hace. No hay demasiada expectación. En realidad, este tipo de actos públicos se constriñen a reunir a los amigos y enemigos del condenado, por contrarias razones, y tampoco constituyen una liturgia exótica o desacostumbrada.

Sin embargo, asisten muchos más profesores y estudiantes de lo que es habitual, porque aunque Ignacio no era personalmente muy señalado, sí que era conocido por las referencias, cada vez mayores, de los que le frecuentaban y asistían a sus charlas o habían seguido los ejercicios.

Una vez formada la asamblea, Ignacio pide la palabra y dice:

—Quisiera agradecer a todos los profesores de la universidad sus esfuerzos para llenar nuestros vacíos, estimular nuestra inteligencia y señalarnos los atajos más oportunos para conducir nuestros razonamientos. Y, asimismo, a tantos estudiantes que con su voluntad y sus aportaciones contribuyen al mantenimiento de la universidad, porque la universidad no existiría sin los profesores, pero tampoco tendría razón de existir sin los estudiantes. Que muchos de nosotros hayamos de pedir limosna, o dar clases a los hijos de la nobleza de París, o efectuar trabajos para que, con ese dinero, podamos contribuir al mantenimiento del profesorado, es una prueba inequívoca de nuestro libre albedrío, de nuestra voluntad de estar aquí, de nuestros deseos de aprender y de que, por cumplirlo, nos sometemos a las pruebas que son necesarias y que demostramos cada día. Gracias a estos dos factores la universidad existe, y todo lo que fortalezca la excelencia de los profesores y de los alumnos redunda en beneficio de la universidad, de tal manera que no es raro que quien fuera ayer estudiante al cabo del tiempo devenga en profesor. Y por eso mismo, vigilar nuestra conducta y depurar responsabilidades contribuyen de igual manera a forjar una Sorbona cada vez mejor. Soy el primero en señalar que no me parece digna la conducta de quienes no se aplican a los estudios o se comportan fuera del ámbito universitario de manera violenta, irascible o viciosa, y, en algunos casos, incluso criminal. El compromiso del rector es amplio y profundo, porque la sociedad y el pueblo de París han delegado en él toda responsabilidad, puesto que ningún estudiante puede ser juzgado por ningún crimen fuera del criterio y de los mecanismos que establezca el rector. Ahora bien, deseo preguntaros: ¿se ha recibido alguna queja de algún ciudadano de París? ¿He dado mal ejemplo por desidia o falta de interés u otros motivos? Siendo éste un foro de saber y de discusión, ¿es perseguible que, fuera de los ámbitos de las aulas, muestre mi opinión, y la contraste, y la proyecte según el libre albedrío, todo ello sin contravenir la Ley de Dios? ¿Es preferible no discutir, no pensar, no conversar, no razonar públicamente, no proyectar nuestras inquietudes? ¿Esto es lo que desea la universidad? Pues si la Sorbona o, mejor dicho, las jerarquías que la rigen desean una universidad muda como un convento de legos, impassible como un rebaño de ovejas, desapasionada como un creyente tibio, disciplinada hasta la sinrazón como un tercio de soldados y estricta tal que si el alumnado estuviera compuesto por niños de corta edad, dadme los latigazos que creéis he merecido. Pero si pensáis que ayudamos mucho más a nuestra Iglesia y

a nuestra sociedad preparándonos en libertad, ensayando entre nosotros las habilidades oratorias que deberemos mostrar luego con los enemigos de Jesús y de nuestra cultura, entonces dejad el látigo para otra ocasión en que la culpa esté más clara y la falta sea menos oscura.

Al terminar de hablar, hay un silencio tremendo que hace que hasta el más mínimo movimiento de los estudiantes, sentados sobre las pajas, se perciba como una infracción al sigilo. Es entonces el momento en que uno de los profesores, algo mayor, comienza a golpear con la mano derecha el dorso de su mano izquierda. Ese palmeteo es imitado por otro, y cuando se une un tercero, que ha sido el instructor del expediente de Ignacio, todos se ponen a aplaudir. Francisco y Pedro están exultantes, orgullosos y contentos. El profesor que ha instruido la causa reclama silencio y dice:

—La Sorbona aspira a ser la mejor universidad de Europa, y mientras quepan en ella actos como el de hoy estará en el camino de lograrlo, sin que las palabras Bolonia o Salamanca le provoquen envidia. Pido disculpas a Ignacio de Loyola por haber estado a punto de cometer una injusticia y le doy las gracias por haberlo evitado.

Francisco no puede resistirse y se acerca a Ignacio, al que rodean otros muchos discípulos para abrazarle, algunos de ellos los mismos que pocos días antes habían estado vacilantes y hasta comprometedores en sus declaraciones. Pedro, menos impulsivo, le sigue. Después intentarán rememorar aquel momento, pero lo tendrán que hacer sin la presencia de Ignacio, porque a éste le produce incomodidad y ataja cualquier intento de resucitar el instante.

Sin embargo, faltaría una prueba. Tras haber superado las acusaciones de la Inquisición en Alcalá y en Salamanca, luego de haber logrado neutralizar la disciplina interior de la Sorbona, originada por tortuosas acusaciones, vendría una nueva prueba: el inquisidor Ori quiere verle, porque de nuevo hay quienes piensan que Ignacio es un peligroso hereje.

Si en ocasiones anteriores Ignacio deja que transcurra la investigación y no hace nada para intervenir en ella, en ésta cambia de actitud y solicita una entrevista con el inquisidor, pero no recibe respuesta. Insiste, y cuando Ignacio insiste lo hace con tanta amabilidad como contumacia, y llega un instante en que comienza a decirse que el inquisidor no concede audiencia a Ignacio, lo que es normal en cualquier otro espacio de la Inquisición, pero es observado con extrañeza en el ámbito universitario.

—¿Qué queréis? —pregunta Ori, de no muy buen humor, cuando le concede audiencia.

—Me gustaría que designaseis un juez para poder defenderme de las acusaciones, que desconozco pero de las que oigo hablar, lo cual influye en mis estudios y mis reflexiones. No os pido gracia ni benevolencia, sino un procedimiento rápido y justo.

El inquisidor tiene noticia de lo sucedido por el procedimiento universitario, a instancias del director del colegio de Santa Bárbara, y la reacción del profesorado. No le gusta ser presionado ni le agrada retroceder ante ningún reto, pero conoce las alegaciones, las ha leído con cuidado y detalle y ha llegado a la conclusión de que no

hay un basamento sólido para una acusación, y que abundan juicios subjetivos que no son ni siquiera juicios, sino conjeturas.

En ocasiones, esas conjeturas se aprovechaban para perjudicar al acusado, porque detrás de ellas había una conducta reprobable conocida y clamorosa que, a la larga, no atajar podía suponer un gravísimo perjuicio para la Iglesia, pero no parece que fuera el caso de Ignacio. No era un personaje común, eso estaba claro. Ni vulgar. Precisamente por ello una causa en su contra atraería la atención de sus seguidores y admiradores, lo que significaba que habría que presentar un alegato mucho más contundente, y que si se pretendía continuar el procedimiento con el material conseguido hasta la fecha, no sólo Ignacio, sino cualquiera podría desbaratar tan febles argumentos.

El inquisidor Orí es una persona inteligente. No tiene simpatía por Ignacio ni por nadie. Se toma su trabajo muy en serio y sopesa que un revolcón en su contra, en lugar de servir para ejemplarizar y soldar el respeto a la Inquisición podía tener el efecto contrario: la difusión de la especie de que se trabaja con frivolidad y, lo que todavía sería peor, que hay posibilidad de salir indemne de un procedimiento inquisitorial.

—Os voy a solicitar un favor —dice el inquisidor con un tono neutro y frío.

—Os escucho —anima con expectación Ignacio.

—No quiero que se hable más de esto, ni que lo comentéis con nadie. Doy por concluido el procedimiento y queda suprimido.

—Os lo agradezco, señor, y cumpliré vuestras instrucciones.

—Pero tened cuidado. Si decidís hacer penitencia e ir descalzo, hacedlo en vuestras habitaciones, y procurad que esas conductas de expiación, que me parecen dignas de elogio, no causen extrañeza en los demás y no se conviertan en una exhibición que al resto pueden llamarle en exceso la atención. ¿Entendéis lo que quiero decir?

—Lo entiendo, señor, y seréis obedecido.



Se han levantado antes de las cuatro de la madrugada. Todavía es de noche. Son diez hombres los que se reúnen en el edificio exterior del colegio de Santa Bárbara y se encaminan hacia París, al barrio de Saint Denys, para asistir a una misa que va a celebrar el único de ellos que ha sido ordenado sacerdote: Pedro Fabro. Además de él, los otros nueve acompañantes son Francisco de Javier, Diego Laínez, Alonso Salmerón, Nicolás Bobadilla, Simón Rodrigues, Claudio Le Jay, Jean Codure, Paschase Boët e Ignacio de Loyola.

Es un grupo formado por navarros, castellanos, portugueses y franceses que

andan rápido por las sendas solitarias hasta que llegan a la rue Antoinette y se encuentran frente a la puerta lateral de una pequeña capilla. La madrugada es seca. El calendario marca el 15 de agosto de 1534 y la temperatura es amable a esta hora y en estas fechas. Pedro Fabro introduce una llave de respetables dimensiones en una cerradura que tiene la platina exterior algo oxidada y da una vuelta completa. Suena el golpe metálico del resbalón y Pedro empuja la puerta que se abre, mientras se quejan los goznes.

No hablan nada. Es probable que cada uno esté haciendo un ejercicio de reflexión y medite sobre lo que ha sido su vida hasta aquí y lo que va a ser a partir de este momento. No se trata de asistir a la misa celebrada por un amigo, sino de aprovechar ésta para llevar a cabo los votos de castidad y de pobreza. Excepto Ignacio, que ha cumplido ya hace tres años los cuarenta y es el mayor de todos ellos, los demás se encuentran en plena juventud y, por tanto, en pleno vigor genésico. No hace mucho, Francisco soñaba con los oropeles del obispado o de cualquier otra jerarquía eclesiástica, y ahora va a renunciar a cualquier signo de lujo. No se trata de un pequeño cambio, sino de reglas fundamentales que van a regir el resto de sus vidas.

Tras hacer todos los votos, Ignacio, con mirada encendida, propone hacer votos también para ir a Tierra Santa y rescatar los Santos Lugares. A los demás no les sorprende esta propuesta, que ha sido una especie de consigna medieval durante varios siglos, y, también, por la emoción con que en algunas ocasiones Ignacio habla de la visita que hizo antes de emprender sus estudios universitarios. Hacen este tercer voto y rezan.

Al salir, comienza a clarear el día y, como si la apertura de la luz supusiese asimismo la rotura del silencio, hablan con entusiasmo camino de la Sorbona. Se amontonan los proyectos. Irán a Roma, pedirán permiso al Papa y después se embarcarán hacia Palestina.

De pronto, Ignacio se detiene. De una manera tácita interrumpen su paso todos los demás. Ignacio parece presa de una gran tensión interior. Toma el brazo de Pedro Fabro, que está junto a él, y Pedro siente que la mano de su compañero es una especie de garfio que le presiona a través de la manga de una manera muy fuerte, a la vez que percibe un ligero temblor.

—¿Os dais cuenta? —pregunta a todos y a nadie.

Los otros nueve no saben a qué se refiere y aguardan en silencio a que desvele el aparente enigma.

Ignacio, que sigue sujetando a Pedro del brazo, mirando al frente, sin posar los ojos en nadie en particular, como si hubiera alguien más alto y desconocido frente a él, dice:

—Somos soldados de Dios.

Epílogo

—Somos soldados de Dios —respondió Polanco al joven que le acababa de preguntar qué iban a hacer si moría Ignacio.

Y, al verlo aturullado y confuso, tuvo un ápice de compasión, aunque estaba su mente ocupada por muchos y diversos asuntos, e intentó añadir algo de didáctica:

—Cuando en los tercios muere el capitán, se nombra otro, pero no se desvanece el ejército ni sale huyendo. ¿Entendéis?

Juan Alfonso Polanco considera que ha sido lo suficientemente caritativo, pero tiene muchas cosas en las que ocuparse. Hay una que no se atreve a consultar con nadie, porque puede parecerles frivolidad en estos momentos, pero se da cuenta de que, a pesar de los ofrecimientos, e incluso requerimientos interesados de muchos pintores, Ignacio de Loyola jamás ha consentido en que se le hiciera un retrato. Bromeaba cada vez que se lo proponían y, hace un año, ante la insistencia de un pintor de Florencia, le comentó a su secretario:

—¿Me imaginas sentado, ocioso, sin hacer nada, mientras un señor me mira y no habla? Bueno, podría rezar, claro. Pero no soy un rey ni un papa, ni siquiera un príncipe de la Iglesia.



Es difícil clasificar a la persona que vive el último día de su vida en el pequeño cuarto del que ha salido Polanco.

También le es difícil al hombre que yace en la cama ordenar los recuerdos, poner lógica en el desfile de trasgos que se suceden como si el cerebro fuera una inmensa y algodonosa sala en la que entran y salen los personajes, sin pedir permiso para ingresar y sin despedirse antes de desaparecer.

Miguel Ángel Buonarroti se empeñó en colocar personalmente la primera piedra de una iglesia que nunca se terminaría según sus planos y que Ignacio nunca vería acabada. La víspera Miguel Ángel e Ignacio se reunieron a instancias del primero con la excusa de consultar una variación de la fachada. Pero era un efugio, porque Miguel Ángel hablaba de casi todo y no se refería para nada a los planos, ni siquiera a la ceremonia que iba a tener lugar al día siguiente.

—¿Estáis preocupado por algo? —se interesó Ignacio.

Buonarroti se quedó sorprendido de la perspicacia, pero prefirió disimular:

—No, no más de lo que estoy en otras ocasiones.

—En las otras ocasiones también os he visto casi siempre preocupado.

Miguel Ángel guarda silencio y reflexiona. Al poco confiesa:

—Últimamente sueño con mi madre.

—Eso es normal.

—No, no tan normal —rebate Buonarroti—, porque perdí a mi madre cuando tenía seis años y sus rasgos se fueron diluyendo con el tiempo, y su fisonomía se borró de mi memoria. Puedo recordar las expresiones de los rostros de la Capilla Sixtina, pero no tengo capacidad para rescatar el rostro de la mujer que me dio la vida.

—Entonces ¿cómo sabéis que es vuestra madre? —indaga Ignacio.

—Lo sé. Entra en mi cuarto. Y yo soy pequeño. Y es mi madre. Pero al día siguiente no podría ni siquiera trazar un esbozo con un carboncillo. El sueño se repite. ¿Es un aviso?

—¿Un aviso de quién o de qué?

—No lo sé. Yo me limito a pintar, a esculpir, a trazar planos. No entiendo de metafísica.

—Yo tampoco —confiesa humilde Ignacio—. Pero no creo que un experto en metafísica, ni siquiera el propio Aristóteles, pudiera responder a vuestras preguntas, que presumo que son más hondas que el sueño de referencias maternas.

Guardan los dos silencio. Ignacio, porque no pretende someter a un interrogatorio a Miguel Ángel, y éste porque tampoco encuentra sencillo exponer lo que le trastorna. Después de un rato, Miguel Ángel se decide:

—Os confieso que me aterra la nada. La nada tras la muerte. El abismo insondable donde se deshace no sólo la vida, sino los sueños de la propia vida.

—Ésas son tentaciones peligrosas. Y vos no sois ateo.

—No, no, pero imagino que todos los hombres dudan. Lo que sucede es que siendo aterrador el vacío, la nada, me atormenta mucho más la confirmación de la existencia de Dios.

—¿Cómo es posible que la constatación de la fe os produzca temor?

—Porque seré juzgado.

—Dios es misericordioso.

—Espero que sea misericordioso conmigo... y con nuestro Papa.

Ignacio no comenta nada. El papa Julio III ha favorecido a la Compañía de Jesús. También es cierto que vive retirado en el lujoso palacio de Villa Giulia, y que se encontró por las calles de Parma a un muchacho de dieciséis años, Innocenzo del Monte, a quien al año siguiente, con sólo diecisiete años, nombró cardenal.

—Hay ocasiones —intenta justificar su último comentario el artista— en que las debilidades de los papas me ayudan a ser indulgente con mis propias debilidades, pero enseguida me atormenta la posibilidad de que con algunos de ellos, además de haber compartido discusiones y relaciones personales tensas, haya de compartir las penas del infierno.

—Nadie dice que vais a ser condenado —intenta sosegarle Ignacio.

—Nadie me puede asegurar lo contrario.

Y como si le obsesionara el juicio que le pueda merecer Julio III, inquiere de manera directa:

—¿Os parece buen Papa?

Ignacio ha ayudado al Papa en el Concilio de Trento, con la presencia de destacados miembros de la Compañía tanto franceses como españoles. Entre estos últimos se encuentran Diego Laínez y Alfonso Salmerón.

Por otro lado, las buenas relaciones del papado con Carlos V, a veces en demérito del rey de Francia, sitúan a la Compañía —en la que predominan los españoles— en una posición de privilegio que hasta entonces le había estado vedada, sobre todo por las intrigas de Caraffa.

—La Compañía debe obediencia al Papa, sea el que sea, y yo debo dar ejemplo por ser el general de la Compañía.

Miguel Ángel inicia una sonrisa leve que se le borra enseguida porque la ironía no casa bien con su carácter y aprecia demasiado al hombre que está con él para herirle. Sin embargo, le reconviene con afectuosa sutileza:

—No soy un miembro del Santo Oficio, recordad que soy vuestro amigo.

—Lo que he dicho es verdad, y eso no puedo falsearlo por la amistad que os tengo y el agradecimiento que os debo, pero merecéis una explicación, que espero que no salga de estas paredes.

Miguel Ángel asiente y se dispone a escuchar.

—La primera vez que llegué a Roma me sorprendí mucho. Llegaba aquí convencido de que Roma era el espejo en el que todos los cristianos debían mirarse y me encontré con un espejo turbio al que preferí no mirar. En realidad, mi destino estaba en llegar a Jerusalén, y no en quedarme aquí. De hecho, cuando se fraguó lo que luego sería la Compañía de Jesús nuestro propósito era recuperar los Santos Lugares, ese trabajo pendiente de todo cristiano. Pero llegamos a Venecia —mejor dicho, llegaron primero mis compañeros, porque yo estaba recuperándome en la casa de mis mayores de una enfermedad— y comenzamos a trabajar, y luego, en Roma, se nos convenció para que unos nos quedáramos, porque hacíamos falta, y otros se fueran en misión cristiana a las tierras lejanas y al mundo nuevo descubierto. Y eso cambió el destino de la Compañía.

—No entiendo lo que me queréis decir —confiesa Miguel Ángel.

—Lo que quiero deciros es que nos limitamos a cumplir órdenes, y que las órdenes fueron fructíferas. Yo estaba equivocado. La conquista de los Santos Lugares requiere otros esfuerzos políticos y militares que no estaban al alcance de nuestro modesto grupo. Quien nos dio la orden, o nos disuadió de ir a Jerusalén como unos soldados mal pertrechados, puede que no tuviera una vida virtuosa y hasta admito que podría vivir en pecado, pero sus órdenes fueron valiosas para los intereses cristianos, en primer lugar, y también para nosotros.

—¿Os estáis refiriendo a esas afirmaciones de Trento de que el Espíritu Santo inspira las decisiones del papado?

—Me estoy refiriendo a que el pecado es tan humano como la virtud. Y que un sendero puede parecer retorcido, pero siguiéndolo es posible que lleguemos mejor a nuestro destino que por otro ancho, limpio y despejado.

—¿Eso justifica la mala conducta de los papas?

—Eso justifica que la obediencia es mejor que el debate y la rebeldía, y que los rebeldes, a la postre, hacen más daño que los obedientes.

—Estáis hablando de Lutero.

—O de Calvino, o de cualquiera que, dentro de la Iglesia, quiera imponer su criterio por muy bien intencionado que sea. Los resultados están a la vista.

Miguel Ángel guarda silencio y se ajusta un manto corto que lleva sobre los hombros, porque hace fresco en la estancia. Después se incorpora, como si necesitara algo de movimiento para ordenar sus ideas y, más que refutar, reflexiona en voz alta:

—Esto está muy bien para los clérigos. Encuentro que es una fórmula sencilla y que, además, aleja la tentación de discurrir...

—Ser obediente no significa despreciar el uso de la propia inteligencia —interrumpe Ignacio.

—Está bien, perdonad... Quiero decir que vistas así las cosas parece más cómoda la disciplina para el religioso que para el creyente de a pie. Vosotros obedecéis, aunque vuestra mente vea con claridad que aquello es un disparate, pero es más difícil para mí, porque si creo que es un disparate, si mi juicio me dice que aquello está mal, considero que es una traición a las facultades que me ha dado Dios no ponerlo de manifiesto...

—En muchas ocasiones, lo que nos parece un disparate no es otra cosa que algo que afecta a nuestros intereses, y a eso cuesta renunciar.

—Podría afectar a nuestro interés y podría ser un disparate. Os voy a poner un ejemplo: nadie me lo ha dicho a la cara, pero me envían, a modo de recados, opiniones de altas instancias sobre la posibilidad de tapar los desnudos de la Capilla Sixtina. Es decir, que según estos teólogos romanos Dios creó primero el tejido, y luego creó a Adán para que se cubriera con él las partes pudendas.

—Eso es una hipérbole.

—Ésa es la lógica de Caraffa y sus acólitos —dice Miguel Ángel, visiblemente enfadado—. Roma me asfixia. Por un lado están los libertinos proporcionando escándalos, y por otro, los virtuosos que quieren que Eva estuviera en el paraíso con justillo y enaguas. Debería volverme a Florencia.

—No antes de poner la primera piedra de la iglesia de Jesús —le recuerda Ignacio con intención humorística para calmar al artista.

Miguel Ángel se queda un momento desconcertado y, después, asiente, como si volviera a la realidad. Deja de pasear y torna a sentarse.

Ignacio le observa con interés e insiste:

—Estoy convencido de que vuestra preocupación no es que se rumoree el intento de tatar los desnudos de la Capilla Sixtina...

—Entonces ¿también ha llegado a vuestros oídos? —interrumpe el artista.

—Sí, también, pero Roma es la ciudad de los rumores.

E intentando reconducir el diálogo:

—Pero ¿qué es lo que os acucia, yo diría que lo que os atormenta?

Miguel Ángel le mira con una mezcla de angustia y confiesa:

—Me desasosiega no tener la suficiente fe, me intranquiliza no saber si mi vida ha sido un error continuado y si he perdido el tiempo esculpiendo y pintando. Y, sobre todo, me disgusta anticipadamente que de esto me entere cuando ya haya muerto y sea imposible la rectificación. ¿No habéis tenido nunca dudas?

—Nunca —responde pronto y con firmeza Ignacio—. Cuando era un pecador, porque obraba de manera inconsciente y ni siquiera me planteaba otra cosa que no fuera el goce y el placer, o el esfuerzo para conseguir un objetivo. Al encontrarme con la fe tuve la suerte de que nunca me abandonó, y espero que nunca me abandone.

—Os envidio —y hay un tono de profunda sinceridad en la afirmación—. Daría toda mi obra por tener una fe así.

—Creo que vuestra obra ha hecho más por la recuperación de la fe que muchos de nuestros hombres en misión.

—Bueno, según algunos, parte de mi obra lo que incita no es a la recuperación de la fe, sino a la incitación de la lujuria.

Callan los dos e Ignacio, hábilmente, intenta distraer al maestro:

—De cualquier manera, las dudas, más allá de la fe, siempre acompañan nuestra conducta. Yo, por ejemplo, no sé si me he portado bien con las mujeres. No digo en la parte de mi vida pecadora, en la que me comporté como un bellaco, sino más adelante. Puede que precisamente por haberme refocilado en la rijosidad haya sido demasiado exigente y desconfiado con las mujeres. Ya sabéis que en la Compañía no hay una rama femenina... A veces me he preguntado si esa decisión no habrá sido guiada por una especie de reluctancia o de temor.

—Si comenzamos a hablar de los pecados de la carne, y yo empiezo la relación, creo que amanecerá y no llegaremos a tiempo para poner esa piedra primera.



Ignacio sonríe, entrecierra los ojos y, al abrirlos, encuentra el rostro de Polanco, que le dice que habría que escribir a Felipe II, que se ha interesado por su salud. Va a contestarle y entonces se da cuenta de que está tumbado en la cama, y de que no es Polanco el que le mira, sino Hortensia, pero Hortensia debe de ser muy mayor, y allí está con su rostro juvenil y virginal, con su remordimiento por haber dejado en

Inglaterra, sola, a Catalina de Aragón, y Hortensia proyecta una sonrisa que le inquieta, a ver si va a ser presa, a su edad, de una tentación, pero Hortensia se va y nota una extraña quemazón en la pierna, y cae al suelo, y le da la mano para ayudarlo a levantarse el rey Fernando, y él se avergüenza de haber sido herido, así que se va a pie, renqueando, con otros dos peregrinos con los que ha salido de Roma, y llueve, y antes de llegar a Venecia para embarcarse encuentran refugio en una paridera, y el cielo se despeja y se observa una claridad impresionante, un cielo que no es cielo, sino el sol que ha bajado y que no calienta, ni abrasa, sino que deslumbra con acogedora sensación. Tiene que ser el Señor, tiene que ser la luz de su gloria, tiene que ser el final de tanta ansia, el reposo último, el puerto concluyente, la postrera cumbre. Tiene que ser el término de tanto trabajo, de tanto camino, de tanto afán.

Nota aclaratoria

Este libro es una novela. No es una biografía ni, mucho menos, una hagiografía. Es una novela basada en la vida de un hombre excepcional, dotado de una fuerza física y moral extraordinaria. La mayoría, la inmensa mayoría de los hechos son ciertos, y están documentados y pueden comprobarse. También existen, en las épocas y en los años en que aparecen, los personajes históricos que se citan. Y algunas situaciones, con esos u otros personajes, son novelescas, es decir, pertenecen a la imaginación del autor, aunque todas ellas son verosímiles y tan difíciles de demostrar que son falsas como complicado sería demostrar que son verdaderas. Quiero decir que, como en toda novela, hay escenas que son fruto de la imaginación del autor, aunque, en este caso, el autor no haya tenido que espolear en exceso a su imaginación.

La verdad es que nunca creí que escribiría una novela basada en Ignacio de Loyola, ni nunca me atrajo de manera particular el personaje, o si lo hizo en algún tiempo no fue ni una atracción profunda ni duradera.

Todo empezó con la propuesta de un productor para llevar a cabo tres guiones, con una duración de cincuenta minutos cada uno, basados en un personaje español, conocido universalmente, porque era un producto que se pensaba vender a las emisoras de televisión de todo el mundo.

La empresa parecía solvente, el trabajo atractivo, y había que fijarse en un personaje que tuviera relevancia, tanto en Europa como en América y Asia. La elección de la figura de Ignacio de Loyola obedeció a motivos más comerciales que de otro tipo, y comenzamos a trabajar con el protocolo acostumbrado, es decir, primero había que documentarse debidamente y, luego, trazar un plan de trabajo.

Almudena García, que me ha ayudado en varios libros en esta enojosa parte que requiere el método y el orden del que carezco, acopió material suficiente para hacer una larga serie, y de allí comenzamos a resumir.

A medida que avanzaba en el conocimiento de la vida de Ignacio de Loyola más me deslumbraba. La época, desde luego, era fascinante, nada menos que el hundimiento de un tiempo y el nacimiento de otro, la despedida definitiva a la Edad Media y la llegada del Renacimiento. Pero al margen de esas circunstancias, la figura de Ignacio cobraba un relieve extraordinario por sus dotes, su fuerza y su excepcionalidad.

A mí enseguida me pareció uno de esos personajes excesivos que, a veces, se dan en España. Esos personajes como Hernán Cortés, como Teresa de Cepeda, como Juan Sebastián Elcano, que son capaces de protagonizar una epopeya con la misma sencillez con que otros acudimos al trabajo.

Pronto, el proyecto comenzó a sufrir altibajos, como sucede en la mayoría de

estos productos, y, de repente, lo que había que hacer no eran tres guiones con destino a la televisión, sino el guión cinematográfico para la pantalla grande, con una duración no muy superior a las dos horas.

Estando en estos sobresaltos, me invitó a comer Ana Rosa Semprún. Me quería encargar un libro. No era la primera vez, y siempre había sido satisfactoria mi colaboración con ella, pero en esta ocasión le conté en lo que estaba, y la imposibilidad de ponerme a trabajar en otra cosa, y, apasionado por el personaje protagonista del guión, creo que la abrumé con algunas de las vicisitudes del hombre de Loyola.

Ana Rosa, que tiene olfato para todo lo que pueda convertirse en libro, me dijo:

—Ahí tienes suficientes elementos para una novela.

Al cabo del tiempo, el gran proyecto se vino abajo y yo me quedé con una ingente cantidad de material y frustrado por las ilusiones puestas.

Fue entonces cuando me acordé de la observación de Ana Rosa y volvimos a reunimos, y me comprometí a escribir la novela... De esto hace diez años. Por unas razones o por otras, nunca llegaba a cumplir mi promesa.

En una ocasión, Ana Rosa, que tiene la habilidad persuasiva de un genio, me invitó a comer y me dijo que, antes, pasara a recogerla por su despacho. Así lo hice, y cuando entré me topé con que, en una estantería situada a su izquierda, había como una docena de ejemplares de un libro en cuya cubierta podía leerse «Caballero de Dios, Luis del Val». La cubierta era auténtica, pero los libros pertenecían a otra materia. Era un golpe bajo, pero un golpe bajo hecho con mucha altura. Acusé el envite y volvimos a enredarnos en la sucesión de promesas incumplidas.

Un día, no sé por qué, entre unos papeles que estaba mirando apareció una «Cronología de Ignacio de Loyola»; eran una docena de folios en los que se anotaban cuidadosamente, en un lado, las vicisitudes de su vida y, en otro, los acontecimientos que en la misma fecha tuvieron lugar en el mundo.

Me volví a quedar asombrado de la capacidad y la fuerza del personaje, de su pujante entusiasmo, de su empeñamiento, de su admirable resolución.

Y comencé a escribir la novela.

Cuando llevaba nada más que una docena de páginas acudí al aniversario de una editorial en la que yo había publicado, creo que cuatro o cinco libros. No suelo ir a esas fiestas, porque soy tímido —aunque no lo parezca— y porque la presentida superficialidad de estos encuentros me produce, de antemano, cierto rechazo. Pero era verano, la convocatoria estaba señalada para un viernes por la noche y convencí a mi mujer para acercarnos y, luego, según cómo estuviera el ambiente, marcharnos a tomar una copa a algún otro sitio.

Y allí, al poco de entrar, me encontré con Ana Rosa. Creo que hacía un par de años que no nos veíamos. Hablamos de varias cosas, menos de libros, y, de repente, me acordé y le dije que había comenzado a escribir la famosa y nunca iniciada novela sobre Ignacio de Loyola. Creo que no me creyó. Nos pusimos de actualidad los

correos electrónicos y, al día siguiente, le envié el comienzo de *Afán de gloria*.

Me contestó a los dos días y quedamos en vernos. Nos vimos. Y, a la semana siguiente, firmamos el contrato.

Y aquí está la novela. Repito: una novela, no una biografía.

Creo que no me ha costado trabajo ser honesto, porque no tengo rencores especiales con la Iglesia católica, ni servidumbres de obediencia. Desde esa objetividad he escrito. Es probable que a los agnósticos no les plazca y que a los católicos les disguste. No lo sé. No entro en la dimensión religiosa y metafísica ni en el ateísmo militante, tan en boga en algunos ambientes pseudointelectuales. Pero después de volverla a leer creo que he sido fiel a mí mismo y que he llevado a cabo, al menos, parte de lo que me había propuesto. En cualquier caso, las decepciones no hay que achacarlas a Ignacio de Loyola, sino al autor de la novela.

Madrid, invierno de 2008

Fin

Resumen

Siendo todavía un niño, Ignacio es enviado a la corte de los Reyes Católicos, donde sueña con emular las hazañas del Gran Capitán. Valiente, impetuoso y no muy casto, llama la atención de Germaine de Foix, casada con un Fernando el Católico a quien la edad y la enfermedad han dejado impotente. El muchacho pondrá su espada en contra de Carlos V y luego le servirá con lealtad, al punto de resultar gravemente herido en el sitio de Pamplona.

Inservible por su cojera para la milicia, Ignacio encuentra en la religión un motivo que le ayudará a vivir con el mismo ardor con que antes luchaba. Ni Roma, la ciudad que más prostitutas alberga de toda Europa, ni las licenciosas costumbres de algunos Papas alteran los propósitos del fundador de la Compañía de Jesús, uno de los españoles más famosos en todo el mundo... y menos conocido.



LUIS DEL VAL (Zaragoza, 28 de junio de 1944), periodista y novelista español por entregas. Está casado. Estudió Magisterio en la Escuela Normal de Zaragoza, y tras un año como profesor, se dedicó al periodismo. En radio, ha trabajado en *Radio Juventud*, fue director de *Radiocadena Española*, y ha trabajado en la SER y en la COPE. En prensa escrita, trabajó para *Pueblo*, *Sábado Gráfico*, *Interviú*, *Diario 16* y *Tiempo*. Fue fundador del Partido Social Demócrata Aragonés, y diputado de UCD en el parlamento. En su labor literaria, obtuvo el Premio Café Gijón de novela en 1988 por *Buenos días, señor ministro*, y en la radiofónica, el Premio Ondas en 1990 por el programa *Sé que estás ahí* de la Cadena COPE y en 2002 al mejor periodista innovador por el espacio *Carta abierta* del programa Hoy por hoy, y el Micrófono de Oro de la Asociación de Profesionales de Radio y Televisión 1989. En 2003 fue el ganador del xxxv Premio Ateneo de Sevilla por su novela *Las amigas imperfectas*.

Notas

[1] Primer nombre de Azpeitia, Guipúzcoa, hacia el siglo I. (*N. del A.*) <<

[2] Llamábanse «padres» a los civiles que dirigían las mancebías. (*N. del A.*) <<